

Eugenio Fuentes

PIEDRAS NEGRAS

SERIE
**RICARDO
CUPIDO**



Lectulandia

Marta Medina fallece de alzhéimer en Toulouse. En el testamento encarga a su nieta Marthe que busque a un hijo que tuvo que dar en adopción en tiempos de la guerra civil. La nieta viaja a España y encarga la investigación a Ricardo Cupido. El detective descubre que el hijo de Marta se llama Alejandro Garcilaso y es un hombre muy rico y padre de una hija ilegítima. Cuando Cupido y Marthe le revelan quién es él en realidad, este se niega a aceptarlo y Marthe regresa desengañada a Toulouse. Días después, la hija de Garcilaso aparece asesinada. El crimen resulta un tanto gótico y truculento, y Garcilaso, que quiere investigarlo al margen de la policía, le pide a Cupido que descubra qué o quiénes se esconden tras ese homicidio.

Piedras negras se sitúa en el epicentro de la burbuja inmobiliaria, con unos personajes codiciosos en un momento en que la riqueza parecía estar al alcance de cualquiera, y traza un retrato minucioso de esa época; sus modas, la generalización de las nuevas tecnologías, el gusto por la ostentación... Y un tema polémico y muy presente en los medios, los niños robados durante la dictadura.

Lectulandia

Eugenio Fuentes

Piedras negras

Ricardo Cupido: 08

ePub r1.0

Titivillus 19.02.2019

Título original: *Piedras negras*
Eugenio Fuentes, 2019

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice

Primera parte. Herencia (17-27 de mayo de 2004)

1

2

3

4

5

6

7

Segunda parte. Huellas (28-29 de mayo de 2004)

8

9

10

11

12

Tercera parte. Corpus (9-17 de junio de 2004)

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

Cuarta parte. Señuelos (18 de junio-2 de julio de 2004)

23

24

25

26

27

28

29

30

Epílogo (2-6 de julio de 2004)

31

Nota final

A Toya

Si abrís las piedras negras, brota luz.
Si abrís la luz, brotan cuchillos negros.

Antonio Colinas, «Toledo»

Un hombre muerto es nada. Solo un bulto
pequeño, ahí tirado sobre el suelo.

José María Fonollosa

Primera parte
Herencia
(17-27 de mayo de 2004)

La plancha suspiró, escupió unas gotas de saliva y comenzó a expandir calor. Marthe contuvo el vértigo provocado por el whisky y el Orfidal y se remangó el brazo izquierdo de la blusa. Sobre la piel blanca del antebrazo destacaban las letras cursivas en tinta azul y, como una leprosa, comenzó a rascarse con la uña el tatuaje con su nombre, que ambos habían intercambiado cuando aún creían que su amor era invulnerable y que nada podía hacerles daño: ni los crepúsculos ni las barricadas, ni el vino fuerte ni los perros amargos. Mordió el trapo de cocina, empuñó la plancha y, con un movimiento seco y desesperado, colocó el pico ardiente sobre el tatuaje y lo mantuvo allí, mugiendo de dolor hasta notar un intenso olor a carne quemada. Cuando lo separó, había levantado el tatuaje y la tinta azul se mezclaba con el rojo de la piel arrancada.

Siempre había tenido su apartamento tan ordenado como un submarino, pero ahora llevaba demasiados días sin cambiar las sábanas, a pesar de haber pasado tantas horas acostada, insomne o durmiendo entre pesadillas, agarrándose al cabecero como si la cama fuera un toro mecánico que intentaba arrojarla al vacío. Al despertarse, notaba las mandíbulas agarrotadas desde el cuello a las sienes, los dientes cambiados de lugar y la espalda dolorida por dormir encogida, en posición fetal, envuelta en el olor a piel quemada, con fiebre y malestar, como si algún virus se hubiera infiltrado en su sangre y pasara por sus vísceras. El mal olor de la habitación sin ventilar se extendía por toda la casa, de donde solo había salido para comprar más vendas y pomada antibiótica en la farmacia, café y comidas envasadas que no tuviera que cocinar. Sin horario, se sentía fuera del mundo y del tiempo, como un reloj al que le hubieran arrancado las agujas: su maquinaria seguía funcionando, pero ella no podía saber la hora.

Para su sorpresa, una noche vio que el frigorífico estaba vacío, pues tenía la sensación de no haber comido en toda la semana. Era tarde y las tiendas estarían cerradas, de modo que se recogió el pelo sin lavar en una coleta y se

adecentó un poco. Aunque al mirarse al espejo creyó que la contemplaba un cadáver, se puso unos vaqueros y una cazadora y bajó al Quirke, el pub de estilo irlandés donde en cualquier momento servían comidas frías. Al quitarse la cazadora, quedó visible la venda en su antebrazo. El camarero le sirvió el gin-tonic y se quedó mirándola. No había mucha gente.

—¿Un accidente? —le preguntó.

Era demasiado curioso, pero aquella parecía la última moda: los camareros, antes casi invisibles, en los últimos tiempos eran guapos y muy atrevidos, y con frecuencia tenían aventuras con las clientas.

—Sí —respondió.

—¿En la cocina?

—No. Con una plancha.

—¡Puff! Eso debe de doler.

Cuando terminó el sándwich lo llamó para que rellenara la bebida. El chico debió de advertir su desesperación, porque se la sirvió muy cargada, ahogando la ginebra con un chorro de tónica, y se quedó cerca, esperando que ella dijera algo. Era evidente que le gustaba, pero ligar era lo último que le apetecía.

Bebió un trago largo y solo entonces encendió el móvil, apagado desde el día anterior. El teléfono comenzó a emitir pitidos y a vibrar de un modo colérico, como si le reprochara que lo hubiera desconectado. Ignoró de nuevo las llamadas de Alain, pero había otras cuatro de su padre y un mensaje suyo: «Llámame en cuanto puedas».

Enseguida supo que ocurría algo grave, porque su padre no la llamaba a menudo. Entre ellos no había ningún problema, pero cada vez tenían menos cosas que decirse. Desde que había enviudado dedicaba su tiempo a la empresa, una fábrica de tejidos especiales para asientos de aviones y de coches que no iba nada bien, y a su nueva pasión, el golf. En uno de los clubes había conocido a una mujer con la que viajaba recorriendo el circuito, compitiendo de un modo belicoso, empeñado en lanzar la bola de un golpe a medio kilómetro y bajar su hándicap, en un afán que a Marthe le parecía bastante infantil.

Volvió a leer el mensaje y sintió una infinita pereza, bastante mal se encontraba ella como para cargar con otro problema. Esperó a llegar a casa para teclear su número.

—Me has llamado.

—¡Por fin respondes! Ha ocurrido una desgracia.

—¿Qué? —preguntó, casi indiferente, como si no pudiera haber mayor desgracia que la suya.

—Ha muerto tu abuela.

Se sentó en la cama y escuchó su explicación: había sido una muerte rápida e indolora. Se le paró el corazón.

—Entonces, ¿no sufrió?

—No. Murió mientras dormía. Por la mañana había estado tocando un rato, como hacía siempre, nunca olvidó la viola. Después no comió apenas, parecía algo mareada, y fue a acostarse. Ya sabes que le gustaba mucho la siesta, siempre conservó esa costumbre española. Luego se levantó, pero al poco rato dijo que volvía a la cama. Como tardaba en despertarse, fui a su cuarto y... No sufrió, parecía dormida.

Marthe lo escuchó sin saber qué decir. Tal vez su abuela se retiró porque adivinaba el final. Generosa hasta para morir, para expirar sin un quejido. Si fue así, estaba segura de que no tuvo miedo, había pasado tanto en España durante su juventud que ya no le quedaba más.

—Tú fuiste su último tema de conversación —continuó su padre—. Durante la comida preguntó por ti, quería saber cuándo ibas a venir. Dijo que hacía mucho tiempo que no te veía. Ya sabes que todavía tenía momentos de lucidez.

—¡Pobre abuela! —murmuró. Unas lágrimas cayeron sobre las sábanas, y se alegró de estar sola para que nadie la viera. Lloraba tanto por su abuela como por sí misma.

—Llega un momento en que no podemos hacer nada para impedir que mueran las personas a quienes queremos —dijo su padre con obviedad.

—Lo sé.

—Hay una cosa más.

—Qué.

—Entre sus papeles había una carta para ti. De sus tres nietos, tú eras su favorita.

—¿Qué dice la carta?

—Está cerrada. No sé cuándo la escribió, ya sabes que siempre le gustaba mucho enviar y recibir correspondencia. Debes venir cuanto antes, Marthe. Hay un tren que sale... dentro de tres horas. Si te das prisa, todavía puedes cogerlo.

Se duchó con rapidez, renovó la venda del antebrazo, echó dentro de la maleta unas ropas oscuras y la bolsa de aseo y llegó a tiempo a la estación para subirse al TGV. En el asiento, con los ojos cerrados, intentó ordenar sus

ideas, pues aún estaba aturdida por los efectos de los calmantes mezclados con las dos copas. Se levantó y se acercó al pequeño bar del tren para tomar un café. Solo había cuatro o cinco taburetes y todos estaban ocupados, pero al pedir en la barra la consumición, el hombre que estaba a su lado se levantó y le dijo:

—Siéntese, por favor. Parece usted agotada.

Se negó, pero el hombre se apartó para que se sentara y aquella sencilla e inesperada amabilidad de un desconocido, que quizá estaba tan cansado como ella, la conmovió profundamente.

Su padre la esperaba en la estación y la abrazó con fuerza antes de coger la maleta y caminar hacia el coche. Mientras conducía por las calles, con el asfalto húmedo y bituminoso, brillante bajo la luz de las farolas, le dijo de nuevo:

—Murió sin sufrir, como a todos nos gustaría morirnos. Ahora ya descansa en paz. Ya no tiene que hacer esfuerzos para recordar nada.

Ensimismada en su propio dolor, Marthe se dio cuenta de algo que no había pensado hasta entonces: a él se le había muerto su madre, a la que siempre había adorado, y tal vez sintiera un dolor parecido al que ella sintió al quedarse huérfana. Tuvo el impulso de decirle sin rodeos que compartía su pena, pero la dificultad para expresar en voz alta sus sentimientos la mantuvo en silencio.

—Quería que la enterraran, ¿verdad?

—Sí. Junto a tu abuelo y tu tío Marc. La ceremonia será a las once. Ahora está en el tanatorio.

—¿Podemos pasar a verla un momento?

—Como quieras.

En una de las salas estaban velando su tío Jean-Luc y sus dos primos gemelos, no había nadie más. Detrás de un tabique, protegido por una ventana de cristal, estaba abierto el ataúd. La abuela Marta había seguido encogiéndose y sobraba mucho espacio entre el acolchado de la caja. La barbilla y la nariz se le habían afilado y el maquillaje le daba un aspecto untuoso, de muñeca de cera, pero no había logrado eliminar el frunce del entrecejo, como si todavía estuviera luchando contra la devastación de la memoria, esforzándose por recordar algo o por traer a los labios una palabra perdida.

—Cuando quieras nos vamos a casa. Tienes cara de cansancio. A todos nos conviene reposar un poco.

En el dormitorio de la abuela todo estaba como cuando murió. Únicamente habían retirado las sábanas y habían cubierto la cama con la colcha. Al volver al salón, Marthe se quitó el suéter y su padre vio la venda en el antebrazo.

—¿Qué te ha ocurrido?

—Nada grave, una quemadura. Con la plancha —dijo vagamente.

—¡Vaya! Toma, es la carta que te escribió la abuela.

En el sobre, de tamaño folio, había un puñado de hojas manuscritas con un título, BREDA, y dos sobres más pequeños, ambos cerrados. Uno contenía un fajo de billetes de cien euros. En el otro había dos cuartillas escritas en español —para evitar las faltas de ortografía que seguía cometiendo en francés— con la letra redonda y uniforme de su abuela, muy entintada, porque siempre escribía con pluma. Comenzó a leer en silencio mientras su padre recostaba la cabeza hacia atrás en el sillón y cerraba los ojos, con el rostro desfigurado por la tensión y el cansancio.

Querida nieta:

No sé cuánto tiempo pasará aún hasta que leas esta carta. En todo caso será cuando yo haya muerto. La había escrito dos veces, y dos veces la rompí, dudando si debía implicarte en este encargo, pero esta vez no la destruiré. No puedo posponerla más, porque no sé si mañana encontraría las palabras necesarias. Ahora es un buen momento: estoy sola, con la casa en silencio, con tiempo para buscar la expresión más correcta. Y seré breve.

Voy a hacerte un encargo que solo tú puedes cumplir. Tu padre y tu tío Jean-Luc están demasiado enfrascados en sus cosas y, además, a ellos nunca les ha gustado que hable de esto. Lo mantuve oculto durante tanto tiempo que, cuando al fin se lo dije, no quisieron creerme, lo consideraron una fantasía, una consecuencia más de esta enfermedad que devora mi memoria y mezcla lo soñado con lo vivido. Y a tus primos gemelos no les interesa nada lo de España. Tú, en cambio, siempre me has escuchado, quizá porque eres la única mujer de la familia, y puedes entender lo que significa mi petición. Para poder cumplirla deberás emprender un viaje, pero no te causará ningún daño. Al contrario, cabe la posibilidad de que te enriquezca de algún modo.

Quiero que vayas a España a buscar a mi hijo, a mi primer hijo. Nació en el hospital militar de Ciempozuelos el 5 de febrero de 1938, unos años antes que tu padre y que tus otros tíos. Fue fruto del amor, pero lo perdí. Me lo quitó la guerra y yo no tuve ni el coraje ni las fuerzas suficientes para retenerlo conmigo. No hice todo lo necesario. Durante muchos años creí que había conseguido, si no olvidarlo, sí resignarme a su pérdida. Me había casado con tu abuelo Émile, que tanto bienestar me dio. Pero ahora sé que no tardaré mucho en morir. O en olvidar, que es otra forma de morir. Y los recuerdos más lejanos han vuelto con mayor claridad, como si la enfermedad fuera descorriendo los velos que los cubrían.

Imagino la sorpresa que te estará causando esta carta y las preguntas que te estarás haciendo. Tienes todos los detalles de su nacimiento en estos folios, donde he anotado los lugares, las personas, las fechas que aún recuerdo y que no olvido, aunque se me olvide lo que ocurrió ayer.

Quiero que encuentres a mi hijo y le pidas que me perdone. Solo así podré descansar en paz.

Tu abuela Marta, que tanto te quiere.

Marthe se quedó pensativa, con la cabeza agachada y un ligero temblor en la mano que sostenía la carta. La palabra «hijo» era la última que deseaba oír, estaba llena de espinas y, sin embargo, en boca de su abuela adquiriría una inmensa dulzura. Acostumbrada a verla en casa, caminando despacio, sobrellevando sus achaques, con el rostro lleno de arrugas y las manos artríticas, hinchadas en las articulaciones pero aún capaces de sacar pasión de la viola, el contenido de la carta era una enorme sorpresa. Nunca había pensado que también ella había sido una muchacha de veinte años que un día amó a un hombre y lo besó con pasión, con la boca llena de luz, y se estremeció de placer en noches ardientes y sonámbulas, y fue feliz en sus brazos y desdichada al perderlo, y luego abrió su vientre tierno y elástico para arrojar al mundo un hijo entre sangre y humores... Cuando levantó la vista, su padre estaba mirándola, intrigado.

—¿Qué te dice?

—Quiere que vaya a España —respondió, como si aún estuviera viva.

—¡¿A España?!

—A buscar a un hijo que tuvo antes que a vosotros. En la guerra —añadió—. Ya me lo había dicho algunas veces.

Su padre suspiró y se frotó los ojos.

—Tu abuela se obsesionó con esa historia en los últimos años, pero ni siquiera tenemos la certeza de que ese hijo exista. Busqué por internet si había alguien con su apellido en ese lugar donde decía que nació, Ciempozuelos... ¡Y no encontré ninguna pista! Tu abuela no trajo de allí ningún documento que lo demuestre, se vino con las manos vacías, huyendo de una guerra que terminó en 1939. ¡Y estamos en el año 2004, Marthe! ¿Cómo podríamos encontrar algo después de sesenta y cinco años? Es imposible. ¿Y ahora quieres ir allí abajo?

—No lo sé —respondió Marthe guardando la carta en el sobre.

—El ambiente no debe de estar muy tranquilo después de esos horribles atentados en los trenes, hace un par de meses.

—Lo sé.

—Y en el caso improbable de encontrar a quien ni siquiera sabemos si existe —insistió—, ¿qué tendrías que decirle?

—Tendría que pedirle perdón en nombre de la abuela.

—¿Perdón? ¿Por qué?

—No lo sé. Supongo que por haberlo abandonado.

Su padre volvió a quedarse pensativo.

—Que perdone a alguien que ya no vive.
—Papá, esta es una historia de muertos.

—¡Cómo te pareces a tu abuela!

Marthe no recordó el nombre de la mujer que la abrazaba, pero sabía que había sido una de sus mejores alumnas y que vivía en Bruselas y formaba parte de una sinfónica.

—Lo siento mucho —añadió.

—Gracias.

—Me acuerdo a menudo de ella, pero eso no es ningún mérito. Acordarse de tu abuela es lo normal, lo difícil sería olvidarla. En las clases siempre me decía: «¡No pienses en los dedos, piensa en los oídos!». Y no sabes cuánto me ha servido ese consejo —dijo antes de apartarse para que otros conocidos le dieran el pésame.

Luego, sin que nadie hiciera ningún gesto, todos se fueron quedando en silencio alrededor de los dos soportes que sostenían el ataúd frente al nicho. Su abuela había dispuesto que la enterraran con discreción junto a los suyos y que no hubiera ceremonia religiosa ni poemas ni discursos. No le gustaban las palabras grandilocuentes. «Busca a quien te haga feliz, no a quien te diga cómo tienes que serlo», recordó su consejo. Nada de sermones, pues, ni de música de reproducción electrónica. Solo había pedido que su nieta interpretara el *adagio* de Schubert, que siempre le recordaba a las personas a las que había querido. Marthe avanzó dos pasos y se encajó la viola en el cuello.

Era el martes 18 de mayo y entre las copas de los árboles penetraban trallazos de luz que se clavaban en el césped. Una brisa golosa pasaba lamiendo las flores endulzadas por la reciente lluvia y, a través del aire limpiísimo, las notas algo roncadas de la Giuliani se dirigían sin obstáculos hacia el ataúd. Marthe imaginó que su abuela las escuchaba en silencio, como había hecho mil veces, con la cabeza ligeramente inclinada en un gesto de concentración para apreciar los matices, o adelantando el labio inferior antes de corregir un detalle técnico, la debilidad del brazo o la lentitud del anular en un vibrato. Miró hacia el ataúd, ajena a los asistentes al funeral, a los parientes y a los amigos vestidos de oscuro, algunos lagrimeando, al reducido

grupo de exiliados españoles, fieles a la memoria, uno de ellos en silla de ruedas y sosteniendo una pequeña bandera republicana y los otros en pie, con las manos enlazadas ante el vientre, los trajes mal planchados y el gesto de agravio, marcado en el 39, que les endurecía el entrecejo y las comisuras de la boca, en completo silencio, como si solo la música lograra acallar su permanente murmullo de palabras españolas, ya teñidas de acento francés, engordadas las erres y dulcificada la contundencia de cada sílaba.

Marthe sintió que con el *adagio* interpretaba un doble duelo, y a pesar de su esfuerzo por evitarlas, porque su abuela le había enseñado que un músico solo debe manifestar sus emociones con la música, notó cómo las lágrimas se apiñaban en sus ojos, corrían por sus mejillas y una de ellas caía en el alma: oyó su diminuto chasquido al explotar contra la madera.

Su interpretación había sido más bien turbulenta, pero, al terminar, su padre se acercó a ella y la abrazó. Al besarla notó en sus labios un residuo de sal.

Los operarios introdujeron el ataúd en el hueco y, sobre él, las flores y las coronas. Bajo el pequeño alero que protegía seis nichos se leía: FAMILIA BOISGARD-MEDINA. Sus abuelos Marta y Émile habían tenido tres hijos —uno de ellos, Marc, muerto muchos años antes en un accidente de tráfico—, por lo que allí sobraba un nicho. O faltaba alguien. Marthe volvió a pensar en la carta y en el hijo desconocido.

—Vamos a casa. —Su padre le cogió el brazo al terminar.

Desde las navidades, cinco meses antes, no venía a Toulouse. Trabajaba en París como profesora de música en un instituto y desde la muerte de su madre cada vez la visitaba menos. La deprimía el deterioro de su abuela, para quien su padre había solicitado una plaza en una residencia, cansado de que ninguna de las asistentes que contrataba para cuidarla en casa durara demasiado tiempo. Aunque se despistaba a menudo con los objetos —cogía un tenedor y creía que era un peine, y otra vez tiró varios libros por la ventana creyendo que eran pájaros—, su alzhéimer avanzaba despacio, sin agresividad. Nunca fue necesario esconder los cuchillos ni las tijeras ni quitar los espejos para que cualquier madrugada no viera reflejada en ellos a una desconocida. Sin embargo, se había obsesionado con el robo, como si un miedo atávico —cuyo origen solo había comprendido al leer la carta— le brotara de lo más profundo de su alma. Al ver a las asistentes con una bata blanca, limpiando un armario o rellenando sobre la mesa el pastillero, creía que todos sus actos iban encaminados a robarle sus joyas, sus mejores vestidos, sus partituras, sus libros, sus gafas, sus útiles cotidianos. Las seguía

hasta el dormitorio cuando hacían la cama, porque decía que le cogían sus pendientes, o sus anillos, o el reloj de Émile, y que se los llevaban para lucirlos en las fiestas, ellas o sus novios. Aseguraba que había comprobado muchas veces los robos, y que si luego los objetos aparecían entre los jerséis o dentro de la tetera era porque los habían devuelto después de haber adornado sus orejas o sus muñecas. Por miedo a los robos comenzó a esconder, debajo del colchón o en lo alto de los armarios, la alianza y sus mejores tijeras, las partituras y los guantes de piel, una camisa bordada o la miniatura en oro de una pequeña locomotora que le había traído Émile de Marsella, pero luego olvidaba dónde los había escondido y las acusaba de ladronas, desesperada porque, a pesar de toda su vigilancia, le habían robado de nuevo y su hijo y su nieta no querían creerla.

—Habla tú con ella esta tarde, a ver si consigues convencerla —le pidió su padre en una ocasión—. Aunque lo dudo. Es una enfermedad muy puñetera.

Se habían quedado las dos solas y la oyó haciendo ruido en su dormitorio. Estaba de rodillas junto a la cama, ocultando bajo el colchón unos zapatos.

—¿Qué haces, abuela?

—Guardando los zapatos de los conciertos. No quiero que me los robe.

—¿Quién?

—La que viene a limpiar.

—No va a robártelos. Con lo grandota que es, seguro que ni siquiera le sirven. ¡Para calzarse ella necesita por lo menos dos trasatlánticos!

—Se los lleva para venderlos.

—No, abuela, nadie te roba nada.

Su abuela la miró desde el suelo con un gesto implorante.

—¿Tú tampoco me crees?

—Te creo, pero ahora pienso que te equivocas.

—Me robaron a mi hijo —dijo de pronto, con los ojos arrasados de lágrimas.

—¿Qué hijo?

—Aún no tenía nombre.

—¿El tío Marc? —le preguntó. Aquella historia había aparecido en los últimos tiempos como una dolorosa adherencia del alzhéimer, pero no la habían tomado en consideración porque su padre pensaba que se refería al tío Marc, el primogénito, muerto en un accidente de tráfico cuando era muy joven.

—¡No! Marc nació después.

—¿Dónde ocurrió?

—En aquel hospital, cuando la guerra. Se lo llevó la enfermera.

—¿Qué guerra? —insistió.

—En España —dijo con un extraño brillo en las pupilas, como si los estallidos de las armas de fuego de aquel viejo conflicto siguieran reflejándose en sus ojos—. Cuando querían matarnos.

Pero a Marthe le resultaba imposible imaginar que alguien hubiera querido matarla y renunció a indagar más en aquella confusa historia, reducida al fin a una obsesión, a otra prueba de aquel delirio que le hacía esconder las cosas más banales, como una variante del síndrome de Diógenes, a pesar de los esfuerzos de su padre por tirar la ropa y los adornos que ya no servían para nada y que solo contribuían a alimentar su locura.

En el último año, siempre que había bajado a Toulouse su abuela le había hablado de los robos, pero el hilo de sus palabras cada vez estaba más enmarañado y su relato era más confuso, aunque igualmente firme y desesperado, con la misma indomable convicción, como si solo tuviera confianza en ella, en su nieta favorita, de quien esperaba que la creyera cuando todos los demás se negaban a ello.

En otra ocasión, sin embargo, al encontrar Marthe en un salero un anillo que creía desaparecido, su abuela recobró de pronto la luz, pareció que todas sus dendritas se conectaron, y reconoció que estaba enferma y que olvidaba las cosas. Entonces le cogió las manos y le dijo:

—¡Esa no soy yo! ¡Esa no soy yo!

Pero fue solo un arrebató de lucidez, porque al día siguiente la despertó muy temprano, aún era de noche. Se había vestido para salir y se había calzado con los zapatos de los conciertos que unas semanas antes había intentado esconder bajo el colchón. Al encender la luz de la mesilla, Marthe vio en la alfombra un bolso de viaje. Antes de que pudiera decir nada, su abuela la apremió:

—¡Date prisa, no podemos perder el tren!

—¿Adónde vamos, abuela?

—A España, ya te lo dije ayer.

—¿A España?

—A buscarlo. Le he hablado de ti. Nos está esperando.

Al intentar convencerla de que aquel viaje no tenía sentido, se enfadó con ella y le gritó:

—¡Tú tampoco me crees! ¡Tú tampoco me crees!

Sola en su habitación, Marthe volvió a leer la carta.

Más que los ahorros y el ajuar, más que las partituras y la Giuliani, sentía que la carta era su verdadera herencia y que la aludía directamente, como si al escribirla hubiera adivinado lo que unos días antes le había sucedido en París... Con los ojos cerrados recordó la pequeña sala de espera, en la que solo había dos mujeres —una de ellas muy joven— que detectaron su entrada, pero mantuvieron la vista agachada sobre el móvil o sobre la puntera de sus zapatos, evitando mirarse, como tampoco mirarían a un cachorro de gato o de perro abandonado por miedo a no olvidar nunca sus ojos.

Se sentó en un rincón mientras lamentaba la espera. Una vez tomada la decisión, deseaba que todo sucediera lo más rápido posible, porque cualquier demora aumentaría la angustia. Lo haría y luego nunca más permitiría que un hombre la tocara, no volvería a abrir las piernas para ninguno.

Una enfermera abrió la puerta del fondo y, sin decirle su nombre, se dirigió a una de las mujeres, que la siguió en silencio, con una extraña y mansa docilidad. La siguiente sería la chica más joven, que se mordía furiosamente las uñas.

Marthe se agachó sobre las revistas de la mesa central: todas eran de historia, de ciencia o de viajes, ninguna hablaba de matrimonios felices, de madres recientes que exhibían a sus bebés.

Minutos después la enfermera llamó a la otra chica y Marthe se quedó sola, respirando el aire cargado de miedo y desesperación. En la salita solo se oía el reloj de pared, seco y machacón, que hacía dos sonidos por cada segundo, tictac, tictac, uno más fuerte y otro más débil, como si estuviera cojo. No pudo permanecer quieta y entró en el pequeño cuarto de baño. Como cada vez que iba al aseo en las últimas semanas, buscó una mancha esperando el milagro, pero de nuevo fue en vano. Descargó la cisterna, y al volver a la sala, la enfermera estaba esperándola.

—Cuando quieras —le dijo sonriendo con amabilidad.

Marthe dio dos pasos hacia ella, pero se detuvo de pronto, observando los guantes verdosos, quirúrgicos, beligerantes. Cediendo a un impulso, farfulló unas palabras —«No puedo»—, se dio la vuelta y buscó la salida, ajena a la enfermera que le hablaba, caminando deprisa tras ella:

—¡Espera! ¿No quieres que hablemos? ¡Piénsalo, tenemos tiempo! ¡Doce semanas!

Como habían acordado, Alain estaba esperándola allí cerca, junto a un edificio en obras donde se oía el runrún de una hormigonera.

—¿Cómo ha ido? —le preguntó.

Sin responderle, dobló la esquina, porque quería perder de vista el cartel luminoso con el nombre y el logotipo de la clínica, y caminó deprisa hacia el coche aparcado, seguida en silencio por Alain, que no parecía tener nada más que decir. Era mejor así, porque tampoco quería verlo, en esos momentos odiaba todo lo que viniera de él. Llena de agravio y humillación, le parecía increíble que hasta unos días antes hubiera podido amarlo y mezclar su sangre con su sangre, engañarse a sí misma de esa manera y creer que merecía la pena.

—¿Cómo ha ido todo? —repitió cuando llegaron al coche.

Marthe lo miró sin disimular su rabia. ¿Qué esperaba que le dijera? Era su decisión y no iba a darle explicaciones. Había abierto la puerta del copiloto para entrar, pero el estribo era altísimo y se vio incapaz de levantar la pierna hasta allí arriba. De nuevo sintió un asco incontrolable hacia él, hacia su voz y su tacto, hacia aquel coche suyo lleno de ruedas y capaz de transportar a un elefante. Cerró de un portazo, levantó la vista y le dijo por encima del capó:

—No quiero volver a verte.

—Pero...

Ni siquiera tuvo el coraje de seguir con su protesta. Marthe incluso creyó advertir el asomo de un gesto de alivio, como si él tampoco quisiera seguir viéndola.

—¡No quiero volver a verte nunca!

Le dio la espalda y comenzó a caminar buscando un taxi. Bajo el cielo gris y la llovizna, París parecía el escenario adecuado a su desolación. La capucha del impermeable no le protegía el rostro por completo y dejó que las diminutas gotas de la lluvia disimularan sus lágrimas. La angustia se había convertido en una ardiente ira contra Alain, contra su cobardía y su egoísmo, y tuvo que contenerse para no volver hacia el coche y golpearlo a modo de despedida definitiva.

Pagó al taxista y, sin esperar el cambio, subió corriendo a su casa para vomitar arrodillada en el cuarto de baño. Luego cogió el títex y tachó con furia varios nombres de la agenda antes de tumbarse en la cama, paralizada por el desconcierto ante el futuro, sin voluntad ni ideas, sin saber lo que haría al minuto siguiente, a la hora siguiente, al día siguiente, mordiendo la sábana con el único deseo de desgarrarla. Sentía su cuerpo como un recipiente donde resonaban ecos de voces que no entendía, y tan pronto se arrepentía de haber huido de la clínica como se decía que, de haberse entregado a las manos verdes y enguantadas de la enfermera, su vida se habría quedado vacía, en los

huesos, porque sospechaba que hay regalos que solo se conceden una vez y para los cuales no hay una segunda oportunidad...

Ahora guardó la carta en el sobre, y al recordar lo que su abuela le decía tantas veces de niña —«Tú y yo somos muy parecidas»—, por primera vez tuvo la certeza de que todo lo que en ella le contaba era cierto y que una pérdida así, tan íntima y lacerante, no podía haber sido inventada por un cortocircuito entre dos neuronas. Desorientada entre las nieblas de su memoria, su abuela podía creer que le habían robado una sortija o un dedal, pero no a un hijo. En aquel momento, en la casa vacía y silenciosa, se sintió en comunión con ella y, en su compañía, comenzó a hallar un poco de calma y de consuelo.

—Marthe, Marthe —era su padre.

—¿Sí?

—Te has quedado dormida.

—Estaba muy cansada. ¿Qué hora es?

—Las cinco.

Se sentó en la cama, aturdida, porque dormir fuera de horario la desconcertaba y tardaba un tiempo en saber dónde se encontraba.

—¿Cuándo vuelves a París? —le preguntó su padre.

—No lo he pensado, todo esto ha sido muy rápido —respondió. No le dijo que había pedido un mes sin sueldo en el instituto, pensando que lo necesitaría para recuperarse tras el aborto.

—Sería bueno decidir cuanto antes qué hacer con las cosas de tu abuela. Elige lo que quieras conservar, tú eras su única nieta y había dispuesto que sus joyas y la viola fueran para ti. Lo que no quieras podemos dárselo a alguna oenegé. Ve mirándolo cuando tengas un rato.

Sola ante el armario, acarició las blusas, los vestidos, los abrigos, sin decidirse a elegir nada. Se probó algunas prendas, pero se veía rara con ellas, con aquellos anticuados complementos. De lo alto del armario bajó una vieja maleta. Contenía un sobre con fotos viejas, una antigua llave de hierro, una cartilla de racionamiento con algunas casillas rellenas, unas partituras y unos cuantos vinilos de música clásica, unos programas de conciertos locales en los que había intervenido, un cilindro de cartón con un título del Conservatorio de Madrid y, atado con balduque rojo, un fajo de cartas. Al hojearlas, comprobó que todas eran de un antiguo compañero de la guerra llamado Tena, que le contaba recuerdos de su lucha común en las trincheras de un lugar llamado Breda —como el título de los folios que se hallaban en el sobre, que aún no había leído— y cómo era su vida posterior en Madrid, en la posguerra.

Cuando su padre entró en la habitación, cuatro horas más tarde, ya había elegido lo que quería: las fotos, las joyas, la viola, las partituras, la documentación y un sombrero rojo para la lluvia que su abuela le dejaba ponerse cuando era pequeña.

—Lo demás podemos donarlo, porque es otra la herencia que tengo de la abuela —le dijo a su padre.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a ir a España.

—¿A España? —repitió, aumentando la sonoridad de la palabra.

—Sí. La abuela quería que encontrara a su hijo —dijo, y añadió—: A tu hermano.

—Pero nunca hemos creído esa historia —replicó sin demasiada convicción.

—Yo la creo ahora. Y me arrepiento de no haberla creído antes. ¿Te acuerdas de lo que ocurrió en su último cumpleaños?

—No.

—Me pidió que me sentara a su lado para ayudarla a soplar las velas. «Estarás contenta. Ahora estamos todos aquí», le dije cuando las apagamos. «Falta él», me respondió. Yo creía que se refería al tío Marc, pero la abuela me corrigió: «No, no es Marc. Marc está muerto. Falta el otro». Cuando le pregunté a quién se refería, me dijo: «Ni siquiera me dieron tiempo para ponerle un nombre. No sé cómo se llama».

—Ya hemos hablado otras veces de esto, Marthe. Tu abuela se había obsesionado tanto con que le robaban que hasta inventó lo de ese hijo.

—¿Por qué no pudo ser al revés? ¿Por qué no creer que le quitaron a su hijo y que por eso se obsesionó con los robos? Esas cosas ocurrían en las guerras. Si no estaba loca en otras cosas, si hasta el final leía las partituras y tocaba la viola, ¿por qué iba a estar loca en ese tema?

—¡Porque el alzhéimer actúa así! No sigue una lógica.

—¡Pues yo la creo ahora! Siento que todo cuadra, lo veo con claridad, es como si antes hubiera estado ciega. Y según tú, me escribió la carta hace tiempo, antes de que comenzara a desvariar. Quiero ir a España a intentarlo, quiero ir a comprobar si vive ese niño.

—¿Si vive? Quizá no ha vivido nunca.

—En sus papeles habla del hospital de una ciudad cercana a Madrid, Ciempozuelos. Tendrá que haber algún registro de nacimientos, o de muertos... ¡Algo!

—¿En España? ¡No necesariamente! Ese país es un caos... y lo sería aún más durante la guerra, cuando decía que ocurrió ese supuesto nacimiento. Ni siquiera sabes si fue niño o niña.

—En los papeles dice que las enfermeras y el médico hablaron de un niño. Además, detalla las fechas y otros datos que coinciden con las cartas que cruzó años después con un amigo republicano con el que luchó en las trincheras, en un lugar llamado Breda, meses antes del parto. En uno u otro sitio tiene que haber algo o alguien que la conociera. Siempre quedan huellas de lo que hacemos, nadie pasa mucho tiempo en un sitio como si no hubiera pasado.

—Y aunque fuera cierto, ¿qué seguridad tienes de que no ha muerto? Incluso así ya sería un viejo.

—La abuela dijo una vez que, si hubiera muerto, ella lo habría sabido. Su padre lanzó un suspiro de cansancio.

—¡Eres tan impulsiva y testaruda como ella! ¿Y cuándo irías?

—Enseguida. Pasado mañana. Voy a pedir un mes sin sueldo en el instituto.

—Tienes cara de estar agotada. ¿Por qué no esperas unos días, descansas y te lo piensas mejor?

—Mañana estaré mejor.

—No es fácil buscar a alguien después de tanto tiempo —insistió.

—Lo sé.

—¿Y cómo vas a ir?

—No lo he decidido. Supongo que lo mejor es coger un avión hasta Madrid y desde allí moverme en tren.

Su padre pensó unos segundos.

—Podrías llevarte el coche..., si no te molesta la quemadura del brazo para conducir.

—¿El coche? ¿Por qué?

—¿No lees la prensa? Porque hace dos meses estallaron todas esas bombas en unos trenes en Madrid.

—Esa es precisamente la mejor razón para que no se repita... Pero está bien, si te quedas más tranquilo, me llevaré el coche.

—¡Mejor! Además, acabo de instalarle un nuevo aparato, un TomTom.

—¿Y eso qué es?

—Una especie de mapa electrónico que te dirá dónde estás exactamente en cada momento y te irá guiando por satélite. Te ayudará a que no te pierdas por allí abajo.

—Toma, llévatelo. Está recién hecho. —Su padre le entregó un termo lleno de café—. Te mantendrá despierta.

—Vale.

—Descansa cada dos horas, allí nadie te está esperando.

—Descansaré, no te preocupes.

—Y llama en cuanto llegues.

—Te llamaré.

Durante los últimos cinco años había viajado a París muchas veces en pésimas condiciones meteorológicas, y su padre nunca se había inquietado por ella. Ahora, sin embargo, lo veía preocupado, como si en el viaje a España aún pesara la idea de un lugar duro y conflictivo heredada de la abuela. Adelantó un paso y la abrazó prolongadamente.

—Que vaya todo bien, aunque no creo que sirva para nada.

—A lo mejor te equivocas y te traigo a un hermanito —bromeó.

Puso el contacto, agarró con firmeza el pomo del cambio de marchas, metió primera y arrancó. Hasta doblar la esquina estuvo viendo por el retrovisor a su padre, que le decía adiós con la mano como si se fuera a la guerra.

Cuando ya avanzaba por la autopista, sola, volvió a dudar de la conveniencia de todo aquello. El TomTom indicó que faltaban más de novecientos kilómetros para llegar y sintió temor ante un viaje tan largo, al interior profundo de aquel país áspero y seco. ¡Si al menos se dirigiera a una ciudad con mar, a un lugar luminoso en la costa del Mediterráneo, que tanto echaba de menos en las lloviznas de París y de Toulouse! Pero había buscado en internet e imaginaba que tanto Breda, donde su abuela se había quedado embarazada, como Ciempozuelos eran unas ciudades de provincia pequeñas y dormidas, plantadas en paisajes de barbechos polvorientos y llenos de rastrojos, feas, con castillos convertidos en establos y, en cuanto avanzara más la primavera, aplastadas bajo un calor homicida.

A pesar de sus dudas, llevaba conduciendo más de nueve horas ayudándose del termo de café, parando solo para refrescarse la cara y

recogerse el pelo en una cola de caballo, para comer y repostar. Según avanzaba hacia el sur, se fue calmando el viento que bufaba enfurruñado en las primeras horas y que ponía horizontales los cucuruchos de los puentes y fue aumentando el número de insectos estampados contra el parabrisas. De vez en cuando abría la ventanilla unos centímetros para que una rebanada de aire le refrescara el rostro y se llevara la arena del sueño que le pesaba en los ojos.

Protegida por una venda, la quemadura del brazo ya apenas la molestaba, aunque terminaría dejándole una fea cicatriz. Para no pensar en ella, encendió la radio y se sintonizó automáticamente una emisora que daba una noticia sobre un universitario estadounidense que acababa de crear una página web llamada Facebook, pero no le interesó y cambió a otra que chisporroteaba noticias sobre el enloquecido crecimiento urbanístico por toda España y sobre los atentados terroristas que habían causado 191 muertos dos meses antes. Todo era terrible, aquel 2004 parecía el año del dolor y, cansada, cambió el dial...

El aviso del navegador impidió que se saltara, sin verlo, el cartel del desvío a Breda. Se había distraído con el espectáculo del sol y de las amarrotadas nubes que tenía enfrente. La tarde había reventado en el cielo y había llenado de sangre el horizonte, derramando una suave luz sobre un paisaje de vigorosas tierras de labor.

Quince minutos más tarde, agotada, preguntó por un hotel en una gasolinera que había a la entrada del pueblo.

—El Europa —le indicó el empleado al ver su matrícula extranjera, como si diera por hecho que debía de conocerlo.

Poco después, aparcó frente al hotel. Contra lo que había imaginado, era una especie de palacio-fortaleza convertido en alojamiento, en cuya fachada, por encima de la puerta, se veía un orgulloso escudo de granito en el que dos hoces cerraban sus puntas sobre una espiga.

Desde la habitación llamó por teléfono primero a su padre para decirle que había llegado bien, y luego, con cierto recelo, a aquel detective de tan curioso nombre que había encontrado por internet en un lugar tan apartado, y que había respondido enseguida a su *email*. Acordaron una cita para la mañana siguiente.

A las diez estaba sentada en un sillón del vestíbulo, recuperada del largo viaje y vestida con una camiseta de manga larga para ocultar la venda del antebrazo

y evitar preguntas. Y supo que era el detective cuando vio llegar a un tipo alto y delgado que, al distinguirla, se dirigió hacia ella.

—¿Marthe Boisgard?

—Sí.

—Ricardo Cupido. Encantado.

Pidieron un café y el detective la miró con gesto interrogativo en cuanto se alejó el camarero.

—Supongo que te extraña que alguien venga desde tan lejos con un encargo de trabajo —dijo tuteándolo, como se había acostumbrado a hacer al hablar en español con su abuela—. Hasta aquí no deben de llegar muchos extranjeros.

—Pocos, y casi todos de paso. En cambio, hay gente que se marcha, y siempre son los mejores.

—¿Emigran?

—Los jóvenes. No hay mucho empleo.

El camarero volvió con los cafés. Marthe bebió un sorbo mientras pensaba por dónde comenzar.

—Lo que busco no será un trabajo fácil —le advirtió.

—En este oficio pocos trabajos lo son.

Marthe sacó del bolso un sobre grande y, de él, una carta.

—Mi abuela murió en Toulouse hace cinco días. Era española, se llamaba Marta Medina Ortiz y durante la guerra estuvo aquí, en Breda, alistada en el bando republicano..., acaso en este mismo lugar donde estamos ahora. Este edificio parece muy antiguo —dijo lentamente, y se le notaba cómo iba traduciendo en su cabeza.

—Lo es. Y le cayeron encima algunas bombas.

—Para ella, esta ciudad fue importante. Años después, cruzó algunas cartas con un compañero de trincheras que no salió de España. Por lo que sé por esas cartas, aquí se quedó embarazada. Pero eran tiempos de guerra, los republicanos perdieron este sitio y tuvo que huir sola, porque el padre del niño murió aquí. Su hijo nació en un lugar llamado Ciempozuelos. ¿Lo conoces?

—Sé dónde está.

—En Ciempozuelos también perdió a su hijo..., o se lo quitaron. Esta es la petición que me dejó antes de morir —explicó entregándole una carta.

Cupido abrió el sobre y extrajo la cuartilla escrita por las dos caras con una caligrafía pulcra y clara, con las aes panzudas y las emes desparramadas, en la que Marta Medina le pedía a su nieta que encontrara a su hijo perdido.

—¿Tienes más documentación?

—Sí. —Marthe le entregó el sobre grande con la información escrita por su abuela y lo observó mientras la hojeaba durante unos minutos sujetándola entre las manos de dedos largos, sin alianza.

—Pero incluso disponiendo de estos datos —dijo Cupido al fin—, será difícil encontrarlo después de tanto tiempo. ¿Por qué tardó tanto en decidirse?

—Mi abuela llegó a Toulouse en 1941 y, al principio, debió de callar por miedo, o por soledad, porque no conocía a nadie que pudiera ayudarla. Bastante tendría con sobrevivir en un país extranjero donde, además, había una guerra. Llegó allí sin nada, se lo habían quitado todo: su hijo, su país, su patrimonio. Luego conoció a mi abuelo Émile y se casaron. Como desde el principio le ocultó que había tenido un hijo, luego no se atrevió a confesarlo, sería como reconocer que no había tenido confianza en él. Si durante algún tiempo ocultas un secreto de ese tipo, luego ya te ves obligada a seguir ocultándolo siempre.

—Sí —dijo Cupido.

—Mi abuela calló durante muchos años, fue lo único que no le contó a mi abuelo, porque en todo lo demás fueron un matrimonio feliz. Tuvieron tres hijos, uno de ellos es mi padre. Solo se decidió a revelar aquel secreto cuando mi abuelo ya había muerto y sus hijos eran mayores. Pero nunca olvidó aquella pérdida. Llevó su dolor en silencio —dijo con voz conmovida—, sin compartirlo con nadie hasta sus últimos años. No quería morir sin limpiar esa pena.

—Será difícil encontrarlo —insistió Cupido—. Ni siquiera es seguro que aquel niño viva todavía. Ha pasado mucho tiempo.

—Sesenta y seis años.

—Y una cosa más —se sintió obligado a decir—. Si existe, puede que sea una persona estupenda. Pero ¿has pensado que también puede ser un indeseable?

—Sí, lo he pensado. Me arriesgaré a la decepción.

Cupido volvió a hojear los papeles, en silencio, hasta que añadió:

—¿Estás segura de que no quieres contratar a un historiador en lugar de a un detective privado?

—No creo que esta sea una búsqueda histórica. Aún no sabemos si está muerto.

—¿Lo has intentado en internet?

—Sí, y no encuentro nada. Ni sé qué procedimientos hay que seguir en estos casos. Además, no soy española y en mi documento de identidad ni

siquiera figura su apellido, Medina.

—Necesitaré una autorización firmada por ti para poder actuar en tu nombre, una fotocopia de tu documento de identidad y otra de alguno de tu abuela.

—¿Eso significa que aceptas el trabajo?

—Sí.

—¡Perfecto, muchas gracias! —exclamó—. En una hora te dejo en recepción todos los documentos. ¿Cuáles son tus honorarios? Supongo que, para ti, este es un trabajo poco habitual.

—¿Poco habitual?

—Supongo que los detectives os dedicáis a investigar desapariciones, robos, estafas a compañías de seguros... Cosas así. No a la búsqueda de un niño que desapareció hace décadas.

—En el fondo, siempre es lo mismo: una búsqueda —dijo Cupido.

Marthe se quedó pensativa unos segundos.

—Tienes razón. En realidad, todos nos pasamos la vida buscando. Algunos, pocos, lo encuentran —dijo con voz suave y fatigada. Luego repitió—: ¿Tus honorarios?

—¿Hay algún interés material en encontrarlo?

—No, si te refieres a dinero, joyas, cubiertos de plata o cosas así. Solo es una cuestión de sangre. Mi abuela no quería que un hijo suyo pudiera pensar que ella lo abandonó por voluntad propia. Me encargó que lo encontrara y que le pidiera perdón. Ella tal vez fue débil, pero no fue indigna.

—De acuerdo.

Marthe aceptó la cifra que le propuso Cupido y, antes de despedirse, añadió:

—Una cosa más.

—Sí.

—Mi abuela estuvo durante un año aquí, en Breda, luchando en las filas republicanas. ¿Crees que quedará alguien vivo que hubiera podido conocerla?

—Demasiado tiempo —repitió Cupido—. Pero déjame preguntarlo. Y tú, mientras tanto, ¿qué piensas hacer?

—Esperaré los resultados de tu búsqueda. He pedido un mes sin sueldo en el trabajo y en Francia nadie me espera. Supongo que haré alguna excursión... y me aburriré.

—Si quieres, puedo decirle a alguien que te acompañe —sugirió pensando en el Alkalino—, un guía que...

—No es necesario —lo interrumpió con un gesto de alarma.

Se despidieron, y Marthe, satisfecha, lo vio alejarse hacia la puerta, metro a metro, que es lo que parecía avanzar con cada uno de sus pasos, alto y apuesto, pero sin la altura inútil de los desgarbados; al contrario, a pesar de su estatura mostraba una elegante coordinación de movimientos y daba la sensación de que le quedaría bien cualquier ropa que vistiera. Era más apuesto que guapo, y su contacto con la aventura, y acaso también con el peligro, aumentaba su atractivo, que desplegaba sin darse cuenta, con la misma naturalidad con que los pájaros despliegan sus colores. Transmitía confianza y honradez, quizá por moverse con calma y sin gestos estridentes, o por su modo de escuchar en silencio, como si las historias sucias que sin duda tocaba en su profesión hubieran resbalado sobre él sin mancharlo. No parecía uno de esos detectives sagacísimos de los libros que hacían preguntas como si ya conocieran las respuestas, solo para corroborar sus intuiciones, y que al entrar en una habitación escaneaban todos sus objetos —un reloj, una copa, el hilo de una prenda de ropa— y revelaban todos los secretos que escondían. No hablaba como ellos, y así impedía que ella misma se contagiara de una sintaxis policiaca. Cuando levantaba los ojos no parecía que tuviera visión nocturna, ni que estuviera disparando fotografías y archivándolas cada vez que bajaba los párpados. Pero, al mismo tiempo, bajo aquella apariencia apacible latía en él algo duro e indomable, una solidez que se volvería tanto más resistente cuanto más se la golpeara.

Para cada investigación, Cupido abría un nuevo cuaderno de espiral, a menudo creyendo que no tendría suficientes páginas para desentrañar los enigmas y siempre comprobando que al final sobraban muchas hojas en blanco. Ahora escribió HIJO DE MARTA en la primera página y comenzó a ordenar los datos que había extraído de la documentación:

El 5 de febrero de 1938, Marta Medina Ortiz dio a luz a un bebé —ni siquiera le dejaron comprobar si fue niño o niña— en el entonces hospital militar de Ciempozuelos. Fue atendida por un médico, una comadrona y una enfermera de Falange que desde meses antes había controlado su embarazo y que, posiblemente, había avisado a los futuros padres adoptivos. De ninguno de los tres se sabía el nombre y, por otro lado, era muy probable que hubieran muerto. Por ese camino no podría avanzar, de modo que tendría que buscar los nacimientos de ese día en los archivos del hospital militar y del Registro Civil, y en las parroquias de la ciudad, puesto que el bautismo era un sacramento de obligado registro documental.

Cerró el cuaderno, sin muchas esperanzas en aquella búsqueda. Con datos tan escasos podría pasarse un mes poniendo a prueba su paciencia en los archivos y hundiendo la cabeza en legajos polvorientos sin más fruto que un comienzo de miopía. Había transcurrido demasiado tiempo. ¿Qué posibilidades tenía de encontrar a un recién nacido desaparecido en una guerra cuando todavía había tantos adultos muertos de los que nada se sabía?

Y a pesar de esas dificultades, el encargo de Marthe le parecía un trabajo apasionante, distinto de las investigaciones sobre delitos y muertes en las que sus clientes le pedían lo que él no podía dar y que siempre lo dejaban desolado y exhausto. Si ahora lo llevaba a cabo con bien, se abría la posibilidad de un final verdaderamente feliz.

Había quedado con el Alkalino para comer juntos, pero lo llamó por teléfono para decirle que no podía ir, que tenía trabajo.

—Me alegro por ti. ¿Saldrás fuera de Breda?

—Sí.

—Te sentará bien. Llevabas demasiado tiempo inmóvil, como Batman, encerrado en tu apartamento y colgado boca abajo en la oscuridad.

—Exageras.

—Algún día te darás cuenta de cuánto te beneficia ese oficio tuyo que te empuja hacia el mundo, a hacer preguntas y a escuchar respuestas...

—Aunque algunas sean mentira —lo interrumpió.

—En ese caso, ya te encargarás tú de descubrirlas —dijo el Alkalino con aquella fe indestructible en su capacidad.

Concentrado, comenzó a leer de nuevo lo escrito por Marta Medina Ortiz y advirtió un dato al que no le había dado importancia en la primera lectura: al romper aguas, había acudido al hospital «acompañada de mi primo Luis, que entonces tenía catorce años».

Marcó el teléfono del Europa y pidió hablar con Marthe.

—Tu abuela vivía con unos primos en Ciempozuelos cuando nació el niño. ¿Sabes si después de marcharse a Francia siguió manteniendo el contacto con ellos? No encuentro ninguna otra referencia en sus papeles.

—Algunas veces hablaba de ellos, pero últimamente lo mezclaba todo. Puedo preguntarle a mi padre.

—Avísame en cuanto sepas algo.

Marthe lo llamó diez minutos después.

—En efecto, mi abuela tenía unos primos en esa ciudad, que la ayudaron cuando escapó de Breda. Se llevaba muy bien con ellos, porque su padre era

hermano gemelo del padre de Marta. Es un poco lioso y no sé si te sirve para algo.

—Sí, me sirve, porque al menos podemos deducir que sus primos tenían su mismo apellido, Medina. Tal vez viva alguno de ellos, puesto que eran más jóvenes, o tal vez tengan descendencia.

—Llámame si puedo ayudarte en algo más —añadió con aquel acento francés que le resultaba tan agradable.

Abrió el ordenador y en las Páginas Blancas, de la guía telefónica, tecleó el apellido Medina acotando la búsqueda a la pequeña ciudad madrileña. Aparecieron siete personas y un taller mecánico. Al ampliar la búsqueda a la comarca de La Sagra y a la provincia de Madrid, los Medina se multiplicaban de un modo incontrolado. No tenía sentido comenzar a llamarlos a todos preguntando si alguno recordaba a una muchacha de su familia llamada Marta que, sesenta y seis años antes, había dado a luz y luego se había marchado a Francia, de donde nunca había regresado. Saldría al día siguiente para buscar en los archivos.

Apagó el ordenador y fue caminando hasta La Misericordia. La espléndida tarde de primavera había sacado a los ancianos a los jardines, donde estaban sentados al sol o caminaban despacio por las veredas sin baches, solos o acompañados por familiares o enfermeros. La mayoría eran mujeres, en una proporción de tres a uno, pero no sabía si se debía a su mayor longevidad o a que los hombres no aceptaban tan fácilmente el ingreso.

No encontró a su madre fuera ni en el salón donde algunos internos jugaban a las cartas, otros miraban el televisor con el volumen muy alto, uno dormitaba en su silla y a su lado otro mamullaba comiendo una galleta. Cuando iba hacia su habitación, pasó ante una asistenta que, con los dedos de un guante de látex asomando en el bolsillo de su bata, le advertía algo a un anciano que, doblado como una boca de incendios, miraba con desconcierto un pequeño charco entre sus pies. Como todas las residencias geriátricas, La Misericordia también fracasaba en su empeño de parecer antes un hotel que un hospital.

Su madre estaba ante el televisor, desaliñada y en zapatillas, y al entrar lo miró extrañada, como si tardara unos segundos en reconocerlo. La habitación estaba casi en penumbra y Cupido tiró de la cinta para levantar la persiana. Al agacharse a besarla, le pareció que había vuelto a encogerse y que sus huesos se habían acortado unos milímetros. Tendría que preguntar por su salud, aunque allí costaba mucho esfuerzo sacarles la mínima información a enfermeras y auxiliares, que justificaban cualquier dolencia con la edad de los

internos o como efectos secundarios de los muchos medicamentos que bombeaban en sus venas. Solo aquel médico, Fuentes, le había detallado un día datos concretos del estado de su madre y le había dicho que no se preocupara.

—¡Venga, que salimos al jardín! Hace un día demasiado bonito para estar aquí encerrada.

—Estoy cansada —se resistió.

—Yo te ayudo. Verás como luego te alegras.

En el jardín se sentaron al sol en uno de los bancos.

—Mañana salgo de viaje y estaré fuera unos días —le dijo.

—¿Vas muy lejos?

—No. Cerca de Madrid. Es un trabajo relacionado con algo que sucedió aquí, en Breda, hace mucho tiempo, durante la guerra.

—¿Aquí?

—Sí. ¿Recuerdas haber oído hablar de una chica miliciana que tocaba la viola?

Su madre giró la cabeza hacia él, de pronto interesada.

—¡Claro que sí! Yo era muy pequeña, pero a tu abuelo le oí muchas veces hablar de ella. Él sí la conoció y habría podido contarte más cosas.

—Cuéntame tú lo que recuerdes.

—Tu abuelo Martín había comprado el camión y durante la guerra trabajó para los soldados del Gobierno. Entre ellos estaba esa muchacha que tocaba el violín.

—La viola —la corrigió.

Su madre cerró los ojos y se le plegó el entrecejo, esforzándose por recordar. Pero al abrirlos, había aparecido un brillo húmedo y el cansancio había disminuido.

—No había muchas mujeres milicianas y ella llamaba la atención. Tu abuelo contaba que una vez la había llevado en el camión, a ella y al pintor del Mausoleo, a contemplar las pinturas de las cuevas de El Paternóster. Y que otra vez la había oído tocar en el entierro de unos milicianos que habían caído cerca del Lebrón. Algo debía de tener aquella muchacha, porque muchos años después la gente se seguía acordando de ella y de su música. Además, su muerte siempre fue un misterio. Su cadáver no apareció nunca y durante mucho tiempo nos preguntamos qué habría sido de ella.

—Logró escapar —dijo Cupido.

—¿Escapó? ¡Pero si siempre se ha dicho que nadie logró escapar del cerco de Yagüe!

—Escapó de algún modo y logró llegar a Francia.

—¡Cuánto me alegro por ella! ¿Y tu viaje a Madrid está relacionado con eso?

—Sí. Acaba de morir en Francia y ahora se ha sabido que tuvo un hijo aquí, en España. Y que lo perdió... o se lo quitaron. Me han pedido que lo busque.

—¿Después de tanto tiempo?

—Sí.

—Si se lo quitaron..., puedo imaginar lo que habrá sufrido —murmuró. Ella también había perdido a un hijo cuando aún no había cumplido cinco años, pero había sido a causa de una enfermedad.

Su madre volvió a quedarse pensativa, con los ojos cerrados, recibiendo el calor benéfico del sol, que brillaba esquivando unas pocas nubes elásticas que se extendían y se contraían a estirones de la suave brisa, en un silencio solo interrumpido por el susurro de una silla de ruedas que un enfermero empujaba y por el bordoneo de alguna abeja que solo se ocupaba de libar, sin picar a nadie.

—Encuétralo. Aunque ya sea tarde para ella —dijo de pronto.

—Lo intentaré.

—Esta es una historia de viejos y de sombras.

—Sí.

—Lo malo de las historias de los viejos es que dan poco tiempo para resolverlas. No nos falta mucho para morir y las historias se desvanecen con nosotros.

Su madre alzó hacia la luz de la tarde sus gastados ojos, que brillaron de nuevo como si miraran hacia algún lugar muy lejano por encima de las vibrantes copas de los árboles, que parecían tintinear y hervir de savia bajo los rayos del tibio sol de primavera.

Cupido llegó a Ciempozuelos la tarde del día 23, un domingo del veleidoso mayo, y se registró en un hotel del centro. Aunque el viento ya anunciaba a trompetazos la inminente lluvia, salió a localizar los lugares donde comenzaría la búsqueda al día siguiente. La ciudad era como esperaba: un feo poblachón de los bajomadriles, vulgar y arracimado en torno a la plaza, aunque en su extrarradio las grúas iban sembrando nuevas urbanizaciones de chalés y adosados, en calles rectas como surcos de plantaciones que necesitarían tiempo para arraigar y dar flores y frutos, pues de momento solo parecían dormitorios de Madrid. Mientras caminaba llegó la lluvia, sorprendentemente fría para la estación, espoleada por los pistolones de los rayos de una tormenta de primavera que lo obligó a regresar de forma precipitada al hotel.

A la mañana siguiente no llovía, pero una niebla lanuda y perezosa había tomado las calles, ablandaba las esquinas y se apoyaba en la ancha puerta del antiguo hospital militar, reconvertido en una clínica psiquiátrica. La recepcionista lo envió a una oficina en el sótano donde se solicitaban los expedientes médicos. Cupido bajó y llamó a una puerta con el rótulo ARCHIVO y una voz le indicó que pasara.

—Estoy buscando los datos de un nacimiento.

—Se ha equivocado de hospital. Aquí no hay maternidad —murmuró sin mirarlo una funcionaria que tecleaba con furia ante un ordenador.

—Ocurrió hace mucho tiempo —insistió Cupido.

—¿Fecha?

—Cinco de febrero de 1938.

La funcionaria dejó de atormentar el teclado y levantó la vista. Tenía los ojos muy hundidos tras unas gafas gruesas, la nariz alargada como un marcapáginas y un labio superior tan abultado que parecía un toldo sobre los dientes.

—En efecto, hace mucho tiempo. En la guerra.

—Pero supongo que incluso durante una guerra hay leyes sobre el registro de los nacimientos.

—Durante aquella, aquí la única ley fue la que impusieron los militares.
¿Cómo se llama el niño?

—Eso es lo que estoy buscando.

La mujer lo miró con atención.

—¿Es usted familiar?

—No. Soy detective privado.

—¿Quién lo ha contratado?

—La familia.

—¿La familia? ¿La familia de alguien de quien no sabe ni el nombre?

—Precisamente —dijo mostrándole el documento de identificación de Marthe y el permiso firmado por ella.

—Ya entiendo. Pero no sé si podré ayudarle.

—La madre se llamaba Marta Medina Ortiz. —Sacó el último documento de identidad de la anciana y la fotocopia de la carta manuscrita donde figuraba el nombre del hospital y el día del parto. La empleada la leyó despacio, y cuando levantó el rostro, sus ojos habían aumentado unos milímetros y brillaban amables, renegando de su aspereza anterior.

—Solo le pido que lo compruebe —le rogó Cupido.

—Espere aquí. —Cerró la pantalla de su ordenador, salió de la oficina y volvió unos minutos más tarde con un libro grande y viejo en el que se leía, grabada con letras doradas, la palabra NACIMIENTOS. Se sentó a la mesa y comenzó a pasar páginas. Cada una correspondía a un nacimiento.

—¿Cinco de febrero de 1938?

—Sí.

Siguió pasando hojas hacia delante, y luego hacia atrás, y luego otra vez hacia delante, siempre con mimo, como si le gustaran más los libros que el ordenador.

—Ese día no consta que hubiera ningún nacimiento en este hospital. Ni el día anterior ni el siguiente.

—¿Y en fechas posteriores?

—Marta Medina Ortiz..., Marta Medina Ortiz —repitió mientras lo hojeaba ampliando el plazo—. ¿Pudo inscribirse con otro nombre?

—No. Lo habría dicho.

—¿Y está seguro de que el parto sucedió aquí?

—Sí, si esto era un hospital militar en 1938.

—Entonces quizá fue uno de esos nacimientos que ocurren durante las guerras en los que la misma madre pide que no se registre, porque ni siquiera ella está segura de que... A veces, ellas eran las primeras que querían olvidar.

—No en este caso. Ella no quiso olvidarlo nunca.

La empleada se inclinó hacia el libro y pasó el índice por la costura interior de los cuadernillos.

—Falta una hoja —dijo—. Y podría corresponder al cinco de febrero.

Cupido observó el apurado corte del folio.

—¿Me permite?

Pasó las hojas adelante y atrás leyendo los datos. Había distintas firmas de médicos, todas ilegibles, pero solía atender los partos la misma enfermera: Sofía Tello.

—¿Hay alguna otra forma de documentar los nacimientos? —preguntó, resignado.

—Sí. En el Registro Civil.

—De acuerdo. ¿Tengo que abonar algo por la consulta? —dijo. Mientras sacaba la cartera se arrepintió de haber caído en aquel viciado gesto, tan común en su profesión, de mostrar un billete entre los dedos.

—No. —La funcionaria negó moviendo la cabeza—. No tiene que pagar nada, no es así como suceden siempre las cosas. Le he dado esa información por algo más sencillo.

—¿Por qué?

—Por la memoria de la mujer que escribió esa carta. Por el hijo que le quitaron. Ojalá lo encuentre.

—Gracias —dijo Cupido.

—Ojalá tenga suerte. La necesitará.

Fue caminando entre la niebla hasta el Registro Civil, donde volvió a explicar lo que buscaba.

—Quiere decir que usted solicita un certificado de nacimiento de una persona cuyo nombre ignora —dijo el funcionario.

—Sí.

—Pues sin ese dato no podemos ayudarle.

—Pero sabemos la fecha del nacimiento y el nombre de la madre, Marta Medina Ortiz —repitió Cupido mientras sentía que comenzaba a familiarizarse con el nombre.

—Rellene este formulario y veremos qué podemos hacer.

—¿Cuándo podré tener una respuesta?

—A última hora de la mañana.

Desde allí se dirigió caminando al cementerio, en las afueras de la ciudad, en cuyos archivos se recogían los nombres de los numerosos fallecimientos que tuvieron lugar en aquellos días de febrero de 1938, muchos de ellos por

«heridas de guerra». Pero entre tantos muertos tampoco figuraba ningún recién nacido que encajara con sus datos.

Salió del cementerio con la sensación de estar hurgando inútilmente en historias de muertos muy antiguas y lejanas. En el jardín exterior, la niebla había desaparecido de repente y una luz aguachirle se filtraba entre las nubes altas e inexpugnables y una brisa golosa pasaba lamiendo las flores de los arriates endulzadas por la lluvia del día anterior, que había dejado las calles limpias y brillantes. Desde allí volvió al registro y, quince minutos antes de que cerraran, el funcionario le devolvió su solicitud sin ningún resultado. El nombre de Marta Medina Ortiz no aparecía en los archivos.

Se sentía torpe y desorientado en aquel tedioso rastreo administrativo, que quizá no debería haber asumido. Él no era un historiador a la búsqueda del tiempo perdido, no sabía manejar papeles, el papel no sangraba, no emitía gestos, gritos, destellos; él solo era un detective que investigaba misterios entre los vivos, hurgando entre la verdad y el engaño, entre la audacia y la cobardía, entre el amor y el llanto. Y en aquel encargo no parecía latir nada oculto... Pero entonces, ¿por qué alguien había arrancado una hoja del registro de nacimientos del hospital militar?

Confuso, hambriento y desanimado, entró en un mesón del centro, de cuyo techo colgaban decenas de jamones, a la espera de que los clientes comenzaran a boxear con ellos, y comió demasiado deprisa unas verduras cansadas y un bacalao de un sabor deshonesto que insultaban a la materia prima de la que procedían, y, con el café, unas pastas toledanas recuperadas de la tienda de un anticuario. Volvió al hotel y desde la habitación llamó a los siete teléfonos de la ciudad con el apellido Medina. Uno de los titulares había muerto, otro era un inmigrante mexicano, otros cuatro afirmaron no haber tenido entre sus ascendientes a ninguna mujer con aquel nombre y el séptimo había sido dado de baja en la compañía. Solo quedaba el taller mecánico.

No tenía muchas esperanzas de encontrar nada, pero hasta allí llegó su tributo al pesimismo. Había resuelto otros casos más intrincados y difíciles, y ahora no era más torpe de lo que lo era entonces. Cuando salió del hotel, el cielo había abierto sus ojos azules y un sol veloz, seco y hambriento quemaba los últimos jirones de nubes.

En el taller, dos mecánicos vestidos con monos azules se afanaban hundidos entre los motores de dos coches. Un anciano sentado en una silla, a la entrada, repartía su atención entre el trabajo y lo que sucedía en la calle.

—¿El dueño del taller? —le preguntó a uno de los mecánicos.

—Sí, soy yo.

—¿Se llama Medina de apellido?

—No. ¿Lo dice por el rótulo?

—Sí.

—Lo compró mi padre. —Señaló hacia el anciano—. El antiguo dueño sí se llamaba Medina. Todo el mundo conocía el taller por ese nombre y no quisimos cambiarlo.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Mucho. Hacia 1970. Treinta y cuatro años. ¿Por qué quiere saberlo?

—Estoy buscando al dueño anterior por un asunto familiar.

—¡Papá! —llamó en voz alta al anciano, que se levantó y fue junto a ellos—. Preguntan por el antiguo dueño del taller.

—Se llamaba Medina —dijo.

—¿Sabe cómo podría localizarlo?

—¿Es usted de Hacienda? —le preguntó el anciano, con una desconfianza posiblemente fermentada en cientos de reparaciones abonadas en negro.

—No. Trabajo para un asunto privado de la familia Medina.

—La compra fue legal —dijo, como si no hubiera escuchado su respuesta—. Vi un día el cartel de SE VENDE y me interesé por él. Consulté con mi padre y vinimos a hablar con el dueño. Nos pidió un precio razonable, pero a mí me pareció que podíamos bajarlo. En casa, le dije a mi padre que iba a regatear. Mi padre había sido comerciante y conocía a la gente y me dijo que no lo hiciera, que Medina era un hombre serio, no el típico intermediario estiratelas. Acepté el precio y lo compré. Todo fue legal —repitió.

—No lo dudo. ¿Y volvió a verlo, a saber algo de él? ¿De algún familiar?

—No. Medina quería trasladarse a Madrid, donde había visto un taller en venta. Sus hijos eran buenos estudiantes y quería que fueran a la universidad, y desde aquí no podía mantenerlos fuera. Me vendió el taller, le pagué lo que me pidió y nunca más volví a verlo.

Cupido le agradeció la información y se despidió de ellos. Era lo más cerca que había llegado. Según los papeles de Marta Medina, el mayor de sus dos primos había empezado a trabajar ya en 1938 en un taller mecánico y a aprender el oficio, de modo que bien podía ser el dueño anterior. Pero allí se acababa el camino. Había llegado el momento de reconocer el fracaso y abandonar, de pagar la cuenta del hotel y volver a casa. Cientos, miles de personas habían desaparecido sin dejar huella en una guerra que le parecía muy antigua y lejana, y también la nieta, Marthe, debía asumirlo. Ya que había llegado hasta tan lejos, podría dedicar un par de días a hacer algo de

turismo antes de regresar a Toulouse con la conciencia tranquila por haberlo intentado.

Se había alejado una decena de metros cuando oyó al anciano que lo llamaba:

—¡Eh, espere!

Cupido volvió junto a él.

—¿Sí?

—Su última pregunta me ha hecho recordar algo. Un detalle.

—¿Sí?

—Cuando fuimos a firmar las escrituras, tuvo que acudir a la notaría un hermano de Medina, porque el taller también era de su propiedad, no sé en qué proporción.

—¿Recuerda algún otro dato?

—Sí que lo recuerdo, sí. Nos dijo que era profesor y que trabajaba en Toledo. Me llamó la atención lo distintos que eran los dos hermanos: uno era mecánico, con las manos negras de grasa, y el otro solo se mancharía de tinta.

—¿Profesor de qué?

—Esa misma pregunta se la hizo mi padre, pero no recuerdo la respuesta.

—No es poco. Muchas gracias.

Ya en el hotel, internet no daba ninguna información sobre Sofía Tello, la enfermera del hospital militar, que podría ser la enfermera falangista que Marta Medina mencionaba en sus papeles. En cambio, ofrecía varios centenares de entradas sobre «Medina Profesor Toledo». Cupido fue acotando la búsqueda y no tardó en encontrar a un profesor jubilado de Historia del Arte en la Universidad de Castilla-La Mancha llamado Luis Medina Barroso. Su teléfono figuraba en la guía y no dudó en llamar. La voz de un anciano respondió cuando ya iba a colgar:

—Dígame.

—¿Luis Medina Barroso?

—Sí, dígame, pero hable más alto. No lo oigo bien.

—Permítame hacerle una pregunta: ¿es usted familiar de una mujer llamada Marta Medina Ortiz?

Al otro lado de la línea se hizo un silencio, pero Cupido no supo si se debía a las dificultades auditivas de su interlocutor, así que repitió, elevando la voz:

—Familiar de Marta Medina Ortiz.

—Ya lo he oído, no grite. ¿Quién es usted? ¿Desde dónde llama? ¿Para qué quiere saberlo? —preguntó. Debía de haber pegado el micrófono junto a

la boca, porque su voz sonó más clara, aunque alterada por una fatigosa respiración.

—Me llamo Ricardo Cupido y soy detective privado. La familia Medina me ha contratado para hacer esta búsqueda.

—¿Cupido?

—Sí —respondió el detective, acostumbrado a la extrañeza que lejos de Breda causaba su apellido—. Creo que es usted familiar de Marta Medina Ortiz.

—Sí, lo soy. ¿Y ella me está buscando?

—Ella murió en Francia hace unos días. Su nieta ha venido a España... Es un poco complicado para contarle por teléfono. ¿Podríamos vernos?

—¿Dónde está usted?

—En Ciempozuelos.

—¿Y cómo me ha encontrado? Hace siglos que ya no vivo allí.

—El dueño de un taller mecánico me puso sobre su pista.

—Venga a verme mañana a Toledo. Podremos charlar sobre Marta Medina.

—¿Mañana? —preguntó Cupido, anhelante.

—Sí, a las nueve, antes de que llegue la enfermera y no nos deje hablar. Creo que si he logrado vivir hasta ahora, podré esperar un día más antes de morirme.

La empleada condujo al detective hasta el estudio, donde encontró a Luis Medina sentado en un hondo sillón, mirando la calle por la ventana. Las paredes estaban cubiertas de libros, la mayoría volúmenes grandes y lujosos, con nombres de pintores, artistas y museos impresos en los lomos, bien ordenados en muebles tranquilos y musculosos.

—Acérquese —le pidió el anciano—. Siéntese ahí, por favor. Es usted demasiado alto para estar de pie.

Cupido estrechó su mano y se sentó frente a él, en la silla que le había indicado.

—Entonces, ¿mi prima ha muerto?

—Sí.

—Siempre había albergado la esperanza de volver a verla algún día —suspiró—. ¿De qué ha muerto?

—De alzhéimer.

—El alzhéimer es la única enfermedad que no padezco —dijo, como si hubiera temido un mismo desenlace. Según los cálculos del detective, tenía ochenta y un años. Se movía despacio y respiraba fatigosamente. Sus ojos, incoloros, como si con la edad, además del brillo y la viveza, también hubieran perdido los pigmentos, pasaron del detective a la calle, donde un numeroso grupo de turistas orientales llegó junto a la Puerta de Bisagra para acribillarla a fotografías—. Mírelos, a veces la ciudad está tan llena que se diría que estamos en Kioto o en Yokohama. ¡Vienen de la otra parte del mundo y yo nunca me decidí a ir a visitarla a Toulouse, tan cerca! Y ahora ya... ¿Quién lo envía?

—Su nieta, Marthe.

Cupido le entregó la carta. El anciano la cogió con manos temblorosas, se la acercó al rostro y entrecerró los ojos para enfocar mejor.

—De modo que su nieta quiere ahora encontrar a aquel niño —dijo al terminar de leer.

—Sí. Hay también unos papeles donde ella cuenta que usted la acompañó al hospital el día del parto. ¿Lo recuerda?

—¡Cómo no voy a recordarlo! El amor tiene buena memoria. Cómo iba a olvidarla si estuve tanto tiempo enamorado de ella, aunque vivió con nosotros menos de un año, desde aquel día de mayo del 37 en que apareció en la puerta, todavía aterrorizada por lo que había visto en la guerra, hasta abril del 38, cuando logró pasar a Madrid por los espartales de Titulcia... —Se detuvo para respirar abriendo la boca, como si intentara inhalar aire en un planeta sin atmósfera, hasta que pudo recuperarse y continuar—: Aunque Marta solo vivió esos meses con nosotros, con mi hermano y conmigo desde que murió nuestro padre, compartí con ella todas las horas del día, bajo el mismo techo, comiendo en la misma mesa... —Se detuvo de nuevo—. Y ahora ha muerto.

—Tenía casi noventa años —dijo Cupido, como si sirviera de consuelo.

—Tenemos buena genética... cuando no tenemos mala suerte. —Sonrió—. Yo había cumplido catorce años cuando Marta vino a nuestra casa. Me enamoré de ella desde el primer momento en que la vi en la puerta, temblando de miedo. Había logrado sobrevivir a la toma de una bolsa republicana que había quedado por allí, por Extremadura. Sus padres habían muerto en el bombardeo de la estación de Alcalá, donde vivían, y vino a refugiarse con nosotros en Ciempozuelos. No tenía a nadie más, éramos sus únicos parientes. Tres hombres solos en la casa... Bueno, yo no era un hombre, no era más que un adolescente aturdido y miedoso por todo lo que pasaba alrededor... Lo que quiero decir es que en nuestra casa no había una presencia femenina, y eso lo marca todo. O, al menos, lo marcaba entonces: todo era un poco más sucio, más feo. —Sus ojos apagados se clavaron sobre el detective—. ¿Usted vive con una mujer?

—Vivo solo. Pero sé lo que quiere decir.

—Marta llegó a nuestra casa y todo cambió. Y no es que se ocupara de nada en especial, porque estábamos acostumbrados a desenvolvernos bien desde la muerte de nuestra madre, sino porque nos esforzamos por cuidar detalles de los que antes no nos preocupábamos. Nada de dejar por ahí tirada la ropa sucia, o no barrer las migas en la cocina... Y más cuidado tuvimos aún desde que supimos que estaba embarazada.

—¿Les dijo quién era el padre?

—No, nunca hablaba de eso, los recuerdos le causaban dolor. Solo comentó que había sido un miliciano, un pintor que había muerto cuando los moros de Yagüe tomaron la villa donde combatían.

—Breda —dijo Cupido.

—Breda, sí. Como en el cuadro —intentó sonreír—. Pero de aquello no llegamos a saber más..., o yo no me enteré. Ya le he dicho que yo solo tenía

catorce años.

—Estaba embarazada —repitió Cupido.

—Sí. La veíamos subir a la terraza, al atardecer, con ese andar torpe de las embarazadas, y la oíamos llorar algunas noches. Tenía miedo de que el niño no naciera bien por no haberse alimentado de forma adecuada, o de que, tras el parto, ella no tuviera leche suficiente, porque sufríamos carencias, aunque mi padre se esforzaba para que no nos faltara nada. De hecho, murió en un bombardeo un día cuando iba a las huertas del río a comprarle naranjas, porque Marta había tenido un antojo y no quería que el niño naciera con la señal de una naranja en la cara —dijo lentamente, como si Marta Medina hubiera sido una de esas mujeres de las que los hombres hablan más despacio. El anciano volvió a sonreír, con la mirada perdida en los recuerdos—. Pero esas preocupaciones quedaron atrás desde que se resignó a entregar al bebé cuando naciera, porque todas las semanas comenzó a llegar una cesta con provisiones que ellos le mandaban.

—¿Ellos?

—Muchas veces he intentado imaginar cómo sería eso de estar embarazada, sola, en un territorio hostil, en medio de una guerra —continuó, sin responder a la pregunta del detective—. Pero creo que es algo que los hombres nunca podremos comprender. Yo la miraba atónito, porque todo aquello era misterioso, su olor, su vientre cada vez más lleno y las pecas que le iban saliendo en la cara. A veces salía a pasear con ella hacia el Jarama y, al volver, cansada, Marta se agarraba a mi brazo y yo notaba su peso y...

—Hábleme del parto —le pidió Cupido, admirado de su extraordinaria memoria.

El anciano asintió.

—Coincidió con un bombardeo y estábamos solos en casa ella y yo. Mi padre ya había muerto y mi hermano mayor había comenzado a trabajar como aprendiz en un taller mecánico. Yo no sabía entonces que aquello se llamaba romper aguas, nadie nos hablaba a los chicos de aquellos temas. Me llamó a gritos y me pidió que cogiera el bolso donde había guardado unas pocas cosas, un pijama y unos útiles de aseo. Se apoyó en mí, que temblaba más que ella, y caminamos hasta el hospital. Nos dejaron entrar y la enfermera falangista que siempre la atendía la hizo pasar enseguida a una sala. A mí me ordenó que esperara en la entrada. Me senté en un banco, asustado por Marta, por mi soledad, por los enfermeros que empezaban a traer a soldados heridos. Nadie se fijaba en mí, nadie me preguntó nada ni me dijo que me marchara. Quizá por eso vi llegar un coche negro a la puerta cuando ya había terminado

el bombardeo, no sé si una o dos horas más tarde, y de él bajó con prisas una pareja, un matrimonio, deduje, sin esperar a que el chófer les abriera las puertas. El hombre mostró a los soldados de guardia un salvoconducto de alguien importante, porque con tan solo ver el nombre o el sello se cuadraron y los dejaron pasar. No eran jóvenes, tendrían unos cuarenta años, y eran ricos, se veía enseguida por el coche, por su aspecto. Con su lujosa ropa de civiles desentonaban en aquel hospital donde todos llevaban uniforme. De ella no recuerdo nada, pero de él sí conservo la imagen de un rostro alargado y seco, anguloso, como los rostros de los cuadros del Greco que tantas veces he explicado en mis clases... Eran ricos y poderosos, sí, pero no eran felices, lo supe enseguida, porque la felicidad o la desdicha no son menos visibles que la riqueza. La mujer llevaba en las manos un bolso grande. Avanzaron deprisa, impacientes, sin mirar a nadie, ya conocían el lugar, y llamaron a una puerta contigua a aquella por la que había entrado Marta. Al abrirse, vi por el hueco que era la misma enfermera quien les hacía entrar... —Había ido bajando el volumen de su voz, fatigado a medida que su respiración se convertía en un gemido, y Cupido advirtió que se había ido inclinando hacia delante para poder oírlo—. Acérqueme el oxígeno, por favor —le pidió señalando una mesita donde había una pequeña bombona con una mascarilla. Abrió la espita, se la llevó a la boca y respiró fatigosamente durante unos minutos, con los ojos cerrados, como un buzo en la profundidad del mar. Luego los abrió, recuperado, y pareció emerger a la superficie para continuar—: Salieron un tiempo después, una hora más tarde, calculo, aunque podría haber sido menos, allí el tiempo debió de hacerme muy largo, y se dirigieron hacia la salida pasando de nuevo por delante de mí, sin apenas darme tiempo para fijarme en el bebé que llevaba en brazos la mujer, envuelto en un arrullo blanco... Ahora que han pasado tantos años y vivimos en otro siglo, ahora que he tenido cinco hijos y un montón de nietos, aunque ninguno de ellos viva aquí conmigo... Ahora que he visto a tantas mujeres con sus hijos en brazos, sé bien que aquella mujer no había tenido ninguno antes. No había sido madre. Eso se nota. Lo abrazaba con mucha fuerza, agarrotada, como si temiera que se lo fueran a quitar, pero al mismo tiempo con miedo de hacerle daño a alguien tan frágil, con esa rigidez de quien no ha acunado nunca a un bebé.

—¿Era...?

—Sí. Era el hijo de Marta, no tuve ninguna duda. ¿Qué otro niño podía haber nacido durante esa hora en aquel hospital de guerra, entre las carreras de los sanitarios y los gritos de los heridos? Aquello no era una maternidad, y no entró ninguna otra mujer. Por el tiempo que tardaron en aparecer, era como

si los hubieran avisado al llegar nosotros. Se presentaron a recoger al bebé y se marcharon furtivamente.

Sacó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se secó los ojos. Podían haber sido lágrimas, pero solo era vejez.

—Los vi salir, paralizado, sin saber reaccionar. Bastante miedo tenía como para atreverme siquiera a respirar. Ellos no se fijaron en mí, solo iban atentos al niño que la mujer apretaba contra su pecho mientras el hombre le ponía una mano en el hombro. Al llegar a la puerta, se detuvieron y el hombre miró hacia el cielo para comprobar que habían desaparecido los aviones. Luego hizo un gesto con la mano para que el coche fuera a recogerlos. El chófer se bajó a abrirles las puertas, pero el hombre se anticipó y ayudó a entrar a la mujer. Hasta que desaparecieron no me di cuenta de lo que acababa de ver.

—¿Qué?

—En la puerta del coche había una marca, un escudo que me resultó vagamente conocido, aunque no supe de qué.

—¿Qué escudo?

—Este.

Extendió la mano y cogió de la mesilla un libro de heráldica, lo abrió por una página marcada con un *post-it* y se lo pasó a Cupido. Bajo el título GARCILASO se veía un escudo partido en tres cuarteles. Uno, con una cruz de Santiago en gules; otro, con una torre en plata con una escala hasta las almenas, y el otro, que ocupaba la mitad del escudo, con un campo jaquelado. Tras el escudo, como protegido por ellas, se veían dos espadas cruzadas, con empuñaduras de oro.



—Era el escudo familiar de los Garcilaso, con el que marcaban todas sus posesiones.

—¿Qué pasó con Marta? —preguntó Cupido.

—Seguí esperando, sentado en el banco, asustado, y un poco después salió la enfermera y, al verme, hizo un gesto de sorpresa, como si se hubiera olvidado de mí. Me dijo que mi prima estaba bien, pero que convenía dejarla descansar. Que se quedaría allí dos o tres días y que ella misma se ocuparía de cuidarla. Que no me preocupara y que me fuera a casa. En casa, mi hermano estaba a punto de salir a buscarnos, angustiado al no encontrar a nadie al volver del taller. Se lo conté todo, le repetí las palabras de la enfermera y también le hablé de mi sospecha de que se habían llevado al niño. Mi hermano me dijo, pensativo, que tal vez Marta lo había permitido. Que tal vez era mejor así. Yo no sabía por qué era mejor así, pero eran muchas las cosas que un muchacho de catorce años, huérfano y enamorado de una prima que había tenido un hijo, no sabía; a esa edad muchas cosas aún no tienen nombre. Todo era misterioso, y así lo he recordado cada vez que he evocado esta historia para impedir que se me olvidara. Porque no vi nada, pero lo vi todo. También le conté que la pareja que se había llevado al bebé se había montado en un coche que tenía un escudo dibujado en la puerta del conductor. Me preguntó la marca, pero yo no lo sabía, no entendía de coches. En cambio, cogí un papel y dibujé el escudo tal como lo recordaba. —El anciano señaló el libro que le había mostrado a Cupido—. Mi hermano se quedó mirándolo. Se guardó la hoja y concluyó: «Lo mejor que podemos hacer es olvidarnos de todo esto. Cuanto menos hablemos de ello, menos sufrirá Marta». Los dos estábamos solos y muy asustados, sin nadie a quien recurrir.

—¿Y no le contaron nada a ella?

—No. Mi hermano y yo fuimos a verla al hospital al día siguiente. Estaba hundida en la cama, como drogada, y no quiso hablar, pero al vernos lloró en silencio y las lágrimas corrieron por sus mejillas como si fueran a horadarlas. La trajimos a casa dos días después, y aunque físicamente comenzó a recuperarse, en las semanas que pasó con nosotros nunca volvimos a verla alegre. Seguía subiendo a la terraza y paseaba de un lado a otro, o se sentaba en el poyete mirando los atardeceres, un poco agachada hacia delante y con los brazos cruzados, muy bajos, como si protegiera su vientre. Su única obsesión era atravesar las líneas para incorporarse a las filas republicanas en Madrid y no tardó en conseguirlo por el frente de Titulcia... —Continuó con esfuerzo, mirando al detective de vez en cuando para asegurarse de que seguía escuchándolo. Debía de haber visto que otros interlocutores no querían saber nada de aquellas historias de la guerra—. Nunca volví a verla, pero nunca la he olvidado, quizá porque en aquellos meses aprendí más que en el resto de

mi vida sobre el amor, el dolor, el poder y la pérdida... Al terminar la guerra, Marta tardó en ponerse en contacto con nosotros, como si quisiera olvidar esa etapa, y solo años después nos escribió desde Francia contándonos que estaba bien y que iba a casarse con un ferroviario francés, el mismo oficio que tenía su padre. Le contestamos felicitándola, pero nunca volvimos a saber de ella ni logramos contactar de nuevo. Yo, que ya había dejado atrás la adolescencia, pensaba que quizá era lo mejor para ella y que así olvidaría al hijo que aquí entregó, o perdió, o le robaron. Era un tema del que nos resistíamos a hablar. Mi hermano había ascendido en el taller y no quería conflictos con nadie, no quería perder clientes. Quienes tenían coches por entonces no eran precisamente amantes de esas historias... Pero no quiero criticarlo, no soy mejor que él, al fin y al cabo yo hice lo mismo: él hundió la cabeza en los motores de los coches y yo la hundí en los libros. Luego, poco a poco las cosas empezaron a irnos bien. A mí me dieron una especie de beca para que me marchara interno a estudiar en los maristas de Toledo, que habían vuelto a abrir sus aulas, y enseguida accedí a la universidad. Más tarde, mi hermano se independizó, abrió su propio taller, donde usted preguntó ayer por nosotros, y comenzó a cambiar, ya no quería hablar de la guerra. Llegó a decir que tal vez nuestro padre estaba equivocado en sus ideas. Con el tiempo, hasta aprendió la inclinación exacta que debía tener su brazo cuando lo levantaba en el saludo fascista. Luego vino mi tesis sobre el Greco y de nuevo todo resultó bien. No solo era el pintor de la ciudad, también era uno de los pintores preferidos del régimen: la religiosidad, el ascetismo, los rostros huesudos y estirados que parecían a juego con muchos rostros hambrientos de la época..., todo eso. ¡No, no fue difícil convertirme en un profesor de prestigio...! Mi hermano dijo alguna vez que nos estaban pagando por el bebé que le habían robado a nuestra prima, como si aquel niño nos protegiera desde lejos, sin dar muestras de su existencia.

—Así que no fue solo la amenaza, también el chantaje —dijo Cupido, mientras el anciano se recuperaba.

—Sí —confirmó—. De hecho, no nos habían olvidado. Un par de veces recibimos la visita de dos de aquellos tipos siniestros y empistolados que llevaban la placa de policía prendida bajo la solapa de la chaqueta, que levantaban con aire amenazador. Querían asegurarse de que seguíamos sin saber nada de Marta. Y ahora viene usted a decirme que ha muerto y que sus últimas palabras lúcidas fueron para aquel bebé.

—Sí.

Fatigado, volvió a llevarse la mascarilla a la boca, abrió la espita y aspiró con calma durante un minuto, con los ojos cerrados y las manos en las rodillas afiladas bajo los pantalones. Al serenarse su respiración, Cupido temió que se hubiera quedado dormido, agotado por el largo parlamento y por el esfuerzo de recordar, aunque había dicho: «El amor tiene buena memoria». Pero levantó los párpados muy despacio, como si le pesaran toneladas, y suspiró:

—¿La prima Marta!

—¿Y el escudo dibujado en la puerta del coche? —Cupido retomó la historia, temeroso de que se desviara por derroteros sentimentales.

—El escudo, sí. ¿Ha oído hablar de los Garcilaso?

—Creo que no.

—Son una familia... Iba a decir noble, pero no tienen título nobiliario. Son muy ricos, dueños de fincas, vinos... y de la Fundación Garcilaso, con museo incluido.

—¿Fundación? —preguntó Cupido. Desconfiaba de esos nombres vagos, abstractos, totalizadores, la Compañía, la Obra..., que denotaban una idea de omnipresencia y de vaga amenaza y bajo los cuales algunas organizaciones ocultaban su verdadera naturaleza.

—La Fundación Garcilaso, sí.

—¿Y el escudo? —insistió.

—El escudo me resultó conocido, porque estaba en muchas partes. ¡Hasta en la botella de aceite que siempre venía en la cesta de provisiones que recibíamos durante el embarazo de Marta!

—Como una marca.

—Como una marca —confirmó—. El actual heredero de la familia se llama Alejandro Garcilaso. Anoche, después de su llamada, estuve buscando algunos datos sobre él. Haga un cálculo y adivine su edad. —Esperó su respuesta mirándolo con los ojos húmedos, gastados, inteligentes.

—Sesenta y seis años.

—Sesenta y seis —repitió.

—Como el hijo de Marta. Todo coincide.

—Pero usted tendrá que demostrarlo.

—¿Por qué está tan seguro?

—No lo estoy. Pero el coche llevaba dibujado en la puerta aquel escudo. Y, además, unas semanas más tarde leí casualmente en un periódico un reportaje sobre el feliz nacimiento del primogénito de los Garcilaso, que fue anunciado como un milagro, porque los padres no habían podido tener descendencia hasta entonces... ni volverían a tenerla. Años después

adoptaron a una niña, esta sí de manera legal. Es casi imposible ocultar un embarazo, pero un falso embarazo es relativamente fácil de fingir, sobre todo si se está de viaje: en los meses previos al nacimiento, cuando ya tenían el consentimiento de Marta, el matrimonio se había marchado de Toledo a Sevilla, por el peligro de la proximidad del frente, pero habían vuelto a la heroica ciudad para que el niño naciera en la casa familiar y para que fuera bautizado en la capilla del Alcázar, en la misma pila donde lo habían sido algunos de sus antepasados y cuyos muros había defendido su padre durante el asedio republicano, codo con codo con Moscardó. ¡Aquellas ceremonias debieron de sentarle muy bien al bebé, pues estaba muy desarrollado cuando lo presentaron en sociedad! —dijo con ironía—. Los padres estaban exultantes y, cuando vi las fotos, reconocí al matrimonio que el día del parto llegó al hospital militar de Ciempozuelos con las manos vacías y salió llevándose a un bebé. El padre parecía más delgado y la mujer había engordado en pocos meses, pero eran ellos. La prensa los llamaba «los felices padres». Y sin duda eran felices, pero no eran los padres.

—¿Y nunca contaron nada de lo que ocurrió realmente?

—Nunca. No nos atrevimos, teníamos miedo. ¿Qué otra cosa podíamos hacer mi hermano y yo, huérfanos de un padre republicano que nos había transmitido su temor, contra los Garcilaso, una familia del régimen con algunos mártires en su cruzada? Cualquier sugerencia nos habría acarreado muchos problemas, así que no solo no dijimos nada, sino que lo guardamos en secreto. Creíamos que, si hablábamos, nos harían cualquier cosa de aquellas que se hacían en la guerra, tirarnos al Tajo desde un puente o subirnos una noche a uno de sus camiones. Era un secreto muy delicado. Usted es joven y no sabe la importancia que entonces se le daba a un problema así, no sabe lo que significaba en aquella época no poder tener hijos. Ahora todo eso se arregla fácilmente con tratamientos de fertilidad. ¿Se ha fijado en cuántos carritos de mellizos se ven por la calle? Yo sí me fijo, porque procedo de una familia donde abundan los gemelos. Mi padre y el padre de Marta lo eran... Pero entonces, que un matrimonio rico no pudiera tener descendencia era una desgracia terrible, peor que la pobreza. ¡Había que dar vástagos al régimen! Imagínese la presión familiar y social que aquel matrimonio tuvo que soportar antes de decidirse a robar un bebé. ¡Era impensable que desapareciera el apellido y la sangre de los Garcilaso! A los miembros de esos linajes, como les gusta llamarse, les está prohibido ser los últimos en sus árboles genealógicos. A veces me pregunto qué sentían al ver que sus obreros y aparceros parían hijos por docenas y ellos... No, no dijimos nada, y luego fue

pasando el tiempo y, cuando pudimos hablar, ya habían transcurrido cuarenta años y no tenía sentido removerlo... Hasta ahora, cuando usted ha llegado para resucitar esta historia, cuando ya es demasiado tarde y están muertos todos los afectados.

—No, todos no —repuso Cupido—. Vive el niño sobre el que giró todo, en el caso de que sea él. Y su sobrina quiere conocerlo y contarle quién es en realidad.

El anciano sonrió.

—Pues yo no estoy seguro de que él quiera conocerla. A mí, en cambio, me gustaría mucho verla. ¡Es muy valiente para haber llegado hasta aquí!

—Estoy seguro de que ella también se alegrará.

El anciano volvió a cerrar los ojos, exhausto, y de nuevo parecía dormido. Cupido respetó su silencio. Lo había empujado a hacer un esfuerzo excesivo y ya sabía que necesitaba pequeños descansos para que su fatigado organismo se recuperara y se pusiera a la altura de la extraordinaria actividad de su memoria. Al cabo de un minuto abrió los ojos y dijo:

—Algunos amigos de mi edad maldicen porque recuerdan cosas sucedidas hace mucho tiempo y en cambio olvidan dónde han puesto las gafas o el nombre de la enfermera que cada día les acribilla las nalgas. A mí me ocurre lo mismo, pero no maldigo. Al contrario. A pesar de lo oscuro de aquellos tiempos, los meses que pasé junto a ella fueron los más luminosos e intensos de mi vida y los conservo en la memoria como un tesoro. Con Marta comencé a vivir..., y ahora vuelve a aparecer, cuando estoy cerca de la muerte.

Y eso parecía todo lo que el viejo profesor tenía que contar, que no era poco. Y Cupido prometió:

—Le agradezco mucho su información, es muy útil. Si me lleva a alguna parte, vendré a contárselo.

—Estaré esperándolo —suspiró.

Ambos miraron por la ventana. La primavera lo invadía todo y un sol espléndido se acostaba en el regazo del césped del parque que se veía más allá de la Puerta de Bisagra. Sentados en los bancos, a la sombra, algunos ancianos confraternizaban con los seductores mirlos que esperaban sus migas de pan. En los arriates, todas las flores tenían los labios pintados y sacaban la lengua.

—¡Qué pocas veces la vida sucede como la habíamos planeado! —murmuró con voz cansada el anciano. Pero ya parecía hablar más para sí mismo que para el detective y mirar más hacia el pasado que hacia el futuro.

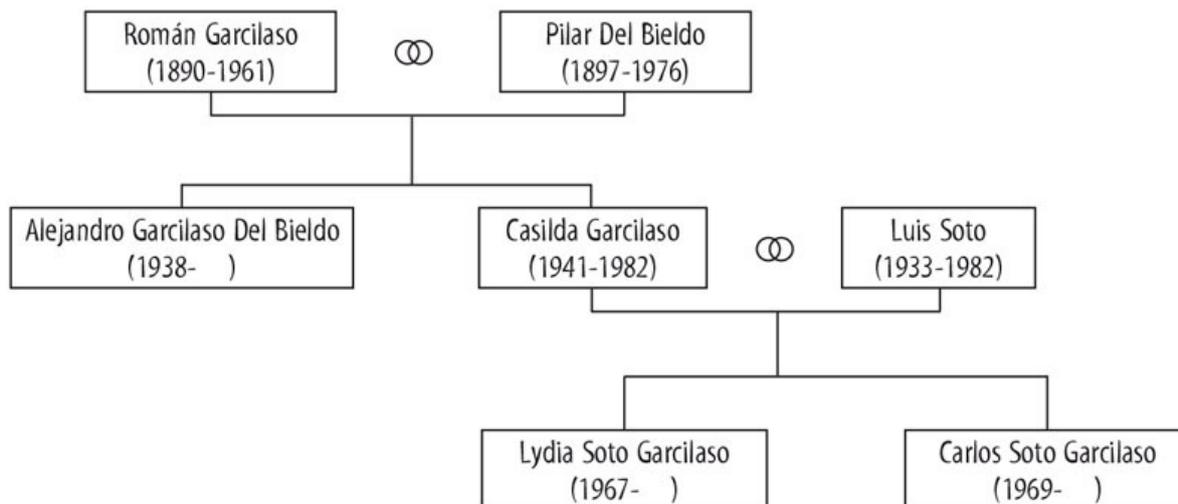
Cupido se levantó, le estrechó ambas manos, que, al tacto, le resultaron más secas y descarnadas de lo que parecían, se despidió de él con la promesa de regresar para traerle noticias y se alejó mientras oía a sus espaldas su fatigosa respiración inspirando y espirando una y otra vez.

El relato de Luis Medina no representaba una prueba fehaciente, pero abría una pista fundamental que debía comprobar. Al salir de la casa, buscó un hotel cercano y se alojó en el Reina Cristina. Se encerró en la habitación y abrió el ordenador.

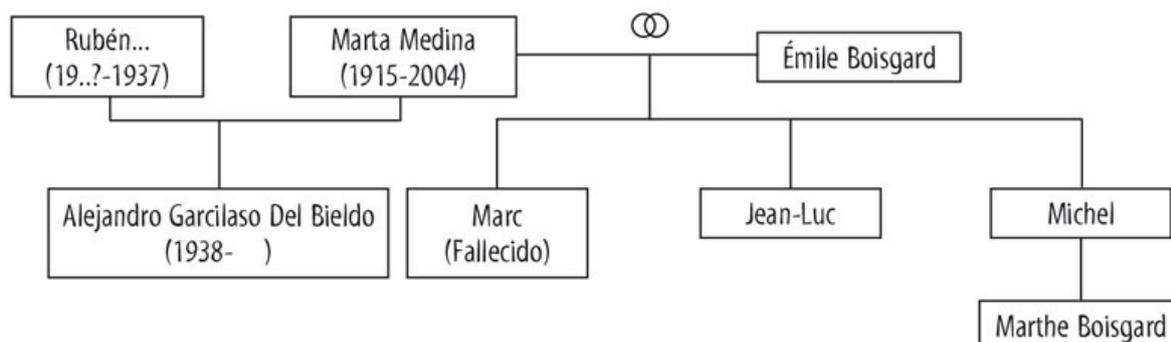
En internet eran muy numerosas las entradas sobre la familia Garcilaso. Algunas fuentes incluían al poeta renacentista entre sus ascendientes y señalaban que un Garcilaso figura entre los caballeros que asisten al entierro del conde de Orgaz en el cuadro del Greco. Un apunte se atrevía a identificarlo entre los rostros grises, fríos, hirsutos del lienzo. Y aunque aquello olía a invención y a leyenda, los Garcilaso habían sido una de las familias más poderosas de la comarca, con un gran patrimonio de fincas urbanas y latifundios rurales. Con los nuevos tiempos, sin embargo, habían perdido aquel prestigio de la aristocracia y sus riquezas despertaban la envidia de la gente, pero no su admiración.

La familia había logrado mantener el primer apellido a lo largo de generaciones mediante el nacimiento de un heredero masculino que, con la primogenitura, también heredaba el mayorazgo. Del penúltimo de los Garcilaso, Román, internet perfilaba el retrato de un patricio local, de un hombre rico, culto, conservador, elegante, que, para estar a la altura de su apellido, también había sido uno de los encastillados en el Alcázar de Toledo a las órdenes de Moscardó. De su esposa, Pilar Del Biello, la información ofrecía una imagen coherente con la de su marido: hija única, aristocrática familia provinciana dueña de latifundios de pastos y viñedos, educación en colegios religiosos con el lustre de viajes europeos y matrimonio temprano del que, sin embargo, no nació un descendiente hasta abril de 1938, cuando ya nadie lo esperaba: un niño bautizado como Alejandro Garcilaso Del Biello, a quien, tres años más tarde, se le uniría una hermanita adoptada, Casilda.

En una página del cuaderno, Cupido dibujó un árbol genealógico:



Y debajo añadió otra posibilidad:



Las raíces familiares y sociales de ambos troncos eran muy distintas, pero las dos confluían en el nacimiento de un bebé en febrero-abril de 1938, como esos plátanos de sombra a los que se les enlazan dos ramas que terminan fundiéndose en un injerto que pertenece a los dos árboles.

Buscó imágenes de ambos cónyuges y una cortina de fotos se fue descolgando pantalla abajo. En un banco de estampas de personajes ilustres de Toledo descubrió una instantánea fechada el día de Reyes de 1938, en la que se ve en primer plano a Pilar Del Biello distribuyendo juguetes entre los huérfanos de militares en un colegio religioso de la ciudad mientras la mira sonriendo Román Garcilaso, siempre elegante, con traje de etiqueta y zapatos bicolor. La cámara la había captado de perfil, un poco inclinada hacia una niña a quien entrega una muñeca, y nada en su apariencia, vestida con un traje ajustado sobre la estrecha cintura, muestra el mínimo indicio de un embarazo de cinco meses.

En los archivos fotográficos de un periódico local encontró otra noticia, redactada con la prosa rancia y grandilocuente de la época: «El pasado 7 de

abril de 1938, Doña Pilar Del Biello, señora de Don Román Garcilaso, ha dado a luz a un niño, a quien han llamado Alejandro Garcilaso Del Biello. El parto ha ocurrido en el domicilio familiar. Los felices padres han destacado la salud y fortaleza del bebé». La crónica social se ampliaba unos días más tarde con una fotografía del matrimonio, con el bebé en manos de la madre. Se contaba también que, huyendo de la cercanía del frente bélico y de los fríos del invierno castellano, la familia había pasado los últimos meses del embarazo en el benigno clima de Sevilla.

Cupido se echó hacia atrás en el sillón, estiró la espalda dolorida y se frotó los ojos, irritados por estar tantas horas ante la pantalla. Aquella búsqueda era muy distinta a sus habituales investigaciones, pero al mismo tiempo muy parecida: alguien había cometido un delito y había mentido para ocultarlo.

Pidió a recepción que le subieran un par de sándwiches, que devoró antes de volver al ordenador. Contra lo que había supuesto, no había demasiada información sobre Alejandro Garcilaso. El primogénito de la familia siempre había sido muy discreto, casi hermético, renuente a conceder entrevistas y a dejarse fotografiar, lo que le daba un aura de misterio. Nunca se había manifestado en cuestiones políticas o económicas y había ocultado rigurosamente su vida privada. No parecía haberse dedicado a otra cosa que a la gestión del patrimonio familiar, y, al terminar un trabajo, comenzar otro. No se había casado y no había datos sobre su vida sentimental. No sería fácil acceder a él.

De las relaciones públicas de la Fundación Garcilaso y de sus actividades empresariales se encargaba desde hacía diez años su sobrina Lydia Garcilaso —había suprimido su primer apellido de su nombre *artístico*—, y ella no tenía ningún reparo en dejarse fotografiar. Brillante, ambiciosa, atractiva, con una hoguera ardiendo en su hermosa cabellera y siempre con lujosa joyería en el cuello y en las manos cuajadas de anillos, su sonrisa, sus conocimientos de *marketing* y su dominio de varios idiomas le permitían ejercer con solvencia la portavocía de la familia.

Su hermano Carlos, Charlie, en cambio, representaba todo lo contrario: un *bon vivant* frívolo y simpático, amante de fiestas y romerías, a quien nunca se le había conocido un oficio, aunque en unas noticias aparecía como empresario de espectáculos en zonas turísticas y en otras como jinete de caballos de carrera siempre demasiado tímidos para entrar en meta los primeros. Fue espigando imágenes y en las fotos más recientes se le veía con un parche en el ojo izquierdo, que había perdido practicando algún deporte, y que le daba un aire de aventurero exótico, de aristócrata canalla y perdulario,

prototipo del noble decadente y calavera que ni ocultaba sus debilidades ni disimulaba su desvergüenza, lo que parecía gustarle a la gente, encantada de que ya no fueran solo los criados los que la hacían reír.

Apagó el ordenador y salió a despejarse. Toledo le gustaba mucho y le traía recuerdos de alguna aventura juvenil. Las retorcidas calles del barrio viejo lo condujeron hasta la mole del Alcázar, donde Román Garcilaso había estado entre los voluntarios que resistieron el asedio republicano. Luego los pasos lo llevaron hasta un mirador desde donde contempló el Tajo, duro y encajado entre peñascos, inaccesible y oscuro, tan distinto de los ríos navegables de las ciudades de llanuras.

A la mañana siguiente, a primera hora, ya estaba en el Registro Civil solicitando la partida de nacimiento de Alejandro Garcilaso Del Biello, nacido el 7 de abril de 1938.

—Vuelva dentro de cinco días —dijo el funcionario.

Se armó de paciencia ante el nuevo obstáculo y se dirigió hacia los archivos diocesanos, donde sabía que tampoco iba a ser fácil. En la sala de consultas, una decena de investigadores sentados en fatigadas sillas tomaban notas, inclinados sobre antiguos libretos, tan agachadas las cabezas que parecían estar oliendo la tinta. Tras un mostrador, un administrativo, viejo y de pequeña estatura, se afanaba en pasar a ordenador los datos de un legajo. Cupido se dirigió hacia él.

—Quiero solicitar una partida de bautismo.

—¿De qué parroquia? —susurró, pidiéndole con un gesto que bajara la voz.

—De la capilla del Alcázar.

Un sacerdote vestido con sotana apareció por la puerta que había detrás. Había oído su petición y una chispa de alerta titilaba en sus ojos, que brillaban negros entre los párpados, entre la piel pálida, lechal, de quien pasa poco tiempo al aire libre.

—¿Del Alcázar? —preguntó haciéndose cargo de la consulta mientras el viejo empleado agachaba la cabeza y volvía a la transcripción del legajo.

—Sí.

—Debe de hacer mucho tiempo de eso. En la capilla del Alcázar ya no se celebran actos religiosos —explicó. Cualquiera que oyera su voz deduciría que pertenecía a un sacerdote sin necesidad de ver la sotana fuliginosa y preconiliar.

—Sí, hace mucho. El siete de abril de 1938.

—¿Nombre?

—Alejandro Garcilaso Del Biello —respondió Cupido, y fue como si hubiera activado una pequeña alarma en la sala, donde todos los sonidos eran susurros, porque el sacerdote archivero, el empleado y un par de investigadores miraron hacia él.

—¿Es usted un familiar?

—No. Se trata de un encargo profesional —dijo vagamente, porque ninguno de los papeles de Marthe le daba potestad para aquella consulta.

—¿Y qué busca? ¿Desenterrar a algún muerto? —preguntó con desconfianza.

—No, hoy no he traído la pala.

El sacerdote hizo un gesto agrio.

—¿Ha dicho 1938?

—El siete de abril.

—Si ha llegado hasta aquí sabiendo todo eso, también sabrá que, por ley, es necesario que hayan pasado cien años para tener acceso público a esos datos.

—¿Hasta el 2038? —A Cupido le sonó como una fecha de ciencia ficción.

—Así es.

—Ustedes creen en la vida eterna y están mentalizados para esperas tan largas —bromeó—. ¡Pero yo no puedo esperar tanto!

El archivero no parecía tener el mismo sentido del humor y lo miró como si adivinara en él pecados inconfesables.

—Llevamos guardando esos datos desde el Concilio de Trento. ¿Cree que sin esa confidencialidad los fieles seguirían confiando en nosotros?

—Supongo que no. No parece que hayan cambiado mucho desde entonces.

—¿Y pretende que rompamos una tradición tan firme?

—De acuerdo —aceptó, callando la respuesta que le venía a los labios—. Pero me pregunto si se puede acelerar la máquina del tiempo con alguna donación.

El archivero lo miró con severidad y susurró humedeciéndose los labios:

—La Iglesia no trafica con sus obligaciones.

Cupido dudó, pero al fin decidió enseñarle la emotiva carta de Marta Medina pidiéndole a su nieta que buscara a su hijo perdido. El archivero la leyó con atención, muy despacio, entrecerrando los ojos como si estuviera rezando.

—Esto no prueba nada, no nos permite saltarnos las normas —dijo al fin—. No se imagina cuántos intereses se mueven en torno a determinadas

familias.

—Pero una simple consulta a esos datos bastaría para devolver la paz a algunas personas —insistió.

—Temo que no puedo ayudarle —dijo devolviéndole la carta.

Cupido asintió con secos movimientos de cabeza, notando cómo crecía en su interior la rabia ante una fría burocracia que durante dos días había puesto tantos obstáculos a su búsqueda sin ofrecer ninguna respuesta, y replicó en voz alta:

—Quizá está usted tan ocupado vigilando esos libros suyos que no le queda tiempo para leer ese otro libro donde está escrito todo eso en lo que ustedes creen y en el que se habla de justicia para los desheredados. Quizá hace tanto tiempo que dejó de leerlo que ya incluso ha olvidado de qué trataba.

—Le ruego que salga de aquí. Está usted molestando. —El archivero señaló a los investigadores que los escuchaban.

Impotente y rabioso, Cupido salió a la calle y comenzó a caminar con pasos rápidos, sin saber adónde iba, entre grupos de turistas que rodeaban a guías armados con paraguas de colores o que coagulaban la calle haciendo cola ante las taquillas para comprar una entrada a la catedral, mientras a su alrededor picardeaban con disimulo algunos cacos. Estaba doblando la esquina cuando oyó que lo llamaban:

—¡Eh, usted!

Se detuvo y al mirar hacia atrás reconoció al ayudante del archivo, un viejo no mucho menos viejo que los libros que manejaba, pero que no daba la sensación de ancianidad, sino de conservarse en una edad intemporal. Era mucho más bajo de lo que parecía sentado y tenía unos ojos pequeños, ratoniles, y unas grandes orejas, capaces de escucharlo todo. Recordó que lo había visto levantarse en silencio y salir antes que él.

—¡Caramba! ¡Qué deprisa camina con esas piernas tan largas! ¿Cuánto mide? ¿Unos tres o cuatro metros? Déjeme que recupere el aliento. —Se quejó, con la respiración acelerada—. Tal vez yo pueda ayudarle en su búsqueda.

—¿Sí? Creía que no tenía ninguna posibilidad contra el Concilio de Trento.

—Siempre hay formas —dijo haciendo un movimiento serpentino con las manos.

—¿A cambio de qué?

—Antes habló de acelerar el tiempo con alguna donación. —Sonrió—. Ya sabe, para acelerarlo siempre se necesita un poco de combustible.

—Entiendo.

—Supongo que, para ese encargo suyo, tendrá un presupuesto.

—¿Serán suficientes trescientos euros?

—Digamos que con cuatrocientos todo iría más rápido, dada la categoría del libro.

—Serán quinientos, pero en ese precio también debe incluir la partida de nacimiento del Registro Civil. Seguro que conoce allí dentro a algún colega que le facilitará la tarea.

—¡Conozco, conozco! Somos un gremio bien avenido y nos hacemos favores los unos a los otros. Doscientos cincuenta ahora. Doscientos cincuenta cuando le entregue los papeles. Bautismo y nacimiento.

Cupido sacó con discreción la cartera y, al acercarse a pagarle, detectó un olor a polvo viejo y a incienso que enseguida, en un cóctel infecto, se mezcló con el tufo de la codicia y la picaresca.

—No es la primera vez que hace esto, ¿verdad?

El empleado sonrió guardándose el dinero.

—Digamos que siempre hay gente interesada en conocer la vida de los otros. Demasiados conflictos de negocios, hijos, herencias... Además, no se imagina lo poco que pagan ahí dentro. Y en el supermercado, los precios son los mismos para un Garcilaso que para un pobre sacristán.

—¿Cuál es su nombre, si tengo que llamarlo?

—Lo llamaré yo, no se preocupe. Mi nombre es..., bueno —dijo, y pareció replegarse hacia su madriguera—, todos me conocen por Hisopo.

—¿Cuándo tendrá los documentos?

—Tal vez hoy mismo, al mediodía. Tal vez mañana. Deme un número de teléfono para avisarlo.

Aunque Cupido esperaba una libretita mugrienta y un manoseado cabo de lápiz, Hisopo sacó de un bolsillo un teléfono móvil y anotó el número mientras un nuevo grupo de turistas orientales pasaba junto a ellos.

—Espero su llamada.

Para diversificar riesgos en los negocios familiares y modernizar unas estructuras demasiado dependientes de la producción rural, años antes los Garcilaso habían lanzado al mercado una línea de vinos elaborados a partir de las cepas de sus pagos, renovadas con una proporción de nuevos tipos de uva.

Y como si hubiera un vínculo secreto entre el vino y las artes, también ellos se habían dejado llevar por la querencia —tan frecuente entre los vinateros— de crear una pinacoteca asociada a la bodega, unas veces comprando obra, otras intercambiándola por surtidos de gran reserva.

No era una actividad nueva en la familia. Los Garcilaso siempre habían sabido rodearse de objetos artísticos, bien como elementos del ajuar, bien para sus colecciones. Y esas obras dispersas, revalorizadas al inventariar el rico patrimonio familiar, y otras provenientes de excavaciones y expolios a los que tan aficionados habían sido Luis Soto y Casilda Garcilaso, habían sido el germen del museo de la Fundación, hacia el que se dirigió Cupido.

El museo ocupaba el antiguo palacio familiar, un sombrío edificio con fachada de granito que daba a tres calles, en los límites del recinto histórico. Su fábrica tenía algo de inexpugnable, como correspondía al país y a la época de su construcción, la España del Siglo de Oro, con la intimidad cerrada a la calle, con pocas ventanas, fuertemente protegidas por rejas y celosías, pero abiertas hacia el claustro interior. En la entrada principal, las enormes puertas triunfales habían perdido su función original para convertirse en un elemento ornamental más, pues parecía que ya nunca se abrirían sus pesadas hojas. La espalda del edificio daba a un patio interior protegido por un alto muro de mampostería, tras el cual asomaban, pensativos y oscuros, algunos cipreses.

Cupido, armado con una cámara fotográfica, pagó su entrada y se mimetizó entre un grupo de visitantes.

La planta alta estaba dedicada íntegramente al patrimonio artístico. Las salas, muy amplias, con suelos de madera opacada por el uso, exhibían en orden cronológico piezas de arqueología, cerámicas, códices, pergaminos y libros raros, protegidos tras los cristales blindados de vitrinas y expositores de maderas oscuras y aceitosas. También, tallas y esculturas en madera y en mármol que, según se avanzaba, daban paso a otras en bronce y en resinas. Entre los cuadros de santos o de brumosos bodegones de frutas, algunos muy antiguos y teñidos por la pátina del tiempo, aparecían varios retratos de los Garcilaso a través de los siglos, cuyos méritos y perfiles sobre fondos de colores habanos o pardos la guía —una chica joven muy atractiva— se detuvo a explicar en detalle. Al final, las obras antiguas y oscuras cedían su sitio a piezas modernas en las que brillaban los inquietos colores del pop art y otras de autores nacionales, entre los que distinguió las firmas de Tàpies, Gordillo, Barceló... Y a pesar de la heteróclita procedencia de las piezas, el resultado final era un armónico y seductor testimonio de la antigüedad y riqueza de la familia.

En la planta baja la visita giraba alrededor del claustro en sentido opuesto a las agujas del reloj. Cupido pasó con rapidez por la sala de la Inquisición, sin ningún interés por la oscura escenografía de la tortura y la intolerancia, por toda aquella panoplia de tornos, pinchos, tenazas, empulgueras y estrapadas.

La guía anunció el contenido de la sala de Patrimonio:

—Finalmente, aquí se exponen algunas muestras del extraordinario ajuar de los Garcilaso, desde joyas y muebles a ropas y vehículos. Les dejo con ellas y en unos minutos pasamos a la exposición de fotografías y, para terminar, a la cata de vinos.

En efecto, había joyas, bibelots, porcelanas chinas, un Stradivarius, una panoplia de espadas toledanas con las empuñaduras enjoyadas, medallas de oro y varas procesionales de la Orden de los Ostiarios —tradicionalmente presidida por un Garcilaso— y una antigua carroza conservada de forma tan impecable que daba la impresión de que uno podría engancharle unos caballos y salir de allí montado en ella. Todas las piezas exhibían con orgullo la antigüedad y el poder del apellido, su cultura y apego a la tradición, su capacidad para acompañar el paso de los tiempos.

De pronto, Cupido estaba junto a un lujoso Panhard X77, de brillante carrocería y anchos estribos, en cuyas puertas delanteras tenía pintado el escudo que le había mostrado Luis Medina. A pesar de la prohibición, le hizo un par de rápidas fotos con la cámara. No sabía qué buscaba cuando comenzó la visita al museo, pero la sorpresa del coche era un magnífico regalo y una prueba concreta.

—Está prohibido hacer fotos. —Un conserje se encontraba a su lado—. Lo indica un cartel en la puerta.

—Lo siento —dijo enfilando hacia la salida.

—Aún no ha visto la exposición de fotografías que hemos inaugurado.

—Quizá otro día. Hoy ya he visto lo suficiente.

—¿Tampoco se queda a la cata de vinos? —insistió.

—Soy abstemio.

El móvil sonó en su bolsillo cuando caminaba de vuelta hacia el hotel.

—Tengo lo que me pedía. —La voz de Hisopo se abrió paso en tono conspirativo sobre el ruido del tráfico.

—De acuerdo. ¿Dónde podemos vernos?

—En su hotel. ¿Dónde se aloja?

—En el Reina Cristina.

—En quince minutos. Tenga preparado el dinero.

Lo esperó discretamente sentado en un rincón y el hombrecillo no tardó en llegar y hundirse en uno de los sillones, de espaldas a la entrada. Abrió una subcarpeta y le mostró los documentos originales.

Cupido le pagó los doscientos cincuenta euros restantes, que Hisopo contó con rapidez, abriendo los billetes en abanico como si fueran cartas, antes de levantarse dejando la subcarpeta sobre la mesa.

—Si está interesado en cualquier otro encargo, ya sabe dónde encontrarme. Ya le dije que allí no pagan mucho.

—Si aparece por ahí alguna otra información sobre el mismo personaje, creo que podríamos llegar a más acuerdos.

—Buscaré —siseó antes de desaparecer.

Número 2709

Nombre y apellidos

Alejandro
Garcilaso Del Bello

En Toledo provincia de Toledo
a las doce del día veinte de Abril
de mil novecientos veintay siete, ante D. Antonio Fomera
Peña Juez municipal interino
y D. Asensio Ciudad Fomera Secretario
se procede a inscribir el nacimiento de un ⁽¹⁾ varón
ocurrido a las cuatro del día siete
de el actual en el Palacio Garcilaso
número 8 piso 2; es hijo de ⁽²⁾ Rosario
Garcilaso natural de Toledo de 47
años, varón, y de un suceso Pilos
del Bello natural de Oropesa
de 30 años, sus labores, y sus hijos mu-
chos de Toledo
nieta de Luisa paterna, de Luis Garcilaso, natural
de Toledo, y de María Casia natural
de Oropesa, y por línea materna de
Juan Del Bello, natural de Toledo, y de
María Olea natural de Illerças
y se le ponen los nombres de ⁽³⁾ Alejandro

Esta inscripción se practica en el local de este Juzgado
Municipal

en virtud de manifestación personal del padre del niño
ya inscrito, autor expresado, con cédula personal con
tarifa 3ª clase 15 al 15056 de orden
y la presencia como testigos D. Antonio Hernandez
Vizcarra, mayor de edad, casado, domiciliado en
Calle de St. Lucia, número 9
y D. Matías García Rodríguez, mayor de edad,
casado, domiciliado en Calle de St. Agustín
número 4

Leída esta acta se sella con el de este Juzgado y la firma el señor
Juez con los testigos y el manifestante
de que certifico.

Antonio Hernandez Juzgado
Matías García Testigo
Asensio Ciudad Secretario

El certificado de nacimiento del registro y la partida de bautismo eran documentos originales, aunque los datos que aportaban sobre Alejandro Garcilaso podían ser falsos sin que lo supiera quien los certificaba. Ya los estudiaría más tarde, porque en ese momento tenía algo más urgente que hacer. Marcó el número de teléfono de Luis Medina y reconoció la voz de la asistenta:

—Don Luis no puede ponerse ahora. ¿Quién lo llama?

—Ricardo Cupido.

—Espere, por favor.

Un minuto después oyó un chasquido y la voz del anciano.

—¿Qué ha olvidado preguntarme?

—Me gustaría invitarlo a visitar un museo.

—Creo que conozco todos los museos de la ciudad.

—¿El de los Garcilaso también?

—Sí. Tienen piezas artísticas de valor.

—Creo que allí hay algo más que debería ver.

—De acuerdo —dijo al cabo de un tiempo—. ¿Cuándo?

—Esta tarde, a las cuatro.

—A las cinco. Venga a recogerme a casa e iremos a ver eso tan interesante que tiene que mostrarme.

Se apoyaba en un bastón y se había vestido con esa impecable pulcritud y elegancia con que algunos ancianos pretenden compensar la decadencia del cuerpo. Lo ayudó a subir al taxi y unos minutos después llegaron a la puerta del museo. Cupido pagó las entradas. No había grupos guiados y solo algunos visitantes aislados o en parejas se detenían ante uno u otro cuadro.

—¿Qué es lo que quiere que vea?

—Es ahí delante.

Se adaptó a su paso lento y, atravesando el claustro, lo condujo hasta la sala de Patrimonio, que el anciano no conocía. Al entrar, sin que Cupido señalara nada, el anciano se detuvo unos segundos mirando hacia el fondo, hacia el Panhard X77 negro y brillante, perfectamente conservado, y avanzó hasta detenerse junto a la puerta del copiloto, donde se veía el escudo con el campo ajedrezado, la cruz y la torre con la escala y, tras ellos, las dos espadas cruzadas, vigilantes.

Lo vio tambalearse y se acercó a sostenerlo. A través de la chaqueta le llegaba el temblor del brazo frágil y descarnado.

—Es como si los estuviera viendo —murmuró, conmovido—. Es como si los viera subir al asiento de atrás, la mujer llevándose en brazos al recién nacido, envuelto en un arrullo blanco.

En silencio, dejó que el anciano permaneciera allí todo el tiempo necesario, sin hacer nada, mirando fijamente el lujoso coche negro. Luego lo oyó de nuevo:

—Nunca aprendí a conducir y no sé nada de coches. Sin embargo, este no he podido olvidarlo.

Cuando regresó a Breda, Cupido vio en el móvil una llamada perdida de su madre. Le pedía en un mensaje que se acercara a verla, que tenía algo importante que mostrarle. Pero era la una de la noche y la visita tendría que esperar al día siguiente.

Cansado, se metió en la cama sin deshacer la pequeña maleta. Aquellos tres días tras los pasos de un niño perdido, la búsqueda de viejos documentos en archivos trentinos o informáticos y el contacto con quienes los gestionaban le daban la sensación de que volvía de un viaje en el tiempo, de un pasado lejano en el que todo era oscuro y triste. Pero al menos no había sido un viaje estéril.

Aunque por la mañana se despertó sin haber descansado lo suficiente, enseguida se dirigió hacia La Misericordia. Allí se encontró el mismo olor agrio a vejez, a ácidos gástricos y a desinfectante, los mismos movimientos lentísimos de los residentes, los mismos susurros de las sillas de ruedas, las mismas gafas antiguas inclinadas sobre revistas o periódicos, la misma televisión con el volumen demasiado alto, las mismas paredes desnudas de todo excepto de un tablón de anuncios con el menú del día.

Su madre estaba charlando en la sala común con otros residentes y, en cuanto lo vio, le dijo:

—Vamos a la habitación. Tengo algo que enseñarte.

Dentro, cerró la puerta.

—Me quedé pensando en lo que me preguntaste el otro día sobre la chica violinista.

—¿Has recordado algo?

—Sí. Llamé a ese azotacalles amigo tuyo, al que llamas Alkalino, para que me llevara a casa y me ayudara a buscar.

—¿A buscar qué?

—Una foto. Recordé que tu abuelo Martín conservaba en una caja algunas fotos de entonces. Y encontré esto —dijo entregándole un sobre que sacó de la mesilla.



Dentro había una vieja fotografía en blanco y negro, con los bordes ondulados, en la que se veía a una pareja de milicianos, un chico y una chica. Ambos, muy jóvenes y sonrientes, parecen felices y miran al objetivo, como si los hubiera requerido en ese momento el fotógrafo, quizá un aficionado local con una cámara de segunda mano. Están apoyados en el capó del camión, de modo que sus manos podrían tocarse, y aunque no lo hacen, se diría que los dedos se ofrecen, que tienen ganas de rozarse. Los ojos del miliciano están un poco entrecerrados por la luz del sol, bajo un mechón del desordenado flequillo. Sobre el mono, una cartuchera vacía de balas le rodea la cintura y un correaje más fino le cruza el pecho, pero queda oculto lo que cuelga de él. La chica lleva un gorro militar sobre el pelo largo, recogido de algún modo a los lados, y se inclina ligeramente hacia delante, como si fuera a dar un paso o quisiera avanzar hacia un futuro que imagina luminoso. Su mano derecha toca una cartuchera militar, pero en sus dedos abiertos no hay nada bélico, y coge la cartuchera como cogería un bolso. Tras ellos, un camión, que reconoció como el viejo e indestructible DAF familiar, sobre un fondo neutro, de campo con algunas construcciones, pero sin trincheras ni fortificaciones ni soldados heroicos. Subido al estribo del camión, con el codo izquierdo apoyado en la puerta abierta de la cabina y en la mano derecha un cigarrillo sin encender, asiste a la escena un hombre alto, el mismo que aún sonreía en las fotos familiares. Le dio la vuelta y leyó: «Día de caza en El

Paternóster. Con Rubén y Marta, el pintor y la violinista. Breda, octubre de 1936».

—Es el abuelo Martín —dijo Cupido.

—Sí, es tu abuelo. Trabajó con el camión para los republicanos, ya lo sabes.

—¿Y ella, entonces, es la chica de la viola?

—Ya lo has leído detrás. Tu abuelo era muy cuidadoso con esos detalles.

De modo que no se había perdido todo de ella en Breda. El tiempo de exposición para aquella foto habría durado dos centésimas de segundo, pero había capturado para la eternidad a una Marta Medina joven, hermosa e inmortal, que sonríe ajena al futuro que ya fermenta cargado de violencia, donde acecha la pérdida inminente de todo lo que ama. Pero en ese cálido día de octubre de 1936 todavía no han comenzado los disparos. Cupido miró la foto con detenimiento: el parecido entre Marta y Marthe era evidente.

—También esta vez tendrás cuidado, ¿verdad? —preguntó su madre con temor, como si aquel nuevo trabajo removiera un miedo especial, larvado durante décadas.

—Sí, no te preocupes. Solo se trata de buscar unos papeles —la tranquilizó antes de marcharse.

Llamó a Marthe para pedirle que se vieran cuanto antes y poco después se sentaron en la cafetería del Europa, alejados de los clientes del hotel. Marthe debía de haber aprovechado aquellos tres días para pasear al aire libre, pues su piel había perdido algo de la palidez invernal que mostraba el primer día.

—¿Cómo te ha ido? ¿Lo has encontrado? —preguntó con ansiedad.

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Estoy seguro de que es él, aunque solo una prueba de ADN podría demostrarlo definitivamente —dijo abriendo la cartera donde traía ordenada toda la documentación.

—¿Ha sido difícil?

—Solo al principio. Fui al antiguo hospital militar de Ciempozuelos. Conservan el registro de los nacimientos, pero no había constancia de ningún parto el cinco de febrero de 1938. Sin embargo, faltaba una hoja de ese día. Alguien la había cortado de un modo tan cuidadoso que se diría que usaron un bisturí. Eso lo hacía todo más difícil, porque no se puede pedir que busquen datos sobre alguien que en teoría no existe. Lógicamente, tampoco en el cementerio ni en el Registro Civil de la ciudad había ninguna información. Pero eso indicaba algo.

—¿Qué?

—Si ese niño nació y no quedó constancia, no fue un niño adoptado. Si lo hubieran adoptado, figurarían los datos anteriores.

—¡Claro que nació! Y entonces, ¿cómo lo has encontrado?

—De la forma más lógica. Llamé a todos los Medina que aparecían en la guía de teléfonos de la ciudad. Uno de ellos correspondía a un taller mecánico, y tu abuela mencionaba en sus papeles que uno de sus primos trabajaba en un taller. Allí encontré el hilo que me condujo hasta el primo pequeño, el adolescente que la acompañó al hospital el día del parto.

—¡Todavía vive! —exclamó, esperanzada.

—Sí. Y si ella murió de alzhéimer, en cambio él conserva una memoria prodigiosa, al menos para las cosas del pasado.

—Me gustaría mucho verlo.

—Te está esperando. Y le darías una alegría inmensa.

—¿Y él te ayudó a encontrarlo?

—A partir de entonces todo fue avanzando —dijo mostrándole las certificaciones de nacimiento y de bautismo.

Marthe las leyó con atención.

—¿Se llama Alejandro Garcilaso?

—Sí.

—Pero aquí dice que nació en Toledo el siete de abril de 1938.

—Si es como creo, la madre no podía aparecer de pronto en público con un hijo sin muestras evidentes de haber estado embarazada. Así que el cinco de febrero se llevaron precipitadamente al bebé, tal como la enfermera debía de haber previsto. Se marcharon dos meses a Sevilla y fingieron que habían vuelto para que el niño naciera en el domicilio familiar. Así podían inscribirlo como hijo biológico, con todos los derechos y sin dejar huellas.

Marthe hojeó el resto de la documentación.

—¿Qué es esto? —preguntó al ver la foto del Panhard X77.

—Es el coche en el que se llevaron del hospital al recién nacido. Luis Medina lo reconoció por el escudo pintado en la puerta. Se conserva en el museo donde los Garcilaso exponen una parte de su patrimonio. Son muy ricos.

Marthe llegó a una foto con un primer plano de Alejandro Garcilaso y sus dedos comenzaron a temblar.

—Se parece muchísimo a la abuela —susurró, como si también el detective la hubiera conocido.

—Sí, ya me he dado cuenta. ¡Pero mira esto! —dijo, y le mostró la foto que había encontrado su madre.

—¿Es la abuela! —exclamó Marthe—. ¿Dónde la has encontrado?

—En mi casa —explicó, y señaló al conductor—: Es mi abuelo Martín. Tenía un camión con el que hizo algunos encargos durante la guerra para los republicanos. Mira por detrás.

Marthe leyó la anotación.

—Ahora sé que es verdad todo lo que ella decía. También lo de su hijo.

—Sí, pero un parecido físico no demuestra nada ante un juez.

—¿Qué quieres decir?

—Que ahora comienza para ti lo más difícil. Tendrás que hablar con él y convencerlo de que no es quien siempre ha creído ser.

—La Ley de Adopción Internacional garantiza el derecho de cualquier adoptado a conocer a sus padres biológicos.

—Pero ninguna ley lo obliga a conocerlos si él no quiere. Además, si todo es como creemos, Alejandro Garcilaso no fue adoptado, se lo llevaron sin más. Tendrás que ir a hablar con él —repitió.

Marthe lo miró en silencio y luego miró los documentos y las fotos extendidos sobre la mesa.

—La verdad es que temía que no fuera posible encontrarlo después de tanto tiempo. Y tú has hecho un trabajo formidable... Pero me gustaría que todavía me acompañaras a Toledo, yo sola no sé cómo enfrentarme a todo esto.

Cupido no lo pensó antes de responder:

—De acuerdo.

Segunda parte
Huellas
(28-29 de mayo de 2004)

El médico despegó el velcro del brazalete y miró el tensiómetro.

—Nueve catorce, algo alta. Pero no es la tensión lo que ahora me preocupa.

Extrajo del sobre blanco una radiografía y la pinchó en la pantalla. En el pulmón izquierdo se veía una pequeña mancha blanca, algo más grande que una canica, hacia la que apuntaba una flecha trazada con un rotulador rojo.

—No es una buena noticia.

—Es un tumor, ¿verdad? —se anticipó Garcilaso.

—Sí. Como temíamos, lo ha confirmado la biopsia. Y no tiene buena pinta.

No era nada hipocondriaco, pero lo había sospechado cuando, tras la primera consulta, le habían mandado un montón de análisis y pruebas que ni siquiera sabía que existían. Había gozado siempre de tan buena salud que no había hecho caso de una tos que le aparecía de cuando en cuando, sin demasiada persistencia, hasta que una mañana vio en el pañuelo una mancha que parecía sangre oxidada. Entonces cayó en la cuenta de que desde hacía unas semanas se sentía débil, cansado, y notaba un oscuro dolor en el tórax.

El médico, muy joven, siguió hablando de operaciones, quimioterapia, células y metástasis con un lenguaje comprensible, con una precisión que impedía hacer falsas interpretaciones. No le ocultó la gravedad y Garcilaso le agradeció que fuera tan claro y contundente en su diagnóstico. Para el cáncer de pulmón había un protocolo médico muy contrastado, le dijo, pero la decisión final estaba en manos del paciente.

—¿Tiene curación?

—Definitiva, no —dijo enseguida. Había metástasis: desde el pulmón, su casa matriz, aquella canica había enviado a sus colonos a invadir otros puntos de su geografía.

—¿Cuánto tiempo?

—Depende. Cada enfermo es un caso distinto. Se podría prolongar un par de años. Sin ninguna terapia, tres o cuatro meses.

Hasta entonces había calculado por años el tiempo que le faltaba por vivir, pero ahora debía pensar en meses, poco después lo haría en semanas y, quizá, si el final no era muy imprevisto ni atroz, podría incluso ser consciente de los días.

—¿Dolor?

—Solo en la última etapa. Pero hay medicamentos paliativos.

Garcilaso negó con la cabeza. Mejor la morfina que el bombardeo de protones y su tierra quemada, o que la quimio con sus vómitos improductivos, llagas, caída del pelo, pérdida de peso, pies helados y un balón de lava en el estómago. No sería un cuerpo humillado y consumido por la resaca de un cóctel de medicamentos finalmente inútiles. Entre el desconcierto que le provocaba el diagnóstico, aquella era su única certeza:

—No cambiaré dolor por tiempo.

Salió aturdido del hospital y se dirigió hacia la catedral, decidido a impedir que la enfermedad le cambiara su agenda.

—Podéis ir en paz.

El sacerdote bendijo a los fieles con una señal de la cruz tan seca que pareció una amenaza de muerte, se inclinó y besó el altar de la pequeña capilla donde había oficiado la misa. Por fortuna, no había soltado una de aquellas homilías terroristas con las que de vez en cuando los sotaneaba. Los escasos fieles comenzaron a marcharse, mezclados entre los numerosos turistas que habían pagado para visitar la catedral. A Dios parecían irle mejor los negocios que las vocaciones: muchos visitantes, pero pocos acólitos, pensó Alejandro Garcilaso, sentado en el banco de la última fila, aunque unos asientos más adelante una mujer joven oraba en silencio, con las manos cubriéndole el rostro y con las rodillas clavadas al reclinatorio, ajena a todo, con una profunda piedad que le resultaba admirable.

Esperó unos minutos más antes de dirigirse hacia la pequeña sala donde se había recogido el padre Matías. La catedral no era el lugar más adecuado para tratar temas mundanos, contraviniendo la hermosa orden inscrita en la verja del coro, *PSALLE ET SILE*, canta y calla, calla todos los asuntos y afanes del mundo para dedicarte únicamente a alabar a Dios, pero quería afrontar cuanto antes la entrevista que le había solicitado el archivero. La primera de las dos que le habían pedido esa mañana.

Llamó a la puerta y, al no recibir respuesta, la abrió ligeramente. El buen olfato que siempre había tenido seguía tan vivo como en su juventud, porque

notó un efluvio de velas apagadas y, por debajo, un olor triste y sucio, como si el agua de una pequeña pila bautismal junto a la puerta no se hubiera renovado en mucho tiempo y las manos la hubieran ido llenando de gérmenes.

De espaldas a la entrada, el padre Matías ya se había despojado de sus vestiduras litúrgicas y se ponía su sotana con su habitual brillo producido por el uso. El severo sacerdote no se preocupaba por su aspecto exterior, como si fuera una banalidad frente a la trascendencia de sus ocupaciones. ¿Estaba equivocado o al ajustarse la ropa emanó de él un atisbo venéreo, que no apagaban ni el olor de la cera ni el del polvo de los libros del archivo? Las malas lenguas hablaban de su vanidad y de su codicia, y quizá no fuera un buen sacerdote, pero era un firme soldado de la Iglesia y un buen gestor, hábil en cabildear a favor de la Orden.

—Don Alejandro —lo saludó. Al sonreír se le inflaron un poco las pálidas mejillas—. No tenía que haberse molestado en venir hasta aquí. En la nota le decía que yo iría a verlo.

—No me costaba nada —dijo pensando que le resultaría más fácil marcharse de allí al terminar la conversación que hacer que el sacerdote abandonara su despacho en la Fundación—. ¿De qué quería hablarme?

—Hay un par de asuntos...

—La actualización de las cuotas de la Orden —se anticipó. Ya se lo había pedido un par de veces.

—Sí, creo que es un buen momento para ponerlas al día. Hace cinco años que no se revisan. Desde el siglo pasado —intentó sin éxito un rasgo de humor.

—¿Qué subida propone?

—Un cinco por ciento. Son buenos tiempos para todo el mundo, el dinero corre por todos lados, los negocios marchan, la gente es optimista.

—¿No es Trueba quien se encarga de eso?

—Pero las cuestiones económicas siempre generan resistencia. Si usted diera ejemplo, los demás lo imitarían. Y si usted lo propone en la junta, todo será más fácil.

—De acuerdo, lo plantearé en la próxima reunión —aceptó.

—Muchas gracias, don Alejandro —sonrió untuoso el padre Matías—, su fe...

—¡No es cuestión de fe! —lo interrumpió. La tendencia del archivero a usar palabras grandilocuentes lo ponía nervioso. Aunque asistía a los oficios religiosos, respondía a las frases del rito por inercia, con la cabeza en otras cosas. Participaba en ellos por tradición y por admiración hacia una estética

perfeccionada durante siglos, pero no era creyente y prefería evitar aquel vocabulario teológico que le hacía sentirse un impostor. Lo habían bautizado, y luego vinieron la confirmación, la confesión y la... eucaristía. La palabra tardó unos segundos en llegarle a la memoria, tanto tiempo hacía que no la usaba. Cuatro de los siete sacramentos, ¡y no había quedado nada! No creía en ningún dios, pero sí en algunas leyes que no provenían de ninguna religión, que eran anteriores a ellas y que seguirían vigentes cuando todas las religiones hubieran desaparecido. Pero a nadie le confesaba su agnosticismo, que pertenecía a su vida privada, con la que siempre había sido extremadamente reservado, algo que no iba a cambiar ahora, cuando le quedaban ocho, diez meses, tal vez un año de vida. Aunque reconocía la labor benéfica que la Iglesia desarrollaba en muchos campos y su capacidad para combatir el frío espiritual de mucha gente, pensaba que solo eran unos magníficos ropajes almidonados sobre el vacío, un esplendoroso vestido diseñado y tejido a lo largo de los siglos por los rituales y el arte sacro bajo las consignas del Vaticano para ocultar que debajo solo estaba la nada, el Hombre Invisible—. Es algo más terrenal. Los Garcilaso llevamos quinientos años al frente de la Orden y seguiremos asumiendo esa responsabilidad.

—Dios se lo pagará —insistió con un gesto, y de nuevo se removió un ligero tufo.

—Eso espero. Aunque dudo que Dios le dé tanta importancia a los asuntos contables como se la dan ustedes, sus ministros aquí abajo. ¿De qué otro asunto quería hablarme?

—De las elecciones para presidir la Fundación.

—¿Qué ocurre?

El padre Matías se acercó a una credencia de madera oscura y sacó una botella y un par de vasos, pequeños como dedales.

—¿Le apetece un jerez?

—No, gracias. Aún es temprano.

El sacerdote se sirvió un vasito del licor y lo apuró de un trago. Luego volvió a llenarlo.

—Alejandra se ha postulado como candidata a mayordomo de la Orden de los Ostiarios.

De modo que era eso, se dijo mientras buscaba una silla con la mirada y el sacerdote se apresuraba a acercársela. Álex no le había dicho nada, lo cual no era extraño, porque su hija había convertido en orgullo el dolor de la bastardía y presumía de no haber recurrido nunca a él para conseguir una ventaja. Pero lo sorprendió que de pronto aspirara a un cargo de tanta relevancia social.

Hasta entonces, también ella se había mantenido siempre alejada de la esfera pública, donde se sentía incómoda. Pero tal vez el cargo en la dirección del museo le había abierto el apetito del poder y había despertado su ambición.

—No me ha dicho nada —reconoció.

—Ya. Va comentando que no quiere depender de nadie, que hará una campaña limpia.

—¿Y qué posibilidades tiene?

El sacerdote bebió otro trago de jerez.

—Digamos que cuenta con algunos apoyos y que conseguirá algunos votos.

—¿Votos? Creía que en la Orden las cosas no se decidían con los votos, que todo se organizaba desde dentro.

—Por desgracia, los tiempos están cambiando y no podemos controlarlo todo.

Garcilaso levantó irónicamente una ceja.

—¿Qué pretende Álex con todo esto? ¿No está bastante ocupada con sus fotografías? ¿No le basta con la dirección del museo?

—Va diciendo que quiere renovar la Orden desde dentro. Que está anclada en un inmovilismo que la perjudica, incluso desde el punto de vista religioso. Que es necesario atraer a los jóvenes a los templos con un nuevo mensaje y nuevas palabras.

—Bueno, ya la conoce, siempre dice que hay que practicar aquello que se predica. Siempre ha defendido que la Iglesia debe estar con los parados, los marginados, los desfavorecidos.

El padre Matías negó con la cabeza.

—Alejandra va demasiado lejos. Si fuera por ella, fundiría nuestra Santa Custodia y vendería el oro y las piedras para repartir el dinero entre los pobres.

—¿Es eso lo que lleva en su programa? —preguntó, incapaz de ocultar la ironía cuando hablaba de asuntos económicos con el archivero.

—No llega tan lejos, pero sí promete otras cosas: que hará sitio bajo nuestro palio, en el Corpus, a gente anónima... Que destinará una parte del presupuesto a medidas sociales... Que renovará algunos aspectos de la liturgia de los Ostiarios... —murmuró. Era una referencia velada a él, porque los Garcilaso tenían desde hacía cinco siglos el privilegio de portar las andas de la Orden y de ocupar un lugar en la primera fila del séquito.

—Bueno, algunas de esas propuestas podrían estudiarse.

—¿Estudiarse cuando todo funciona bien? La Biblia comenzó a escribirse hace unos tres mil años y luego fue comentada y estudiada por los Santos Padres, pero desde entonces ya no necesitamos que nadie venga a darnos lecciones sobre cómo interpretar y gestionar la liturgia.

—Antes ha dicho que Álex conseguiría algunos votos, pero quizá sus posibilidades sean mayores si logra seducir a quienes desean que hombros jóvenes y vigorosos —dijo Garcilaso, recordando a la mujer que unos minutos antes oraba con tanta fe en la capilla— porten las andas, en lugar de viejos anticuados como nosotros. Si no tuvieran miedo de ella, usted no me lo estaría contando.

—Es cierto —reconoció el archivero—. A medida que pasan los días va ganando voluntades. La gente es voluble y se cansa de ver siempre lo mismo. Alejandra promete... otro espectáculo. ¡Pero los espectáculos nunca son buenos para la Orden!

—¿Y qué esperan que haga yo? Soy el presidente de la Fundación Garcilaso, no el mayordomo de los Ostiarios.

—Creemos que podría hablar con ella.

—No serviría de nada. ¡Basta con que yo intente algo para que Álex haga todo lo contrario!

Llamaron con suavidad a la puerta y dos mujeres asomaron la cabeza:

—Don Matías, veníamos a hablar con usted sobre la misa de mañana.

—Esperad un minuto, por favor. Ahora os llamo. —Impaciente, abanicó con las manos para que se retiraran y continuó hablando—: Antonio Trueba se siente traicionado por Alejandra. Fue él quien la introdujo en la junta directiva. Sin su apoyo, ella no estaría dentro. Y ahora se revuelve contra él y quiere sustituirlo.

—Bueno, supongo que yo también me sentiría molesto —reconoció Garcilaso, aunque no apreciaba a Trueba. En el pasado habían tenido más de una discrepancia.

—Para él es algo más que molestia. Ya sabe cómo son los militares. Perdonan cualquier falta, excepto la traición. Aunque estén retirados del servicio, esa convicción no prescribe desde que se la inculcan en la academia.

—Como los sacramentos —apuntó con un suspiro. La conversación comenzaba a cansarlo.

—Puede haber conflicto —insistió el archivero sin hacer caso de su comentario. Cogió el vaso, apuró el último trago de jerez y miró la botella, dudando si servirse de nuevo. Finalmente desistió—. Y el conflicto es lo último que nos interesa. Imagínese lo que disfrutarían algunos, y cierta

prensa, exagerando estas luchas internas por el poder terrenal. Jesús ya nos previno contra los escándalos. ¡Un militar contra una artista! Además...

—¿Sí?

—Es una mujer.

—Eso no es un problema. Ya es hora de que una mujer presida la Orden.

—Pero, si ganara, sería otra humillación más para un militar como él.

Garcilaso abrió los brazos mientras se levantaba de la silla para marcharse.

—¡En ese tema no sé si podré ayudarlo! —repitió—. Álex es muy testaruda, y si se ha propuesto presentarse, nadie podrá disuadirla. Trueba tendrá que llevar a cabo una campaña mejor que la de ella.

El sacerdote hizo un gesto de resignación.

—Una cosa más, don Alejandro.

—Sí.

—Hace un par de días vinieron a interesarse por usted.

—¿Vinieron? ¿Aquí?

—Al archivo diocesano.

—¿Qué querían?

—Una copia de su partida de bautismo.

—¿Mi partida de bautismo? —se extrañó—. ¿Qué interés tiene? Nunca he ocultado nada.

—No parecía que fuera eso lo que buscaban.

—¿Quiénes? ¿Periodistas?

—No, no tenía aspecto de eso. Era otro tipo de hombre... Por supuesto, no le dimos ninguna información.

De nuevo llamaron a la puerta, que se abrió ligeramente.

—¿Puedo?

—¡Vaya, qué coincidencia! —exclamó el sacerdote.

En la puerta estaba Antonio Trueba y, por un momento, Garcilaso sospechó que el padre Matías había preparado aquel encuentro, pero el genuino gesto de sorpresa de Trueba descartaba la premeditación. El exmilitar avanzó hacia ellos y estrechó la mano de Garcilaso con firmeza. De unos cincuenta y cinco años, era alto, muy fuerte, de rostro despejado excepto por un bigote grande y patriarcal, vanidoso y combativo sobre la piel rojiza y arcillosa. Bajo su pose de condotiero, en realidad tenía más aspecto de presidente de un equipo de fútbol provincial que de una Orden.

—Me alegro de verlo. ¿Cómo está?

—Hablábamos de ti —dijo Garcilaso.

—De las elecciones a la presidencia de los Ostiarios —precisó el sacerdote.

—¿El programa electoral? —preguntó Garcilaso señalando la carpeta que Trueba traía en las manos.

—Sí. Pero ya ve que es breve, no hay muchas novedades. Cuando algo marcha bien, no se debe cambiar —repitió las palabras del archivero.

—Entonces no tendrás nada que temer. La gente seguirá apoyándote —dijo Garcilaso.

—La gente es voluble —sonrió—. Pero no es este —señaló alrededor— el lugar más apropiado para hablar de temas profanos.

Trueba miró al padre Matías, que dio un paso atrás, remiso a intervenir.

—De acuerdo, hablemos —aceptó—. Ya sabe que Alejandra ha decidido postularse como candidata a la presidencia de los Ostiarios. Y aunque no creo que salga elegida, su... campaña está dañando a la Orden —dijo, y un eco militar hizo que su voz sonara como una amenaza.

—¿En qué sentido?

—Acusa a la actual junta directiva de autoritarismo, de secretismo en la gestión, de generar clientelismo favoreciendo algunos intereses personales... ¡Hasta de olvidar la verdadera función religiosa para la que fue creada!

—¿Acusa a la junta directiva o a ti? —le preguntó Garcilaso con voz calmada. Creía que Álex se equivocaba con aquella estrategia de enfrentamientos, pero él no iba a reconocerlo ante Trueba, quien, después de diez años como presidente, consideraba la Orden como su cortijo.

—¿Sabe lo que nunca he comprendido? —Trueba se quedó pensativo unos instantes, recopilando las palabras necesarias—. Nunca he comprendido por qué la gratitud es tan difícil de gestionar que a menudo termina convirtiéndose en odio. Como si no se pudiera soportar el peso de la deuda.

—¿Te refieres a Álex?

—Yo la introduje en la Orden, le di mi confianza, le fui encargando responsabilidades...

Sí, todo aquello era cierto y, sin duda, Trueba tenía motivos para el reproche, pero a él ese conflicto lo fatigaba en exceso y no estaba dispuesto a dedicarle más tiempo. Tenía que hacer un gran esfuerzo para responder a aquel tono beligerante, pero permanecer en silencio le exigía un esfuerzo mayor, de modo que le preguntó:

—¿Has conseguido muchas firmas de apoyo?

Trueba parpadeó unos instantes.

—Queda hueco para la suya —replicó señalando la carpeta.

—Si es cierto lo que dices, no la necesitarás.

Se levantó de la silla, y el sacerdote, que había permanecido todo el tiempo al margen de la tensa entrevista, como el testigo de un duelo temeroso de ser alcanzado por una bala perdida, se acercó para abrirle la puerta, pero antes de salir aún oyó a Trueba:

—Alguien con influencia sobre ella debería decirle que retire su candidatura y se dedique a sus fotografías. Una Orden no es un museo.

Garcilaso notó con agrado la ola de enfado que lo vigorizaba por dentro.

—Tampoco es un cuartel —replicó antes de darle la espalda.

Procuró apartar la conversación de su mente y desde la catedral caminó hasta La Abadía, donde se había citado con Roberto. Aunque el chico no había querido ir a su oficina en la Fundación, agradecía que al menos no hubiera elegido algún tugurio alejado que lo obligara a bajar y subir alguna cuesta, esquivando a los grupos de turistas que se fotografiaban ante un fondo monumental o bajo un balcón embanderado, con alguna mujer asomada entre la macetería mientras atusaba las ramas de los geranios.

A media mañana la temperatura era magnífica. El sol de finales de mayo le atravesaba la cansada piel del rostro, cada vez más fina, y le inyectaba en los huesos un calor balsámico. En la plaza de la Ropería sintió la tentación de sentarse en una terraza, entre turistas que no lo conocieran, y hablar con cualquiera sobre temas banales que le hicieran olvidar la consulta con el médico y la inquietud que le causaba la inminente entrevista con Roberto. ¿Debería confesar alguna vez aquella vieja historia? Si fuera creyente, se arrodillaría ante un sacerdote —pero nunca ante el padre Matías, que justificaría su comportamiento y lo enviaría a casa sin penitencia y sin la obligación de reparar la antigua deuda—, y al contárselo todo tal vez se calmara su desazón. Ciertamente, él no había sido el culpable directo, pero en lo más vivo de su conciencia sentía que quien conoce un abuso y calla se hace cómplice del mismo. Había situaciones en que era necesario tomar partido, en que ser neutral era ser infame.

Desanduvo unos pasos y se hundió en una silla de la terraza. Cerró los ojos al sol de la primavera y se le apareció de nuevo su rostro: el de una mujer anodina, siempre vestida con colores opacos, casi invisible detrás del mostrador de la conserjería de la Fundación, donde también hacía labores de telefonista cuando aún no existían los sistemas de llamadas directas y todo pasaba por el filtro de la centralita. Sin embargo, no la había olvidado, y a veces la memoria levantaba su látigo y el golpe le despellejaba una tira de la conciencia. ¡Qué desánimo sentía cuando recordaba su cobardía al no

oponerse al despido y no denunciar el apaño, al transigir con la infamia! Había guardado aquel secreto bajo llave y la había tirado al fondo del Tajo para que nadie entrara, ¡pero ahora venía Robe a abrir la puerta desde dentro!

Virginia Gaitán había sido contratada al quedarse viuda cuando su marido, chófer de la Fundación, murió en un accidente de tráfico. Volvía de Barajas de llevar al presidente a coger un vuelo a Roma para una audiencia con el Papa cuando fue embestido por un camión cuyo conductor se había quedado dormido. La joven viuda tenía un niño de meses y mediaban los años setenta.

Ya llevaba tres años trabajando de manera satisfactoria cuando, en plena Transición, tocó renovar la presidencia y comenzaron a moverse los hilos y las intrigas entre los dos candidatos. El aspirante, un antiguo jerarca de la dictadura que durante décadas había sido el responsable de las infraestructuras públicas provinciales, resultó elegido porque supo manejar los miedos a los nuevos tiempos. En su nuevo equipo, Virginia Gaitán no tenía cabida. Había sido puesta en la centralita por el anterior presidente y no le merecía confianza, no quería tener en los auriculares a alguien tan agradecida a su antecesor. «Una telefonista debe olvidar lo que oye. Y no estoy seguro de su amnesia», dijo de ella. Intentó despedirla, pero no encontró ningún motivo para hacerlo: era una empleada eficaz, amable, diligente, que no protestaba por exceso de trabajo o por la prolongación de los horarios en determinados momentos. La junta directiva no aceptaría que dejaran en la calle, sin motivo, a una viuda con un niño pequeño.

Al enconarse el conflicto, el nuevo presidente hizo del asunto una cuestión de orgullo y presionó por el flanco que a nadie dejaba indiferente. Comenzó a difundir el rumor de que era la amante de una mujer y buscó a dos personas que lo testificaran. Una de ellas, de quien no recordaba el nombre, era una beata temerosa del mundo y espantada del olor a azufre que con los nuevos tiempos comenzaba a invadir las calles de la ciudad imperial. Probablemente creyó la acusación. A él lo buscaron como segundo testigo, recordó mientras sentía en el rostro un calor que no procedía del sol. El nuevo presidente, amigo de la familia, había decidido durante muchos años en qué infraestructuras y caminos rurales se empleaban los fondos públicos provinciales y los Garcilaso estaban en deuda con él: en una ocasión se habían saltado los procedimientos oficiales para abrir una carretera hacia la finca familiar, sin la cual no hubiera sido posible la ampliación de las bodegas. Y en aquel momento pedía la devolución de la deuda. Favor por favor.

Aún recordaba su expresión cuando le dijo que no testificaría sobre un asunto personal de ese tipo.

—¿No te fías de mí? ¿Crees que estoy mintiendo? —le había preguntado, como si fuera alguien que nunca había mentido.

Garcilaso le había dado la espalda para no tener que responderle, y, días más tarde, no lo sorprendió la amenaza que llegó a sus oídos: «Me sentaré a esperar a que Alejandro Garcilaso venga a pedirnos un favor».

No les resultó difícil encontrar a un sustituto que testificara la calumnia, y la acusación contra la telefonista continuó adelante, hasta despedirla del trabajo. La mujer desapareció de la ciudad con su hijo de tres años y Garcilaso supo más tarde que había buscado amparo entre unos parientes emigrados en algún lugar de Francia.

Luego había pasado el tiempo, y cuando ya todo resultaba una historia muy lejana, un día, dos o tres años antes, había aparecido su hijo. Él nunca había creído en los fantasmas y aceptó que la aparición, en el momento preciso, de aquel muchacho desenvuelto, enérgico, llamativo, que tan poco se parecía a la madre, era fruto de la casualidad. Lydia necesitaba que un conductor de toda confianza manejara el lujoso Panhard X77 por las retorcidas calles de Toledo, tan enemigas de los coches, para un anuncio publicitario de promoción de las bodegas, y alguien le había recomendado a Roberto, capaz de conducir cualquier vehículo con ruedas y motor, no importaba el tipo, el modelo o la época. Debió de hacer bien el trabajo, porque después no había dejado de aparecer junto a Lydia, como chófer y en otras tareas eventuales, significaran lo que significaran aquellas palabras, hasta que la Fundación lo contrató en nómina.

Y allí estaba ahora, puntual para la cita que le había pedido, sentado solo ante una mesa, tomando una cerveza, aunque era demasiado pronto, envaquerado y con una camiseta de manga corta, con un estrambótico dibujo, que le destacaba los bíceps, los almenados hombros, con un excedente de fuerza y energía con el que no parecía saber qué hacer, dónde aplicarlo. En los dientes blancos, los ojos grises como plata oscura, la barbilla estable y el abundante pelo no se distinguía la herencia de su madre. Lydia siempre elegía bien.

—Gracias por venir —lo saludó levantándose.

—De nada. Podías haber ido a mi despacho. Todavía estoy allí de vez en cuando.

—Prefería no pasar por la Fundación. ¿Quiere tomar algo?

—Pídeme un té verde —dijo, obedeciendo la recomendación del médico unas horas antes—. ¿Tan mal te hemos tratado?

—Prefiero no ver a Lydia —sonrió, pero no parecía una sonrisa alegre.

Garcilaso esperó a que el camarero se retirara para preguntarle:

—¿Te ha despedido?

—No me ha renovado el contrato.

—¡Vaya! Espero que al menos haya sido generosa.

—No, no lo ha sido.

—Y ahora, ¿qué planes tienes?

—De eso precisamente quería hablarle.

Robe sacó un paquete de cigarrillos, le ofreció a Garcilaso, que lo rechazó con un gesto seco, y encendió uno. Dio una calada enérgica y lo sostuvo a un lado, con las pequeñas cintas de humo deshilachándose en el aire.

—No me gusta pedir, porque siempre parece que uno quiere recibir más de lo que da, pero en esta ocasión... —dijo con esfuerzo, en voz baja—. Cuando comencé a trabajar en la Fundación, Lydia me dijo que era un puesto seguro, definitivo. Y en efecto, todo iba bien, tanto que hace unos meses fui tan imbécil que me dejé convencer por un amigo y pedí un préstamo para pagar la entrada de uno de esos apartamentos que todo el mundo compra, al otro lado del río. Y ahora resulta que estoy en paro, y temo no poder seguir pagándole al banco y perder todo lo invertido.

Se detuvo y tomó un trago de cerveza. Debía de llevar algún tiempo esperando, porque en la mesa, observó Garcilaso, había otra jarra vacía y en el cenicero se veían varias colillas. Dio una calada al cigarrillo y arrojó el humo por la nariz en dos ráfagas, con mucho tiempo de separación entre ambas.

—¿Y qué puedo hacer yo? Sabes que ya no tomo decisiones en la Fundación.

—Quizá si hablara con Lydia...

—Quizá Lydia no quiera verte cerca de ella —replicó Garcilaso.

Roberto agachó la cabeza y, al levantarla, estaba ligeramente sonrojado.

—Hay otras tareas que no implican estar en una oficina.

—Con ella trabajabas de conductor.

—Hacía además otras gestiones —dijo con vaguedad.

Veinticinco años atrás, también su madre había llevado recados de un sitio a otro, dando vueltas como un tiovivo y conectando clavijas en un panel telefónico, pero las tareas de Robe con Lydia habían ido más allá.

—Puedo hacer cualquier cosa —insistió—, en la tienda del museo o en las bodegas. Soy un buen vendedor. Lydia me decía algunas veces que lo más difícil es vender. Que hoy todo el mundo quiere vender algo, pero no todos quieren comprar.

«También sabes venderte a ti mismo», pensó Garcilaso. Qué distinto era a su madre: fuerte, enérgico, con iniciativa. Él no se habría dejado apabullar por una conspiración laboral.

—Antes de trabajar con nosotros, ¿qué habías hecho?

—¡De todo! Hasta llegar a los coches, que es lo que más me gusta, he pasado por mil trabajos diferentes... ¡y todos eran malos! Pero de todos fui aprendiendo algo —murmuró. Apuró la jarra de cerveza de un trago, vio que Garcilaso apenas había tocado el té y, con un gesto, le indicó a un camarero que repitiera su consumición—. A los diecisiete años, cuando todavía vivía en Francia, me contrataron por primera vez. Tenía que abrir latas de la nueva Coca-Cola para ofrecérselas en promoción a los viajeros del metro. Cada día abría tres mil latas y, a la segunda mañana, tenía los dedos agrietados a fuerza de levantar anillas, me sangraban las yemas... Luego trabajé de comercial, a puerta fría, vendiendo telefonía móvil y líneas de internet. —Apuró el cigarrillo con una última calada y aplastó la colilla en el cenicero. Sonrió—. Era tan convincente que lograba contratos de gente que no tenía ordenador.

—Ya veo.

—Más tarde, cuando vivía en Madrid, fui dependiente en una boutique de alta costura, supongo que por aquello de hablar francés y la moda francesa. Al menos, no pasaba frío por las calles ni me cerraban las puertas en las narices. Y también allí aprendí lecciones que nadie te podía enseñar de otra forma.

—¿Por ejemplo?

—Que cuanto más lujosas eran las tiendas, mayor era la codicia de los tenderos, mayor su satisfacción al oír en la caja registradora la lluvia de monedas y al apretar la horquilla sobre las pilas de billetes de cincuenta euros. Y que cuanto más ricas eran las clientas, peor te pagaban y te trataban. Las vi de cerca, seguidas por un chófer que cargaba con cincuenta bolsas... En una ocasión vino a probarse unos vestidos la mujer de no sé qué ministro. Cerramos la tienda y nos quedamos dos empleados con ella. ¿Sabe qué hizo?

—No.

—Se vestía y se desvestía delante de nosotros como si fuéramos muebles, como si no existiéramos.

—Es que seguramente no existíais para ella.

—Otra vez, un dos de enero, una marquesona vino a devolver un modelo exclusivo de cinco mil euros que había comprado tres días antes. Decía que no le gustaba a su marido. Pero, al recogerlo, encontré entre las costuras dos papelitos del confeti de Nochevieja.

—Y comprobaste que no te gustaba todo aquello y decidiste cambiar de oficio.

—En efecto, comprobé que vender es lo más difícil del mundo y que yo podía hacerlo bien, que transmitía confianza y que la gente me creía, pero que definitivamente no me gustaba. Alguien me dijo que buscaban buenos conductores para probar coches de la Peugeot que había que llevar desde la fábrica de Madrid a la fábrica de Francia, donde analizaban su comportamiento en el trayecto: consumo, ajustes, resistencia, luces, frenos, desgaste de neumáticos... Me seleccionaron, y a veces tenía que hacer dos mil kilómetros en un día, pero a mí siempre me ha gustado mucho conducir, desde que compré mi primer coche con mis primeros ahorros. Y además, conocía Francia, había vivido allí muchos años. Estaba contento en el trabajo, aunque era esporádico y lo alternaba con el de conductor en una empresa de coches de alquiler. Y poco después Lydia me contrató para la Fundación.

—¿Y ahora?

Sacó otro cigarrillo. Era el último y arrugó el paquete, que dejó en el cenicero, entre las atormentadas colillas.

—Ahora empiezo a estar cansado de dar tantas vueltas, de ir y venir por tantas carreteras. De usar teléfonos ajenos y de conducir coches que no son míos. De descorchar botellas para que se las beban otros. Pronto cumpliré treinta años. A esa edad, mucha gente ha asegurado su vida y comienza a tener algo en propiedad y a disfrutarlo. Hasta ahora he vivido al día, y no me importaba, era lo que había elegido. Pero me gustaría tener por fin un trabajo estable. Tengo planes —dijo, y aunque miró vagamente a lo lejos, parecía estar viendo algo dentro de sí— y quiero asegurarme de que podré cumplirlos. Voy a instalarme aquí, en Toledo, a vivir en el apartamento que me entregarán en unos meses. No pido nada especial, ni trabajar en nada que no sepa hacer o que no pueda aprender en una semana... Ya sé que no hay nada que obligue a alguien a dar trabajo a otra persona, pero...

—¿Pero?

—Mi madre, antes de morir, me contó una historia.

Garcilaso lo miró con calma y adivinó lo que venía a continuación.

—Creo que yo también la conozco.

Robe no pareció escucharlo y continuó con voz ronca:

—Me contó la historia de una mujer que se quedó viuda con un niño de meses cuando su marido murió en un accidente laboral. Me contó que la contrataron entonces como telefonista, pero que la despidieron tres años después porque el nuevo presidente quería en aquel puesto a alguien de su

confianza. Me contó que, al resistirse al despido, lanzaron unos rumores, inventaron una calumnia contra ella. Y ya se sabe cómo funciona eso: suelta la mierda, que siempre habrá alguien que la pise y la vaya esparciendo por ahí. Lanza una imagen falsa de alguien en el lugar y en el momento adecuados y al cabo de un tiempo parecerá verdad... La mujer se rindió, cogió en brazos a su hijo y se marchó desesperada a otro país, donde murió al cabo de unos años.

—Entonces, también te contaría que hubo gente que se negó a participar en aquello.

—También me lo contó... Y era tan ingenua que incluso estaba agradecida.

—¿Tú no lo estarías?

—No. Yo tengo otra perspectiva sobre esas viejas y sucias historias. Yo creo que quienes la despidieron del trabajo de aquella forma fueron unos miserables. Y también creo que quien se calló sabiendo cómo eran las cosas era un cobarde.

En otras circunstancias habría sentido aquellas palabras como una bofetada, pero en ese momento no le parecieron las más preocupantes que había oído aquel día. Sin embargo, se sintió profundamente decepcionado. Cuando supo quién era, había sentido simpatía por él, por su desenvoltura y vitalidad, pero ahora ya no sabía qué pensar, sus virtudes se estaban convirtiendo en defectos delante de él y lo observó buscando la amenaza escondida en algún rincón de su rostro.

El camarero trajo por fin la nueva jarra, la tercera. La había llenado demasiado y una lengua de espuma se extendió por la mesa. Robe la enjugó con un par de servilletas y dio un largo trago. En el labio superior le quedó un resto de humedad, que limpió con el pulgar y el índice. Era demasiado temprano para beber, pero no parecía afectado. Al contrario, el alcohol le daba fuerza y confianza.

—Es una historia muy excitante y seguro que encontraría a muchos oyentes interesados en los detalles, en comprobar si todo el mundo implicado en ella, y las instituciones que representan —precisó—, son tan honorables como proclama la tradición. Ya sabe cómo son estas ciudades pequeñas. El asunto correría enseguida por todos los rincones. Puede que incluso se hiciera una serie televisiva.

—¿Y cómo termina?

—¡Buena pregunta, porque falta por escribir el último acto! En la historia que me contó mi madre, la mujer juró que nunca regresaría a la ciudad que la

había expulsado, que nunca volvería a hablar con nadie de allí. Pero yo he imaginado un final distinto.

—Espero que no sea tan trágico.

—No es tan trágico, no tema. Creo que podríamos arreglarlo de forma razonable para que el desenlace no sea un drama, sino una comedia con final feliz... Yo imagino que el hijo regresa a la ciudad en son de paz. No busca la revancha, no viene a exigir cuentas ni a romper huesos, pero sí a corregir una infamia y después olvidarla. Y también imagino que quienes hicieron daño a su madre, o quienes callaron, lo compensan por el sufrimiento de todos esos años.

De modo que era eso, la vieja palabra con la que él nunca había tenido contacto y que ahora venía a morderlo desde el pasado. ¿Qué mal podía causarles aquel chico a él y a la Fundación Garcilaso? Sin duda podría armar algún ruido molesto, pero no podría hacer un daño grave. Lydia sabría cómo neutralizarlo.

—La Fundación contrajo una deuda con mi madre —concluyó, dejando atrás la fábula.

—Y tú vienes ahora a reclamarla.

—Sí. Me parece un trato justo.

Volvió a beber un trago de cerveza, que mantenía un anillo de espuma, y de nuevo se limpió el labio superior con dos dedos.

—De acuerdo —dijo Garcilaso al cabo de unos segundos, temeroso de que interpretara su concesión como debilidad—. Lo pensaremos, y si te hacemos una oferta, no será por lo que acabas de decir. Lo haremos por el recuerdo de tu madre. Y déjame decirte algo: no te pareces mucho a ella. A ella no le habría gustado escuchar lo que se ha hablado en esta mesa.

—A mi madre no le fue muy bien con sus ideas.

Garcilaso se levantó muy despacio, conteniendo el dolor que sentía en la espalda.

—¿Y crees que llegarás muy lejos con las tuyas?

Dejó un billete sobre la mesa y salió a la calle, alterado por el contacto abrasivo con el conflicto y la soterrada venganza. Siempre había dejado esos asuntos en manos de sus gerentes, que levantaban en torno a él una burbuja de protección; y, en los últimos tiempos, en manos de Lydia, que incluso parecía disfrutar imponiendo sus criterios en cualquier enfrentamiento. Su sobrina era un excelente cortafuegos.

Se detuvo en la acera, con la respiración acelerada tras la entrevista con Robe, y llamó por el móvil al chófer para que fuera a buscarlo.

—Al Hospital Tavera —le pidió.

A menudo iba allí, donde siempre había poca gente y los cuadros y el espacio le proporcionaban una sensación de aislamiento y de paz.

Pagó la entrada, esquivó a un grupo de visitantes pastoreados por una guía y fue derecho hacia la antigua sacristía. Prefería aquel edificio enorme, desangelado, gravemente herido en la Guerra Civil, a otros lugares más céntricos donde las hordas políglotas de turistas se apretujaban y se hacían sitio a codazos y empujones para fotografiarse las nuca ante los cuadros del Greco.

Una vez más observó el retrato del viejo cardenal, cuyo rostro cadavérico siempre lo inquietaba, pero que ahora encajaba en su estado de ánimo. ¿Sería también ese su aspecto dentro de unos meses, con el avance del cáncer?, ¿adquiriría su piel ese mismo tono grisáceo, carente de brillo? A él, que siempre había huido de las fotografías, ¡cuánto le extrañaba el afán de aquellos grandes personajes religiosos por retratarse engalanados de púrpura!

Absorto en la contemplación del cuadro, no había visto llegar junto a él a un anciano al que, apoyado en un elegante bastón, le costaba respirar mientras también contemplaba el cuadro con una mirada atenta y adhesiva que parecía desentrañarlo. Su rostro le resultó vagamente familiar, le recordaba a alguien conocido que no lograba precisar, y, por un momento, con un atisbo de insana satisfacción, se alegró de ver a alguien más viejo que él.

El anciano debía de ser de esas personas que en los museos no tienen reparo en comentar las obras con quienes tienen al lado, pues al sorprender su mirada le dijo:

—Ya nadie pinta a obispos y cardenales, ahora se retrata a políticos y a banqueros.

—¿Quién era? —le preguntó.

—El inquisidor general Juan Pardo de Tavera. ¿Le gusta el cuadro?

—Sí —respondió. Aunque había ido allí para estar solo, en ese momento agradeció una voz a su lado que no hablara de recidivas, ni lamentara que todo tiempo pasado fue mejor, ni pronunciara amenazas—. Aunque el personaje produce cierto desasosiego.

El anciano asintió lentamente con la cabeza.

—Mayor desasosiego debía de provocar él mismo en vida, cuando desde lo alto del tribunal miraba a un acusado. Porque fue inquisidor general y hombre de confianza de Carlos V. Como el emperador siempre estaba de viaje por Europa, lamentó mucho su muerte, y dijo de él que le tenía «apaciguados los reinos de España con su báculo»... No con su espada, lo que hubiera sido más propio de aquellos tiempos. Viéndolo así, tan débil, cuesta creerlo, ¿verdad?

—Más bien parece inofensivo.

—No es de las mejores obras del Greco, pero es un cuadro extraño. En lugar de pintar al personaje, pintó al hombre que había bajo sus ropajes, su capelo y todos sus lujos, más allá de su profesión y de sus ornamentos —explicó con naturalidad, como si estuviera seguro de que a él le interesaba.

—Entonces, al cardenal tal vez no le gustó el resultado.

El anciano sonrió.

—Posiblemente no le gustó. Pero ya no podía protestar, porque estaba muerto cuando lo pintó.

—¿Muerto?

—Sí, desde hacía sesenta y cuatro años. Y seguramente nunca imaginó que uno de los mejores artistas de la época le haría un retrato a partir de su mascarilla funeraria. Si hubiera podido verlo, creo que habría ordenado que quemaran el lienzo. ¡Ya sabe lo aficionados que eran en esos tiempos a las hogueras! Mírelo, ceniciento y encogido, tan distinto de los altos y apuestos cardenales renacentistas del siglo anterior: parece como si acabara de quitarse la mortaja y se hubiera vestido de gala para posar, ¿no le parece?

—Entonces, quizá el retrato debería llamarse *Naturaleza muerta*.

—Sí —asintió de nuevo el anciano—. Y fíjese en su expresión. Con todo su talento, el Greco no logró ocultar que estaba pintando a un cadáver... Si nos acercáramos más y metiéramos la nariz en la tela, sospecho que detectaríamos cierto olor a podrido —bromeó—. De ahí la piel cenicienta, los ojos apagados en las cuencas profundas en lugar de las miradas febriles que tanto le gustaban al pintor, las cejas casi inexistentes, las mejillas hundidas, la nariz afilada, los labios entre remilgados y severos de una boca que debió de pronunciar más de una sentencia de muerte, ya casi incapaces de cerrarse para

impedir el paso a alguna mosca necrófaga, y el tono general de carne seca que tanto contrasta con el verde pistacho del mantel y con el rosa intenso de sus ropajes, de un paño grueso, pesado, de una talla más grande. —El anciano se detuvo, fatigado, sacó un inhalador del bolsillo de la chaqueta y lo pulsó dos veces sobre su garganta antes de preguntarle—: ¿Le aburro? A veces creo que todavía sigo dando clases.

—¿Aburrirme? ¡Todo lo contrario!

—De ahí —continuó entonces— que apenas tenga pelo, solo esa especie de telaraña lanosa propia de los muertos. Y como para confirmar que estaba pintando a un cadáver, el Greco, que arracimaba en sus cuadros a tantos caballeros adustos, de alargadas cabezas surgiendo de los panales de las gorgueras, que les alargan los cuellos como los adornos de las mujeres de algunas tribus africanas...

Garcilaso iba fijándose en los detalles que le señalaba y comprendiendo lo que antes había visto pero no había entendido.

—¿Es usted... pintor? —lo interrumpió, admirado de sus conocimientos.

—¡No tengo esa suerte! Pero impartí clases de arte durante muchos años y algunas veces traje aquí a mis alumnos para ver este retrato. Y otras veces vengo yo solo, vivo aquí cerca.

Quizá por eso le sonaba su cara, como si hubieran coincidido allí alguna vez. Por un instante dudó entre despedirse de él y marcharse, pero al mismo tiempo le apetecía seguir oyéndole hablar con tanta precisión del retrato de aquel poderoso cardenal que debió de conocer y convivir con algún Garcilaso antepasado suyo: ambos sirvieron de cerca al mismo emperador y vivieron en la misma ciudad y en la misma época.

—Y creo que a Tavera tampoco le habría gustado que el Greco lo sentara en escorzo —continuó al ver su interés—, para no establecer una relación directa y personal con quienes lo miramos, como si desconfiara y no quisiera que nos acerquemos demasiado a él ni sepamos cómo es, a pesar de que nos mira a los ojos.

—¿Acaso Tavera ocultaba algo?

—Sí. Por su talento, pudo ser desde muy joven uno de los más brillantes profesores de la Universidad de Salamanca, pero prefirió el poder a las letras, las garduñas a los libros. Su familia pesó demasiado en su decisión: era sobrino del inquisidor general y no se atrevió a contradecirlo cuando lo encaminaron hacia el oficio. Desde su cargo, envió a más de uno a la hoguera y permitió todo aquello de las torturas y los sambenitos de la época. Y sin embargo, sí, sí tenía un secreto que ocultar.

—¿Qué?

—Su familia procedía de judíos conversos y él no era como decía ser. ¿Quién era en realidad Tavera? ¿El todopoderoso cardenal que dirigía la Inquisición o este frágil anciano de aspecto cadavérico? —Hizo una pausa, de nuevo con dificultad para respirar, y añadió—: ¿Quién es cada uno de nosotros: el que mostramos al mundo o alguien distinto que ocultamos cuidadosamente?

Garcilaso tuvo de pronto la impresión de que el anciano quería decirle algo más de lo que decía. Tal vez se había acercado a él porque sabía quién era. Lo observó con atención y, a pesar de la sensación de familiaridad que le transmitía, no recordaba haber tenido ningún contacto con él.

—Pero hace ya mucho tiempo que no hay Inquisición —respondió Garcilaso—. Ya no se hacen mascarillas mortuorias y todo el mundo tiene cientos de fotografías, en papel o en archivos digitales. No necesitamos que ningún pintor venga a decirnos quiénes somos.

Un grupo de adolescentes, apenas controlados por una profesora, entraron en la sala y se detuvieron ante el cuadro, dificultando su visión y dándose codazos.

Sin replicar a su último comentario, el anciano, fatigado, se despidió de él y comenzó a caminar lentamente hacia la salida, apoyándose en el bastón. No le había preguntado su nombre y, por un instante, sintió la tentación de ir tras él, pero no se decidió. Volvió a mirar el retrato de Tavera, paralizado por la sensación de que Toledo olía a muerto: cuadros de cadáveres y de entierros, criptas, tumbas de mármol, lápidas y reliquias de huesos. Una reunión de fantasmas.

El chófer lo estaba esperando.

—¿Volvemos a casa, don Alejandro?

—No. Vamos a las bodegas.

Treinta minutos después el coche abandonaba la carretera y enfilaba, entre las dos hileras de eucaliptos y las vallas primorosamente pintadas de blanco, el camino a las bodegas, en cuyo aparcamiento había un autobús y algunos coches. Como hacía siempre, aspiró el olor de la dehesa, cuya fragancia se fundía de un modo delicado con los aromas del vino.

Lydia y Charlie salían de la tienda hablando, sospechó, del controvertido y tentador proyecto de trasladar allí el museo y convertir el viejo palacio de los Garcilaso en un centro comercial para franquicias multinacionales y oficinas bancarias. «¡Un pelotazo!», decía siempre Charlie. Pero él no estaba convencido y no sacaría a relucir el tema.

—¿Por qué no nos has avisado de que venías? —le preguntó su sobrina, besándolo cariñosa.

—Ha sido una decisión repentina.

—Íbamos a comer.

—Os acompaño.

El restaurante de las bodegas, que también ofrecía un servicio de fiestas, bodas y eventos, estaba casi vacío: dos parejas en dos mesas y cinco turistas orientales en otra. Pero del salón anexo llegaba el murmullo de uno de los grupos organizados que pagaban un precio cerrado por catar los vinos de la casa y degustar platos autóctonos.

Lydia se dirigió hacia la mesa que ocupaban siempre, junto a una ventana. Charlie encendió enseguida un cigarrillo.

—Buenos días, don Alejandro. —El propio *maître* salió a atenderlos—. ¿Les apetece hoy algo especial?

—Un poco de todo, como siempre. Que Lydia elija el vino.

—¿Qué vas a pedir? —preguntó Charlie abriendo la carta.

—¡Por Dios, Charlie! ¡Las bodegas son nuestras! ¿Crees que elegiré algo malo? —dijo Lydia con una sonrisa que generó algunas estrías en las comisuras de sus hermosos ojos—. Un Boscán del noventa y siete.

Charlie cerró la carta con gesto satisfecho y la apartó a un lado. Su aspecto había mejorado, pero los años de consumo de alcohol y drogas habían roto algo dentro de él que ya no recuperaría. La piel reseca y pálida, como si le hubieran aplicado un decolorante, le quedaba un par de tallas grande y se plegaba en el cuello, y entre las mejillas y las orejas. Conservaba todo el cabello, pero lacio y cansado, fino como plumón, como si también su brillo y su calibre se hubieran deteriorado. El Greco no habría dudado en pedirle que posara para él, pero con una gorguera en lugar de la camiseta vanguardista que llevaba. De hecho, si le quitaba el parche creía verlo retratado en un cuadro religioso, aunque, claro, ¡a Charlie era difícil imaginarlo con un halo de santidad alrededor de la cabeza! A Garcilaso le desagradaban la barba rala, nazarena, y el ojo marihuano, a menudo encapsulado por el humo. Seguramente acababa de fumar, ¿acaso Lydia no lo notaba? ¿O sí lo notaba y lo toleraba por complicidad fraternal? En cualquier caso, él ya no volvería a intentar resolver sus problemas. Ya le había pagado una vez una carísima clínica de rehabilitación para limpiar sus pulmones achicharrados de fumar y su nariz encofrada por la cocaína. Aunque, después de haber dado tantos palos de ciego, tal vez estuviera curado y decidido a cambiar. Lydia le había comentado que se encontraba mucho mejor desde que salía con una chica que

regentaba un bar. Se preguntó si sería cierta aquella historia que se contaba de cuando aún estaba casado con aquella mujer de la que nunca recordaba el nombre. Su sobrino, que se pasaba la vida fuera de casa, en fiestas y cacerías, dijo una tarde que iba a los riberos de la finca a pegar unos tiros. Su mujer, que sospechaba de aquellas cacerías, contrató a un detective, que sustituyó los cartuchos de fuego real por otros de fogeo. Charlie regresó al anochecer con unas perdices que colocó en la encimera diciendo: «Me ha costado cazarlas. A ver cómo las preparan en la cocina». Las piezas se las había proporcionado el fiel e inquietante Perrogato, aquel empleado de su hermana Casilda que amparaba a los dos hermanos con la misma fidelidad de perro con que su padre había servido desde niño a los suyos, hasta que murieron en un accidente de tráfico, cuando los dos huérfanos apenas habían perdido los dientes de leche. Siempre lo había desconcertado el capataz, proclive a estar callado como un fósil, pero también capaz de expresarse con una precisión aprendida durante tantos años a la sombra de la familia. Se equivocaba quien viera en él solamente a un campesino.

Si en Charlie había desaparecido todo rastro de abolengo, en cambio a Lydia los duendes de la genética la habían tratado bien y conservaba el magnífico legado de la tradicional apostura de los Garcilaso.

El *maître* volvió con una botella y les sirvió.

—Y a propósito de vinos, ¿cómo vamos con las últimas ventas? —preguntó Garcilaso.

Lydia levantó la copa para un brindis.

—¡Iba a llamarte para decírtelo! Esta mañana hemos firmado por fin el contrato con China. Ahora daremos salida al excedente de la pasada cosecha y nos aseguramos las ventas durante los próximos tres años.

—¡Enhorabuena! —brindaron.

Lydia se humedeció los labios, tan moderada como siempre. La imaginó negociando con los chinos, exhibiendo ante ellos su alta estatura, la cascada pelirroja de su cabellera, sus ojos de color azul oscuro brillando bajo los elegantes pórticos de las cejas y la convicción de elaborar el mejor vino. Dentro de pocos meses, por primera vez en muchos siglos, sería una mujer quien ejerciera la primogenitura de los Garcilaso.

—¡El *pack* completo! —celebró Charlie. A consecuencia del parche, debía girar mucho la cabeza para poder verla. Dio un trago tan largo que casi apuró su copa, como si temiera que pudieran quitársela—. Turismo, arte y gastronomía para los ojos rasgados. Toledo, el Greco y nuestros vinos. No es un mal negocio, hermanita.

El camarero puso ante ellos verduras a la parrilla, lubina salvaje y algo de caza, para que se sirvieran libremente, y Garcilaso esperó a que se marchara para decir:

—Me llamó ese chico que era tu chófer.

—¿Roberto?

—Sí. Quería hablar conmigo. Hemos tenido una entrevista hacer un par de horas.

Lydia hizo un gesto de desconfianza que, sin embargo, no pudo ocultar un asomo de dolor.

—No tenías por qué haber aceptado. Habíamos quedado en que yo me encargaría de esas cosas. ¿Y qué quería?

—Dice que ya no trabaja contigo, que lo has despedido.

—Es cierto.

—Creía que estabas contenta con él. ¿Ha hecho algo malo?

Lydia detuvo el tenedor en el aire.

—No nos ha robado, ni ha destrozado el coche, ni lo multaron por conducir bebido. Pero digamos que empezaba a actuar con demasiada autonomía.

A Charlie se le subió una sonrisa a las encías, se sirvió una nueva copa del serio Boscán y bebió antes de intervenir en la conversación:

—Lo echaste de tu lado, pero el chico no se resigna. ¿Qué les das?

—Vino a hablar conmigo porque conocí a su madre. Es una vieja historia —dijo Garcilaso.

Mientras limpiaba el pescado y lo comía a trozos muy pequeños, temeroso de las espinas, les fue contando lo sucedido veinticinco años atrás, la denuncia falsa, el despido.

—Pero tú no participaste —dijo Lydia, que había escuchado con atención.

—Y lo lamento —suspiró Garcilaso.

—No te entiendo.

—Debería haber participado y haberla defendido en lugar de apartarme a un lado.

—Yo ignoraba todo eso cuando lo contraté.

—Lo sé y él también lo sabe. Pero, una vez dentro, se sentía a gusto, y, ahora que lo has despedido, quiere utilizar ese asunto para quedarse.

—¡El pasado! —exclamó Charlie—. Por muchas barreras antitanque que le coloques, siempre vuelve y se las salta de un brinco. ¿Podría haceros daño con esa información?

—¿Haceros? ¡Ah, Charlie! Hablas como si fueras un extraño. Tú también formas parte de todo esto.

—No estoy muy seguro. Te recuerdo que no tengo acceso a determinadas gestiones... A las cuentas del banco, por ejemplo.

—Sabes que es mejor así. Si solo hay un responsable, se evitan problemas. Acuérdate del año pasado. ¿O fuiste tú quien hizo frente a los inspectores de Hacienda? —replicó, pero se calló la mitad de la verdad, pues, cuando fue ingresado, consiguieron de un juez una declaración de prodigalidad mediante la cual ella pasaba a administrar su dinero. En una ocasión, una de las fugaces novias de Charlie se lo había reprochado, y ella no tuvo reparos en responder: «¿El dinero de mi hermano? Mi hermano solo gana el dinero que yo le doy. Hace tiempo que se cansó de arruinar todos los negocios que emprendía».

—¡Ya, ya, ya! No tienes por qué repetirlo mil veces. Ya sé que eres una de esas mujeres que no olvidan nunca... Pero soy tu hermano, no tu enemigo. —Charlie soltó una risita. Parecía estar haciendo grandes esfuerzos por dejar las manos quietas sobre el mantel—. Este asunto no va por buen camino.

—¿A qué te refieres?

—Te veo muy nerviosa. Con preocupaciones. Apenada. Y eso no es bueno para la economía de los Garcilaso. Las familias tristes nunca se hacen ricas.

—Somos ricos —dijo Lydia—. De lo que se trata es de no dejar de serlo.

—Vale, parad ya —dijo Garcilaso. Por efecto de la medicación, no tenía apetito. Las verduras le habían parecido llenas de ceniza, y el vino agrio. Dejó los cubiertos en el plato y con la lengua buscó una pequeña espina entre las encías. La encontró, la empujó hasta los labios y la sacó cuidadosamente con los dedos.

—¿Crees que Robe podría darnos problemas? —preguntó Lydia, que seguía preocupada.

—No. En cualquier caso, nada grave. Un rumor más.

—¿Pero concretó alguna amenaza?

—Tu despido no le ha sentado nada bien y me ha dicho que estaría callado si le dábamos un puesto de trabajo en la Fundación... El trabajo que le quitaron a su madre.

—Antes, a eso lo llamábamos chantaje —dijo Charlie.

—No cederemos —dijo Lydia, con los labios apretados—. ¿Ya se ha cansado de conducir?

—Dice que está harto de dar vueltas. Y de usar teléfonos ajenos y de conducir coches que no son suyos.

—Se ha vuelto ambicioso, ¿eh? ¿Y qué le respondiste?

—Que le haríamos una oferta.

—No aceptaremos ningún chantaje —repitió Lydia—. Aunque le diéramos un trabajo, no estoy segura de que aguantara mucho tiempo. No está acostumbrado a quedarse quieto en ningún sitio.

El *maître* llegó para ofrecerles un postre.

—Para mí, no —dijo Lydia, que también parecía haber perdido el apetito—. Quiero salir a montar un rato.

—Te acompaño —dijo Charlie.

—¡Estupendo!

Impaciente, uno de los caballos había relinchado en el patio, y Lydia, antes de salir, se echó un último vistazo en el espejo de cuerpo entero y le gustó lo que veía: una mujer alta y atractiva, vestida con una chaquetilla verde reptil y unos pantalones claros, color hueso, embutidos por debajo de las rodillas en unas botas de amazona. Dio el visto bueno a su atuendo y a la cola de fuego que recogía su incendiada cabellera y bajó al patio. Perrogato, con su aspecto de jinete tártaro, siempre vigilante con sus ojos de mujik, sostenía las riendas de los caballos ya ensillados, con el cuero de los arreos brillante por el uso. ¡Qué apodo más apropiado! ¿Quién habría tenido el acierto de ponérselo a su padre, el viejo criado de la familia de quien lo había heredado? Perrogato reunía en una mezcla compacta características de ambos animales, pero despojados de sus virtudes afectivas. Del perro tenía la resistencia, la obediencia, la capacidad de morder y una lealtad incondicional hacia los dos hermanos; del gato, el sigilo, la independencia, la rapidez, la espera en silencio.

—¿No ha bajado Charlie? —le preguntó.

—No, señora.

Ya pasaban cinco minutos de la hora acordada y suspiró impaciente. Le gustaba la gente desenvuelta y puntual, no tenía paciencia con los lentos, con los dubitativos que antes de rodear un árbol se detenían a evaluar cien veces si sería mejor hacerlo por la derecha o por la izquierda. Recordó que otra de las cosas que le habían seducido de Robe era su diligencia: era rápido en todo excepto en la cama.

—¡Cuando quieras!

Charlie apareció sonriendo, tocado con una gorra de jinete y con un cigarrillo entre los dedos. Dio una última calada y lo pisó para apagarlo. Luego subió a su caballo con un buen estilo, aprendido en las clases de equitación recibidas cuando eran niños.

—Antes, en la comida... —dijo cuando ya estaban solos, con los caballos a pasitrote.

—¿Qué?

—El viejo se ha mostrado preocupado por lo que pueda hacer ese muchacho, Robe. Pero yo creo que no temía por la Fundación.

—¿Ah, no? ¿Y por quién entonces?

—Creo que estaba pensando en ti.

—¿En mí? Sabes que siempre he sido muy discreta.

—En estas cuestiones nunca se es lo suficiente —sonrió—. Y menos si te apellidas Garcilaso. Nosotros no pasamos desapercibidos, hermanita. Todo el mundo sabía lo tuyo con ese chico. Y no ignoras lo que piensa la gente de ti.

—¿Tanta fama tengo? —Rio—. No lo sabía.

—No te hagas la ingenua —bromeó. Estaba de buen humor, tal vez había fumado arriba—. Todas las mujeres tienen una biografía, pero solo algunas tenéis una biografía y una leyenda. Unas veces, ambas coinciden. Otras, la realidad es muy distinta de la fama.

—¿Y en mi caso? —preguntó reteniendo el caballo, ansioso por cabalgar.

—Digamos que perteneces a esa nobleza heterodoxa, rebelde y experta en cuestiones de amor a la que le da igual lo que piense la gente.

—¿Experta en amor? ¿Es que hay alguna persona que lo sea? —preguntó con un repentino tono de desamparo.

Charlie, desconcertado, la miró con gravedad y exclamó, afectuoso:

—¡No me digas que lo echas de menos! Para ti siempre ha sido fácil sustituirlos.

Pero Lydia se negó a intercambiar confidencias y repitió:

—¿Experta en amor?

—Desde luego, yo nunca llegué a graduarme en ese terreno.

—¿Y crees que nuestro patriarca familiar está preocupado por esa leyenda a la que te refieres?

Charlie la miró y respondió con una pregunta:

—¿Hay algo con lo que Robe pueda atacarte? Nuestro tío ha sugerido claramente un chantaje.

—No hay nada con lo que pueda atacarme.

—Me alegro de verte tan segura.

—¿Tú no lo estás?

Charlie hizo un gesto de duda.

—¿Acaso hay alguien inmune a un amante despechado? —preguntó, y añadió, lanzando su caballo al galope—: ¡A ver si me alcanzas!

No quería seguir hablando con él y retuvo a su caballo para que siguiera al paso, mientras Charlie desaparecía a lo lejos. Su adicción no le había mermado la afilada lucidez de sus juicios y enseguida había detectado que en

esa ocasión el amante despechado no era Robe. Por una vez, era ella la abandonada.

Durante muchos años había creído que estaba incapacitada para el amor, que por alguna tara llevaba dentro, en su genoma, un temporizador que al cabo de algún tiempo, nunca demasiado largo, dinamitaba todas sus aventuras, incluso las más gratas, de modo que jamás había consolidado una verdadera relación con nadie. De forma inapelable, siempre llegaba el momento de elegir entre el aburrimiento y la lealtad, a la que no le veía ninguna ventaja.

Sin embargo, Robe, nueve años menor que ella, había comenzado a destrozarse aquellas creencias desde su exhibición al volante del Panhard por las retorcidas calles de Toledo, en el anuncio para las bodegas. Lo contrató como chófer y en su primer viaje hasta La Rioja, sentada atrás, levantó los ojos del informe para la negociación y lo dejó a un lado en el asiento, incapaz de concentrarse. Observó su espeso cabello, algo más largo de lo apropiado para un chófer, pero no tanto como para ocultar el suave arabesco de sus pequeñas orejas, los anchos hombros sobresaliendo por encima del asiento, la firme unión de la nuca con la espalda, que hubiera podido acariciar con solo extender el brazo, desbordada por un deseo casi irresistible de introducir un dedo entre su piel y el cuello de su camisa.

—¿Te gusta conducir? —le preguntó, aunque era evidente: ni se recostaba aburrido esperando a que pasaran los kilómetros, ni se inclinaba en exceso hacia delante.

—Mucho —respondió mirándola un instante por el retrovisor, con unos ojos del color del asfalto—. Pero no transportes públicos.

Le contó, con un tono de orgullo que la sorprendió, que le gustaba ser chófer privado, y que un chófer no era un criado cualquiera a quien se le ordena que abandone la habitación y deje solos a los patronos, sino un técnico en cuyas manos está la vida de quien lo contrata.

Ella, desde luego, no tenía nada que indicarle: conducía siempre con suavidad, y con él los coches nunca se mostraban malhumorados ni renuentes, aunque les exigiera largos esfuerzos sin descanso. Robe amaba los coches y los coches parecían amarlo: casi lo saludaban cuando llegaba al garaje y piafaban como purasangres, impacientes por salir con él a la carretera y dar lo mejor de sí mismos. Era como si montara a los caballos, y los espoleaba si era necesario, pero también sabía meterlos en cintura si intentaban desmandarse hacia las cunetas. Podía conducir durante horas por una autovía, aunque prefería las carreteras secundarias y solitarias, mal asfaltadas, de las grandes

provincias interiores, con hileras de árboles en las cunetas que volaban hacia atrás, con curvas y cambios de rasante que obligaban a manejar el volante y los pedales y siempre revelaban sorpresas en el paisaje. Y aunque a veces corría algo más de lo necesario, siempre se sentía segura con él, porque incluso en las carreteras por las que no había pasado nunca parecía adivinar en qué momento las curvas ciegas se desplegarían en rectas con líneas intermitentes para adelantar. Además, Robe siempre era puntual y sabía llegar a cualquier dirección que se le pidiera. Y cuando el destino no aparecía en los mapas, utilizaba un reciente artilugio electrónico, con una pequeña pantalla, que lo guiaba por satélite con toda precisión.

A pesar de que ella misma lo había despedido, ¡cómo ardía su memoria al recordarlo, cómo lo echaba de menos! Y esa añoranza era una sensación extraña, porque el amor —¿qué otra cosa podía ser, si no?— la volvía frágil, vulnerable, indefensa, cuando siempre se había sentido fuerte y poderosa. Desde su marcha había descendido su temperatura corporal y sentía en la boca un sabor a ceniza. Claro que podía recurrir con una simple llamada de teléfono a otros nombres de su agenda, pero no quería a ningún sustituto, a ningún desdibujado palimpsesto de su intensidad y de su brío. Los nuevos conductores ya no eran lo mismo, eran intrusos que ocupaban su asiento, mostraban sus dóciles cogotes amorcillados y conducían por oficio, sin apenas disimular su vocación de sedentarios e incapaces de comprender aquella pasión locomotriz de Robe. Todo lo que le contaban sobre hijos, familias o anteriores trabajos le resultaba ajeno y aburrido, y los oía sin escucharlos mientras contemplaba el paisaje que desfilaba a los lados del asfalto gris oscuro, que siempre le recordaba el color de sus ojos. Desde su marcha, había perdido el gusto por aquellos viajes en los que, al salir, ella se montaba atrás, pero al poco tiempo, cuando los kilómetros los alejaban de la ciudad, se pasaba adelante, con él, para elegir la música, o para acariciar su nuca mientras conducía, o para poner la mano en su muslo, notando la ligera tensión que lo contraía al acelerar o al frenar, o para bromear sobre la forma en que le sonreían las cajeras de las autopistas al devolverle el cambio. Antes de emprender un viaje con Robe, siempre la invadía una expectación que comenzaba en el momento mismo de hacer el equipaje, en sus dudas sobre si debía ponerse pantalones o una falda rápida, tan preocupada por el atuendo para el trayecto como por el de la entrevista de negocios. Por muy aburrida que fuera la gestión hacia la que se dirigía, con él al volante se convertía en una aventura, bien por el panorama que de pronto aparecía tras una curva en una carretera de montaña, bien por la expectativa de pasar la noche juntos o la

de detenerse en un hotel de camioneros, que abandonaban dos horas después dejando las sábanas arrugadas, o, alguna vez, bajo los manojos de sombras de un árbol a la orilla de un río. Junto a Robe siempre tenía su misma edad, todavía era una joven inconsciente que no se movía por el interés y el cálculo. Con él, todas las ciudades estaban más cerca de lo que creía. Sin él, los viajes solo eran anodinos desplazamientos.

Cada año lo aburría más el coche, lo que resultaba sorprendente en alguien tan aficionado a la bicicleta, de modo que Cupido aceptó encantado cuando Marthe propuso que fueran en el suyo, porque así ella regresaría luego desde Toledo a Toulouse, sin necesidad de volver a Breda. Como no sabían qué ocurriría en el pretendido encuentro con Garcilaso, reservaron habitaciones en el Reina Cristina para pasar la noche.

Marthe conducía muy bien, con pie valiente y firme en el acelerador.

—¿No te molesta para conducir? —le preguntó Cupido al descubrir la venda en el antebrazo izquierdo.

—No. Es una quemadura leve.

—¿Un accidente?

Marthe lo miró como si dudara en contarle algo personal.

—Puede llamarse así —respondió al fin. Estuvo unos segundos en silencio y, como si su curiosidad le hubiera sugerido algo, le preguntó de pronto—: ¿Te gusta tu trabajo?

—Al principio no me gustaba nada, nunca había imaginado que desempeñaría este oficio. Ahora sí. ¿Por qué lo dices?

—Porque creo que un detective es alguien que al encontrar una tarjeta postal no puede evitar mirar el dorso, aunque así se pierda la parte más bonita del mensaje.

—Sí —reconoció Cupido.

—Y ahora te estás preguntando qué hay debajo de la venda.

—Sí.

—Hubo un tatuaje. Ya se borró.

—¿Con fuego?

—Sí.

—Debió de ser doloroso.

—Mucho. Pero ya se está curando.

El viaje se les hizo corto y no tardaron en divisar Toledo y, en lo alto, el Alcázar dominando la llanura. Siguiendo las indicaciones del TomTom que Marthe llevaba instalado, y que Cupido solo había visto usar en las carreras

ciclistas, bordearon la ciudad y tomaron una estrecha carretera que no se alejaba del cauce del Tajo, entre parajes con aromas a pastores y a églogas, hasta llegar a las bodegas Garcilaso.

—Ahí debe de ser —dijo Marthe cuando vieron los edificios al fondo de un camino entre dos hileras de eucaliptos que escoltaban a los visitantes.

Aparcaron junto a un autobús y, al oír el motor, un hombre bajo y robusto salió de una de las puertas y Cupido y Marthe caminaron hacia él. Sin embargo, se les anticipó la llegada de un todoterreno, del que bajó un operario alto y grande que se acercó al hombre como si fuera el capataz o el encargado de la finca y le susurró algo.

—Te dije que te quedaras con ellos —contestó.

—Insistí, pero la señorita Lydia no quería ninguna compañía.

El encargado pensó unos instantes.

—Vas a volver, pero sin acercarte a ellos, y te pones a limpiar los corrales. Me llamas con cualquier novedad.

El empleado montó en el coche y volvió por el camino de tierra por el que había llegado. El encargado, entonces, se dirigió a ellos y Cupido dijo:

—Veníamos a hablar con Alejandro Garcilaso.

Los observó atentamente, en silencio, los ojos tártaros emboscados bajo las cejas, en sombra sus pupilas duras y rápidas y brillantes como pequeñas bolas de acero rodando prisioneras entre los párpados, como si algo en su aspecto lo desconcertara y detectara que no venían al restaurante ni a la cata de vinos. La sombra oscura de la barba le remontaba las mejillas y llegaba hasta los duros y prominentes pómulos salvajes. Su cabello espeso y corto tapizaba de púas su cabeza, y sus mandíbulas, muy marcadas, eran las de quien se nutre de alimentos primarios, sin elaboración, apenas cocinados con la ayuda del agua y del fuego. Vestía una camisa de manga larga hasta las manos fuertes, de dedos rústicos y uñas rurales, y un pantalón de pana, de estrías anchas, lo que le daba la imagen de uno de esos hombres de campo que, por más que se hubieran modernizado con teléfono móvil y maquinaria agrícola, a Cupido siempre le hacían pensar que aún guardaban una navaja en el bolsillo. A uno de ellos le había visto desinfectarse una herida con el mismo spray de color violeta con que desinfectaba las llagas de sus vacas.

—¿Periodistas?

—No. Se trata de un asunto privado.

—El señor Alejandro Garcilaso no atiende asuntos privados.

—Es importante —intervino Marthe.

Cupido notó cómo el acento francés despertaba el interés del encargado, como si no estuviera preparado para ese imprevisto. Pensativo, miró hacia el suelo, donde atrajo su atención el pequeño cono de tierra de un hormiguero y lo aplastó lentamente hundiendo en el centro del cráter el talón de su bota, como si fuera el casco de una mula.

—Si es tan importante, tendrán que dirigirse por escrito a su sobrina, doña Lydia Garcilaso. Ella lleva la representación de la empresa. O pueden dejar una nota con sus datos y su asunto.

Marthe sacó una tarjeta de visita y escribió en el dorso su número de teléfono y el de Cupido.

—Volveré a llamar —insistió.

Regresaron al coche y arrancaron mientras Cupido veía por el retrovisor cómo el encargado seguía observándolos. Marthe enfiló hacia la salida entre el palio de eucaliptos, pero antes de llegar a la cancela de la finca, cuando ya no los veían desde las bodegas, Cupido señaló un camino de tierra que salía a la izquierda.

—Métete por ahí —le pidió.

Marthe desvió el coche hacia la pista que había tomado el empleado con el todoterreno.

Un kilómetro más adelante atravesaron una puerta canadiense y los viñedos dejaron paso a una dehesa bien cuidada, con el terreno limpio bajo las encinas rechonchas, bisabuelas. Poco después vieron unos establos y almacenes de pasto. En la puerta estaba el todoterreno y, al oír el ruido, salió el empleado enorme y los miró con curiosidad, pero Cupido le dijo a Marthe que continuara sin detenerse.

A partir de allí, a ambos lados de la pista había ganado vacuno pastando entre las grandes encinas de cuero, tan humanas que por dentro parecían tener articulaciones, huesos de madera. Al cabo de diez minutos sin ver a nadie, Marthe exclamó:

—¡Allí!

En efecto, a lo lejos se veían dos figuras, un hombre y una mujer, montadas a caballo y pronto llegaron junto a ellos. Detuvieron el coche, bajaron y se dirigieron a los jinetes, que también habían detenido sus monturas junto a un pequeño manantial en el que los caballos agacharon la cabeza y resoplaron por los ollares para limpiar la superficie de hojas secas antes de hundir los belfos y beber. De entre las hierbas cercanas escapó una pareja de perdices tamborileando en el aire al levantar el vuelo.

—¿Lydia Garcilaso? —preguntó Cupido.

—Sí. ¿Quiénes sois? ¿Cómo habéis llegado hasta aquí?

—Seguimos el camino —respondió vagamente Cupido.

—Me llamo Marthe Medina y me gustaría hablar con usted.

—¿Periodista? —preguntó, como si todo el entorno de los Garcilaso estuviera prevenido contra la prensa.

—No. Se trata de un asunto personal. Tengo algo importante que decirle a Alejandro Garcilaso y nos han dicho que antes habláramos con usted.

—*Vous êtes française?* —le preguntó con curiosidad.

—*Oui.*

Lydia miró a su hermano, pensativa.

—Está bien —dijo, bajando del caballo—. Mi hermano Charlie —lo presentó.

Marthe y Cupido les dieron la mano y dijeron sus nombres.

—¿Cupido? —preguntó Lydia observando al detective, como si no hubiera oído bien.

—Sí.

—Nunca había oído ese apellido. Malo para un detective privado —añadió.

—¿Por?

—Creía que a los detectives les conviene ser invisibles y huir de todo lo que llame la atención.

—No podría cambiarlo.

—Como el dios del amor, ¿eh? —dijo Charlie sonriendo con el único ojo visible: el otro estaba tapado por el parche—. Ese que iba lanzando flechas con una venda en los dos ojos.

El detective notó de pronto un perfume a lavanda y advirtió que no provenía del campo, sino de Lydia, como si hubiera estado acostada en un prado de espliego. De pie, era más alta de lo que parecía montada a caballo, pero daba la misma sensación de energía y agilidad, a la que no eran ajenas una constitución atlética, de músculos largos y huesos fuertes, densos en calcio, y unas glándulas en perfecto funcionamiento. La chaquetilla ajustada, las botas altas y los ceñidos pantalones de amazona, de tela clara, perfilaban sus largos muslos. Llevaba el cabello rojo recogido atrás, en una cola de fuego sobre la que reverberaba el sol. La coleta alta, casi a la altura de la coronilla, le estiraba los cabellos en las sienes, le levantaba las cejas y agrandaba sus hermosos ojos, de un azul espeso y oscuro. Había gastado ya una buena parte de los treinta y sin duda no los había desaprovechado: en los

ojos bálticos tenía la mirada experta, el aplomo y la seguridad que da la experiencia cuando las cosas han salido como se había previsto.

—Espero que tú sí te quites la venda cuando estés trabajando. —Charlie sonrió tras su hermana, con la visera de la gorra de jinete negreándole la frente. Con un rápido movimiento, sacó un paquete de tabaco y, sin dejar de mirarlos, encendió un cigarrillo, del que brotó un fino y tembloroso tallo de humo que se ensanchó hasta deshacerse en ramas en el aire limpiísimo.

—Soy detective —respondió.

—¿Detective privado? —preguntó Charlie sin ocultar su desdén, como si se tratara de algo ignominioso o como si hubiera sufrido alguna experiencia desagradable con la profesión.

—Sí, aunque a veces utilizan palabras peores.

—¿Alguien que se vende por dinero? —insistió, mirándolo como si estuviera en venta.

—Solo mi tiempo —dijo Cupido.

—Nunca había conocido a un detective privado —intervino Lydia, que lo observaba curiosa, como algo urbano e incongruente allí, en medio de la dehesa, entre los caballos y la primavera. Al sonreír, unas finas arrugas en las comisuras de los párpados condujeron un brillo de ironía hacia los pómulos y desde allí descendió hasta los labios húmedos y maliciosos.

—Su vida entonces no ha sido complicada —replicó Cupido.

—¿Y puede saberse qué buscas en nuestra finca? —preguntó Charlie—. ¿Algún tesoro oculto?

—No es un asunto de dinero —repitió.

—¿Ah, no? —sonrió incrédulo—. Así que eres de ese tipo de detectives que hurgan más en el corazón que en la cartera.

—¡Charlie! —lo interrumpió Lydia.

—Ya se lo he dicho: nos gustaría hablar con Alejandro Garcilaso sobre un asunto personal.

—A mi tío no le interesan vuestros asuntos personales.

—Un asunto personal de su tío —precisó.

—Él no habla con extraños —remarcó Lydia.

—Yo no soy una extraña —murmuró Marthe en voz tan baja que apenas resultó comprensible.

—¿Acaso mi tío te conoce? —preguntó Charlie.

—No, aún no. Pero él es hermano de mi padre —dijo con esfuerzo.

Charlie giró mucho la cabeza para poder ver la reacción de Lydia, y luego volvió la vista hacia Marthe.

—Mi tío Alejandro no tiene hermanos —dijo Lydia.

—¿Quieres decir que somos parientes, que él también es tu tío? —preguntó Charlie.

—Sí.

—Y entonces nosotros somos... ¿tus primos? ¡Uuuuuuhhhh! —exclamó, divertido—. ¡El tío Alejandro tiene una familia oculta! ¡Qué callado se lo tenía!

—Oculta no —replicó Marthe—. Él no lo sabe... Todo es mucho más complicado.

—¿Puedes explicarte? —preguntó Lydia.

—Mi abuela... —dijo Marthe, pero todo aquello le resultaba demasiado largo y complejo de expresar en un idioma que no era el suyo—. Mi abuela era española y tuvo un niño durante la guerra... Y se lo quitaron...

—¿Y ese niño es...? —preguntó Charlie sonriendo.

—Alejandro Garcilaso.

Lydia, que no parecía divertirse como su hermano, negó con la cabeza agitando la cabellera recogida en la coleta, y fue como si agitara las llamas de un fuego.

—¡Todo eso es absurdo! En esta familia hemos visto muchas fantasías de gente que quiere establecer algún vínculo con nosotros, pero te aseguro que nunca había oído un disparate semejante.

—Hay pruebas —dijo Marthe.

—Sí, seguro que sí. Seguro que aparece por ahí alguna foto antigua bien trucada, o alguna carta anónima donde se cuenta todo un melodrama sobre... Seguro que si has venido desde Francia y has contratado a un detective para que busque a un niño perdido en una guerra de la prehistoria es porque tienes algún tipo de prueba.

—Sí —dijo Marthe.

—Y supongo que usted —se dirigió a Cupido, sin tutearlo— no la ha desengañado.

—No, al menos hasta comprobar si es cierto.

—¿Y lo es?

—Sí.

—¿Quieres decir que nuestro tío...? ¿O quizá debo decir *tu* tío?... que nuestro tío es un hijo bastardo que...

—No —la interrumpió Marthe—. Solo es un niño robado.

—¿Robado? ¿A quién? ¿Cuándo?

—A mi abuela, en 1938.

—Eso queda un poco lejos, ¿no te parece? Déjame calcular... Sí, hace sesenta y seis años —dijo Charlie.

—Un niño que le robaron a tu abuela —continuó Lydia, sin dar tregua ni dejar que Marthe respondiera—, quien, por las fechas y por su marcha a Francia, supongo que sería una miliciana y que ya habrá fallecido.

—Sí.

—¡Qué aburrimiento seguir hablando de los muertos! ¿Y para qué iban a robarlo cuando los había a decenas, abandonados por unas madres que se largaban a pegar tiros a las trincheras? En esta ciudad sabemos mucho de todo eso.

—Fue un niño robado —sostuvo Marthe.

—Los Garcilaso no robamos. Nos roban —dijo Lydia con fiereza.

—No podéis imaginar cuánta gente se acerca a darnos un abrazo mientras tratan de birlarnos la cartera —la apoyó Charlie.

—Me gustaría hablar con él —repitió Marthe con calma, sin levantar la voz, sin parpadear.

—Yo me encargo de las relaciones públicas de la familia. Y tu propuesta me parece tan ridícula y delirante que no voy a molestarlo. Si tu abuela buscaba al hijo que perdió, seguro que hay por ahí un par de miles dispuestos a jurar que son huérfanos y que su madre se llamaba..., ¿cómo has dicho?

—Marta Medina.

—Marta Medina. Sobre todo si por medio hay una herencia para repartir.

—No se trata de ningún reparto —intervino Cupido, que se había quedado al margen, consciente de que él no contaba en aquella conversación, hasta que sintió que se requería su presencia, irritado por el desdén de los dos Garcilaso: uno, despectivo; la otra, mordaz, pero los dos igualmente mezquinos y ofensivos, de una crueldad innecesaria frente a la firmeza con que Marthe defendía su postura sin bajar ante ellos la mirada, sin que se le paralizara la lengua.

El acelerado motor de un coche atrajo la atención de todos y, arrastrando una estela de polvo, llegó el todoterreno, del que bajaron precipitadamente el empleado y el capataz tártaro, que se acercó a ellos y dijo en voz baja y amenazadora, apretando la boca y marcando los maxilares perrunos:

—Nadie les ha dado permiso para entrar hasta aquí.

Marthe lo miró unos segundos, sorprendida de que en unos ojos tan pequeños pudiera haber tanta amenaza, y se volvió, cansada, hacia Cupido:

—Vámonos.

—Espera —se resistió el detective.

—Ya se iban —dijo Lydia dándoles la espalda.

Marthe le pidió a Cupido que condujera y ella se sentó con las manos entre los muslos, encogida sobre sí misma, como si tuviera frío. El detective vio las lágrimas de rabia y humillación que corrían por sus mejillas, mientras en el retrovisor iban disminuyendo rápidamente las figuras, hablando entre ellas. El sol caía por el oeste, hacia Breda, y las sombras de la tarde se perseguían unas a otras sin alcanzarse.

—Bueno, creo que esto es el final —dijo Marthe con voz rendida. Su tono había perdido la indomable firmeza que había mantenido hasta entonces.

—¡No! —negó Cupido, que sentía por la Marthe vencida más simpatía de la que sentía por la Marthe combativa—. Vamos a acercarnos a él directamente.

—¿Acercarnos? ¿Cómo? ¿Vamos a averiguar dónde vive y apostarnos en la acera esperando a que entre o salga para abordarlo?

—Algo así. No vamos a pedir más entrevistas como mendigos que piden una limosna.

—Pero seguramente ya estarán alertándolo. Además, ya tienen nuestros teléfonos. Si quieren, pueden llamarme —dijo con desesperación.

—¿Estás segura de que quieres dejarlo?

—¡Es que no los entiendo! Si me dijeran que alguien me está buscando por un motivo semejante, me faltaría tiempo para preguntarle de qué se trata y comprobar si es cierto. Pero, por lo que estamos viendo, no creo que él sea muy diferente de todos ellos.

—¿Estás segura de que quieres dejarlo? —volvió a preguntarle.

Marthe hizo un gesto de duda.

—¡No, no estoy segura...! Pero no tengo ánimos para continuar. Creía que esto sería más fácil, que a todo el mundo le gustaría encontrar a un miembro más de su familia... ¡Y ya has visto sus reacciones! Como si yo pretendiera quitarles algo... Quizá no tendría que haber venido. ¿Qué estoy haciendo aquí? —dijo con la voz rota y la mirada salobre perdida en el paisaje.

—No digas eso todavía.

—Iremos a ver al primo de mi abuela que la ayudó en el hospital —concluyó, después de un silencio—. Luego regresaré a Francia.

Cupido comprendió su decisión: ¿para qué iba a quedarse más tiempo en una tierra que no la acogía y entre unos parientes que se negaban a contestar sus preguntas y a estrechar la mano familiar que les tendía? ¿Por qué no marcharse, pues, a otras tierras mejores y con mejores hombres? La imaginó

esa noche escribiendo un mensaje a su padre diciéndole que ni le gustaba España ni le gustaban sus gentes.

Cupido marcó el número de Luis Medina sin dejar de conducir y habló unos instantes con él.

—Nos espera —dijo al colgar—. Se alegrará mucho de verte.

Media hora después se detuvieron frente a su portal.

—¿No subes? —le preguntó Marthe.

—No, yo no pinto nada ahí arriba. Es un asunto de familia.

—Entonces, te llamaré cuando termine.

—No hay prisa. Seguro que tendréis muchas cosas de las que hablar. Yo voy al hotel.

En la habitación, se tumbó en la cama y fue cambiando los canales del televisor. En algunos todavía seguían emitiendo programas y reportajes —condolientes o conspiranoides— sobre los atentados.

Dos meses y medio antes, él estaba en Madrid buscando a una chica que había escapado de casa, y el 11 de marzo había asistido espantado a todo lo que ocurría y, a pesar de su agorafobia, al día siguiente se había unido a la marcha que terminó en Atocha, caminando en silencio bajo la lluvia, entre las consignas de los manifestantes que pedían respuestas sobre la autoría. En su oficio había visto a todo tipo de gente dañina, a hombres y mujeres que mataban por celos o venganza o despecho, o para ocultar sus secretos y debilidades, o para ampliar su poder, o por un dinero que no necesitaban, por dominar los circuitos del comprar y el vender; había conocido a hombres crueles y obtusos que apaleaban a mujeres mil veces más valiosas e inteligentes que ellos, y a hombres nobles destrozados por mujeres que no los merecían. Pero la devastación que entonces vio en las pantallas superaba toda su experiencia, casi la volvía banal... ¿Banal? Enseguida retiró esa palabra de su cabeza: el mal tal vez fuera banal para los verdugos, pero nunca lo era para las víctimas... Apagó el televisor. A la tristeza que le provocaban las imágenes de los trenes reventados se unía la frustración por el fracaso de su investigación, que se resistía a aceptar. Pero Marthe había decidido no seguir adelante y él no era más que un detective privado.

Cuando sonó el móvil pensó que sería ella, pero enseguida reconoció la voz de Hisopo, el empleado del archivo:

—Me dijo que lo llamara si encontraba nueva información sobre la persona que le interesa.

—Sí.

—Tengo algo para usted. ¿Podríamos vernos?

—¿Cuándo?

—En el tiempo que necesite para ir al cajero a buscar la misma cantidad.

—Supongo que la nueva información merece la pena.

—No tenga ninguna duda. Le llevaré unos documentos y le contaré una historia.

—Tendrá el dinero si la información lo vale. Venga al hotel, ya lo conoce.

—Veinte minutos —dijo.

Cuando bajó de la habitación, antes del plazo, lo vio sentado en el mismo sillón que la vez anterior, de espaldas a la puerta, casi invisible por su pequeña estatura y los colores opacos de su ropa. Solo al acercarse llamaban la atención los pequeños ojos ratoniles y las grandes orejas. El hombrecillo le dio una mano pequeña y suave, que Cupido soltó enseguida, casi con dentera.

—Pregunté por ahí después de que usted se interesara tanto por esa partida de nacimiento. Ya sabe que a la gente le gusta hablar de los ricos, que siempre despiertan curiosidad, sobre todo cuando son tan reservados con su vida privada como Alejandro Garcilaso. A pesar de eso, en su entorno se sabe que tiene una hija no reconocida.

Cupido sonrió escéptico.

—Del rey para abajo, conozco a veinte personajes famosos de quienes se cuenta lo mismo.

Hisopo picó unos frutos secos de la consumición y los masticó con veloces movimientos de roedor.

—Yo también lo pensé, aunque quien me lo contó era de fiar. Ya sabe: cerca de los confesionarios se susurran secretos que se ignoran en otros sitios. Me puse a indagar y conseguí algunos datos. —Se quedó en silencio, esperando en vano las preguntas del detective, hasta que se decidió a continuar—: Su hija dirige el museo de los Garcilaso. Parece que el patriarca siente ahora por ella una debilidad que nunca había mostrado, como si quisiera purgar alguna culpa. ¿Por qué iban a darle ese puesto, si no?

—¿Por qué no por sus méritos? Estar empleada con los Garcilaso no es razón suficiente para adjudicarles la paternidad.

—Esta razón quizá lo sea —dijo. Hundió la mano en la chaqueta y de un bolsillo interior extrajo unos folios doblados, pero no los desplegó—. ¿Ha traído el dinero?

—Sí.

El hombrecillo le entregó una de las hojas: era una fotocopia compulsada de la partida de nacimiento de Alejandra Bruma López, nacida en Madrid en julio de 1960, cuarenta y cuatro años antes. No figuraba el nombre del padre —«Desconocido»— y la madre, María Bruma López, la había bautizado con sus mismos apellidos.

—Esto no demuestra nada —dijo Cupido, a quien comenzaba a pesarle la inutilidad real de tantos papeles.

—¡Demuestra que nadie reconoció la paternidad! —chilló Hisopo, enfadado por que dudara de un documento público—. ¿Se ha fijado en la edad de la madre?

—No.

—Treinta y cuatro años, doce más que un jovencito estudiante de veintidós. La familia impidió que él la reconociera y a ella la amenazaron con denunciarla en caso de que intentara usar el apellido. Por entonces eso era delito y no iban a permitir que el tierno vástago de una de las familias que formaban la espuma de la aristocracia local hipotecara su vida con una mujer que... —El hombrecillo se detuvo y apretó los labios al ver el gesto de Cupido—. Lo enviaron un año a Alemania para que terminara sus estudios y para alejarlo de ella. Así eran las cosas en aquellos tiempos. Tampoco había análisis que demostraran de forma inequívoca la paternidad. Y si el chico dudó, las presiones familiares se impusieron sobre sus dudas. Respecto a ella, aceptó la compensación económica que le ofrecieron, aunque nadie pudo impedir que la bautizara con el nombre del padre. ¿O acaso cree que también eso es una casualidad?

—¿Por qué no? —repitió—. Hay cientos de Alejandras y no todas pueden ser hijas suyas.

—Esta no es una casualidad —dijo, y le mostró un segundo documento—. Es el parte de maternidad en la clínica de Madrid. Fíjese en el nombre: Alejandra Garcilaso Bruma. La madre la inscribió así en la clínica antes de que pudieran impedirlo. Luego, en el Registro Civil, ya no pudo hacerlo de la misma manera.

—Esto es de un hospital de Madrid.

—¡Precisamente! La alejaron de aquí para evitar murmuraciones.

—¿Y cómo ha conseguido un documento que solo pueden pedir los familiares?

Al sonreír, se le achicaron los ojos. Quizá no era únicamente el dinero lo que lo había impulsado a aquella búsqueda. Quizá era también que, como a

los ratones, el detective lo había puesto tras el olor del queso y ya era imposible que se resistiera a seguirlo.

—Digamos que entre el gremio nos hacemos favores. Ya sabe: hoy por ti, mañana por mí.

—¿La madre vive?

—No. Murió hace tres meses, en los atentados de los trenes. Ya le dije que no era una mujer joven. No he logrado ningún dato más de ella. A la hija, en cambio, puede encontrarla fácilmente en el museo. Ahora hay allí una exposición de sus propias fotografías. ¿No ha ido a verlas?

—No —dijo Cupido, que recordó que, en su visita al museo, en la sala de Exposiciones Temporales se anunciaba una muestra de fotografías, pero después de descubrir el Panhard se había marchado.

—¡Tan grandes como una hectárea! Cosas raras, de artistas, aunque tal vez a usted le gusten.

El hombrecillo se despidió y salió furtivamente del hotel, tan discreto e invisible como había aparecido.

La información que le había vendido era convincente, y tendría que añadir una fruta más en el árbol genealógico de los Garcilaso, aunque fuera una fruta negra, pero no sabía bien qué podría hacer con ella ni cómo aprovecharla. Era como viento en las velas en la calma chicha de la investigación, aunque no lograra ver en qué dirección lo empujaba. Marta Medina había perdido a un hijo en medio de una guerra y, al leer sus cartas, se advertía hasta qué punto había sufrido aquella pérdida durante el resto de su vida. En cambio, Alejandro Garcilaso había eludido su paternidad en tiempos de paz, aunque ahora intentara enmendarlo.

Sintió impaciencia por ver la exposición de fotografías y por intentar hablar con su hija, pero ya era tarde y Marthe aún no había regresado de su visita a Luis Medina. Seguro que tenían muchas cosas que contarse. Esperaría al día siguiente.

—De modo que no solo tengo en España a un tío, hermanastro de mi padre; también tengo a una..., ¿cómo se dice en castellano? ¡Una prima! —dijo Marthe cuando Cupido le contó las nuevas revelaciones de Hisopo, mientras desayunaban entre el cascabeleo de la porcelana del hotel.

—Sí.

—Pero ese dato no cambia nada. ¿Tú crees que aceptará escucharme?

—Tenemos que intentarlo. Quizá si te viera...

—Lo dudo —dijo, pesimista.

Pero media hora después pagaron la entrada al museo y en la sala de Patrimonio Cupido le mostró el soberbio coche, el Panhard X77 que Luis Medina había reconocido, con el anagrama de los Garcilaso en una de las puertas. Luego atravesaron el patio hacia la sala de Exposiciones Temporales.

Ambos se sorprendieron ante la brillante modernidad de una veintena de fotografías en blanco y negro, de gran formato y en un soporte rígido. Con sedales casi invisibles las habían colgado muy bajas, a la altura del suelo, y daban la impresión de que las figuras se movían entre los visitantes e interactuaban con ellos. Y si resultaban tan vigorosas, originales y expresivas, no era por lo que mostraban, sino por lo que les faltaba. Mediante alguna manipulación de borrado digital, dos decenas de personajes reales de entornos cotidianos habían sido despojados del instrumento fundamental de su oficio. Así, a un camarero que servía en una terraza le había desaparecido del brazo la bandeja con las consumiciones; un mecánico se inclinaba sobre el motor de un coche, pero le faltaba en las manos la llave inglesa; un oficinista tecleaba sobre una mesa vacía; un albañil levantaba una pared, pero en sus manos no había ni ladrillos ni paleta...

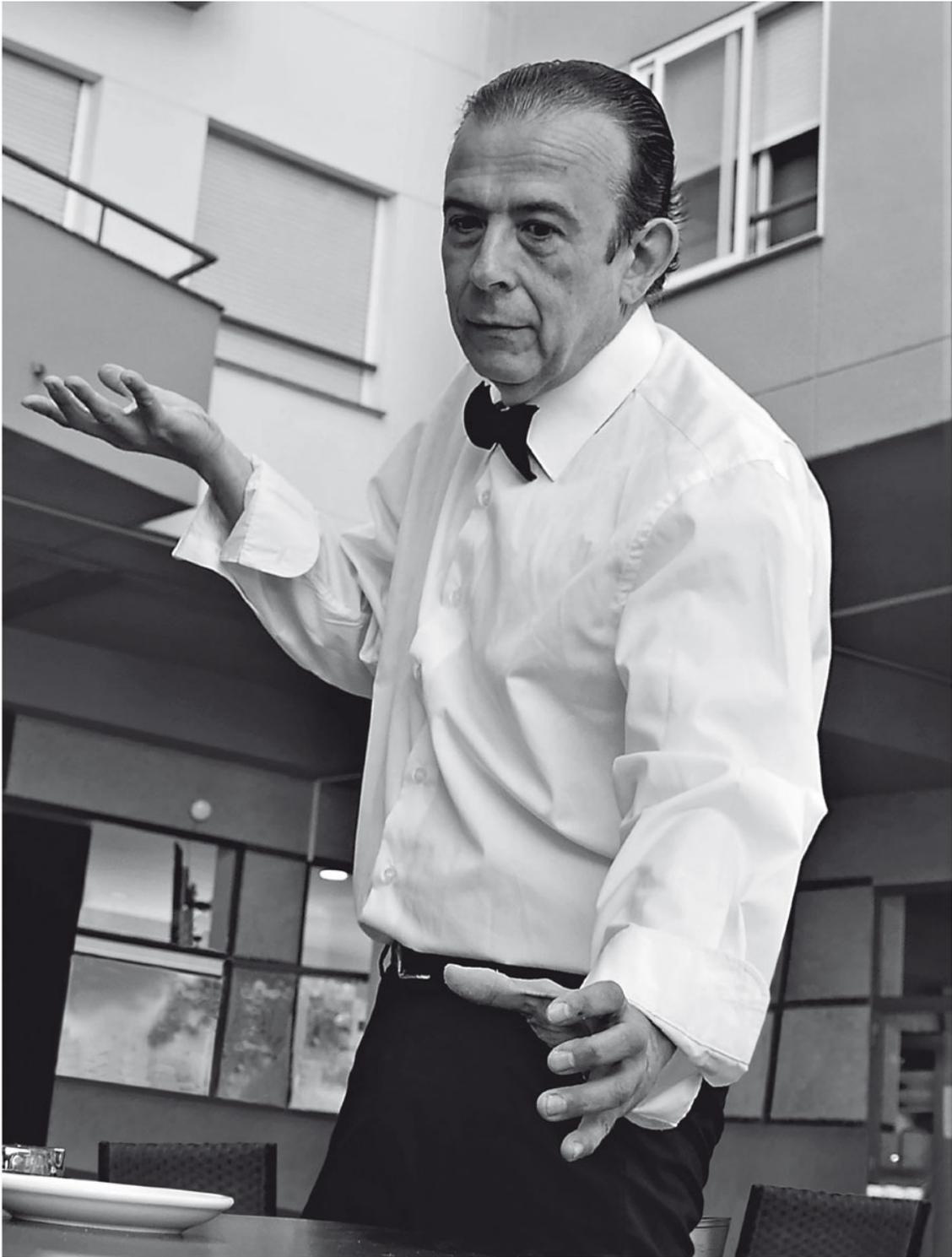
—¿Te gustan? —le preguntó a Marthe.

—Mucho, aunque son extrañas. ¡Qué sensación de vacío!

Los personajes retratados, en efecto, tenían la mirada perdida y parecían mutilados, fantasmas vagando en un escenario real, sin un asidero al que aferrarse: gentes que, a pesar de la bonanza económica que emborrachaba al país, se habían quedado en paro o habían perdido su trabajo. La ausencia de

las herramientas necesarias provocaba desasosiego, la sospecha de la inutilidad de cualquier esfuerzo, y destilaban una extraña poesía del vacío. Las fotografías eran excelentes, pero en ninguna se veía el cartel de VENDIDA.

Si Cupido esperaba encontrar un aire común entre su autora y los dos arrogantes jinetes que habían conocido el día anterior, se sorprendió al ver a la mujer que entró en la sala y a quien identificaron por la foto del catálogo. Y solo entonces advirtió lo que debía haber pensado antes: que, en realidad, Alejandra solo tenía vínculos genéticos con Marthe, aunque tampoco se apreciaba ningún parecido físico entre ambas. Iba vestida con ropas oscuras y conventuales, como si tuviera miedo a los colores, y de una talla grande, que ocultaban su figura. No era femenina, aunque tampoco parecía tener ningún interés en serlo. Su media melena era de ese color mercurio que encanece antes de tiempo, pero sin perder lustre ni calibre, y que algunas mujeres se niegan a teñir, en un gesto de rebeldía frente a la convención. Desvaída, sin perfil, emitía señales de una fatigosa debilidad, como si el vigor de las fotografías le hubiera robado sus fuerzas y la nitidez de los modelos le hubiera robado algo de sus propios rasgos.



Ojeó con curiosidad el libro de visitas abierto en un pequeño atril hasta que vio que se acercaban Cupido y Marthe, que le dijo:

—¡Enhorabuena! Me gustan mucho tus fotografías.

—Muchas gracias —respondió, aunque en el fondo de su voz se detectaba cierto recelo, como si sospechara que solo era un cumplido y no quisiera sucumbir a él—. ¿Alguna en especial?

—La de la chica violinista. Parece que le han robado el violín y el arco de

las manos. Está muy bien hecha.

—¿Eres francesa? —También ella identificó su acento.

—Sí.

—¿Habéis venido a conocer Toledo?

—No —dijo Marthe con espontaneidad—. Hemos venido para hablar con Alejandro Garcilaso.

Alejandra la miró y luego, alertada, miró a Cupido, mucho más alto, como miraría una nube que amenazara tormenta.

—¿Vosotros...? ¿Vosotros sois los que os colasteis ayer en la finca? Me llamó Lydia para advertirme de que podríais aparecer por aquí.

—Sí —reconoció Marthe—. Solo queremos hablar con él.

—Ya entiendo. Y ahora, con la excusa de la exposición, lo intentáis aquí —lamentó con más decepción que enfado—. Lydia me contó una historia fantástica sobre un niño robado. ¡Pues habéis tenido suerte! —Señaló hacia la puerta—. Podéis decírselo a él.

—Así que soy un niño robado —dijo a sus espaldas Garcilaso, que había escuchado las últimas frases y los miraba con interés, con un atisbo de sonrisa que a Marthe le pareció nueva y vieja al mismo tiempo, nueva en él y vieja en el rostro de su abuela, mientras el corazón le brincaba dentro del pecho como un saltamontes y pugnaba por escapársele entre las costillas. Sus facciones eran tan parecidas a las de su abuela que no tuvo ninguna duda del parentesco. Ambos compartían la misma estructura física, la misma forma, resistente, de envejecer, acumulando años en las arrugas como el roble va acumulando anillos, con periodos de sequías o carencias, pero sin percances catastróficos, sin incendios ni devastaciones. Ante aquella repetición de músculos y huesos sobraban los documentos del detective, resultaban superfluos la partida de nacimiento o el DNI, y por un momento sintió el impulso de acercarse a tocarle la cara, segura de encontrar la misma textura, la misma piel cálida y seca de su abuela.

—Sí —respondió con la misma firmeza que había mostrado el día anterior—. Y ahora que lo veo no tengo ninguna duda.

Garcilaso la observó con curiosidad.

—¿Tienes algún modo de probarlo?

—¿Podríamos hablar tranquilos en algún sitio? No lo entretendré mucho.

—Este es un buen sitio —dijo señalando las fotos de personajes con las manos vacías.

Marthe miró al detective y Cupido, que no podía mostrar los documentos que había obtenido de forma irregular, le contó los datos de que disponían, el

relato de Marta Medina sobre su hijo perdido en 1938 y la petición de encontrarlo que le había encomendado. Luego le mostró la carta. Garcilaso la leyó con atención y dijo al terminar:

—Sí, es muy emotiva y no dudo de lo que cuenta sobre un hijo perdido. Pero no dice nada de su identidad. ¿Dejó escrito mi nombre?

—No.

—Entonces podría ser cualquiera que ahora tenga sesenta y seis años. ¿Y ella te ha enviado desde Francia a buscarme? —preguntó, incrédulo.

—Ella ha muerto.

—¡Vaya, lo siento! Pero, si soy su hijo y me quería tanto, ¿por qué no vino antes a buscarme? ¿Por qué ha esperado...? ¿Cuánto? Sí, claro, los sesenta y seis años que tengo. ¿Por qué ahora?

—Porque ahora ella ha muerto —repitió. Y recordó una antigua historia que su abuela le había contado—: Y porque ocultarlo es una maldición. Si se oculta quiénes son los padres, se corre el riesgo de terminar matándolos.

—¡No! —interrumpió el intento de Marthe de seguir explicándose—. ¿Qué me estáis pidiendo? ¿Que sustituya el recuerdo de mis padres y a mi propia familia por alguien a quien no conocí? ¿Que crea en una madre que me abandonó? Lo siento, siento que hayas hecho un viaje tan largo para nada... No pienso escucharos más.

—No te abandonó —negó Marthe, tuteándolo—. Le robaron al bebé.

—Sí, ya me habéis contado esa historia. —Hizo un gesto de apartar con la mano algo que colgara ante sus ojos, una araña o algo así—. ¿Estás pidiéndome que, sin más que unas sospechas fantásticas, crea de repente que toda mi vida ha sido una mentira y que la borre de un plumazo? ¿Es eso lo que me estás pidiendo?

—No pretendo borrar nada. Solo decirte quién eres —insistió Marthe.

—¿Quién soy? Yo sé quién soy. Y ahora os ruego que os marchéis y que no volváis por aquí.

Álex, que había seguido en silencio toda la conversación, cerró el libro de visitas, como si quisiera impedir que Marthe pudiera escribir algo en él, y les pidió:

—¡Salid de aquí, por favor!

En la puerta del museo, Marthe permaneció inmóvil, definitivamente vencida por un profundo desencanto. No tenía el corazón preparado para sangrar de nuevo y, sin fuerzas, miró alrededor sin encontrar nada, como si aquella ciudad monumental y heroica fuera la más trivial de las modernas barriadas. Seguida por Cupido, cruzó la calle y se sentó en un banco del

pequeño parque que había enfrente, con la mirada dirigida hacia la tierra que removía con los zapatos. Cuando habló, no parecía su voz la que dijo:

—¿Te das cuenta de que, de todos a los que he conocido, solo puedo considerar a Luis Medina como a alguien de la familia? Ayer, cuando hablaba con él, me contó que hace unos días coincidió casualmente con Alejandro Garcilaso en un museo, delante de un cuadro de no sé qué cardenal a quien el Greco pintó como si estuviera vivo, aunque había muerto muchos años antes. Ahora yo siento lo mismo: intento hablar con muertos a los que quiero resucitar contándoles una historia que no quieren oír...

—Lo seguiremos intentando —dijo Cupido, aunque no sabía cómo. Había logrado encontrar al hijo perdido hacía muchos años, pero luego no había sabido gestionar esa información ni desempeñar otro papel que el de acompañante.

—Mañana volveré a casa. Montaré en el coche y, cuando haya hecho mil kilómetros, todo esto habrá quedado atrás —dijo con voz firme.

—No —se resistió Cupido—. Seguiremos insistiendo. También a ti te costó creerlo la primera vez que lo escuchaste.

Marthe lo miró con afecto, los ojos embellecidos por un sedimento húmedo, y se tocó la herida del antebrazo, como si le doliera.

—La verdad tiene su tiempo, y si no se revela en el momento adecuado, luego se corre el riesgo de que nadie la crea. Una verdad fuera de contexto pierde credibilidad y llega a parecer una mentira... Si hace cuarenta años, cuando él era joven, le hubieran dicho quién era en realidad, tal vez se hubiera interesado por comprobarlo. ¡Pero ahora ya es demasiado tarde...! No, no voy a seguir dando vueltas por aquí esperando a encontrarme de nuevo con él y a que acceda a escucharme. No quiero que me sigan amenazando por entrar en una finca sin permiso, ni que me expulsen de un lugar donde ya he entrado. Casi me alegro de que mi abuela esté muerta y no pueda asistir a esta decepción.

Tercera parte
Corpus
(9-17 de junio de 2004)

¡Por fin había vendido dos fotografías! A última hora de la tarde, una pareja de ancianos que afirmaban conocer a Alejandro Garcilaso le compraron la foto del cirujano sin bisturí y la del arquitecto sin cartabón para regalárselas a sus dos hijos, que tenían esas profesiones. No vivían en Toledo, pero habían venido a la ciudad a cumplir una promesa en el Corpus.

Sintió deseos de llamar a alguien para contárselo, ¿pero a quién? Después de unos instantes de duda, marcó el teléfono de Quique y le dijo que había vendido dos piezas.

—¡Enhorabuena!

—Ya sé que es muy poco, pero al menos no cerraré mañana en blanco, con el fracaso absoluto de recoger las fotos y guardarlas en el sótano para que se llenen de polvo.

—Ya te dije que la gente espera hasta el final para comprar. Y mañana puede que haya más ventas. No han dejado de pasar visitantes.

—Sí, pero la mayoría eran aficionados a la fotografía y no había ningún coleccionista ni banquero —lamentó.

—Los banqueros no entienden de arte —dijo Quique.

Era cierto, ella sabía que había hecho un buen trabajo, innovador y original, más allá de su habilidad con el clonador y las técnicas digitales. Había dedicado muchas horas hasta atrapar el gesto más revelador y concentrado, como el cazador que aguarda el momento de disparar a la mejor presa de la manada. Las fotos, a un tiempo anhelantes y reflexivas, hablaban tanto del modelo como de su creadora. Y sin embargo, ¡solo dos vendidas! En el fondo no sabía si de verdad les habían gustado a sus compradores o si las habían adquirido por el prestigio de lo que ella llamaba el *holding* Garcilaso. Incluso las reseñas que habían aparecido en la prensa regional tenían un tufillo provinciano y dedicaban menos espacio a su análisis artístico que a la Fundación, cuyo apellido ella no llevaba, aunque todo el mundo se lo adjudicaba en silencio, como a aquellos hijos bastardos de los reyes que ocupaban en la corte un papel secundario. Por más que durante toda su vida hubiera luchado por librarse de esa sombra, toda su vida había estado

contaminada por su influencia. Y sin embargo, no tenía nada en común con ellos, ni con Charlie y sus peligrosas adicciones, ni con Lydia, codiciosa y obsesionada con las plusvalías de las empresas familiares y empeñada en trasladar el museo a las bodegas, allí lejos, en mitad del campo. Los temas que a ella le interesaban, a sus primos les resultaban indiferentes, y los intereses de ellos, a ella no le importaban en absoluto.

—¿Has puesto las etiquetas de VENDIDA? —le preguntó Quique.

—No.

—Pues deberías ponerlas, ¡y en letras grandes, que se vean bien! Eso siempre anima. La gente es tan estúpida que solo quiere lo que ve que quieren los demás.

—¡No creo que dos ventas animen mucho! Dos fotos vendidas la víspera de la clausura no pueden ocultar el fracaso de la exposición —reconoció—. Si durante tres semanas los visitantes han mirado, pero se han ido sin comprar, ya no confío en tener éxito, pero al menos ponen una gota de consuelo.

—Todavía no ha terminado —repitió—. Mañana, con la ciudad llena de turistas, puede ser el gran día.

—Gracias por tu confianza.

—De nada. Nos vemos luego, en el concierto.

Colgó sin responder a sus últimas palabras. Abrió el cajón de la mesa, pero no encontró las etiquetas que le había encargado a Lula, no estaban por ningún sitio. Sin embargo, tenía razón Quique, y ahora le parecía importante colocarlas bien visibles al lado de las dos fotografías, porque ella no estaría allí por la mañana.

Levantó el teléfono y marcó el número interior de Lula, pero estaba comunicando. Colgó y bajó a la oficina. Supo que la empleada fingía cuando, al verla llegar, elevó la voz para decirle a su interlocutor:

—Sí, aunque mañana es festivo, el museo estará abierto en su horario habitual. Buenas tardes.

—No encuentro en la mesa las etiquetas de VENDIDA que te pedí.

Lula se llevó las manos a la boca mientras se ruborizaba.

—¡Lo he olvidado! ¡Lo siento!

—¡Magnífico! —dijo Álex con rabia—. ¡Qué buena memoria! A menos que creyeras que no iban a ser necesarias.

—¿Cómo? ¡Noooooo! —exclamó mientras el rubor se intensificaba un tono en su rostro—. Nunca pensé que...

Álex descubrió a Charlie en la puerta, asistiendo divertido a la escena, pero siguió hablando con Lula:

—Este trabajo no es complicado, pero si dedicas tanto tiempo a hablar por teléfono con no se sabe quién, tal vez haya que plantearse tu idoneidad.

—Lo siento —repitió Lula—. Puedo imprimirlas en un momento, no tardaré nada.

—¿Sabes qué hora es? Son casi las ocho y media y a las nueve cerramos.

—Tengo tiempo —dijo buscando en los cajones—. A menos que...

—¿Qué ocurre ahora?

—Que no tenemos papel adhesivo de color rojo. Creo que tendré que ir a comprarlo...

Álex suspiró con fastidio.

—Pues corre antes de que cierren. Las necesito ya. Mañana es el Corpus y esto estará lleno de visitantes... No me importa cómo las consigas. Imprímelas, déjalas encima de tu mesa y luego puedes marcharte. Yo tengo que salir ahora.

—Puedo colocarlas en las fotos —se ofreció.

—No, ya me encargaré yo. No quiero más errores ni que acaben en un lugar equivocado.

Lula cogió el bolso y salió corriendo. Al quedarse solos, Charlie inclinó la cabeza hacia un lado y le dijo:

—¡Pobre Lula! No sé si era necesario ser tan dura.

—No sería necesario si no se pasara el tiempo hablando por teléfono.

Quince minutos después, Lula no había vuelto con las etiquetas, pero Alejandra salió del museo. Antes de alejarse, miró la fachada: las banderas y estandartes adornaban los balcones para el gran día.

En casa, se preparó un poco de ensalada y un bocadillo, que compartió con *Zoco*, el bull terrier que había recogido en la propia plaza de Zocodover, abandonado cuando era un cachorro. Respondió un par de mensajes en el móvil, vio las noticias en el televisor y perdió el tiempo hasta que *Zoco* reclamó su salida.

Le puso la correa y caminaron hasta el parque, *Zoco* orgulloso junto a ella, con la cola levantada y cara de felicidad. Todo estaba lleno de visitantes, debido a la festividad del día siguiente, y se demoró más de lo previsto observando el ir y venir de los turistas, algunos también con sus mascotas.

Al volver a casa, descolgó el teléfono y llamó a Quique.

—¿Estás preparada? —le preguntó antes de que ella hablara—. Hay mucho ambiente.

—Lo sé. Acabo de volver con *Zoco*.

—Entonces, ¿paso a buscarte? —le preguntó. Desde que habían decidido divorciarse Enrique estaba especialmente amable, había cambiado su actitud. ¿Acaso se arrepentía de aquella decisión, que habían tomado en común, aunque todavía no hubieran concretado una fecha para firmar?

—No, no vengas. Por eso te llamo.

—¿Qué quieres decir?

—Que no puedo ir al concierto, Quique.

—¿Cómo? ¡Pero si te encanta Robe Iniesta! Y habíamos quedado.

—Sí, pero tengo que ir al museo. Lula se había olvidado de preparar las etiquetas para marcar las fotos vendidas.

—Yo puedo ir contigo, te ayudo y las colocamos en un momento.

—No. Además, tengo trabajo. Tengo que preparar una documentación para las elecciones. Y hay un problema grave que quiero solucionar.

—¿Trabajo? ¡Mañana es festivo! ¡Es el Corpus!

—Precisamente. Y no podré hacer nada en todo el día.

—¿Y no es un poco tarde para trabajar? Ayer también te quedaste allí por la noche.

—Sí, porque allí guardo toda la documentación y me concentro mejor, sin nadie, sin distracciones.

—¿Y no te da un poco de miedo?

—No. ¿Por qué?

—En las oficinas de la Orden robaron hace unas noches, ¿no?

—¡Ah, eso no me preocupa! No es eso lo que me asusta.

—¿Estás segura de que no quieres venir?

—Estoy segura. Pero gracias por la invitación.

—Vale. Que aproveches el tiempo —se despidió, molesto.

—Y tú, diviértete.

Colgó con alivio, no tenía ganas de darle explicaciones. Cogió el bolso y se cambió de zapatos ante la mirada extrañada de Zoco.

—Espera un par de horas —le dijo. El perro la miró como si la comprendiera—. Tengo que ir al museo. Tú, guárdame la casa.

Cuando introducía la llave en la puerta de la Fundación, oyó que un coche se detenía a sus espaldas, pero solo se trataba de una patrulla de la policía.

—¿Necesita algo? —le preguntó un agente—. El museo ahora está cerrado.

—Lo sé —respondió—. Soy la directora.

Los dos policías la miraron con curiosidad, pero no se extrañó. Le ocurría a menudo: su aspecto descuidado no correspondía en absoluto con la imagen

que los policías tenían de una directora. Uno de ellos bajó del coche y se acercó a ella.

—¿Puede identificarse?

—Sí, claro.

Sacó su DNI y se lo mostró, y el policía volvió al coche a hacer algún tipo de comprobación. Cuando regresó, ella ya había abierto la puerta.

—Que tenga una buena noche —dijo el agente devolviéndole la documentación.

—Gracias. Buenas noches.

Dentro, encendió la luz y desactivó la alarma. Su primera mirada fue para las etiquetas: allí estaban, Lula esta vez había cumplido y sobre su mesa destacaban los brillantes adhesivos rojos, unidos con un elástico en un fajo, como si fuera a vender todas las fotos. Abrió con la clave el pequeño armario metálico de las llaves, cogió un juego y accedió al claustro, apenas iluminado por la luz siempre menguante de la luna del Corpus, que rodaba por el cielo sin fuerzas, tambaleándose, a punto de caer a la Tierra. El sordo borborigmo de la ciudad parecía muy lejano y, como le había ocurrido otras veces al estar allí de noche, tenía la impresión de hallarse en otro lugar y en otro tiempo.

Nunca había sentido temor allí dentro. Cuando se quedaba a trabajar, lo hacía en su despacho, sin entrar en el claustro ni en las grandes salas antiguas, que ahora, desiertas y oscuras, le parecían inabarcables. Pero recordó la pregunta de Quique y su mención de los ladrones y notó una repentina debilidad en las piernas y un deseo de orinar que tal vez tuviera alguna relación con aquel asomo de miedo. Los aseos habían quedado atrás, a la derecha, y retrocedió hacia ellos. Un piloto de emergencia, más que ahuyentar las sombras, las arrinconaba contra las puertas, pero se sentó y orinó, sin poder evitar el ruido, que le provocó una oleada de pudor, como si alguien la estuviera escuchando. La cisterna descargó con un rugido aumentado por el silencio. Se vistió deprisa, sintiéndose frágil por la desnudez.

—¡Qué tontería! ¡Si hasta ha pasado la policía por delante hace unos minutos! —se dijo al salir de nuevo a la claridad lechosa de la luna, que absorbía sedienta el oscuro granito de las losas del suelo, grandes como lápidas.

Al cruzar el claustro y dejar a su derecha la sala de la Inquisición creyó detectar la vibración de una sombra tras una de las columnas y, por un instante, la embargó un terror medieval, pero se forzó a mirar hacia allí y no vio nada. No había nadie.

«Debería haber encendido las luces», pensó, respirando despacio por la boca abierta para no hacer ningún ruido y no alterar el profundo silencio, como el de un bosque donde de pronto callan todos los pájaros al advertir la sombra de una rapaz que planea sobre ellos. Abrió la puerta de la sala de Exposiciones Temporales y encendió los focos, bien dirigidos sobre las fotografías. Una vez más sintió la desazón del artista incomprendido por un mundo vulgar que no reconocía su talento. Suspiró y separó dos etiquetas del fajo. Se inclinó sobre la mesa para guardar el resto en un cajón y, en una fugacísima visión, comprendió que la sombra que se inclinaba sobre ella no era la suya, pero no tuvo tiempo de volverse ni de esquivar el cable que le apretó la garganta y le impedía respirar. Intentó introducir los dedos bajo la piel para liberar la presión, pero no pudo agarrar el cable hundido en la carne. Siempre había estado segura de que no sería un puño, ni una cuerda, ni un arma lo que le haría sufrir de verdad, sino alguna tortura más sutil y perversa. Pero ahora, con un lúcido horror, supo que iba a morir, que no la atacaba un ladrón sorprendido mientras robaba, ni era víctima de una agresión sexual, sino de un ataque premeditado contra ella... No, no se dejaría matar después de lo mucho que había luchado durante toda su vida. Se puso de puntillas e intentó golpear hacia atrás con la cabeza, pero solo consiguió derribar el atril con el libro de visitas mientras sentía que los ojos se le iban a salir de las órbitas y que la mirada se le nublaban y todo se oscurecía. Entre la bruma, todavía distinguió unas tijeras en el bote de lapiceros en la mesa. Estiró la mano derecha y pudo cogerlas, pero quien la agredía vio su gesto y apretó aún más el cable. Con las últimas fuerzas, intentó herir con las tijeras por encima del hombro, pero solo horadó en el vacío. Su última mirada, antes de perder la conciencia, fue hacia las fotografías de las paredes, hacia los personajes con las manos vacías e inútiles, que se hinchaban y se superponían ante sus ojos, a punto de estallar. También ella comenzaba a ser un fantasma e imaginó la foto de su cadáver entrando en la nada con las manos desnudas.

Insomne toda la noche, ya estaba en pie cuando estalló el parpadeo de las campanas que daban las siete, justo antes de amanecer, satisfecho al comprobar que las piernas lo sostenían en pie. Desde los dieciocho años no había faltado nunca a la procesión del Corpus y tampoco faltaría ahora, ya tendría tiempo en los días siguientes para seguir hablando con médicos y notarios. Pronto llegaría el verano con una hoz en las manos para segar todo, pero de momento aquel 10 de junio se presentaba espléndido, sin calor, sin lluvia y sin viento, lo que contribuiría al siempre opulento esplendor de la fiesta religiosa.

Él seguiría ocupando su lugar en la procesión a la cabeza de los Ostiarios, aunque por primera vez en muchos años no le apetecía. El rígido protocolo de la liturgia, las incómodas y pesadas vestiduras, las largas horas de pie manteniendo la solemnidad le daban mucha pereza, a la que contribuía el cansancio provocado por la enfermedad. En cualquier caso, sería la última vez, el cáncer lo había cazado y ya había tomado la decisión por él. Lydia lo sustituiría encantada, porque le apasionaba todo aquel espectáculo y su vanidad se colmaba siendo el centro de atención.

Pero ahora todavía necesitaba pasar por la Fundación para recoger la valiosa medalla de oro, que se guardaba en la sala de Patrimonio, en una vitrina blindada de la que él tenía la llave. Era algo de lo que siempre se encargaba personalmente, que nunca delegaba. Debería haberla recogido la víspera, pero había estado todo el día en un hospital de Madrid para un segundo diagnóstico y no había tenido tiempo ni para responder a dos llamadas de Álex. Luego, al llegar de noche y fatigado a Toledo, lo había olvidado.

Se forzó a desayunar y, antes de que las calles fueran tomadas por los turistas, caminó hacia la Fundación.

Le extrañó que la puerta de la oficina estuviera cerrada únicamente con pestillo y la alarma desactivada, pero pensó que alguien había madrugado más que él, o que aquel día, por ser tan especial, las limpiadoras habrían adelantado su horario. Desde luego, Álex no, porque siempre se acostaba muy

tarde, era muy perezosa y nunca madrugaba. Sin embargo, en la oficina no había nadie, no se oía nada y no se apreciaba ninguna actividad, ningún ordenador encendido, ninguna luz.

En el pequeño armario de las llaves, que estaba abierto contraviniendo las normas, faltaba un juego, y también estaba abierta la puerta interior que daba al claustro, donde tampoco vio a nadie. Al dirigirse hacia la sala de Patrimonio a recoger la medalla, advirtió que las luces estaban encendidas en Exposiciones Temporales. Antes de llegar vio que el atril con el libro de visitas estaba volcado, como si alguien hubiera tropezado con él y no lo hubiera recogido. La irrupción del desorden en un lugar donde todo estaba siempre ordenado, el silencio y la hora temprana despertaron su inquietud, y en su cabeza asomó la posibilidad del robo o la violencia. Sin embargo, las extrañas fotografías estaban en su sitio.

Desconcertado, salió de nuevo al claustro, y desde allí descubrió las llaves puestas en la puerta entornada de la sala de la Inquisición. La intuición de una desgracia, de algo maligno, lo embargó definitivamente. Aunque nunca había presumido de ser un hombre valiente, se creía capaz de serlo si las circunstancias lo exigían y no sintió temor al empujar la puerta. Las luces encendidas sacaban brillo de unas tijeras abiertas, caídas en el suelo, con las que presumiblemente habían cortado y desgarrado un ancho trozo de la tela negra que cubría la mesa del inquisidor. Enseguida descubrió dónde estaba el retal, pero la incredulidad le impidió comprender lo que veía hasta que transcurrieron unos segundos: con la tela habían compuesto un tosco sambenito para vestir un cuerpo atado al potro de tortura, y en la cabeza, sobre la cabellera color mercurio, le habían encasquetado a modo de coraza uno de los conos rojos de advertencia que utilizaban las limpiadoras para delimitar el suelo mojado. Bajo el cono, en la frente, le habían pegado una etiqueta: VENDIDA. Y todo habría sido una broma grotesca y cruel si debajo del disfraz no hubiera descubierto con horror el cadáver de Álex. Desfallecido, contuvo el temblor de sus piernas y avanzó hacia el torno. Habían atado sus manos y sus pies con los cabos de soga del propio decorado y habían girado la rueda para torturar sus miembros. Sin detenerse a pensar, aflojó la tensión, como si así pudiera borrar el gesto de intenso sufrimiento que contraía el rostro de su hija. Solo entonces se dio cuenta de que estaba llorando y de que no tendría que haber tocado nada.

La heroica ciudad se despertaba bajo los estallidos de las bombas reales, que dejaban en el cielo raso unas breves manchas de humo. Desde lo alto de la torre de la catedral, bajo la campana magistral, el padre Matías no necesitaba catalejo. Conocía de memoria la ciudad vieja, desde la orgullosa testa del Alcázar hasta las tripas y costillares de las retorcidas calles y de las casas acribilladas de sótanos. Fuera de su dominio quedaban, sí, los nuevos barrios que se construían bajo los matorrales de grúas, pero ya no le interesaban demasiado: sus inquilinos solían ser gentes de fuera, de aluvi3n, no pertenecían a las familias patricias locales.

El profundo conocimiento de la ciudad que le daba el archivo se complementaba con el confesionario. All3 dentro, en el oscuro y minúsculo habitácul0 de apenas un metro cuadrado, aprendía sobre la naturaleza humana todo lo que no le contaban los viejos documentos. Con solo observar los pasos y la forma de acercarse del penitente ya adivinaba qué pecados iba a confesar y con qué palabras, qué trampas había cometido, qué secretas miserias, qué escenas prácticas, qué sucias vilezas...

No había dormido bien. Se había levantado antes del amanecer y había subido con esfuerzo los gastados escalones de ladrillo, pero merecía la pena estar allí arriba sin que nadie lo molestara, entregado a sus pensamientos. Le preocupaba el futuro de la Orden si se producían tantos cambios. Incluso en el patriarca de los Garcilaso había notado un claro desinterés por la gestión terrenal, al tiempo que una apatía religiosa contra la que no servían de nada las promesas de felicidad eterna en el otro mundo. En las últimas semanas lo había visto cansado, envejecido, decidido a delegar la toma de decisiones en Lydia, aquella sobrina de quien las malas lenguas decían que iba de un amor a otro como el sonido de las campanas iba de torre en torre por las iglesias de la ciudad.

Lo distrajeron los agudos lamentos de una ambulancia o de una sirena de la policía. No serían los últimos del día, pensó, con tanta gente apiñada en tan poco espacio.

Miró hacia abajo, hacia la plaza del Ayuntamiento, que comenzaba a llenarse de turistas cogiendo sitio para ver la procesión en primera fila, y ante cuya agitación sentía impulsos contradictorios. Por un lado, su severa moralidad rechazaba toda aquella algarabía; por otro, su vanidad catedralicia se hinchaba satisfecha por que la liturgia se adueñara de la ciudad por un día y en la avanzadilla de los balcones ondearan enseñas religiosas, banderas nacionales, tapices, mantillas y mantones de Manila que, con las alas extendidas, parecían grandes murciélagos. La procesión del Corpus era uno

de los momentos más solemnes del año, en la que el rito religioso desplegaba todo el esplendor de los trajes talaros y de los uniformes bajo los cuales sudaban clérigos y militares, de las brillantes joyas incrustadas en los objetos del culto, del clangor de las cornetas, del aroma de las navetas llenas de incienso que inundaba las calles y de las velas con sus bailonas lenguas amarillas. Además, la temperatura sería muy agradable, lo que contribuiría al brillo festivo, aunque a él no le gustaran esos días tan sensuales y cristalinos, tan llenos de aromas y colores; los veía llenos de peligros. El mundo estaba infectado de apostasía y la religión estaba pasando a ser algo banal y prescindible en aquel comienzo del siglo XXI. Las torres de las iglesias habían dejado de ser los monumentos emblemáticos de pueblos y ciudades y ya nadie miraba hacia el cielo buscando a Dios, ni hacia las veletas de los templos para saber la dirección del viento. Así que era importante mantener al menos por un día el protagonismo de la Iglesia.

—¡Padre Matías!

Distraído por el ruido de la charanga que amenizaba el desfile de la tarasca, no había oído llegar a Hisopo, que se había acercado con aquel sigilo de ratón que también practicaba en el archivo.

—No te había oído.

—Lo han llamado por teléfono —dijo recuperando el aliento—. Han dicho que era muy importante y por eso he subido a molestarlo. Tendría usted que comprarse uno de esos teléfonos móviles.

—¿Quién llamaba?

—De la Fundación. Una mujer. Pero no me han querido decir de qué se trataba.

—¿Lydia Garcilaso?

—Quizá. Se dice que comienza a tomar las riendas —apuntó, esperando obtener alguna información.

—Don Alejandro va cumpliendo años —se limitó a responder.

—Bueno, siempre es mejor que lo sustituya la sobrina que esa hija que le atribuyen.

—¡Qué sabrás tú de eso! Venga, vamos a ver qué quieren ahora los Garcilaso de este servidor.

Volvía de montar en bicicleta, y estaba comprobando la distancia recorrida, el tiempo y las pulsaciones, cuando sonó el teléfono. Era una empleada de la Fundación Garcilaso y le pedía que fuera a Toledo al día siguiente, porque don Alejandro quería hablar con él. Se trataba de un asunto importante y, para su traslado, le facilitarían el modo de transporte que eligiera.

Y a media mañana del día siguiente, martes 15 de junio, entró en las oficinas de la Fundación. Garcilaso lo esperaba en su despacho, sentado ante una mesa de madera sólida y oscura, en la que solo se veía un periódico, un sobre cerrado y la tarjeta de visita de Marthe donde también había anotado el número de teléfono del detective. Toda la decoración era de madera, no habían cedido a aquella última moda del *boom* inmobiliario de combinar acero y cristal que tanto seducía a las nuevas fortunas, pero que Cupido asociaba, no sabía bien por qué, a las mansiones de los narcos.

El detective le estrechó la mano y supuso que se debía más a debilidad que a arrogancia el hecho de que Garcilaso apenas se levantara del asiento para saludarlo: en las dos semanas transcurridas había envejecido o enfermado. Llevaba el pelo muy corto, había perdido peso y las ojeras ponían un sello de oscuridad bajo sus ojos, como si algo se estuviera quemando en su interior. Un gesto de cansancio y abatimiento iba de un lado a otro de su rostro, de los pómulos a la nariz, y de la nariz a las comisuras de la boca, siguiendo unas arrugas que no recordaba tan profundas, que ahora le parecieron marcadas más por el dolor que por los años.

—Me acordé de usted —dijo—. De usted y de aquella chica francesa que hace dos semanas se presentó aquí para decirme que no soy quien creo ser, que en realidad soy un niño robado durante la guerra.

—Pero no quiso hablar con ella. ¿Ha cambiado de opinión?

—No. Sobre aquel asunto sigo pensando lo mismo. Por eso solo lo he llamado a usted.

—Nunca trabajo al mismo tiempo para dos clientes con intereses enfrentados.

—¿Enfrentados? ¡No! Se trata de un asunto muy distinto.

—¿Sí? —preguntó, intrigado.

—El jueves pasado mataron a mi hija.

Cupido no pudo evitar un gesto de sorpresa y tartamudeó unas palabras de condolencia.

Durante unos segundos Garcilaso lo miró a los ojos, en silencio, antes de susurrar:

—Nadie debería ser condenado a escuchar juntas esas dos palabras, la palabra hijo y la palabra muerte. ¿Qué se puede hacer contra eso? ¿Ir cada día al bar hasta perder la conciencia?

—¿Cómo ha sido? ¿Quién lo ha hecho?

—No se sabe nada —suspiró—. Por eso lo he llamado.

—¿Por qué a mí? No hay nada que yo sepa hacer que no pueda hacerlo cualquier otro detective de esta ciudad.

—¡Precisamente! Si fuera uno de nosotros, no podría escapar a las teorías locales —murmuró. Cogió el periódico que tenía sobre la mesa y le mostró la portada con la noticia—. ¡Ya lo ve, a toda página! La muerte de un Garcilaso despierta más interés que la de un ministro, y ahora mismo todos los habitantes de Toledo están haciendo de detectives, y cada uno de ellos defiende una tesis, convencido de ser el más capacitado para resolver el crimen.

—¿Y la policía?

—La policía hace lo que puede, pero desde el estallido de las bombas en Atocha están demasiado ocupados en descubrir conspiraciones y en evitar nuevos atentados. Los terroristas tenían su zulo a sesenta kilómetros de aquí... Además, la policía cree que fue un intento de robo.

—¿Y usted no?

—No. A Álex no la mataron para robarle, aunque le quitaron la cartera y las joyas que llevaba encima esa noche: un reloj, un anillo y un colgante. La mató alguien con acceso a la Fundación, o alguien a quien ella conocía lo suficiente para dejarlo entrar a esas horas de la noche.

—Y quiere que yo lo averigüe.

—Usted vino con aquella chica a decirme que yo era un niño robado. No lo creí entonces y no lo creo ahora, pero en su búsqueda demostró que conoce su oficio. Ahora, en cambio, me han arrebatado a mi hija y quiero que encuentre a quien lo hizo. Si trabaja bien, no se preocupe por los honorarios.

Cupido expuso sus condiciones y se preguntó si Garcilaso las había entendido bien antes de aceptarlas, pues había permanecido como si no las escuchara, impaciente por que terminara y dar su conformidad.

—¿Sabe una cosa? Nunca la llamé así, hija mía... Y ahora que ella ya no puede escucharme, me doy cuenta de que no encuentro una forma mejor de llamarla. Nunca hablé con ella lo suficiente. De hecho, ese mismo día me dijo que tenía que tratar conmigo un tema importante, pero yo estaba en un hospital en Madrid y no pude atenderla. Es una historia larga y triste, como todas las historias en las que los hijos son separados de los padres.

La voz comenzó a temblarle y se calló, demasiado pudoroso para mostrar sus emociones, pero se adivinaba el dolor corriéndole por dentro en oleadas.

—¿Cómo ocurrió?

Garcilaso le contó las circunstancias en las que encontró el cuerpo en la Fundación la mañana del Corpus.

—No he visto muchos cadáveres en mi vida —añadió—, he tenido esa suerte. Pero no se necesitaba mucha experiencia para saber que estaba muerta, atada al potro de aquella manera tan espantosa y con un horrible hematoma en el cuello. La autopsia ha confirmado los detalles.

Del sobre extrajo unos folios impresos y un puñado de fotografías sujetas con un clip y lo empujó todo hacia el detective.

—La estrangularon con un cable de teléfono. Los forenses dicen que intentó defenderse, porque tenía dos uñas rotas y arañazos en el cuello hechos por ella misma al intentar liberarse. Alguien debió de sorprenderla por detrás en la sala donde exhibía sus fotografías, pero luego la arrastró hasta la sala de la Inquisición, cuando ya estaba muerta. La ató al potro y montó toda esa macabra escenografía que puede ver en las fotos: le estiró los miembros como si la sometiera a tortura, la vistió con un sambenito negro que improvisó con un trozo de tela y puso en su cabeza, a modo de coraza, un cono rojo de los usados para delimitar las zonas de la limpieza. Luego le pegó en la frente una etiqueta roja con la palabra VENDIDA, de las utilizadas para señalar la adquisición de las fotografías.

—¡Qué extraño!

—Sí. Nunca nadie en esta familia había muerto así. Los Garcilaso moríamos o en combate o en la cama del palacio, como mueren los reyes —dijo.

«Pero a ella no la consideraban de la familia. Era como un pájaro extraño que había venido a posarse en el árbol genealógico de los Garcilaso y las demás aves no se lo habían puesto fácil», recordó Cupido, según los datos facilitados por Hisopo. Pero solo preguntó, observando extrañado las fotografías:

—¿Para qué todo esto? En situaciones así, alguien mata con lo que tiene más a mano o le resulta más fácil y rápido: un cuchillo, un disparo, un empujón desde lo alto... Un cable, como en esta ocasión. Pero toda la escenografía inquisitorial parece tener un significado oculto.

—Me lo he preguntado muchas veces estos días.

—Tenía que ser importante para que quien lo hizo, en lugar de salir corriendo tras matarla, se demorara vistiéndola de ese modo, con el riesgo de que lo sorprendieran.

—Entre estos muros, y a esas horas, debía de sentirse muy seguro. Era improbable que alguien entrara en la Fundación entre las doce y la una y media de la madrugada.

—¿Cómo entró ella?

—Álex, como todos nosotros, tenía llave de las oficinas. Y allí, en un armario metálico de seguridad, guardamos las llaves de las dependencias del museo. Cuando llegué por la mañana, lo encontré abierto, y todo indica que ella había cogido un juego y había ido a la sala donde colgaban sus fotos. Quien la mató abrió con ese mismo juego la sala de la Inquisición.

—¿Estaba dentro? ¿La estaba esperando?

—No se sabe. Lo único seguro es que ella entró sola, que nadie la acompañaba.

—¿La vio alguien?

—Sí. Y no podían ser mejores testigos: cuando abría la puerta de la calle, pasaba por allí un coche patrulla. Los agentes se extrañaron al ver que alguien entraba en la Fundación a esas horas, pasadas las doce, pararon a interesarse y le pidieron que se identificara. Sobre ese hecho no hay ninguna duda.

—De modo que alguien que disponía de llave ya estaba dentro, o entró después, o ella dejó que entrara.

—En efecto. No podía tratarse de un ladrón que ya estuviera allí, porque habría saltado la alarma, que había sido revisada después del robo cometido unos días antes en las oficinas anejas de la Orden.

—¿Y no cabe la posibilidad de que forzara una entrada cuando ella estaba dentro y, al verse sorprendido, reaccionara con violencia, la despojara de todo lo que llevaba encima y, asustado, la vistiera de ese modo para desviar las sospechas?

—No hay ninguna señal de que alguien forzara una entrada —descartó Garcilaso—. Fue alguien que también tenía llaves o a quien ella conocía... Uno de nosotros... —no quiso terminar.

—¿Por qué vino a esas horas, de noche, a la Fundación?

—Esa misma tarde, cuando estaban a punto de cerrar, Álex había vendido por fin sus dos primeras fotos. Cuando fue a poner las etiquetas de obra vendida, se dio cuenta de que no estaban en la mesa. Se las había encargado a Lula, una de nuestras empleadas, pero esta se había olvidado. Álex se enfadó mucho con ella y Lula se comprometió a conseguir las esa misma noche, como fuera, y a dejarlas encima de su mesa. Álex dijo que pasaría más tarde a colocarlas. Y así lo hizo. No era algo excepcional. Le gustaba trabajar de noche y a veces se quedaba aquí dentro hasta muy tarde, ordenando documentos u organizando peticiones de visitas. Era muy puntillosa...

—¿Quién más sabía que estaría allí?

Garcilaso pensó unos segundos antes de responder.

—Lula, por supuesto. Lo sabía Charlie, que estaba presente cuando se produjo la discusión. Usted ya lo conoce. Lo sabía el padre Matías, que la había llamado por teléfono varias veces esa tarde porque quería hablar con ella de algo urgente.

—¿Urgente?

—Para él, sí. Los Garcilaso fundamos hace cinco siglos la Orden de los Ostiarios. Álex se había postulado para ser su presidenta. Quería renovarla, darle nuevos aires, hacer que por primera vez la dirigiera una mujer. Como puede imaginar, su decisión no les gustó nada ni al actual presidente, Antonio Trueba, ni al padre Matías. La llamó para hablar con ella, en vano, y al preguntar cuándo podría localizarla, Lula le dijo que a veces se quedaba allí por la noche. Y supongo que también lo sabía Enrique —añadió.

—¿Quién es?

—Su expareja —dijo sin ocultar el desdén.

—No parece que lo aprecie mucho —se interesó Cupido. Hasta ese momento había asimilado toda la información de nombres, horas, lugares, pero era a partir de entonces cuando comenzaba lo verdaderamente importante. Siempre había prestado más atención a las circunstancias de la vida de las víctimas que a las circunstancias de su muerte.

—No, no lo aprecio. Y no lo apreciaba cuando vivían juntos. Nunca le hizo bien.

—¿La maltrataba?

—¡Nooo! Álex no lo hubiera permitido. Pero tampoco la hacía mejorar. Supongo que ninguno de nosotros la comprendimos. También yo sé los errores que cometí con ella, no supe estar a su lado cuando me necesitaba. Ni siquiera cuando, hace tres meses, murió su madre en uno de los trenes que explotaron en Atocha. Estaban muy unidas y se sintió muy sola, pero nunca

supe cómo llegar hasta ella. Habíamos estado separados demasiado tiempo... Nunca hicimos un viaje juntos, no compartimos experiencias felices o desdichadas. No fui un buen padre, tardé muchos años en reconocerla como hija, y creo que eso le pesó siempre. Y cuando por fin nos acercamos, no me gustaban algunas de sus ideas, ni su forma de vida, tan bohemia. Temía que Álex se convirtiera en uno de esos pseudoartistas hijos de ricos que llegan a la vejez sin haber trabajado nunca. Y Enrique la empujaba hacia ese camino.

—¿Están divorciados?

—No. Se habían separado, pero aún no habían firmado el divorcio.

—¿Quiere decir que...?

—Sí. Él heredará todo su patrimonio ganancial.

Era una velada acusación, pero era prematura y Cupido no insistió en ella. Ya tendría tiempo de confirmarla o descartarla.

—Supongo que, para cualquier padre, cuando una hija muere de forma violenta, el primer sospechoso es el tipo que salía con ella y no la hacía feliz —añadió, matizando su información anterior.

—Tendré que hablar con todos los miembros de la familia. Necesitaré que usted facilite las entrevistas —dijo Cupido, recordando el encontronazo en la finca con Lydia y con Charlie.

—Lo haré.

—Tendré que hacer preguntas.

—Sí. Y supongo que algunas respuestas no serán muy generosas con ella. Sus enemigos le dirán que era ambiciosa, arrogante, desleal, fría... Sus amigos..., bueno, no tenía muchos amigos. Pero en realidad solo era infeliz —murmuró.

—Y algunas preguntas serán duras —insistió Cupido.

—Tendrán que soportarlas. No se preocupe, me encargaré de que pueda hablar con todos. Y no me gustaría que se distrajera con otros trabajos simultáneos.

—Nunca lo hago, ya se lo he dicho. No olvido el otro encargo, pero de momento ha quedado apartado.

—No tengo mucho tiempo.

—¿Qué quiere decir?

—Estoy enfermo —respondió con voz serena, sin ningún atisbo de autocompasión.

—¿Es grave? —preguntó Cupido intuyendo a qué se debía el pelo rapado, el deterioro físico.

—Cáncer. Apareció en el pulmón, pero ya ha comenzado a asomar la cabeza en otras partes. Los médicos hablan de unos meses, así que no tardaré en retirarme del escenario y otros ocuparán mi lugar —explicó brevemente—. Pero antes de hacer mutis por el foro me gustaría dejar resuelto este enigma... Quiero que averigüe quién lo hizo. ¡Ya ve! Sabía que cuando llegara este momento necesitaría junto a mi cama a un médico y a un notario, pero nunca imaginé que también necesitaría a un detective.

—Lo siento —dijo Cupido mientras pensaba en Marthe, en que también ella debería saberlo.

—Siempre he tenido buena salud —añadió—. Parece que la genética familiar nos ahorra las enfermedades pequeñas, pero nos condena de pronto con una dolencia incurable, de modo que la primera también será la última. Pero al menos no duele —susurró.

Cupido hizo un amago de replicar algo, pero Garcilaso lo detuvo con un gesto de cansancio.

—Es la hora de tomar mis medicinas. Al salir, pídale a Lula los datos que necesite.

Aquella ayuda era importante, porque una vez más no se trataba de un robo, ni de un delito de mafias o delincuentes. Al contrario, estaba ante un crimen de familia, de los que un griego había dicho que generaban las mejores tragedias. «De nuevo», se dijo, «tendré que hablar con todos ellos, hacer preguntas y escuchar sabiendo que al menos uno de ellos miente». Toda investigación suponía internarse en tierra hostil, pero ahora contaba con la protección del señor feudal para ser bien recibido en sus dominios.

Cupido ya estaba en la puerta cuando Garcilaso preguntó:

—¿Cree que sufrió? Se lo pregunté al forense y me dijo que no, que su muerte fue rápida, pero el forense es un viejo amigo y siempre ha sido piadoso. Usted debe de saber de eso.

—No, no sufrió. Tal vez ni se dio cuenta de lo que ocurría —mintió—. Solo duraría unos segundos.

Al salir del despacho, pasó por la oficina. La joven y atractiva empleada estaba hablando por teléfono.

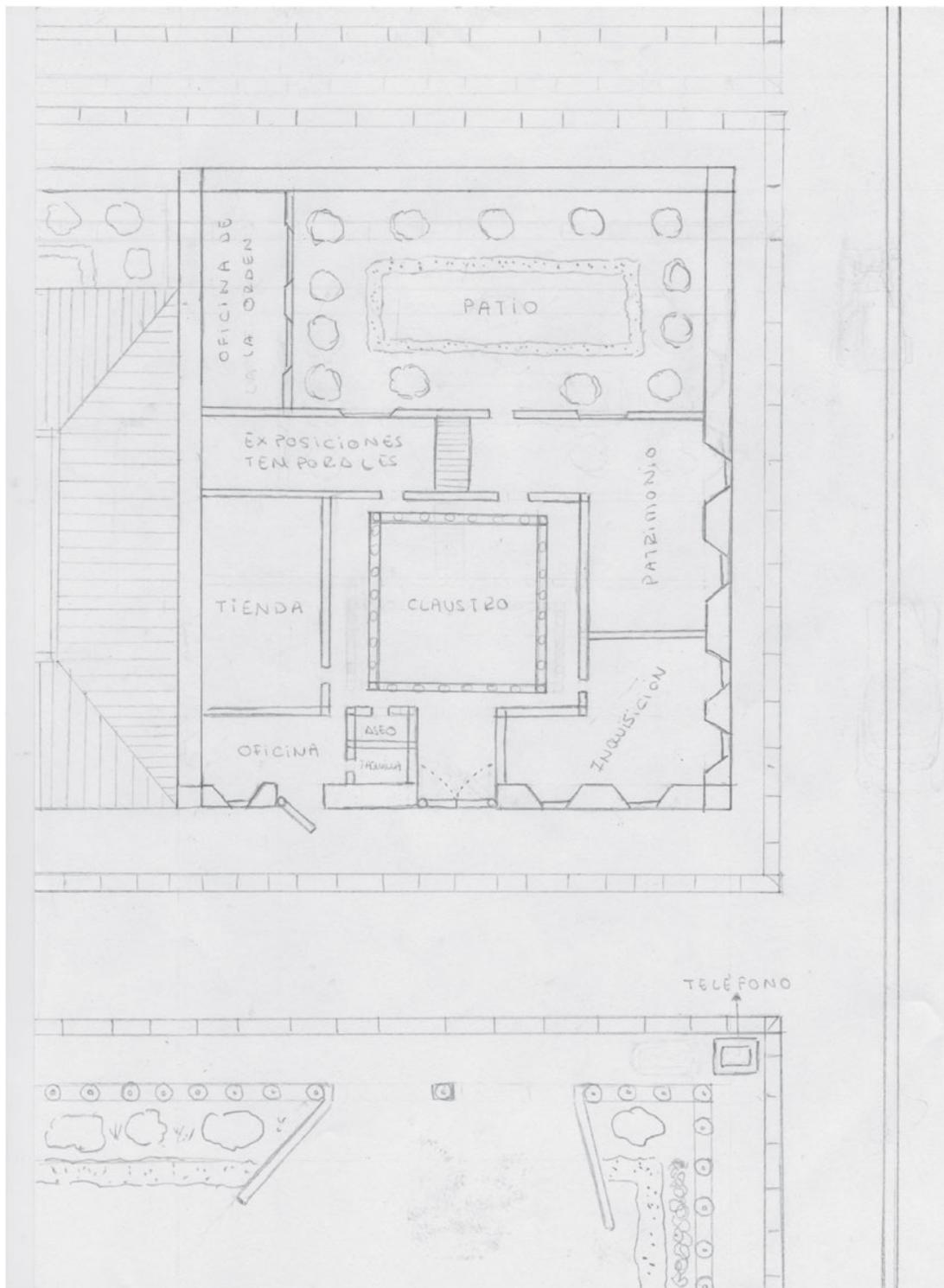
—Sí, sí... De acuerdo... Está aquí, se los daré —dijo mientras miraba a Cupido, que esperaba frente a su mesa. Cuando colgó, dijo—: Don Alejandro quiere que le prepare los datos de los contactos. Tardaré unos minutos.

—De acuerdo. También me gustaría hablar contigo.

—Es la una y media y cerramos de dos a cuatro. Si quieres, hablamos a esa hora.

—Perfecto.

Antes de salir, recorrió todo el museo, observando el espacio como no lo había hecho en su primera visita. Con ayuda del mapa del folleto informativo, trazó su distribución en una hoja del cuaderno:



En el exterior, rodeó el edificio de la Fundación, buscando alguna otra manera de entrar. No era Fort Knox, pero no se podían atravesar las ventanas

de gruesas rejas medievales y tampoco se podía saltar desde fuera el alto muro del patio trasero ni acceder a unas habitaciones construidas posteriormente en un rincón del patio, en cuya puerta se leía en una chapa de cobre: ORDEN DE LOS OSTIARIOS. Al terminar la vuelta, vio en la parte izquierda de la fachada una pintada que hasta entonces no había advertido: un grafitero había escrito con grandes letras pompa, de más de un metro de altura: ¡MECHA! No supo si era una firma o una amenaza.

Desde un banco del pequeño parque que había frente a la Fundación la vio venir bajo la sombra de los árboles, elevada sobre las cuñas de las sandalias de esparto, consciente de atraer las miradas de los hombres hacia la falda y la camiseta de manga corta, segura de sí misma y de su atractivo, de estar en lo más alto de la cadena amorosa. Más resuelta que en la oficina, caminaba con ese feroz optimismo de chica lista de barrio, con más encanto que dinero, convencida de poseer las armas para alcanzar el triunfo.

—Si no te importa, vamos a una terraza a tomar algo. Así me alejo del trabajo durante un par de horas. Tengo el coche ahí detrás. Te llevo —le ofreció, observándolo—. Aunque eres demasiado alto y no sé si vas a caber.

Era un simpático Mini de color amarillo, con una bandera ajedrezada que cruzaba de delante atrás toda la carrocería, y Cupido se montó en el asiento del copiloto y se plegó con las rodillas casi chocando contra el salpicadero. Cinco minutos después aparcó frente a una terraza algo alejada del centro. Lula se sentó frente a él y cruzó las piernas. Por las sandalias abiertas asomaban las uñas de los pies, pintadas de color chicle. Apenas llevaba maquillaje en sus ojos aceitunados, pero se había retocado el estridente carmín de labios y a su alrededor se abrían algunos hoyuelos en el lugar exacto. Unos grandes pendientes oscilaban paralelos a la suave y delicada curva de la mandíbula.

Pidió una Coca-Cola y sacó del bolso un folio con los datos de quienes formaban el entorno de Alejandra.

—Los he llamado a todos para decirles que quieres hablar con ellos.

—Empezaré contigo.

—Espero que no por ser la primera en hablar sea la primera sospechosa —dijo con una ironía que no se habría permitido en la oficina y con la que trataba de ocultar, en vano, un trasfondo de miedo—. Porque con la policía tuve esa sensación. No dejaban de repetirme que unas horas antes había discutido con Álex.

—¿Y fue así?

—¿Discutir con Álex? ¡No! Yo soy una empleada y no discuto con los jefes... Ya lo he contado mil veces: se me había olvidado imprimir unas etiquetas que ella me había encargado para la exposición. ¿Pero a quién no se le olvida una cosa cuando tiene diez en la cabeza?

Cupido asintió para que continuara.

—¡Y de repente esa tarde le compran dos fotos! Ya íbamos a cerrar, eran casi las ocho y media cuando entró en la oficina preguntando dónde estaban las etiquetas... Resulta que ni siquiera teníamos papel adhesivo de color rojo y había que comprarlo... Álex estaba muy nerviosa, porque hasta entonces no había vendido nada, y me dijo que tal vez yo no sirviera para aquel trabajo. Sugirió que podrían despedirme, por más que le aseguré que tendría las etiquetas en media hora, que las conseguiría de cualquier manera... Todo fue muy desagradable. Hasta el propio Charlie Garcilaso, que había llegado en esos momentos, me dijo luego que no me preocupara, que no era Álex quien decidía quién era despedido o quién trabajaba en la Fundación... Ella no tenía ninguna necesidad de humillarme en público.

—¿Y cuál fue tu reacción?

—Salí a buscar el papel. Al volver, eran más de las nueve, Álex ya se había ido y los conserjes estaban cerrando. Imprimí las etiquetas e hice lo que me había pedido: las dejé bien visibles encima de mi mesa. Conecté la alarma y cerré al salir.

—Entonces, dentro del museo no podía quedar nadie.

—¡Nadie! Los conserjes lo revisan todo.

—¿Y qué hiciste luego?

—Mi novio estaba a punto de llegar —dijo poniéndose en guardia—. Es militar y esa noche volvía con su compañía del Líbano, donde han estado seis meses. Yo me encontraba a las doce en la estación del AVE con otros familiares. Llegó una hora después y nos fuimos a casa. La policía ya lo ha comprobado.

—¿Te gusta tu trabajo?

—Sí, pero me gustaría más si pudiera dedicarme exclusivamente a la investigación.

—¿Qué quieres decir?

—Entré en la Fundación como becaria en prácticas para ordenar los fondos y escribir sobre ellos mi tesis acerca del patrimonio histórico-artístico de los Garcilaso. Les gustó mi trabajo y, cuando se terminó la beca, me ofrecieron un contrato para que me quedara. Trabajaría como empleada, pero también tendría tiempo para continuar con la tesis.

—¿Y no es así?

—No. Mi tarea principal se ha reducido a ser la guía de los grupos que visitan el museo: les cuento quiénes fueron los Garcilaso en la historia y les explico lo que están viendo y el contexto de las obras. No es un mal trabajo, aunque a veces resulte monótono por tener que repetir una y otra vez lo mismo y por el horario de muchos fines de semana. Aun así, sacaba tiempo para investigar... ¡hasta que llegó Álex! —Su expresión cambió como si la hubiera golpeado una gélida ráfaga de viento—. Desde que se hizo cargo de la dirección, también hago funciones de administrativa y de telefonista. ¡Y hasta de paseante de perros!

—¿De perros?

—Zoco. El bull terrier de Álex..., de Álex y de Enrique, su pareja, o su expareja, porque nunca se sabía bien cuál era su situación, estaban siempre separándose y reconciliándose. ¡Como si yo hubiera estudiado para ser veterinaria! Estudié Biblioteconomía.

Y seguramente, supuso Cupido, con un brillante expediente académico de chica lista y ambiciosa a quien sería difícil pillar desprevenida, para quien la aparición de Alejandra en el museo habría supuesto un molesto obstáculo. No parecía resignada a quedarse para siempre en aquel trabajo de guía para turistas más interesados en fotografiarse al lado de los viejos retratos de los Garcilaso que en su verdadero valor artístico.

—Cuando me quedaba algo de tiempo, Álex me permitía ordenar los archivos —continuó—, porque muchos documentos de la familia aún están sin clasificar: escrituras, litigios, contratos y, sobre todo, correspondencia. Pero no me permitía publicar nada. Decía que no quería perder el valor de lo inédito, pero lo que en realidad buscaba era la firma de algún catedrático de prestigio.

—¿Y en verdad pierden valor al publicarse?

—¡No, al contrario! El verdadero problema de Álex era su... —Se le adelgazó la voz, dudando—. No sé cómo decirlo sin faltarle al respeto ahora que ha muerto.

—La mejor manera de respetarla es decir lo que piensas y ayudar a aclarar su muerte.

—De acuerdo: a Álex le faltaban constancia y preparación, y de esas carencias provenían sus celos y su inseguridad.

Aquel diagnóstico coincidía con lo que el propio Garcilaso había dicho de su hija. ¿Cómo la había llamado? Sí, tenía miedo de que se convirtiera en una pseudoartista hija de ricos y que llegara a la vejez sin haber trabajado nunca.

En cambio, pensó Cupido, Lula sí tenía el suficiente desparpajo y seguridad en sí misma, en la solidez de su expediente académico y, también, en su atractivo físico como para criticar a una mujer muerta cuatro días antes. Acostumbrada a gustar, a ser descrita, antes que nada, con dos palabras: «Es guapa», sin duda sabía que, al mirarla, los jóvenes se encendían y los viejos comenzaban a lamentar no ser jóvenes.

—Quizá no debería hablar así de ella —continuó con una inesperada gravedad, como si adivinara los pensamientos de Cupido—. Pero no ganaría nada callándome, ¿no? Todo el mundo te contará la manía que me tenía, no la ocultaba. Álex tenía otras virtudes, pero nunca las practicó conmigo. Por mi parte, también sentía antipatía hacia ella, pero no odio.

—¿Quién la odiaba?

—¿Lo suficiente para matarla?

—Para matarla de ese modo —precisó Cupido recordando el cable en el cuello, el torno y el grotesco sambenito con que la habían vestido.

Lula elevó los hermosos hombros y frunció los acorazonados, fotogénicos labios en un gesto interrogativo.

Desde el hotel telefoneó a Marthe, en Toulouse, y le contó con detalle la muerte de Alejandra y el sorprendente encargo que había recibido para que se hiciera cargo de la investigación.

—Lo siento mucho por ella. Y también lo siento por él, por Alejandro Garcilaso. Me alegra que te hayan contratado. ¿Crees que eso podría hacerle cambiar de opinión?

—Ahora mismo, no. Su único interés es averiguar quién ha matado a su hija y por qué. Tal vez más tarde se pueda volver sobre ese asunto. Ten por seguro que no lo he olvidado.

La documentación que le había entregado Lula incluía los datos del domicilio de Álex, una casa muy cerca de Zocodover, antigua, pero rehabilitada, y aunque de fachada estrecha, tenía tres plantas. Cupido se había citado allí con Enrique, y, mientras esperaba junto a la puerta, vio venir por la acera a un hombre de unos cuarenta años que sujetaba con una correa a un bull terrier, ansioso por llegar.

—No seas impaciente, *Zoco*, ahora entramos —dijo aguantando al perro mientras tendía la mano hacia el detective—. ¿Ricardo Cupido?

—Sí.

—Soy Enrique.

Cupido observó su aspecto, que no se alejaba de lo que había imaginado. El pelo largo, las finas patillas que bajaban hasta el cuello, la barba de cinco días, las livianas gafas con montura de titanio, el pequeño aro en la oreja y las ropas oscuras —un pantalón ancho, de perneras cilíndricas, sin asomo de raya, y una camisa gris topo sin cuello— le daban un aspecto bohemio.

—Álex quería que yo siguiera teniendo sus llaves, igual que ella tenía las mías. Al fin y al cabo, la casa seguía siendo de los dos. ¿Quién mejor para guardarlas por si un día se te olvidaban las tuyas dentro, o para recoger el correo cuando te vas de vacaciones? Pero sobre todo era por *Zoco* —dijo agachándose a acariciar al perro, que levantó la cabeza al oír su nombre—. Cuando ella no podía, yo lo sacaba de paseo y le daba la comida, o me lo llevaba a mi casa... ¡Como ahora! No he vuelto a entrar desde su muerte, hasta hoy, la policía no lo ha permitido. ¡Quieto, *Zoco*! —dijo apartando al perro, que raboteaba nervioso y se interponía entre él y la cerradura.

Al abrir, *Zoco* se abalanzó al interior buscando a su dueña, recorriendo el salón y luego la cocina, en cuya mesa un ramo de flores envejecidas iba perdiendo pétalos. Al no encontrarla, gimió excitado y subió deprisa las escaleras que se iban desenrollando hacia lo alto. Enrique fue abriendo las puertas de las habitaciones.

—¿Notas si falta alguna cosa? —preguntó Cupido.

—Lo veo todo igual. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias.

—Yo, sí.

Volviéron a la cocina y Enrique llenó un vaso con cubitos de hielo, sobre los que se sirvió un abundante chorro de whisky. Dio un trago y luego, como en un acto reflejo, sacó un paquete de cigarrillos, se lo ofreció con un gesto a Cupido, como si diera por hecho que, siendo detective, también sería fumador, y, ante su negativa, encendió uno. Salió al tendedero y volvió con un cenicero de cristal. Álex no debía de permitir que se fumara dentro de la casa.

Zoco bajó las escaleras gimiendo después de recorrer la planta superior y miró a Enrique como si le preguntara por su dueña.

—Está muy nervioso desde la muerte de Álex. ¿Ves? —Señaló una pequeña calva en el lomo del perro—. La angustia y el estrés le han producido dermatitis y se le cae el pelo.

Zoco salió de nuevo disparado hacia el salón, se subió al sofá, gimiendo sin ladrar, y olió con desesperación los cojines.

—A veces pienso que él es quien más la echa de menos —dijo, y al ver el gesto de extrañeza de Cupido, que parecía una invitación a las confidencias, añadió—: ¿Te sorprende que lo diga?

—Sí.

—Ya te habrán contado que tuvimos problemas. Si no fuera así, yo seguiría viviendo aquí.

—Os separasteis.

—Sí, y luego volvimos a vivir juntos, y luego volvimos a separarnos... Así, varias veces. Y a pesar de todas nuestras desavenencias, nos queríamos. Pero ahora había sido definitivo.

—¿Puedo preguntarte por qué?

—¿Por qué se separa la gente? —Abrió los brazos, levantó las cejas y los hombros y el labio inferior montó sobre el superior—. Ya sabes lo que dicen, que hay dos causas. Pero ninguna de ellas se dio entre nosotros, y, sin embargo, ocurrieron cien más... Sencillamente, ya no teníamos nada nuevo que contarnos, ya no éramos una novedad el uno para el otro, nos aburríamos. ¡Incluso nos habíamos aburrido de discutir, que es el peor de los aburrimientos!

—¿Discutíais?

—¡Claro que discutíamos! Yo no valoraría en nada una relación donde no se discute. A mí la monotonía no me importaba, pero a Álex le costaba entender que siempre llega un momento en que uno no puede aportar nada

más a su pareja. Si subes una montaña de cinco mil metros, al alcanzar la cima ya no puedes seguir subiendo. Lo que toca entonces es disfrutar del panorama.

—¿Y ella no disfrutaba?

—Álex tenía una insatisfacción interior que le impedía disfrutar las cosas.

La voz se le quebró en una tos que tardó en dominar. Sin embargo, dio otra calada, sacudió la ceniza del cigarrillo y pulió la punta de la brasa en un canal del cenicero.

—En los últimos tiempos le habían pasado demasiadas cosas. Su madre murió hace tres meses, en los atentados de Atocha, y su muerte la afectó mucho. Pero en cambio se había volcado mucho en su trabajo desde que le habían encargado la dirección del museo. Digamos que en su vida ocurrían cosas más interesantes que yo.

—¿Tanto le gustaba?

—Al menos se lo repetía a sí misma mil veces al día: ¡Me gusta mi trabajo! ¡Me gusta mi trabajo! Había fracasado antes en otros proyectos y el puesto de directora significaba mucho para ella. Había llegado, sí, pero yo creo que no sabía bien adónde.

—No te entiendo.

—¡El museo le quedaba grande! O yo la veía demasiado pequeña entre aquellas paredes tan anchas, bajo aquellos techos tan altos, en un edificio tan enorme. ¿Viste su exposición de fotografías?

—Sí.

—¡También demasiado ostentosas! Una buena fotografía no necesita un formato gigante para hacerse notar. Álex, por supuesto, se negaba a sí misma todo eso, cerraba los ojos y huía hacia delante buscando cada vez más protagonismo entre los Garcilaso.

—¿En la Fundación?

—¡Claro! La había puesto allí su padre, supongo que para purgar el abandono en que la había tenido hasta entonces. Pero fue contraproducente: la incrustó en un lugar que le generaba ansiedad, que la obligaba a protocolos, a mundanerías y perejiles que en el fondo despreciaba y donde no era feliz. La Álex que dirigía el museo no era la misma que un año antes estaba más o menos satisfecha impartiendo talleres de fotografía en una universidad popular. Recibió una herencia que había estado esperando toda su vida... ¡y no era más feliz que antes de recibirla!

—Creía que esa paternidad era secreta.

—¿Secreta? ¡Lo sabe toda la ciudad!

Cupido sonrió al recordar la astucia del hombrecillo del archivo para sacarle el dinero.

—Garcilaso y tú no os lleváis bien, ¿verdad?

—¿Ya te lo ha dicho?

—No era necesario que lo dijera.

Enrique apagó el cigarrillo en el cenicero.

—¿Crees que el viejo se llevaría bien con cualquier hombre que saliera con su hija?

—¿Por qué no?

—Porque es demasiado receloso, como si temiera que a Álex le hicieran lo mismo que él le hizo a su madre. ¡Zoco, quieto! —riñó al bull terrier, que seguía gimiendo y había comenzado a levantar los cojines del sofá, buscando a su dueña bajo ellos—. Pero no quiero ser injusto con él: la quería a su manera, aunque fuera demasiado tarde. Y supongo que ahora también él estará sufriendo y buscándola debajo de los cojines.

—Antes has hablado de los Garcilaso.

—Sí. Me refería a sus..., no sé cómo llamarlos..., primos.

—Lydia y Charlie.

—Nunca la aceptaron ni se portaron bien con ella, desde el principio se opusieron a que dirigiera el museo. Y no porque tuvieran dudas sobre su competencia profesional, sino porque temían su creciente cercanía al viejo. Al fin y al cabo, había aparecido otra heredera, cuando durante toda la vida los dos hermanitos eran los únicos en lucir ese título.

—¿Qué opinaba ella de Lula?

—¡Ah, esa tunantilla es más lista de lo que parece! Le hacía sabotaje desde dentro. Si no hubiera olvidado imprimir las tarjetas, ahora Álex seguiría con vida. Y otra cosa —dijo cambiando de tema—: ¿te han hablado de un tal Antonio Trueba?

—¿Quién es? —preguntó. Garcilaso también lo había mencionado.

—El presidente de la Orden de los Ostiarios. Álex se había postulado para desplazarlo.

—¿Orden de los Ostiarios? —preguntó Cupido, siempre extrañado ante el amplio vocabulario religioso, del que lo ignoraba todo: chantre, canónigo, magistral, varaplata, ostiarios—. ¿No es una broma ese nombre?

—No. —Enrique soltó una carcajada—. ¡Hay que ver qué nombres les daban a sus cofradías!

—Suenan a la Edad Media.

—¡Como tantas otras cosas en esta ciudad! Antiguamente, los ostiarios eran los guardianes de las llaves del templo —explicó—. ¡Pobre Álex, siempre se proponía objetivos difíciles, como si tuviera algo que demostrar! Le dije que no era una buena idea meterse en ese charco, pero cuando se empeñaba en algo, no había manera de disuadirla. Decía que, si conseguía la presidencia, callaría muchas bocas. Ese puesto ya no sería un regalo de la mala conciencia de papá, sino que se debería a sus propios méritos, puesto que se alcanza mediante votación de los miembros. ¡Pero también ahí encontró enemigos!

—¿Quiénes?

—Veo que te han hablado de mí, pero que no te han contado otras cosas... ¡Esos Garcilaso nunca cambiarán! —dijo con voz burlona.

Como si hubiera oído algo en la planta superior, Zoco dio un salto y subió las escaleras corriendo con gañidos lastimeros.

—¡Pobre Zoco! No puede entender la muerte y aún confía en que aparezca en cualquier momento.

Cupido no dijo nada y Enrique volvió a la conversación anterior.

—La candidatura de Álex le sentó muy mal a Antonio Trueba, a quien no tengo el gusto de conocer —dijo con ironía—. Es un exmilitar que preside la Orden y que la había introducido en ella, con la intención de agradar al propio Garcilaso favoreciendo a su hija. Imagínate cómo debió de sentirse: ¡un soldado de la vieja escuela traicionado!

El detective escuchó con atención aquellos datos. En una muerte violenta, el cadáver desenterraba otros cadáveres y todo comenzaba a oler mal.

—¡Ya sé lo que estás pensando!

—¿Qué?

—Que te estoy contando los motivos para matar de los posibles sospechosos, como supongo que nos llamáis. Pero que no te he hablado de mí y que me mantengo al margen —dijo acrecentando la ironía.

—¿Y tú también tienes motivos?

—Sí, uno. Y por el que mucha gente mata.

—¿Cuál?

—¡El dinero, claro! En estos asuntos, lo primero que tenéis en cuenta es el dinero, ¿no? El dolor pasa, la tristeza pasa, el sexo pasa, los conflictos pasan... Pero nunca pasa la necesidad o la apetencia de dinero, que no se calma con el tiempo —dijo, y parecía estar hablando el profesor de filosofía—. La falta de dinero nos mutila, nos impide dedicarnos a lo que nos identifica como personas: la diversión, el ocio, la cultura, el pensamiento... Y

en cambio, la pobreza, el paro, el hambre nos convierten en organismos primarios que piensan únicamente en satisfacer sus necesidades biológicas: comer, beber, dormir, follar, encontrar un refugio donde no pasar frío. ¿No te parece el dinero un motivo suficiente?

—Sí —respondió Cupido, que se veía convertido en el interrogado. Señaló alrededor y preguntó—: ¿Tú heredarás esto?

—Sí —confirmó, y la ironía dio paso al sarcasmo—: ¡Porque Zoco no puede heredarlo! Así que ya tienes un motivo para incluirme en tu lista de sospechosos y para sentarme en el banquillo de los acusados. Todo esto ahora es mío, igual que habría sido de Álex si yo hubiera muerto antes que ella. Así lo habíamos determinado en nuestros testamentos, y aunque íbamos a cambiarlos al firmar el divorcio, no llegamos a hacerlo.

—Está muy bien situada. ¿Vale mucho?

—¡Más que sus inquilinos! —bromeó de nuevo, y explicó—: En esta ciudad ahora todo vale una fortuna, todo el mundo se ha vuelto loco por comprar una vivienda.

—¿Ella no tenía familia?

—¿Quieres decir además de los Garcilasos?

—Sí.

—No, no tenía hermanos. No tenía a nadie.

Zoco bajó de nuevo y volvió a gemir con desesperación junto al sofá. Luego fue hacia la puerta de la calle y miró a Enrique pidiéndole que salieran a buscarla.

—¿Qué hiciste la noche de su muerte?

—Estabas tardando mucho en preguntármelo.

—Nunca es una pregunta fácil —dijo Cupido.

—Quizá para ti no sea agradable formularla, pero te aseguro que es más desagradable responderla. ¿Estás preguntándome si la maté?

—¿La mataste? —Cupido le siguió el juego mirándolo a los ojos.

—No. Me llamó a las once y media para decirme que no fuera a buscarla, aunque habíamos quedado para ir juntos al concierto de Extremoduro —respondió en un tono demasiado monocorde para no haberlo tenido previsto—. Le gustaba mucho Robe Iniesta. Sin embargo, me dijo que no iría, que tenía que volver a la Fundación a poner unas etiquetas en dos fotografías que había vendido y que, además, tenía que revisar un asunto importante relacionado con las elecciones a la presidencia de la Orden.

—¿Te pareció normal cambiar un buen concierto por esos temas?

—En los últimos meses nada era normal con ella. Me extrañó un poco tanto trabajo, pero sucedía a veces. De hecho, también había estado allí la noche anterior hasta muy tarde. Yo sí fui al concierto, solo, y no sé si me vio alguien. No se cabía, había miles de personas. Al terminar, volví a casa, me dormí..., y al día siguiente supe lo que había ocurrido. Y ahora tengo que sacar a Zoco, si no quiero que dentro de un rato se le haya caído la otra mitad de pelo que le queda. Supongo que quieres ver la casa y sus cosas más despacio, ¿no?

—Sí.

—Te dejo aquí y me voy a pasear con él. No tengas prisa, mira todo lo que quieras. No creo que encuentres ningún secreto inconfesable debajo de los colchones. Cuando te vayas, cierra de un portazo, encajando el pestillo. Luego vendré yo a echar la llave.

Al principio, a Cupido le costó trabajo reconocer qué fotografías eran de Álex y cuáles de otros autores, de entre las muchas que colgaban abigarradas en las paredes, y levantó algunas para ver la firma en el reverso. En las estanterías había más catálogos de exposiciones y libros de arte que de filosofía, acaso porque Enrique se habría llevado los suyos. En el amplio y luminoso estudio, una fina capa de polvo sobre la mesa silueteaba el hueco del ordenador, aún en manos de la policía, que también se había llevado su agenda y su teléfono móvil. En los dos cuartos de baño, siempre tan reveladores como un templo, no encontró nada que le aportara algún dato. Todo era normal, como correspondía a una persona joven, con buena salud, con el peso adecuado y solo un poco alto el nivel de azúcar en la sangre, según los resultados de la autopsia: los útiles de higiene, los tubos de pasta gastados por la mitad y los más elementales productos cosméticos, nada de una oficina de disfraces. Aunque en el dormitorio un gastado oso de peluche, con aspecto de tener muchos años, apoyaba los codos en un sillón con actitud de propietario, la caja de condones y el blíster de Valium en la mesilla también formaban parte de la normalidad de una mujer austera, que no se excedía en lujos materiales. Incluso en los armarios la ropa era escasa: unas blusas tristes y pasadas de moda y unas pocas faldas largas y conventuales. Las perchas no se apretaban en la barra, no se veían pañuelos, cinturones, bolsos intentando escapar de atiborrados cajones, ni el zapatero reventaba con calzado de todos los estilos y colores. Si había algún secreto, la casa lo mantenía oculto, en silencio, con el único ruido del ronroneo del reloj del salón.

Una fotografía de ella y Enrique juntos en un paisaje marino, con una isla al fondo, le hizo pensar en el irónico profesor de filosofía. ¿Debía concederle credibilidad a todo lo que le había contado sobre ella? Y aunque no hubiera mentido en sus opiniones, ¿quién tenía una idea más certera y objetiva de una persona: la que vive a su lado y la observa con ojos mediatizados por los sentimientos, o alguien emocionalmente ajeno? ¿Lo sabía todo Enrique de Álex, o solo lo que ella le dejaba atisbar, las parcelas del corazón a las que le permitía el acceso?

Cupido abandonó la casa, pero las dudas no lo abandonaron. Tal vez Enrique era un buen tipo con una coraza de cinismo para protegerse de la aflicción tras la ruptura, alguien que cuidaba a su perro y la invitaba a un concierto de su banda preferida y no convertía su dolor en ira a pesar de la soledad en que Álex lo había dejado. Lo imaginó remontando los días a fuerza de remar contra el desánimo, abandonándose, viviendo solo en un apartamento alquilado que destila un incipiente olor a cuadra en cuanto se cruza la puerta, con muebles cansados y una cama vieja que da aullidos en las pocas noches en que logra convencer a alguna mujer para que la comparta, con la banda ancha contratada, un potente ordenador y una buena pantalla para ver series y porno, con la ropa sucia acumulándose en la lavadora hasta descubrir una mañana que no le quedan mudas limpias, con platos manchados en la encimera y envases vacíos de comida precocinada de marca blanca. Y, sobre todo, con un intenso deseo de recibir un abrazo.

Tal vez Enrique era incapaz de hacer daño a nadie, pero su oficio de detective lo obligaba a observar a todos los relacionados con una muerte bajo la lupa de la sospecha, que amplificaba la maldad, las mezquindades, las miserias, y, en cambio, dejaba en la sombra la grandeza de espíritu, el amor, la generosidad. ¿Salía él, Ricardo Cupido, ileso de cada investigación que abordaba o iba perdiendo en cada una una pequeña dosis de confianza en los otros?

Desconcertado, Zoco lo arrastraba hacia el parque, pero de pronto se detuvo, comenzó a gemir y lo miró preguntándole hacia dónde dirigirse para encontrar a Álex.

—Álex ya no está —le dijo—. Nos hemos quedado los dos solos, así que tendremos que aprender a vivir juntos.

Al cabo de una hora, decidió regresar a la casa, con la esperanza de que ya no estuviera aquel detective alto. Cuando Lula le dijo que quería hablar con él

y mencionó su nombre, creyó que era inventado, pero luego, enseguida, pensó que era demasiado extraño para no ser verdadero. Esperaba encontrar a uno de esos detectives listillos que escuchan al cliente mientras calculan su minuta y que se creen Sherlock Holmes por haber aprendido su oficio en un manual de instrucciones, como si uno fuera futbolista por conocer las reglas del fútbol, pero a los cinco minutos de conversación su opinión había cambiado.

¿Sospecharía de él, como sospechaba el viejo, senatorial, Garcilaso? Al conocer las disposiciones testamentarias de Álex, el patriarca lo había mirado como si él fuera, por acción u omisión, el culpable de su muerte. ¡Hasta se había atrevido a preguntarle dónde había estado aquella noche!

Abrió la puerta y preguntó en voz alta:

—¿Hola?

Nadie contestó, el detective ya se había marchado, y respiró profundamente. Se sentía aliviado por cómo había conducido la entrevista, no había dicho nada inconveniente. Y ahora ya todo estaba en silencio en aquella casa que era suya, aunque dejaría pasar un tiempo antes de instalarse de nuevo en ella, obedeciendo las reglas del decoro en una ciudad tan decorosa.

Tuvo que sacar a rastras a *Zoco*, que gemía empeñado en quedarse dentro, y lo cerró todo antes de volver a su apartamento. Allí esperó a que terminara la larga tarde de junio y, solo entonces, cogió la urna, un brillante cilindro de acero inoxidable. La incineración había provocado la última discusión con Alejandro Garcilaso, que quería enterrar a su hija en el ostentoso panteón familiar. Pero él había tenido que ejercer sus derechos en el despacho del forense y había mostrado el testamento: Álex había dispuesto que la incineraran y que sus cenizas fueran arrojadas al Tajo. Y, sin duda, Lydia y Charlie se habían sentido aliviados por no tener que compartir la futura eternidad con una intrusa.

—Yo me encargaré de hacerlo —había dicho Enrique para zanjar la discusión.

Con la correa de *Zoco* en una mano y en la otra una bolsa con la urna, más pesada de lo que había imaginado, bajó sin prisas por las cuestas del paseo del Carmen, donde los muros traseros de los conventos se agarraban al suelo para no resbalar hacia el río.

Era de noche cuando se apoyó en el pretil del puente. Una luna llena e inocente, una superluna avanzaba a zancadas por el cielo, apagando a la osa mayor, que se arrastraba fatigosamente hacia el polo.

Esperó a que pasaran unos viandantes mientras contemplaba las encajonadas aguas del río, que mostraba en algunos recodos una orla blanca,

como si supurara pus. Le hubiera gustado que todo estuviera más silencioso y oscuro para que las cenizas cayeran sobre las tinieblas sin testigos ni huellas, pero la ciudad derramaba demasiados reflejos y emitía un sordo bordoneo, como si a lo lejos entrechocaran los huesos de la noche. Abrió la bolsa y *Zoco*, que se había quedado tranquilo, comenzó a gemir de nuevo. Comprobó que no pasaba nadie y desenroscó la tapa de la urna. Solo olía a humo, pero *Zoco* intensificó sus gañidos. Enrique se inclinó sobre el pretil y echó las cenizas, que fueron cayendo desde lo alto del arco sobre las aguas negras. Eso era todo, de *Álex* ya no quedaba nada. Su DNI sería borrado de las bases de datos, se cancelarían sus cuentas bancarias, sus números de teléfono se adjudicarían a otros usuarios y alguien de *África* vestiría su ropa cuando la donara. Entonces dio la espalda al vacío. *Zoco* había comenzado a gruñir y le enseñaba los colmillos amenazadoramente.

—Pase —dijo abriendo un pequeño despacho para que entrara el detective—. Aquí no molestaremos.

El padre Matías cerró la puerta a sus espaldas, aislándoles de la sala donde los investigadores se afanaban sobre los legajos y donde Hisopo, desde su sitio al fondo, lo había mirado con sorpresa y recelo, abriendo mucho sus pequeños ojos ratoniles. Entonces rodeó la mesa, en la que se apilaban algunos documentos bajo un crucifijo de hierro negro que hacía de pisapapeles. Pálido, tan distinto de aquellos gordos curas medievales de manos suaves y rechonchas, de mejillas rojas y un collar de grasa temblorosa por encima del alzacuello, se levantó el faldón de la gastada sotana para sentarse. Al notar la mirada de Cupido, le preguntó con un tono amable, que el detective supuso motivado por la petición de Alejandro Garcilaso:

—¿Le extraña la sotana?

—Ya nadie las lleva.

—¡Otro error de los tiempos! ¿Qué respeto puede imponer un sacerdote con sandalias, vaqueros y camiseta con dibujos de colorines?

—Creo que Jesucristo llevaba sandalias —replicó Cupido, aunque se había propuesto evitar cualquier discusión y no repetir las asperezas de su primera entrevista.

—¿Me equivoco o sigo detectando que no le gusta nuestra Iglesia? —dijo el sacerdote forzando una sonrisa, con el tono de amable reconvención que emplearía con un seminarista díscolo.

—Me gusta la labor de algunos misioneros y de algunas monjas. Me gustan las pequeñas iglesias románicas. Pero tengo la impresión de que cuando comenzaron a elevar sus catedrales, tanta altura, tantas columnatas y tanto mármol no les hizo mucho bien.

—Sin embargo, parece que nos necesita: vino a buscar en nuestros archivos y ahora viene a consultarnos.

—Ustedes lo saben todo. Y si hay algo que no saben, es que no tiene importancia.

—Pero también callamos. Estamos entrenados para guardar secretos. —El archivero hizo un gesto como si espantara moscas y cambió de tema—: Don Alejandro me pidió que lo atendiera y estoy a su disposición.

—Usted llamó por teléfono a Álex la tarde de su muerte.

—Sí, pero no logré hablar con ella. Teníamos que tratar un asunto importante.

—¿Sobre la presidencia de la Orden?

—Ya veo que se ha informado. —Una pequeña sonrisa resbaló por sus labios—. Había dos candidaturas enfrentadas y ese enfrentamiento solo le podía hacer daño a la Iglesia. El escándalo siempre es nocivo.

—Y usted quería evitarlo.

—Había que dialogar. Me lo había pedido Antonio Trueba, el actual presidente. Estaba dispuesto a pactar con Alejandra, a aceptar algunas de sus propuestas y a cederle funciones de la propia presidencia si retiraba su candidatura. Alejandra se había negado a entrevistarse con él y Trueba no quería rogarle. Es militar y los militares son muy orgullosos, dan mucha importancia a esos detalles.

—Pero no llegó a hablar con ella.

—No. Llamé por teléfono al museo, pero estaba ocupada con sus fotografías. Insistí más tarde... con el mismo resultado. Pregunté cuándo podría encontrarla y me dijeron que posiblemente estuviera por la noche, por no sé qué asunto de unas etiquetas.

—¿Y la llamó?

—No. Dudé en hacerlo, pero era evidente que Alejandra no quería contestar.

—¿Le comentó a alguien que ella iría allí esa noche?

—No —negó por tercera vez.

—¿Tan importante es la Orden?

—Sí. Hay que ser de esta ciudad para comprender lo que significa.

—Pues yo tenía entendido que ella aspiraba a la presidencia precisamente para cambiar eso, para quitarle trascendencia social.

Los ojos pequeños y recelosos se pusieron en guardia.

—Ese era el principal error de Alejandra: intentar separar la religión de la vida pública.

—¿La conocía mucho?

—La apreciaba mucho —precisó tras unos segundos de duda—. Era una creyente muy peculiar, de las que buscan la salvación directamente con Dios. No venía mucho a la iglesia.

—Quizá opinaba que las creencias religiosas son un asunto privado.

—¿Privado? Este país solo ha sido grande cuando la Iglesia y los poderes públicos se han puesto a trabajar codo con codo.

—Pero tal vez Álex no quería un país grande. Tal vez se conformaba con un país feliz —replicó de nuevo. El archivero lo ponía nervioso y le hacía dudar de la utilidad de aquel encuentro: a sus ojos, cualquier interés eclesiástico estaría por delante de cualquier interés de la investigación. Había comprobado que con el sacerdocio y la milicia siempre estaban primero el cura y el soldado, y solo después estaba el hombre.

El padre Matías cogió el pequeño crucifijo de la mesa y lo cobijó entre sus manos, como si lo protegiera de un peligro.

—Ya, ya sé lo que está pensando: que nuestra doctrina solo son cuentos que contamos los curas... Pero usted no ha venido aquí a hablar de teología, sino de la muerte de Alejandra, que a todos nos ha estremecido. ¡Y esa forma tan horrible de morir!

—¿Llegó a verla allí?

—No. El día del Corpus, a primera hora, me llamaron por teléfono para comunicármelo. Lógicamente, anulamos la participación de la Orden en la procesión. Estábamos de luto. Me acerqué enseguida a la Fundación por si necesitaban mi ayuda, pero una jueza ya se había hecho cargo de todo.

—¿Y antes?

—¿Antes?

—¿Qué hizo la noche anterior?

—Las palabras que valen para el mundo no valen para un detective descreído, ¿eh? —El padre Matías compuso un gesto de resignación—. Estuve en casa. Los sacerdotes nos recogemos pronto, no salimos de noche a caminar por las calles.

—¿Tiene alguna idea de quién pudo matarla?

—Nadie ha venido a confesarse conmigo de ese pecado. —Esbozó una mueca que no llegó a ser sonrisa—. No, no puedo imaginarme que alguien se atreviera a hacerlo.

Llamaron a la puerta y asomó la cabeza de ratón del viejo ayudante, que se dirigió al archivero sin mirar a Cupido, como si no lo conociera.

—Ya está el coche esperando.

El padre Matías se levantó de la silla.

—Ahora tengo que irme —dijo—. Hay un enfermo grave que solicita mi ayuda. Pero si necesita algo más de mí, no dude en llamarme. Mientras tanto, rezaré para que se aclare todo lo antes posible. Usted también debería rezar.

—No soy creyente —dijo Cupido, que ya no pensaba en la existencia o no existencia de Dios ni un solo minuto al día, era algo que con el paso del tiempo había quedado descartado de forma natural. Pero envidiaba la fe de los creyentes en un único dios justo y verdadero, su ausencia de dudas: esto es virtud y esto es pecado, esto nos salva y esto nos condena, así quiero ser y así no quiero. Por supuesto, él había cometido errores y guardaba miserias por las que debía ser perdonado, pero la absolución no la encontraría en un confesionario.

—A la fuerza de gravedad le da igual que usted no crea en ella. No por eso va a dejar de estamparlo contra el suelo. Busque un templo y arrodílese —dijo el sacerdote recuperando su aspereza después de haber cumplido con la petición de Garcilaso. Su voz ya no sonaba como la de un obispo—. Tiene usted todo el aspecto de un hombre que necesita una confesión. Seguro que después se sentirá mejor.

Mientras caminaba hacia el hotel, Cupido se preguntó qué impedía que un sacerdote pudiera matar o estuviera implicado en una muerte. Al fin y al cabo, eran hombres sujetos a las mismas pasiones, debilidades y tentaciones que cualquier otro. También ellos podían infringir las leyes. El montaje con el cadáver de Alejandra —¿qué apellido debía añadirle, Bruma, Garcilaso?— en el torno, con el sambenito y la coraza, ¿era solo una broma macabra, era un señuelo para desviar la atención de la verdadera causa de la muerte, o era un mensaje real de algún fanático preconciliar y ultramontano que seguía creyendo en la necesidad de las hogueras? El padre Matías era un sacerdote especial al que no convenía pasar por alto.

El móvil vibró en su bolsillo con la llamada de un número desconocido.

—¿Ricardo Cupido?

—Sí.

—Mi nombre es Antonio Trueba. Me han dicho en la Fundación que quiere hablar conmigo.

Como militar, tal vez había pensado que la mejor defensa es un buen ataque y se había anticipado a su llamada. Lo citó en una terraza frente a la entrada del Museo del Ejército, en un lateral del Alcázar.

Convencido de la puntualidad militar, Cupido llegó diez minutos antes y, sentado en la terraza, estuvo observando la mole granítica de la fortaleza, desde cuyo alto tejado dos pájaros de hollín contemplaban con desdén la absurda agitación de los humanos.

Trueba apareció por su espalda, seguro de haberlo identificado, y Cupido sospechó una indagación previa. Estrechó con fuerza la mano del detective y

la retuvo unos segundos, como si calibrara un trozo de madera. Se sentó frente a él y, por un instante, como para que le viera los ojos, se quitó las grandes gafas oscuras que mantenían a raya la dureza del sol y desveló en los pómulos la fina telaraña de la cuperosis. Pidió una caña, la rodeó con su ancha mano militar y dio un largo trago a la cerveza que chispeaba en el vaso.

—¿Detective, eh? Supongo que es una profesión complicada, que no basta con comprarse una lupa —dijo con una voz poderosa y vacuna, entrenada para dar órdenes.

—Nunca es suficiente con mirar —dijo Cupido.

—¿Sabe que una vez me lo propusieron? —contó, amable y campechano, intentando establecer complicidad, como si fueran soldados de distintas armas, cuerpos y uniformes, pero con una misma misión y unos mismos intereses.

—¿Ser detective?

—Inteligencia militar.

—Y no lo aceptó.

—No. En el ejército me habían enseñado a combatir a enemigos identificados y era demasiado complejo eso de ir descubriendo a agentes infiltrados. Por eso admiro a los detectives. Cuente con mi colaboración.

Trueba era grande, enérgico, en ese límite en que la robustez comenzaba a ser gordura. Posiblemente no se privaba de nada en la comida y daba la impresión de que en algún momento no muy lejano le aparecería un obstáculo en alguna arteria. Había algo hispánico, castizo y castrense en la postura agreste, que delataba su condición de militar aunque vistiera de paisano, en el rostro abigotado, pero con un afeitado tan reciente que en su arcillosa barbilla se veía una pinta de sangre seca. No era de esos militares internacionales modernos a quienes no se les puede adivinar la patria, y habría encajado mejor en un siglo anterior, ataviado con un uniforme de muchos botones hasta el cuello, un espadón al cinto y grandes y pretenciosos mostachos de retorcidas guías. Pero Cupido no dudó de que, bajo su tosca apariencia, guardaba la inteligencia o, al menos, la astucia necesaria para haber alcanzado aquellos cargos.

—Gracias. ¿Qué opinaba de Alejandra? —preguntó Cupido sin prisas, sin apenas marcar una entonación ascendente.

Trueba demoró unos segundos su respuesta.

—¿Como profesional o como persona?

—¿Hay diferencia?

—¡Claro que la hay! Como profesional, hacía un buen trabajo en el museo.

—¿Y como persona?

—Era demasiado ambiciosa, como si quisiera recuperar de pronto, y saltándose todo el escalafón, algo que consideraba suyo y que nunca había tenido. Ya sabrá que pretendía convertirse en presidenta de los Ostiarios.

—Y que a usted le molestó su candidatura.

—¿Molestar? Me dolió. ¿Sabe cuánta gente hay esperando durante años para entrar en la Orden? Yo la introduje saltando el turno de cien personas y enseguida la ascendí hasta la junta directiva. Y Álex... Hay muchas maneras de actuar y ella eligió una de las peores.

—¿La traición? —preguntó Cupido.

—Sí.

—Supongo que no es una de las faltas que se toleran en el ejército.

—Supone bien. —Miró al detective calculando la edad que tendría—. Ustedes, los civiles, no conocen nuestro mundo. Excepto los soldados, ya no hay nadie menor de cincuenta años que sepa lo que es el ejército: la disciplina, la camaradería, el valor...

«El problema no es que los civiles no sepan nada del ejército, sino que el ejército no sepa nada de los civiles», pensó Cupido, pero no interrumpió al exmilitar, que seguía hablando:

—A Álex me gustaría recordarla sin tener en cuenta su deslealtad —dijo Trueba con un tono mitad de reproche, mitad de duelo.

—Antes ha distinguido en ella entre lo personal y lo profesional. ¿Qué motivos cree que están detrás de su muerte?

—¡Los motivos personales, no lo dude! Era una mujer inestable, complicada, no encajaba con nadie. Ignoro qué le han contado de su relación con su exmarido... Creo que es filósofo, ¿no? Pero no debía de ser muy satisfactoria. Sus primos Garcilaso la veían como la pariente arribista que aparece de pronto para arrebatárles la herencia. Y creo que tampoco sus empleados la estimaban demasiado. Por eso, parece improbable que la muerte se deba a un nuevo intento de robo.

—¿Nuevo intento? —preguntó Cupido, que recordó que también Garcilaso lo había mencionado.

—Unos días antes de que la mataran robaron en nuestras oficinas de la Orden, en las traseras del museo, en unas habitaciones anejas e independientes que los Garcilaso nos cedieron hace tiempo. Tenemos

entradas distintas, por otra calle, pero hay dos ventanas de las oficinas que dan al patio de la Fundación. Alguien forzó una de ellas.

—¿Quiere decir que accedieron desde el museo?

—Desde el patio del museo.

—¿Quién lo hizo?

—No se sabe. Por fortuna, no se llevaron nada valioso, solo calderilla.

—¿No lo denunciaron? —preguntó Cupido, extrañado.

—Dudamos si denunciar o no, pero al final desistimos. Las sospechas recaen sobre un empleado de los Garcilaso, un chófer que, al ser despedido, amenazó con cobrarse no sé qué deudas. Por la forma del robo, debió de ser alguien que conocía el terreno y la existencia de la ventana, porque nadie ajeno tiene acceso al patio. Pero don Alejandro había conocido a la madre del chico y, como el botín no tuvo importancia, no denunciamos.

—¿Cómo se llama el empleado?

—Alberto..., o Roberto, algo así. Ya ve, también él tenía alguna relación personal con la familia. Busque por ahí, cerca de ella. Álex atraía los conflictos —continuó—. Hay gente que sabe en qué batallas no debe implicarse, porque va a perderlas, y gente que nunca advierte a qué tipo de adversarios se enfrenta. Ella no parecía saberlo.

—Creo que hay un tercer tipo —dijo Cupido.

—¿Sí? —Desdeñó la respuesta antes de oírla—. ¿Quiénes?

—Los que saben qué tipo de batallas no deben emprender, porque van a perderlas, y aun así no pueden dejar de afrontarlas porque se lo pide su sentido del deber, o su conciencia, o como quiera que eso se llame —dijo, incómodo con aquel vocabulario—. Me pregunto si Álex era así.

—Entonces, le toca descubrir quién era su oponente. Espero que tenga suerte. Ya sabe mi número de teléfono, si necesita hablar conmigo. Y una cosa más: supongo que también le pagan por preguntar qué hice esa noche.

—Sí —dijo Cupido. Aquel dato era necesario, pero no el único ni el primero.

—No salí de casa, pero no tengo a nadie para confirmarlo. Mi mujer estaba de viaje, en la playa. Ella prefiere alejarse de lo que llama el bullicio del Corpus e irse en busca de los primeros soles del verano. Había que madrugar al día siguiente para controlar todos los detalles de nuestra participación en la procesión.

Lydia y Charlie Garcilaso aún no habían llegado a la Fundación cuando Cupido se presentó allí a primera hora de la calurosa tarde, como había acordado con ellos. En la oficina solo estaba Lula, que con una tibia sonrisa en la boca y en la brillante porcelana de sus ojos le ofreció una silla para que los esperara mientras ella tecleaba en el ordenador. En las orejas le oscilaban levemente unos grandes pendientes de aro con los que se podría jugar al *hula hoop*.

Diez minutos después llegaron los dos hermanos, y mientras caminaba hacia su despacho, dejando tras de sí el sutil rastro de un perfume muy caro, como una abeja reina, Lydia le ordenó a Lula:

—Que nadie nos moleste. Y no nos pases ninguna llamada.

A pesar de su evidente antipatía desde el primer encuentro, Charlie, con una educación asimilada durante generaciones, le cedió el paso al detective, que subió las escaleras entre ambos como si fuera su prisionero. Cupido admiró la firmeza de los pasos de Lydia, acostumbrada a caminar sobre tacones —aquello tampoco se improvisaba en un fin de semana—, el ritmo con que la melena aleteaba sobre sus hombros.

Lydia se sentó tras la mesa, sobre la que no había nada, como si cuanto más desnuda estuviera más eficaz pareciera su ocupante. Charlie lo hizo en un lateral para facilitar su visión reducida por el parche y se anticipó a preguntar:

—¿Has averiguado algo?

—Aún no.

—Por eso nos has dejado para el final —dijo sonriendo con su único ojo. Tenía en las manos una cajetilla de tabaco y las dos últimas falanges del índice y el corazón se veían amarillas de nicotina. Le quitó el precinto, dio unos golpes para que asomaran los cigarrillos y cogió uno directamente con la boca. Luego extendió la mano hacia un cenicero de la estantería mientras Lydia esperaba impaciente. Miró a Cupido y, con el parche tapándole un ojo y el otro entrecerrado por el humo del cigarrillo, parecía que le estuviera apuntando con un arma—. ¡Curiosa profesión la tuya! Tanto más rentable cuantos más muertos.

—Ya se lo advertí a mi tío, que esto no nos llevaría a ningún lado —dijo Lydia. Su apariencia era distinta a la que tenía vestida de amazona: se había puesto carmín en los labios y, en los párpados, sobre los ojos bálticos, una sombra de color Coca-Cola que armonizaba con la cabellera—. Pero él se empeñó en contratarlo. Así que, adelante.

—Supongo que tendrán alguna teoría sobre la muerte de su prima.

—La mala suerte —dijo Lydia—. Creemos que fue algo casual. Alguien debió de entrar tras ella..., o ella se lo facilitó de algún modo, o alguien saltó por algún sitio cuando ya estaba desactivada la alarma.

—¿Para qué entraría alguien?

—¿Para robar, por ejemplo? —La dentadura le brilló como una linterna al sonreír, pero sus ojos no sonrieron, y de ahí derivaba una sensación de impostura—. Se llevaron todo lo que tenía encima.

—Pero hay algo que no encaja: si el supuesto ladrón la mató al ser sorprendido, es extraño que se detuviera a montar toda aquella escenografía. Cualquiera saldría corriendo.

—¿Quién sabe lo que piensa hoy día un ladrón? —insistió Charlie. Dio una calada y, al aspirar, las mejillas se le hundieron y acentuaron su delgadez. Saboreó el humo y, al fin, exhaló un chorro profundo que impregnó su voz de nicotina—. Pudo enfadarse si no encontró el botín que esperaba.

—Nosotros podríamos haber evitado su muerte —intervino Lydia.

—¿Cómo?

—Quiero decir que un simple azar puede cambiarlo todo. Esa noche, a Charlie y a mí nos invitaron a cenar en casa de unos amigos. Era la una cuando nos marchamos y nos planteamos pasar por aquí para comprobar si todo estaba preparado para el día siguiente: las banderas en los balcones, el interior ordenado y limpio. El Corpus es el día que más visitantes recibimos.

—¿Y no vinieron?

—Lydia sí quería, pero a mí me daba pereza —contestó Charlie—. Nadie podía imaginar lo que estaba ocurriendo.

—Tomamos una copa en mi casa y Charlie se marchó una hora después —declaró Lydia.

—¿Había amenazado alguien a Álex?

—No, que nosotros supiéramos. Y si hubiera recibido amenazas, ella no nos lo habría dicho.

—Incluso podría interpretar que procedían de nosotros —dijo Charlie con una risita.

—Nosotros no ocultábamos que no nos llevábamos bien, aunque ahora todos le dirán que la querían mucho.

—¿Por qué esa enemistad? —preguntó Cupido. Sabía que muchas de las cosas más importantes sobre alguien se decían después de muerto.

—¿Por qué? —repitió Lydia—. Porque había aparecido por aquí lloriqueando, con cara de mosquita muerta abandonada, y se había ganado la confianza de nuestro tío. La nombró directora del museo y desde entonces se creyó Andy Warhol, una gran artista. Pretendía cambiar todos los proyectos familiares.

—¿Qué proyectos?

Charlie apagó en el cenicero la colilla, que tenía el filtro aplastado por haberla apretado fuertemente con los labios, y dijo:

—Queremos trasladar el museo Garcilaso.

—¿Trasladarlo? ¿Adónde?

—A las bodegas. Allí hay sitio suficiente. Incluso se podría ampliar.

—¿Pero por qué? Aquí está en la ciudad.

—¡Precisamente! ¿Sabes cuánto vale un metro cuadrado aquí dentro, en este cerro encajonado en el meandro del río? Aquí no cabe nadie más..., y hay mucha gente deseando entrar. ¿Has visto la estrechez de las calles? Las casas se las han ido comiendo y hasta la misma catedral está comprimida entre edificios que se le han adosado porque no quedaba sitio. Los terrenos de la Fundación valen una fortuna —concluyó con una tos repentina y violenta, como si expulsara carbonilla por la boca.

—¿Y les permitirían derribar el palacio? —preguntó, escéptico.

—¡Claro que no! —respondió Lydia, que había permanecido en silencio durante la exposición de su hermano—. Pero sí reformarlo respetando la estructura.

—Nos han hecho ofertas muy suculentas —susurró Charlie.

—Hay franquicias internacionales que estarían encantadas de colgar su nombre en unos muros del siglo XVI y de instalar sus tiendas en las arcadas de un claustro renacentista. Y en una parte del patio, las leyes urbanísticas nos permitirían construir algunas viviendas de lujo.

—¡Ya ve! Hoy, hasta la más rancia aristocracia prefiere vivir en casas de una planta, con todas las comodidades, antes que en viejos castillos de altas almenas pero nada confortables —dijo Charlie sonriendo.

—Tal como está ahora mismo, el edificio es poco funcional, su mantenimiento nos cuesta mucho dinero en luz, calefacción, seguridad y

constantes reparaciones. Cuando no es una cosa, es otra. Y no hay recambios para los materiales, todo hay que hacerlo a mano.

—No resulta barato luchar contra la carcoma —abundó Charlie.

—Y Alejandro Garcilaso, ¿qué opina de ese proyecto?

—Estaba de acuerdo hasta que se inmiscuyó Álex y lo convenció para que no siguiéramos adelante. Supongo que ahora podremos reactivarlo —contestó Lydia.

—No tiene sentido mantener aquí el museo, aunque desde su muerte hayan aumentado las visitas un treinta por ciento.

—¡Charlie! —lo reconvino Lydia.

—Es uno de los pocos privilegios que nos queda a la aristocracia —continuó sin hacer caso a su hermana—, el de convertir nuestros crímenes en espectáculos. Muere un obrero asesinado y el piso de protección oficial en que vivía se devalúa, nadie quiere comprarlo. Pero un crimen cometido en un palacio aumenta su valor y su historia, sobre todo si entre los muros queda vagando un fantasma. Y el de nuestra primita sin duda estará por aquí —burbujeó señalando alrededor con un gesto—, vestida con su sambenito, chasqueando sus huesos rotos en el potro al caminar por los pasillos, hasta que logres encontrar a su asesino.

—¡Basta ya, por favor, Charlie! No sigas diciendo tonterías.

—Antonio Trueba me habló de un robo cometido aquí unos días antes de la muerte.

—No exactamente en la Fundación. Fue ahí detrás, en las oficinas que le cedemos a la Orden.

—¿Puede haber alguna relación entre ambos hechos? —insistió Cupido.

—En los últimos tiempos la ciudad se ha llenado de lutes y podría haber sido alguno de ellos, muy profesionalizado. Pero la policía sospecha de un chico que había trabajado para nosotros. Ha desaparecido y no se sabe nada de él.

—Me gustaría ver el lugar.

—Sí, claro —dijo Lydia.

Salieron al claustro y caminaron bajo la arcada, Lydia abriendo la marcha y Cupido un poco por detrás, tras el chorro de fuego que le ardía sobre la espalda, y, más retrasado, Charlie. La sala de la Inquisición estaba abierta y varios visitantes olfateaban el dolor en los instrumentos de tortura, brutalmente actualizados, refrescados por la sangre. En cambio, en Exposiciones Temporales unos operarios estaban terminando de descolgar las

grandes fotografías con los modelos de manos vacías. Cupido se detuvo a mirar y Lydia comentó:

—No la habíamos desmontado hasta ahora, aunque la clausura estaba prevista para el día del Corpus.

—¿Se ha vendido alguna más?

—¡Todas! —aplaudió Charlie—. El morbo siempre vende.

Por una puerta blindada salieron al patio posterior, rodeado de un alto muro que lo aislaba de la calle. Algunos cipreses se elevaban aquí y allá entre parterres de boj y de adelfas, y en medio del rojo griterío de unas matas de rosas. En el lateral izquierdo se veía una vulgar construcción de fecha posterior a la del palacio, de una sola planta, como si fueran dependencias para el servicio, a la que se accedía por la calle de atrás.

—Esas dos ventanas —señaló Lydia— pertenecen a las oficinas cedidas a la Orden. Forzaron la que está junto al rincón. Alguien debía de haber estudiado el terreno, porque es el único ángulo que no captan los detectores de la alarma, siempre que estuviera previamente escondido por ahí —señaló un parterre bastante alto, como un biombo verde—. Al salir huyendo, después del robo, tuvo que atravesar el patio para escalar el muro y entonces saltó la alarma, pero ya no le importaba. Solo tenía que desaparecer antes de que llegara la policía, que suele tardar unos minutos. Es probable que el ladrón conociera previamente el escenario.

—¿Y no hay ninguna noticia del chófer?

—No. Al principio, Trueba no denunció el robo porque no se habían llevado prácticamente nada. Pero después de la muerte de Álex se lo hemos comunicado a la policía, aunque de momento sin ningún resultado.

—Tras la muerte, quizá se haya asustado —especuló Cupido—. Supongo que, si fue empleado de la Fundación, tendrán sus datos.

—Sí, te pasaremos la información que tengamos sobre Robe.

—¿Robe?

—Robe —repitió Lydia con una vibración en la voz que Cupido no supo interpretar—. Teníamos mucha confianza en él.

Le dio la espalda y volvieron al interior del palacio. Al pasar por la sala de Exposiciones Temporales, ya no quedaba ninguna fotografía.

Ya eran las diez y el calor había desaparecido, barrido por un ágil vientecillo que ratoneaba entre las callejuelas. Tampoco Toledo era una ciudad donde la noche fuera más atractiva que el día y los turbiones de turistas se retiraban a sus hoteles a recuperar fuerzas: parejas jóvenes de escapada amatoria, jubilados nórdicos de gruesas billeteras y tobillos percherones que habían recorrido cien ciudades y contemplado mil museos, pandillas de estudiantes estadounidenses hablando en voz alta, algún pequeño grupo de viajeros despistados, huérfanos de cicerones, japoneses que corrían a guardar las cámaras fotográficas en las cajas de seguridad de sus habitaciones...

Sentado en las escaleras de granito del palacio arzobispal, Cupido observó la crestería de la catedral. La torre y el cielo se disputaban una luna rojiza que sangraba sobre Toledo, pero finalmente el astro se desprendió de las agujas y se fue paseando lentamente por las calles que se abrían entre las estrellas. En la nudosa fachada, la enorme puerta central parecía que nunca se abriría, como si sus pesadas hojas no pudieran moverse. Quizá solo se abrían para dejar pasar a los papas y los reyes. ¡Qué afán de puertas altas, de techos altos, de altos estrados! ¡Qué eterna estupidez la de buscar la altura, si cuanto más arriba más expuesto se estaba a los ataques, a las envidias, a los escupitajos!

Supuso que siglos antes los Garcilaso pasarían por ellas portando algún palio, o escoltando una mitra, una corona, pero ahora la familia ya había perdido fuelle. Si Lydia o Charlie no tenían herederos, la estirpe llegaría a su final, porque ni siquiera el patriarca era en realidad un Garcilaso, sino el hijo robado a una miliciana. ¿Para qué acumular tanto durante tantos siglos, tantos honores, riquezas, cuadros, si hasta su palacio sería convertido en un centro comercial y todos morirían desnudos, sin llevarse ni un alfiler consigo?

Por el contrario, a Marta Medina le habían robado a su hijo, y eso era lo único que había echado de menos en el momento de morir. Cupido no tenía hijos —y no era probable que algún día los tuviera—, y se preguntó qué sentiría alguien a quien se los arrebataran.

Fermentando con la llegada de las sombras, volvió a notar el viejo e indomable mordisco de la soledad, aunque en los últimos años había logrado

mantener las distancias con ella: nunca dejaba que se prolongara demasiado tiempo, que le generara angustia. Se preguntó qué hacía allí, una noche de primavera en medio de una plaza —¿no le había oído esa expresión al Alkalino?—, cansado de un larguísimo día hablando y haciendo preguntas a las que alguien habría mentido. Los dos últimos días había estado corriendo con la lengua fuera y, sin embargo, no había conseguido moverse del sitio ni lograr un avance en la investigación de la muerte de Alejandra, a quien nadie parecía haber querido de manera incondicional, acaso porque ella misma, huraña, poco empática y a veces con un afilado malhumor, participaba de la condición de la urraca, que no acepta la amistad con ningún pájaro. La acusaban de ser rara, arisca y ambiciosa, pero se preguntó si también criticarían la rareza, la hosquedad y la ambición en un hombre, si en la mujer no se convertían en defectos actitudes que en el hombre eran virtudes. ¡Pobre chica! ¡Huérfana en la infancia y, cuando parecía que las cosas comenzaban a salirle bien, había sido asesinada sin que nadie mostrara compasión por ella!

Después de entrevistar a todo su entorno, con la cabeza llena de datos e impresiones, se sentía perdido y fatigado como un senderista por un monte oscuro en el que alguien ha cambiado de lugar las señales y camina con miedo a pisar algún cepo oxidado. Tenía la impresión de que se le escapaba un detalle importante, de que se le volvía delicuescente. En algún momento, la caja negra de su memoria había registrado un dato extraño, una pieza fuera de sitio encajada a la fuerza en un molde que no le correspondía, pero no lograba recuperarlo ni obligarlo a salir de su escondrijo.

Se levantó y caminó hacia la soledad del hotel por las calles semivacías, con la sensación de que todos volvían a su refugio y él se quedaba fuera, excluido. Pidió un whisky en el bar, y cuando quiso darse cuenta, ya se lo había terminado, absorto en la extrañeza de ser detective, cuando aquel oficio era el último que había imaginado para su vida. Un oficio inútil, puesto que la resolución del enigma no implicaba una mejora de la sociedad, que seguía siendo igual de injusta e implacable. Sin embargo, la investigación no era para él un juego de acertijos y se había convertido en el eje de su existencia, en ella le encontraba sentido y por ella se hacía preguntas sobre la violencia o los sueños, sobre el frío del odio y el calor de la vida, sobre el podrido festín de la venganza, sobre cuestiones imperecederas que sin ella nunca se habría planteado. Como había ocurrido en otras investigaciones, también los nombres de ahora —los Garcilaso, Marthe Medina, Robe— comenzaban a formar parte de su vida, como en su momento habían hecho Gloria, Julián

Monasterio, Martín Ordiales o Miranda Paraíso... Con un gesto le pidió al camarero una segunda consumición.

Antes de irse, y mientras Lydia atendía una llamada de teléfono, el detective todavía le había preguntado a Charlie si conocía bien a Alejandra.

—¿Conocer a Álex? Ella no daba muchas facilidades, era una mujer impenetrable, una persona de la que dirías que va a caer en alguna adicción — contestó y soltó de nuevo una risita—. Y, sin embargo, la veías entera un año tras otro, nunca cedía, siempre resistía la tentación. Aparentemente, era tan insegura que dudaba hasta de la fecha de su cumpleaños, pero solo aparentemente. Me desconcertaba mi..., ya ves, yo tampoco sé cómo llamarla. ¿Mi primita? Me suena raro... No, no la conocía ni siquiera lo suficiente como para darle el nombre adecuado.

Luego se habían despedido y Charlie se había marchado a su apartamento... No, no era suyo, solo se le permitía usarlo. Se había tomado dos cápsulas de Nolotil para calmar el dolor en el ojo izquierdo, en el hueco del ojo izquierdo. No era la primera vez que la tensión nerviosa le provocaba aquellos pinchazos, como si la aséptica bola de metacrilato, tan parecida a su ojo real, hubiera generado sus propias terminaciones nerviosas.

Se tumbó en la cama y se apretó los párpados, temiendo que pudiera escapársele el ojo y salir rodando por el suelo. Al cabo de media hora, calmado el dolor, se levantó, se colocó el parche y se miró al espejo, que le devolvió la imagen de una de esas personas que se marchitan antes de envejecer, un pirata debilitado por alguna enfermedad tropical, cuyo apagado aspecto, sin embargo, no ocultaba los rasgos de un aristócrata antiguo y arruinado, decadente, pero siempre bien vestido. Nunca se recuperaría del todo de los efectos de sus adicciones durante aquellos años, cuando disponía de dinero y tenía un embudo en la nariz y la coca le corría como un cohete por las venas, aunque luego, al agotarse sus recursos, llegaran el mono y la ansiedad atómica y orinara gasolina, tan penetrante era el olor por todo lo que se metía.

Lydia había intentado controlar el problema entre ellos dos, pero no pudieron ocultarlo mucho tiempo, y Alejandro Garcilaso lo colocó ante una disyuntiva: o dejaba para siempre aquel consumo y se sometía a una cura

radical de desintoxicación —que él pagaría en la mejor clínica—, o lo borraba de la herencia del patrimonio familiar.

Todavía sentía rencor hacia él por aquellas palabras:

—¡Eres un enfermo, y los enfermos necesitan un lugar donde curarse! — le reprochó mientras le mostraba el folleto informativo de un carísimo centro, de nombre Plinio, aislado en medio de la llanura manchega, en una enorme finca de caza donde a los internos se les imponía un régimen de desintoxicación tan rígido como el de una cárcel.

Para tenerlos ocupados y para que no pensaran demasiado, en Plinio los obligaban a participar en las tareas agrícolas y a practicar algún deporte. Él había elegido la natación. Siempre le había gustado nadar, desde que era niño y se bañaba con Lydia en el Tajo, a su paso por la finca, cuando el río aún no estaba podrido. La piscina del centro era grande y estaba poco frecuentada, pues el desdén por la higiene y por el aspecto físico era otra consecuencia de la adicción. Pero él hundía la cabeza bajo el agua y se aislaba de los demás internos y de los cuidadores.

Una tarde, cuando ya había superado las peores semanas y comenzaba a encontrarse bien, apuró un largo: quería llegar buceando hasta el fondo de la calle. Al fin tocó la pared y subió ansioso en busca de aire, asfixiado. Las gafas habían hecho el vacío en las cuencas de sus ojos y, al quitárselas, actuaron como una ventosa que se resistía a despegarse. No sintió ningún dolor, solo un chispazo que primero lo deslumbró y luego se volvió todo negro cuando las gafas absorbieron la retina: desprendimiento. Enseguida, el traslado al hospital, todavía en bañador, y la operación urgente, que no pudo salvar la visión del ojo izquierdo. Como consecuencia, más tarde sufrió una infección aguda que obligó a extirpar todo el globo ocular. Desde entonces no había vuelto a nadar ni a hacer ejercicio.

Sin saber por qué, pensó que el detective sí tenía aspecto de deportista: alto, delgado, fibroso, de huesos duros, con una edad difícil de precisar, pues había observado que la práctica constante del deporte envejecía algunos años a los jóvenes y rejuvenecía a los mayores.

La rehabilitación había sido muy dura, pero estaba orgulloso de haberla superado y agradecía los elogios de quienes se lo reconocían. El único incrédulo era su tío, y Charlie conservaba hacia él un sordo, apagado encono, que cada día se renovaba por el recelo que le manifestaba: no le confiaba ninguna tarea ni en las bodegas ni en la Fundación, no le permitía el acceso a las cuentas bancarias —tampoco lo hacía Lydia, pero a ella se lo perdonaba—

y lo escudriñaba con desconfianza, como si temiera que en cualquier momento pudiera recaer en su adicción.

Salió de casa y diez minutos después estaba en el Grial. Desde la primera noche que se acodó en su barra, Tamara lo había acogido con simpatía, con aquella candorosa benevolencia que sentía hacia los clientes solitarios, y, más tarde, con amor en su propia cama. No era hermosa, pero sí resuelta y divertida, siempre estaba de buen humor y la risa había puesto unas agradables arrugas en torno a sus ojos. Y sabía cantar, había sido música, había tocado el bajo en un desconocido grupo de rock surgido al amparo de la movida y desaparecido sin pena ni gloria una década después, al mismo tiempo que el siglo. Luego había abierto el pub, donde se mezclaba una reducida pero incondicional clientela de nativos con ocasionales turistas despistados en las noches toledanas. Fiel a su antigua afición, había levantado en un rincón del local una pequeña tarima con un micrófono donde de vez en cuando había actuaciones y cualquiera podía animarse a subir y cantar.

—¡Qué buen ambiente tienes hoy! —le dijo a Tamara mirando a la clientela, más numerosa que otros días.

—Sobre todo guiris. ¿Por qué no te animas y coges la guitarra para que no se me escapen? —le propuso sirviéndole un whisky.

Charlie miró a sus espaldas. Un grupo de inconfundibles turistas británicos, enrojecidos por el sol y candidatos al melanoma, bromeaban sentados a las mesas, con ganas de divertirse y de apagar en escocés con hielo las brasas de la piel.

—Vale —aceptó.

Era una de las pocas cosas que sabía hacer bien y no solía negarse cuando se lo pedían. Disfrutaba tocando la guitarra y modulaba bien la voz, y aunque el exceso de tabaco había serrado sus agudos, se movía bien por las trincheras de los graves de las baladas en inglés, que dominaba desde niño, cuando sus padres los enviaban —a Lydia y a él— a Londres en verano. De allí también había venido la costumbre de llamarlo Charlie.

Dio un largo trago mientras Tamara desaparecía tras la puerta interior y volvía con la guitarra.

—Te conecto el sonido y los focos —le dijo.

Charlie subió a la tarima, se sentó en el taburete y, sin preámbulos, tocó las primeras notas de *Sunday Morning* con dedos ágiles, de nudillos muy marcados. Los clientes dejaron de hablar, prestaron atención a su figura, con el parche en el ojo, y se acomodaron para escucharlo. Le gustaba mucho ese momento de los primeros acordes, antes de comenzar a cantar, cuando todos

estaban a la expectativa, posiblemente convencidos de que no lo haría bien, para cambiar de opinión unos minutos después.

Terminó la canción y se produjo un granizo de aplausos. Alguien pidió *Walk on the Wild Side*, que cantó mientras algunos hacían coro con el narcótico estribillo de Lou Reed, y luego se atrevió con *Wonderful Tonight*, que Tamara escuchó embobada, con los codos apoyados en la barra. Entonces algunos clientes se envalentonaron y subieron a la tarima. Les dejó el sitio y volvió a la barra, donde Tamara le renovó el hielo y le dijo:

—¡Me ha encantado la última canción! Pero a ti te pasa algo esta noche.

—No, nada —dijo encendiendo un cigarrillo para eludir su mirada.

—Sí, Charlie. Te conozco lo suficiente como para saber que hay algo que no te puedes quitar de la cabeza.

—Bueno, ya sabes. Me molesta. —Señaló el parche—. El ojo fantasma.

Tamara alzó las cejas.

—¡Es algo más! Tú estás agobiado... o enfadado, y no puedes ocultármelo: solo te muerdes el interior de la mejilla cuando algo te preocupa. Y no es solo que ayer te fueras enfadado porque no te quise poner otro whisky.

En efecto, la noche anterior ella no había querido servirle una segunda copa. Tenían un pacto: solo una, o, al menos, solo una mientras estuviera en el Grial. Y aunque a veces sentía que ella lo trataba como a un niño, sabía que debía agradecerse.

El whisky ya estaba aguado, pero el trago le supo igualmente bien. Luego se lo contó:

—Esta tarde ha venido a hablar con Lydia y conmigo un detective que ha contratado mi tío para investigar la muerte de Álex.

—¿Un detective privado?

—Sí.

—¿Qué le ocurre a tu tío? ¿No se fía de la pasma?

—Dice que no se preocupan demasiado. Que están obsesionados con los atentados y que no les dan importancia a los demás delitos.

—¿Y a ti en qué te afecta?

—Lydia me pidió que dijéramos que estuvimos juntos la noche de la muerte, cuando volvimos de una fiesta en casa de unos amigos. Así, los dos nos evitábamos cualquier posible molestia.

Tamara negó con la cabeza.

—¡Lydia, siempre Lydia! No quiere saber nada de ti en los temas de la Fundación, pero para otras cosas bien que te utiliza.

Un cliente sediento golpeó la barra con el vaso vacío para pedirle otra consumición, pero Tamara simuló no oírlo.

—Bueno, no te preocupes, no pasará nada. Tú no tienes nada que ver con la horrible muerte de tu prima. —Era la única que usaba con naturalidad aquella palabra—. Y en todo caso, si surgiera algún problema, sabes que siempre puedes contar conmigo.

—Lo sé.

Tamara se inclinó por encima de la barra y lo besó en los labios.

¿Dónde se ocultaría un hombre joven, sin arraigo en la ciudad y sin demasiados recursos, según se deducía de la información que le había proporcionado Lydia? Podía agazaparse en algún piso de estudiantes, o en algún apartamento turístico ilegal del mercado negro alquilado por alguna viuda con más tiempo libre y salud que dinero, pero esa situación no podría prolongarse durante mucho tiempo y alguien tan acostumbrado a viajar, a moverse, no aguantaría el encierro. Lo más probable, pues, es que no estuviera en la ciudad, que hubiera huido de Toledo, donde, a pesar de las avalanchas de turistas, podría ser localizado.

¿Y por qué se ocultaba, si el botín del robo del que lo acusaban había sido irrisorio, el daño menor en el escalo y hasta podía alegar circunstancias atenuantes? ¿Había alguna relación entre él y la muerte de Álex?

El gerente del concesionario y empresa de alquiler de coches para el que Robe trabajaba eventualmente lo interrumpió en cuanto pronunció su nombre:

—¡No quiero volver a verlo! ¿Eres amigo suyo?

—No. Pero quiero hablar con él.

—¿También te ha dejado colgado?

—Algo así.

—Pues cuando lo encuentres le dices que no quiero que vuelva por aquí, por muy buen conductor que sea. Siempre lo traté bien, le di trabajo en las mejores condiciones. Y él sabía que la semana pasada tenía que llevarme un coche a Málaga, se había comprometido. Pero no apareció y ni siquiera contestó al teléfono.

—¿Había hecho lo mismo alguna vez antes?

—¡Nunca! Robe tiene sus manías, pero es un buen chico y un excelente conductor. Si hay que estar doce horas al volante, lo está sin quejarse, disfruta mucho conduciendo. Quizá algún día le ocurra lo que a otros y los coches dejen de apasionarle cuando de verdad le apasione una mujer, pero ese día no parece haber llegado. En la carretera, solo tiene un defecto.

—¿Cuál?

—Su costumbre de recoger a los autoestopistas. Nunca he entendido esa simpatía suya por la gente de las cunetas.

Cupido se quedó en silencio. De joven, él también había viajado a menudo de esa forma.

—Lo conoce bien.

—¡Claro que lo conozco, y desde hace años! Es muy bueno, y por eso también lo contratábamos para probar los coches de la Peugeot. Yo estaba contento con él, pero vino un día y me dijo que lo dejaba, que le habían dado un trabajo fijo como chófer. Lo entendí y no me lo tomé a mal, porque conmigo trabajaba por libre, según los encargos que le hiciera. Y hace dos o tres meses volvió por aquí de nuevo. Ya no estaba con esa familia, pero no me contó el motivo, no dijo si se despidió o si lo despidieron. Volví a encargarle algunos viajes, aunque no parecía el mismo. Se le veía nervioso, impaciente, y tuvo un accidente con uno de nuestros coches, yo creo que por ir demasiado rápido, aunque él lo negó. Por fortuna, a él no le ocurrió nada, pero al coche le hizo un buen destrozo. Aun así, no lo despedí. ¡Pero después de tenerme sin dar señales de vida...! Ya no le daré más oportunidades.

—¿Dónde vivía?

—Por la plaza de toros, un poco más allá. ¿Quiere la dirección?

—Sí, gracias. Y el número de teléfono.

—Un fijo y un móvil. Anótelos.

El móvil era el mismo que figuraba en la documentación de Lydia Garcilaso, pero el servidor había respondido a todas sus llamadas diciendo que estaba desconectado o fuera de cobertura.

—¿Tenía amigos en la empresa?

—No. Robe no era un empleado fijo. Llegaba, hacía su trabajo y se marchaba.

—¿Venía alguien a buscarlo?

—Una vez vi que lo estaba esperando una mujer... Era mayor que él y parecía rica... Pero no creo que se haya ido con ella.

—¿Por qué?

—Porque enviaron a preguntar por él. También ellos lo están buscando. Igual que la policía. Y, a propósito, ¿qué ha hecho para que lo persiga tanta gente?

—Es lo que estoy intentando averiguar.

Cupido miró alrededor, a los brillantes automóviles que dormían o que estaba lavando algún empleado.

—¿Roberto tenía coche?

—En propiedad, tenía un 205 que la casa prácticamente le había regalado. Pero para trabajar usaba un coche nuestro.

—¿Cuál?

—Ese —señaló un Peugeot 406 negro.

—¿Puedo echarle un vistazo?

—Sí, pero no encontrará nada. Los limpiamos después de cada servicio.

Cupido buscó no sabía qué en la guantera, en los laterales de la puerta, bajo los asientos y las alfombrillas. En efecto, no encontró nada, ninguna tarjeta perdida, ninguna dirección ni número de teléfono anotados en una caja de cerillas o en la póliza del seguro.

Le llamó la atención el GPS adosado al salpicadero, similar al que llevaba Marthe para orientarse durante la conducción. Pulsó el botón de encendido y desplegó las funciones. En la memoria del navegador figuraban los viajes programados: a Madrid, a Valencia, a Málaga... Pero había también una ruta a Sochaux y a Mulhouse que se repetía dos veces.

Volvió a la oficina del gerente y le preguntó:

—¿Roberto solía viajar al extranjero?

—Algunas veces iba a Francia, a la planta de la Peugeot, en Sochaux, cuando nos encargaban probar algún vehículo de fábrica. Robe hablaba francés y eso les interesaba.

Cupido le agradeció la información y se encaminó hacia las señas de la avenida Europa que figuraban en la documentación. El amplio edificio ocupaba media manzana, con dos entradas y un gran patio interior comunitario.

Aprovechó que alguien salía del portal para colarse y subir hasta el piso. La puerta se abrió al primer timbrado y asomó una chica vestida con pantalón corto y una camiseta muy negra con un dibujo de la lengua muy roja de Mick Jagger. En las muñecas y en el cuello llevaba un exceso de cuero y de metal. Del interior llegaba el aroma dulzón de la marihuana, y Cupido comprendió que la humedad de sus ojos no se debía al sueño.

—Estoy buscando a Roberto Valera.

—¡Todo el mundo busca a Robe! —Suspiró mirándolo de arriba abajo de forma apreciativa—. Alguna vez me gustaría que alguien me buscara a mí... No sé nada de él desde hace una semana. No contesta al teléfono y ni siquiera sé si va a volver o no, y el alquiler hay que seguir pagándolo.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—El día del Corpus. Luego, ¡puhhhh!, desapareció sin decir nada. Al principio pensé que se habría marchado a uno de esos viajes que hace al

extranjero, y que se le había olvidado decírmelo o dejarme una nota. Últimamente estaba muy despistado, muy nervioso. Pero el jefe de su empresa lo llamó varias veces porque no había acudido al trabajo.

—¿Se llevó sus cosas?

—Lo imprescindible. Si quieres, pasa y míralo tú mismo —dijo con una voz reblandecida por la maría.

El piso le recordó sus años de estudiante: muebles fatigados, cortinas descoloridas, lámparas con flecos, unos pocos adornos *kitsch*, excedentes de la fabricación industrial en masa, algunas piezas de duralex de color verde marino o caramelo, y no demasiada limpieza. En el salón, una taza vacía de café y un cenicero con la colilla de un porro, aunque era media mañana. La muchacha avanzó por el pasillo y abrió una de las puertas.

—Esta es... o era su habitación.

Las sábanas se habían estirado con precipitación sobre la cama y del respaldo de la única silla colgaban un pantalón y una camisa. Sobre una pequeña mesa adosada a la pared había una estantería con cedés de música y de películas y, al lado, un panel de corcho. Y, tras la puerta, un espejo de medio cuerpo.

—¿Puedo? —le preguntó a la chica, pero abrió el armario sin esperar su respuesta.

Ni la escasa ropa colgada en las perchas ni los cajones con ropa interior o con complementos revelaban ninguna pista. Tampoco había ninguna mochila ni maleta. En el suelo del armario descansaban unas mancuernas de cinco kilos.

—¿Alguien se ha llevado algo?

—La policía lo registró todo y se llevaron su agenda y algunos papeles. También vino un hombre que dijo que Robe había trabajado para él y que le debía algo. No debió de encontrar lo que buscaba, porque se puso de mal humor.

—¿Cómo era?

—Muy desagradable.

—¿Un mecánico? —insistió.

—¿Mecánico? ¡No! Era un hombre de campo, con ropa de pana y unas botas que ensuciaron el suelo... Daba miedo. —Contuvo un estremecimiento y dio un paso hacia él, dejando entre ambos una franja de aire un poco más estrecha de lo necesario.

Cupido se acercó al panel de corcho en el que habían pinchado algunos posavasos, entradas de conciertos y de un partido de fútbol Madrid-Barcelona

y una postal con la imagen de una montaña en la que se leía «Grand Ballon d'Alsace, Mulhouse». En el dorso, unas palabras: «Cuando quieras venir a conocer esto, tienes mi casa abierta. Gérard». Encastrada en un rincón del marco, destacaba una placa de coche con la matrícula TO-3925-Y.

—¿Quién es Gérard? —preguntó.

—Un chico francés, un erasmus que vivió aquí con nosotros el curso pasado mientras estudiaba Historia del Arte. Volvió a su país en junio.

—¿Eran muy amigos?

—Mucho. ¿Ves esa matrícula?

—Sí.

—Robe probaba coches y algunas veces tenía que llevarlos o traerlos de Francia, no me preguntes los detalles. Gérard vivía cerca de donde él iba y, aunque estaba prohibido, Robe le permitió un par de veces ir con él. Decía que así se aburría menos conduciendo. Cuando supo que iban a retirar uno de los coches en el que habían viajado, Gérard pidió en el desguace quedarse con la placa como recuerdo. Y al volver definitivamente a Francia, al terminar el curso, se la regaló a Robe diciéndole que así, al menos, cuando la viera, tenía la esperanza de que se acordaría de él. Robe era muy generoso con esas cosas y Gérard..., bueno, creo que se enamoró de él. Es fácil enamorarse de Robe —añadió mientras Cupido, una vez más, se alegraba de su suerte: siempre encontraba a una de esas personas que no se resignan a dar solo información sin añadir también su opinión personal—. Ambos se llevaban muy bien, aunque Robe no compartiera sus gustos.

—¿Sabes su apellido?

—No lo recuerdo —dijo al cabo de unos segundos.

—¿Y cómo podría localizarlo?

—No lo sé, pero un día Gérard lo llamó por teléfono y oí a Robe felicitarlo porque había encontrado trabajo como guía turístico en su ciudad.

—¿Tenía otros amigos? ¿Salía con otras gentes?

—Espera —le pidió. Salió de la habitación y volvió con un porro, que le ofreció encender—: ¿Fumas?

—Ya no.

—Tú te lo pierdes. —Lo encendió, dio una calada y dijo—: Estaba esa mujer, su jefa. Una pelirroja.

—¿Venía a este piso?

—No, parece que no soportaba eso de compartir cuarto de baño. —Sonrió con ironía—. Pero una vez llegué de forma imprevista y la vi salir de su habitación. Robe me dijo que trabajaba para ella. Supongo que esa era otra de

las obligaciones del trabajo —murmuró—. Creo que, de algún modo, ella es la culpable de que se haya marchado así.

—¿Por qué lo crees?

—Robe no me lo contó, pero sé que había conocido a otra chica. Eso es algo que no se puede ocultar a una compañera de piso. Y desde entonces comenzó a huir de su jefa. Una noche ella vino a buscarlo.

—¿Aquí?

—Sí. Llamó abajo y Robe, al verla por la pantalla del telefonillo, me pidió que le dijera que no estaba en casa. Luego, con las luces apagadas, la estuvimos observando desde esa ventana, metida en su coche, esperando durante dos horas. Impaciente, lo llamó varias veces al móvil, que vibraba en silencio en sus manos. Estaba desesperada. Una semana más tarde me dijo que ya no trabajaba para ella, pero que seguiría compartiendo el piso durante un tiempo, hasta que le entregaran un apartamento en construcción para el que había dado una entrada. Dijo que en su vida había cambiado tantas veces de vivienda que nada le gustaría más que tener un sitio propio donde quedarse para siempre. Y que por fin se había metido en un proyecto que lo libraría definitivamente de problemas económicos.

—¿Qué proyecto?

—No me contó nada más.

—Antes has mencionado que había conocido a una chica.

—Robe conocía a muchas, es muy guapo. Pero parece que ella era algo especial.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque nunca hablaba de ella —dijo como si fuera algo evidente.

—Si te acuerdas de algo más que pueda ser útil para encontrarlo, ¿me llamarías a este teléfono?

—Sí. ¿Robe ha hecho algo malo?

—Créeme, me gustaría saberlo.

—Si lo encuentras, dile que vuelva, que le estoy guardando la habitación... Y que si no aparece pronto, yo también me iré de este piso. No es fácil vivir sola —dijo mirándolo fijamente, dejándose descarrilar por la marihuana, los ojos húmedos de deseo.

—Lo haré.

—Dile que me acuerdo mucho de él.

Aquella información confirmaba que Robe era una pieza importante y que por eso el capataz de la finca de los Garcilaso lo estaba buscando. Encontrarlo

se estaba convirtiendo en una prioridad. Desde que Marthe lo había contratado, no dejaba de buscar a desaparecidos.

De regreso en el hotel llamó a Luis Medina y de nuevo respondió la asistenta. Debió de reconocerlo, porque sin preguntarle su nombre lo pasó con el anciano, que le dijo que fuera a verlo.

En la casa, la asistenta le pidió en la puerta:

—No lo canse mucho. Los últimos días está muy delicado.

Luis Medina estaba sentado en el mismo sillón, mirando por la ventana a los turistas que fotografiaban la Puerta de Bisagra, vestido con la misma pulcritud en la ropa, como preparado para asistir a una fiesta, con una camisa clara y un pantalón fino que le marcaba las puntiagudas rodillas. Pero cerca de él se veía la botella de oxígeno.

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó, esperanzado.

—No. De momento, todo aquello ha quedado paralizado. Vengo por otro asunto —dijo, y le contó la investigación en la que ahora trabajaba.

—¿Lo sabe Marthe?

—Sí —respondió sin añadir nada, aunque no había olvidado su imagen sentada en la acera, con la venda en el antebrazo. Su capitulación seguía doliéndole.

—¿Y qué opina?

—Que tal vez, si todo esto se resuelve, Alejandro Garcilaso escuchará de otra forma.

El anciano asintió despacio mientras se oía crujir su respiración, cada inhalación convertida en un esfuerzo.

—Demasiadas emociones para estos oxidados pulmones de fumador. Páseme la botella, por favor.

Se aplicó la mascarilla y él mismo manipuló la bombona. Se la quitó al cabo de un minuto y respiró con lentitud, con los pulmones y las leñosas arterias trabajando fatigosamente, pero la cabeza pensando con claridad cuando dijo, ya recuperado, como si el oxígeno le hubiera ablandado la garganta:

—He seguido las noticias sobre la muerte de esa chica. Es extraño: ahora también él ha perdido a su hija. Una cruel revancha del destino, de la que no me alegro. Al fin y al cabo, es el hijo de mi prima Marta y, aunque se niegue a reconocerlo, es parte de mi familia. Y ahora que también lo ha golpeado la tragedia, le pide precisamente a usted que lo ayude.

—Sí.

—Cuando daba clases, a mis alumnos les hablaba sobre todo de dos temas: del Greco, de su larga vida en un país que no era el suyo, de esa falacia de que padecía un defecto de visión que le hacía ver alargados los objetos, como si cada uno de nosotros no viéramos la vida de una forma diferente.

—¿Y el otro?

—El otro tema era *El Quijote*, aunque no perteneciera al temario de mi asignatura. ¿Lo ha leído?

—No.

—Les pedía a mis alumnos que imaginaran que don Quijote hubiera triunfado desde su primera aventura, que hubiera conquistado a Dulcinea y alcanzado la gloria como héroe. En ese caso, no habría tardado en tirar de las riendas de *Rocinante* y, con el destino cumplido, habría emprendido el camino triunfal de regreso a casa, llevando en la grupa a su amada. La novela de Cervantes sería inimaginable como una sucesión de victorias. Y les decía que no solo a los personajes literarios les hace crecer más el fracaso que el triunfo, que también para nosotros es más fértil, que nos humaniza y nos da lecciones que el éxito ni siquiera nos plantea.

Cupido no sabía adónde quería llegar, pero, como si adivinara su inquietud, el anciano concluyó con gravedad:

—La derrota es la madre de la humildad. Es triste, pero quizá ahora esa familia, que siempre estuvo entre los vencedores, siempre en primera fila de todos los Garcilaso que patean el mundo, saque alguna de las lecciones que solo se aprenden con el dolor y la pérdida y se detenga a escuchar.

—Necesito su ayuda —dijo el detective.

—Cuenta con ella.

Cupido le dijo que necesitaba encontrar a un muchacho que había trabajado para los Garcilaso y que había desaparecido. La única pista para llegar hasta él era la de un compañero de piso que el año anterior había estudiado como erasmus un curso de Historia del Arte.

—Usted fue profesor de esa asignatura.

—Lo fui hace años. Ahora ya solo me llaman para asistir a los homenajes de jubilación. ¿Cómo se llama el alumno?

—Solo sé su nombre, Gérard, y que vive en una ciudad de Francia, Mulhouse.

—No son muchos datos, pero pueden bastar. Tendré que hacer un par de llamadas —dijo sonriendo con un ánimo inesperado—. Me alegran sus visitas, me dan una semana de vida.

Una hora más tarde Cupido estaba comiendo en un restaurante junto a Zocodover cuando sonó el móvil. La asistente de Luis Medina le dictó un nombre, Gérard Jouanhaut, y una dirección postal.

—Don Luis no se encuentra bien y ha tenido que acostarse, pero me ha pedido que lo llamara.

—Espero que se recupere pronto. Muchas gracias.

—De nada. Le desea que tenga éxito en su búsqueda.

Regresó al hotel y encendió el ordenador. No tuvo dificultad para encontrar información sobre Gérard Jouanhaut en Mulhouse: él mismo se anunciaba como guía turístico para visitar la ciudad y los alrededores alsacianos.

Se había citado a las cinco con Garcilaso en su despacho, pero lo encontró en la puerta del museo, junto a Lydia y Lula, mirando cómo dos operarios impregnaban con un producto de limpieza el grafiti ¡MECHA! —escrito con grandes letras, gordas como globos— y lanzaban con una manguera de hidropresión un chorro sobre la pared hasta casi borrarlo.

Y entonces, de repente, supo lo que había visto sin ser consciente de lo que veía.

—Como es un museo, el autor debió de pensar que también él tiene derecho a estar aquí representado —ironizó Lydia.

Un hombre que pasaba al lado se detuvo y amenazó:

—Si lo pillo ensuciando mi casa, le meto el bote entero por el culo.

Dejaron a los operarios frotando los restos de pintura con unos grandes cepillos y Cupido siguió a Garcilaso hasta su despacho. En la puerta del museo había un nutrido grupo de visitantes esperando a entrar.

—Todos quieren ver ahora la sala de la Inquisición, no deja de venir gente desde que la hemos reabierto. Supongo que esperan encontrar manchas de sangre —murmuró. Seguía adelgazando, como si hubiera perdido una capa de carne. El pelo gris se veía tan frágil, tan delicado como el humo. Parecía igual de deprimido que dos días antes: un hombre poderoso en un despacho desde el que impartir órdenes, pero que en realidad solo era un hombre enfermo que había perdido a su hija—. ¿Quiere tomar algo? ¿Un café?

—Sí, gracias.

—Lula, por favor, ¿podrías traernos café?... Sí. Y un té verde —pidió por teléfono. Colgó y le preguntó—: ¿Hay algo nuevo?

—Nada definitivo. He hablado con quienes estaban cerca de ella y mejor la conocían, pero no he conseguido dar con ninguna pista que pueda aclarar algo.

—¿La conocían? Ninguno de nosotros la conocía. Es una de las cosas de las que más me arrepiento, de no haber pasado más tiempo con ella. —Suspiró profundamente, y Cupido detectó en su aliento el olor metálico de la quimioterapia.

—Eso no habría evitado su muerte.

—Supongo que no, pero no me sirve de consuelo.

Llamaron a la puerta y entró Lula con una bandeja, pero Garcilaso no dejó que les sirviera y él mismo se encargó de hacerlo con manos temblorosas. Luego se inclinó sobre la taza humeante y bebió un trago corto.

—Hay algo que tengo que preguntarle —dijo Cupido.

—Adelante.

—Unos días antes de que mataran a su hija se cometió un robo en las oficinas de la Orden, ahí detrás.

—Sí, pero ya le dije que se llevaron poca cosa. ¿Cree que eso tiene alguna relación con su muerte?

—Trueba habló de un muchacho que había trabajado para Lydia, Roberto Valera.

—Robe, sí.

—¿Lo conocía?

—Claro. Es una larga historia.

—¿Qué ocurrió?

—Fue hace muchos años. Su padre trabajaba como chófer para la Fundación y un día, al volver de Madrid, el conductor de un camión que iba en sentido contrario se durmió al volante y chocó contra él. Murió en el acto. Roberto tenía unos meses y decidimos contratar a su madre como telefonista. Era una mujer discreta y eficaz, apta para el puesto. Llevaba tres años trabajando con nosotros cuando se produjo un cambio en la presidencia. Usted no conoce la Fundación, pero desde siempre ha atraído a las clases medias y altas de Toledo, que quieren integrarse en ella de la forma que sea, colgarse la medalla, procesionar con los Ostiarios, y no le digo si se trata de presidirla, de ser turiferario o de desfilar bajo palio. Eran los años de la Transición, a finales de los setenta, y todo estaba cambiando, todo se politizaba de una manera brutal. Un día parecía que iba a estallar una revolución en las calles y al día siguiente que iba a producirse un golpe de Estado... El nuevo presidente, que había conseguido mucho poder político en la diputación, mucho clientelismo con voto cautivo, quiso rodearse de su propio equipo. Y una telefonista del otro bando despertaba recelo. Por entonces, ese era un puesto de confianza, porque no existía el sistema de llamadas directas y todas debían pasar por una centralita. Una telefonista sabía quién llamaba y a quién, podía escuchar las conversaciones, los secretos... Así que intentaron sustituirla, como se hacía habitualmente. Pero en este caso la junta directiva se negó: era la viuda de un empleado de la

Fundación muerto en acto de servicio, por decirlo así, y con un niño de tres años, y esas cosas siempre se tenían en cuenta. A pesar de todo, el nuevo presidente no cejó y lanzó contra ella el rumor de que tenía unas peculiares inclinaciones amorosas... Ahora, en el dos mil cuatro, tal vez eso ya no le importe a nadie, pero sí importaba en esta ciudad hace veintitantos años, recién llegados a una democracia en pañales y bajo la amenaza de ser liquidada por un golpe de Estado. Incluso buscó a un par de testigos que lo confirmaran, gente que le debía algún favor.

Incómodo al recordarlo, Garcilaso negó varias veces con la cabeza. Se llevó la taza a los labios, pero el té ya estaba frío y lo retiró con un gesto de desagrado.

—¿También los Garcilaso le debían favores? —adivinó Cupido—. ¿Por qué no intervinieron?

—También —respondió mirándolo a los ojos, dispuesto a no ocultar nada—. ¡Y nos llamamos, no nos opusimos con la suficiente energía! La madre de Robe fue despedida y se marchó de Toledo. Se fue lejos, a Francia, donde tenía algunos familiares que habían emigrado, pero creo que si hubiera tenido parientes en Australia, allí se habría ido. No volvimos a saber nada de ella hasta hace dos o tres años, cuando apareció Robe. Su madre había muerto. Lydia lo contrató como conductor, con el oficio que había tenido su padre. Y así estuvo un tiempo, hasta hace unos meses. Lydia le podrá dar más detalles de su despido.

—¿Y cree que él tiene algo que ver con el robo?

—No, no lo creo. O no quiero creerlo, porque ya no sé qué pensar. Unos días antes me pidió que nos viéramos y tuve un encuentro con él. Estaba muy dolido con la Fundación, se sentía agraviado. Me dijo que estábamos en deuda con su madre, y aunque sus palabras sonaban a chantaje, no creo que nos robara. Quería un trabajo fijo en la Fundación. No le prometí nada, pero le dije que hablaría con Lydia y que tal vez le haríamos una oferta... No hubo oportunidad, ya ve. Desapareció y no se sabe nada de él... No, no creo que sea el ladrón —repitió—. Y si lo fue, no consiguió un botín muy importante.

—Si no lo denunciaron, ¿por qué ha desaparecido?

Garcilaso hizo un gesto de duda.

—Apareció un día sin anunciarse y ahora se ha marchado sin despedirse. No sé, tal vez se ha asustado con la muerte de Alejandra.

—Me gustaría hablar con él. Creo que puede estar en Francia.

—Francia es muy grande.

—Él viajaba a veces a Sochaux, a la fábrica de la Peugeot, para la que probaba algunos coches. Y desde allí se acercaba hasta Mulhouse, donde vive un amigo suyo.

—¿Un amigo español?

—No. Un amigo francés, un guía turístico de la ciudad.

—¿Quiere decir que va a ir hasta allí a buscarlo?

—Sí.

—De acuerdo. —Levantó el teléfono—. Le diré a Lula que le gestione...

—No es necesario, me encargaré yo.

—¿Cuándo irá?

Cupido pensó unos segundos.

—Mañana. En cuanto resuelva una cuestión pendiente.

En el exterior del edificio los operarios municipales de la limpieza de grafitis recogían sus herramientas y enrollaban la manguera en el camión. De la pared ya había desaparecido la pintada ¡MECHA!

—Han hecho un buen trabajo —les dijo Cupido. Sacó de su cartera un billete de veinte euros y se lo entregó—. Supongo que no es fácil eliminar toda esa pintura.

—Muchas gracias —dijeron complacidos—. No, no es fácil, sobre todo en este tipo de paredes rugosas. Y cada vez utilizan pinturas más fuertes...

—No han dejado que se seque, ¿eh? ¿Qué día la hicieron?

El operario consultó un papel que llevaba en el bolsillo.

—A nosotros nos pasaron el parte de trabajo el lunes catorce. Pero nos llamó la atención que hubieran hecho la pintada la noche anterior al Corpus.

—¿Se sabe quiénes son los autores?

—Lo saben entre ellos. Cada uno tiene su estilo y su firma. No es la primera vez que borramos una de Mecha.

—Se ve que no es alguien que esté muy contento con su vida —dijo el otro operario.

—¿Lo conocen?

—No.

—¿Cómo podría encontrarlo?

Los dos empleados se miraron uno al otro. El más joven dijo:

—Esta gente se mueve por... Pregunte en el Banksy.

—Gracias.

Pasó por una agencia de viajes y compró un billete para Basilea para el día siguiente. El resto de la tarde lo dedicó a caminar por la ciudad sin rumbo fijo. El centro, muy vigilado, estaba limpio de pintadas, y, si aparecían nuevas, las borraban enseguida. Pero en algunas cuevas y callejones que bajaban al Tajo y en las afueras, en los nuevos barrios, encontró letras parecidas a las de la fachada de la Fundación y observó lo que nunca había observado: un mundo de grafitis, dibujos, jeroglíficos, marcas territoriales, mensajes con todo tipo de letras, pompa, espinosas o de cuñas, pintadas con aerosoles furtivos. Los espacios públicos siempre habían sido aprovechados por quienes no tenían otra posesión y cualquier superficie servía para que sus autores expresaran en unos pocos minutos, con un aerosol, la cara oculta de la realidad: el muro para contener un desnivel o la pared de un solar vacío, la larga valla de un instituto o el rincón más discreto. Casi todos los mensajes eran reivindicativos y antisistema, lo que revelaba quiénes escribían en las paredes. En la letra espinosa de un grafiti descifró: NUESTROS SUEÑOS SON VUESTRAS PESADILLAS. Y en otro, firmado por MECHA: PINTO EN LOS MUROS QUE NO PUEDO DERRIBAR. Y en una empinada calle que bajaba hacia el Tajo habían dibujado un corazón rodeado por una cinta de regalo en la que se leía: PLAY ME, BUT PAY ME: juega conmigo, te entrego mi corazón, pero págame, dame tú también algo a cambio, no me utilices, no me maltrates.



Regresó cansado al hotel y avisó en recepción de que saldría de viaje a la mañana siguiente, muy temprano, y de que estaría fuera dos o tres días, pero que reservaba la habitación para su vuelta.

Pasada la medianoche, se acercó al Banksy. Suponía que era la mejor hora: los grafiteros eran noctámbulos, pintaban mientras la ciudad dormía.

En la fachada del local habían utilizado como decoración a la doncella de Banksy, pero en lugar de levantar el revocado de la pared para ocultar debajo la fusca, levantaba la persiana metálica de la puerta para que entraran los clientes. Aunque suponía una utilización comercial de una obra ajena, el dueño no debía de estar muy preocupado por una posible reclamación de un artista clandestino que declaraba su radical rechazo a la propiedad privada de los espacios públicos.

Dentro del pub, sahumado de marihuana, martilleaba la música hip hop y varios grafitis atraían la mirada hacia las paredes: el conocido beso de tornillo de Honecker y Breznev en el Muro de Berlín, Amy Winehouse hablando con Bart Simpson, una firma de Muelle, como un homenaje al pionero, un dibujo de Cha o, en un guiño local, una provocadora versión de *El entierro del conde de Orgaz* en la que los asistentes habían sido sustituidos por jirafas. En un

discreto rincón, Cupido localizó la firma que había visto en la pared de la Fundación antes de que la borrarán los empleados municipales de la limpieza.

Cuando el camarero le sirvió un whisky, le dijo:

—Estoy buscando a alguien que viene por aquí. Firma como Mecha.

—No conozco a nadie con ese nombre.

—Pero vino aquí a pintar —dijo Cupido señalando su firma.

—Aquí colaboró mucha gente y cada cual pintó lo que quiso, respetando el espacio de los otros —replicó marchándose hacia el equipo de música, donde la Mala Rodríguez sustituyó a Kase. O.

Seguían llegando clientes, algunos muy jóvenes, con una estética de punkitud y underground: camisetas negras, gorras, deportivas de lona, *piercings* y piel blanca suburbana, como si al vivir en una ciudad interior tan lejos de la costa, en el centro geográfico de la península, nunca se hubieran bronceado en el mar. El camarero pasaba por delante de Cupido como si no lo viera, ni siquiera cuando le pidió la segunda copa. Sin embargo, poco después lo descubrió hablando por encima de la barra con un muchacho recién llegado, que lo miró a través de los clientes que había entre ambos y que apartó rápidamente la vista al verse sorprendido.

No dudó ni un segundo ni empleó ningún disimulo. Cogió su vaso y se acercó a él, sentado en un taburete. Era más joven de lo que sugería su aspecto alternativo, con el pelo en punta, como si hubiera sufrido una explosión, y el brochazo de un mechón blanco que contrastaba con el atuendo negro, cargado de metales, y con las zapatillas Salomon de color rojo y suela flexible, aptas para correr, apoyadas en el peldaño del taburete.

—Estoy buscando al autor de esa firma —señaló de nuevo la pared—. Mecha. Sé que viene por aquí.

—Entonces ya sabes más que yo. No lo conozco —dijo aparentando seguridad, desmentida por un pequeño tic que le saltó en el párpado. Cupido casi sintió simpatía por él, por su incapacidad para el engaño.

—Tú también pintas —le dijo.

El muchacho se llevó un dedo interrogativo al pecho.

—Tienes manchadas las zapatillas.

En efecto, en las deportivas se distinguía un espolvoreo de negros y platas propio del spray. El chico lo miró desconcertado e instintivamente ocultó los pies bajo el taburete, como si Cupido le hubiera puesto una zancadilla, y, sonrojándose, encendió un cigarrillo protegiendo la llama con el hueco de las manos, como si en el interior del Banksy soplara el viento.

—¿Eres policía?

—No.

—¿Y Mecha te debe algo?

—No.

—Entonces, ¿para qué lo buscas?

—Para hacerle una propuesta.

—¿Sobre grafitis? —preguntó, sin lograr ocultar su interés.

—Quiero hacerle una propuesta —insistió—. Tú díselo.

—Ya te he dicho que no lo conozco —repitió, pero era demasiado joven para haber aprendido a mentir y su inquieta mirada esquivó al detective, yendo una y otra vez del cigarrillo a la puerta del local, sin poder controlar el pequeño músculo que le temblaba en el párpado, el tic ciliar más elocuente que su negativa.

—Pero a lo mejor te lo presentan. Este es mi teléfono. Dile que me llame, y, si no estoy, que me deje un mensaje en el hotel Reina Cristina. Y si tampoco quiere hacerlo, que me espere. Volveré por aquí a buscarlo —dijo limpiando su voz de cualquier tono de amenaza.

Cuarta parte
Señuelos
(18 de junio-2 de julio de 2004)

Aunque había estudiado Historia del Arte, no dudó en aceptar el primer trabajo como guía turístico que le ofrecieron, deseoso de ganar dinero e independencia. Después de todo, aquella tarea tenía relación con sus estudios: enseñaba a mirar, procuraba que los turistas apreciaran lo más interesante de la ciudad, que no era mucho, porque su patrimonio había sido sistemáticamente destrozado durante las sucesivas guerras con Alemania.

Enseguida había aprendido a destacar los valores de Mulhouse, a contar su historia como si fuera un apasionante relato de aventura y peligros, y en cuatro idiomas si fuera necesario: había consolidado el español durante su año de erasmus en Toledo. Y pronto había notado que caía bien a la gente, que apreciaban su amabilidad, su sentido del humor, su precisión en las fechas y en los nombres, su paciencia y su delicadeza para no considerar estúpida ninguna pregunta que le hicieran. Y también su ingenio cuando refería las historias y tradiciones locales.

Ahora se volvió hacia el grupo de turistas, muchos de ellos jubilados, que lo seguían como las ovejas al pastor, y esperó a que llegaran junto a él los más rezagados. Tenía la sensación de que había más, de que en el grupo se había colado algún rostro nuevo. Había estado con ellos el día anterior, enseñándoles las trincheras y el cementerio Vieil Armand, y había dedicado la mañana a visitar el centro histórico de la ciudad y los jardines del Parc Wallach, pero ya había llegado al fin de la *tournée*.

—Ahora tengo que despedirme de ustedes —les dijo cuando todos estaban a su alrededor—. Espero que les haya resultado grata la visita y que repitan con nosotros. En Mulhouse siempre los recibiremos con los brazos abiertos.

Los vio caminar hacia su autobús, y él, impaciente, se dirigió al supermercado. Con la compra en la mochila, fue hacia su bicicleta, se sujetó el largo pelo en una coleta y pedaleó por las calles peatonales del centro hasta la torre Europa, el edificio más alto de la ciudad, una mole triangular de treinta y siete plantas.

Pulsó el botón del portero automático como habían convenido: dos llamadas cortas y una larga, pero si había algún problema pulsaría un único timbrado largo. A él le habían parecido exageradas tantas prevenciones, pero las aceptó para tranquilizarlo. El portal se abrió.

Robe no había querido alojarse en casa de sus padres, como le había ofrecido, pero le pareció una idea estupenda ocupar un pequeño apartamento de la torre: nada mejor que la multitud para pasar desapercibido, dijo. Era propiedad de un amigo de Gérard, Philip, con quien había salido una temporada. A pesar de la diferencia de edad, veinte años, mantenían la amistad y él, en sus frecuentes ausencias, le recogía el correo y regaba sus plantas. Ahora Philip estaba en Copenhague con un nuevo novio.

Pulsó el botón del ascensor hasta la planta veinticuatro, y al llegar llamó al timbre del apartamento, repitiendo la clave. No oyó nada, pero sabía que Robe estaba dentro, alerta, observándolo por la mirilla antes de abrir. Sintió su presencia tan invisible y poderosa como la fuerza de gravedad, tan consistente como la fórmula química del agua.

Unos días antes se había presentado de repente en Mulhouse, sin avisar, asustado y mirando hacia atrás como si lo persiguieran, huyendo de algo que ni él le había preguntado ni Robe había querido contarle. Por vez primera le había parecido frágil, y esa vulnerabilidad había aumentado un amor que nunca tendría correspondencia. Debía de haberse metido en algún lío de los suyos, pues a menudo coqueteaba con el riesgo, aunque esa era una de las razones por las que se enamoró de él. Robe vivía con coraje y pasión sus años carnívoros y todo alimento era poco para su hambre.

La puerta del apartamento se abrió en silencio, sin que Robe se dejara ver ni oír, como si contuviera la respiración.

—Te he traído algo de comida y unas buenas cervezas alemanas, ya que ni siquiera quieres subir al restaurante —le dijo mientras avanzaban hacia el salón, que olía en exceso a tabaco. Tendría que ventilar bien cuando se fuera.

—Gracias, me vendrán muy bien. Tómate una conmigo, aunque no estén muy frías.

Sacó la compra de la mochila y le pasó una lata. Robe fue con ella a un lado de la ventana, medio oculto, la abrió y miró vigilante hacia la calle, hacia las diminutas figuras de las aceras. Con la mano libre sacó un paquete de tabaco del bolsillo y encendió un cigarrillo. Amaestró en la boca un anillo de humo y lo expulsó al aire.

—Estamos en la planta veinticuatro —dijo Gérard intentando parecer despreocupado—. Desde la calle es difícil que alguien te reconozca.

Robe volvió la cabeza y lo miró sonriendo, en silencio.

—Aunque lo disimules, tú estás preocupado por algo —insistió.

—Ya te lo dije, he tenido un problema allí abajo y durante unos días, quizá unas semanas, prefiero estar lejos. Es mejor que no sepas nada.

—No hace falta que me lo cuentes —dijo, aunque hubiera dado cualquier cosa por saberlo.

—No te preocupes, puedes estar seguro de que no le he hecho daño a nadie. No he matado a ninguna viejecita, ni he violado a una adolescente ni me persigue la familia de una chica a la que haya dejado embarazada —sonrió de nuevo.

—Lo sé. Tú solo eres peligroso para ti mismo.

Robe lo miró con afecto.

—Pero de mí mismo no puedo escapar. Y si he venido hasta aquí, es porque me fío ciegamente de ti. Eres el único que sabe dónde estoy.

—Nadie más va a saberlo, puedes estar seguro —dijo sintiéndose orgulloso de merecer su confianza, de brindarle aquel refugio.

—Lo estoy.

—Pues ni siquiera has deshecho la mochila.

—¡Por si de repente vuelve tu amigo! Me bastaría un minuto para salir corriendo sin dejar nada —dijo en el mismo tono tranquilizador.

—¿No se te hace largo tanto encierro? Aquí estamos muy lejos de España, nadie te reconocería aunque salieras.

—Tal vez, pero no me importa estar solo. —Asomó el cigarrillo por la abertura de la ventana y dejó que la brisa se llevara la ceniza—. Sé aguantar la soledad, aquí y en la carretera. He conducido solo mucho tiempo, en viajes largos, como un saltamontes que se ha separado de la plaga —sonrió de nuevo.

Gérard lo imaginó al volante, impaciente por llegar hasta aquel refugio, recorriendo a saltos —Madrid, Zaragoza, Perpiñán, Lyon, Mulhouse— la ruta que tan bien conocía, pero la comparación que había hecho de sí mismo como un saltamontes no era la más certera, porque su aspecto era todo lo contrario al de aquellos insectos acorazados y punzantes. A él le había hecho pensar en uno de esos poderosos pájaros —¿cómo se llamaban?, no recordaba su nombre— capaces de hacer largos vuelos trasatlánticos en busca de un lugar donde anidar. ¡Qué poco encajaba allí, un ser nacido para la acción y el movimiento y, sin embargo, ahora encerrado en un pequeño apartamento de un país que no era el suyo, oteando por la ventana, inmovilizado como si le hubieran atado las alas, temeroso de algo oscuro y malévolos que no alcanzaba

a adivinar, pero que latía en el exterior! Sintió un intenso deseo de abrazarlo y decirle algo amable que no pudiera ser malinterpretado, pero solo murmuró:

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras. Ayer hablé con Philip, y dice que Dinamarca es un paraíso y que no piensa volver durante algún tiempo.

—No sé cómo agradeceréte.

Abstraído, siguió mirando por la ventana. Gérard le había visto esa expresión otras veces, en España, cuando algo le preocupaba y dudaba sobre qué decisión tomar. Pero ahora, además, parecía asustado, cuando antes nada lo asustaba: Robe no llevaba grabado en la frente el deseo de pelear y no sabría con qué armas hacerlo, pero sí daba la impresión de que no rehuiría luchar si lo atacaban y de que encontraría la manera de defenderse.

Su silencio le hizo pensar que le gustaría estar solo.

—Me voy ya —dijo levantándose del sofá. Apenas había probado la cerveza—. Llevo un par de días con un grupo de *jubilators* y me tienen agotado. Por fortuna, libro esta tarde. Llámame si necesitas algo.

—Sí, y no te preocupes por mí. Estoy bien.

En la calle, se subió a la bicicleta y pedaleó hacia la casa familiar, rodeada por un viñedo, donde vivía con sus padres, a un kilómetro de la ciudad, en una zona de transición que todavía no era campo: una de esas casas con que la vida provinciana de Francia se resistía a dejar de ser campesina. Gérard se entendía muy bien con ellos y estaba muy cómodo en sus habitaciones independientes, lo que facilitaba la convivencia. Ahora, sus padres, con el verano a la vuelta de la esquina, se habían marchado unos días de vacaciones a Mallorca.

Dejó la bicicleta en el cobertizo y entró en la casa. Cerró la puerta y, al volverse, tenía frente a él a una figura con el rostro cubierto con un pasamontañas. Quiso gritar, pero un golpe en la cabeza lo derribó hacia atrás. Aturdido, intentó levantarse. Un brazo duro como un torniquete lo inmovilizó apretándole el pecho mientras una mano enorme y enguantada le tapaba la boca.

Minutos después estaba desnudo en la habitación del semisótano que su padre utilizaba como almacén y taller, con los pies y el brazo derecho sujetos con bridas a la silla en la que lo habían sentado y con un pañuelo embutido en la boca. Habían corrido la cortina en la apaisada ventana.

Las dos figuras encapuchadas que lo miraban en silencio le recordaron las procesiones de Semana Santa que había visto en España. Uno era bajo y fuerte, y el otro, el que lo había golpeado e inmovilizado, era enorme, iba en

camiseta de manga corta y daba la impresión de que se entrenaba con ruedas de molino: un tipo a quien no le daría la mano por miedo a que le descoyuntara el codo. Y aunque ninguno de los dos había hablado todavía, lo que aumentaba su miedo, sabía lo que estaban buscando y no se sorprendió cuando el más bajo comenzó a hablar en español con una voz tranquila, que no necesitaba amontonar amenazas para resultar aterradora.

—Te vamos a hacer una pregunta, una sola pregunta. Es muy sencilla y seguro que conoces la respuesta.

Reunió el valor suficiente para negar con la cabeza mientras el corazón le rebotaba enloquecido entre las costillas. Las lágrimas de miedo y autocompasión impidieron que viera llegar el puño hasta su cara y pudiera protegerse con el brazo izquierdo, que le habían dejado libre. Notó el chasquido en el pómulos, como el de un hueso roto, y antes de que tuviera tiempo de pensar en el dolor un segundo puñetazo lo derribó atado a la silla. El hombre bajo lo levantó y lo colocó de nuevo ante la tosca mesa de trabajo, que despejó con un movimiento del brazo. Miró alrededor y encontró el cuaderno y el lápiz de carpintero que usaba su padre para hacer cálculos. Se lo puso en la mano izquierda y le dijo:

—Escribe la dirección donde tienes escondido a tu amigo español.

Gérard cerró los ojos y se quedó inmóvil, con la extraña sensación de que el corazón, aterrorizado, se le había escapado del pecho, pero luego, de pronto, le reaparecía palpitando bajo la mejilla, donde un trozo de carne se le había desprendido al recibir los golpes.

—No tenemos prisa, pero estamos cansados después de una noche entera conduciendo. Y luego, esta mañana, todavía hemos tenido que escucharte mientras les explicabas tan bien la ciudad a esos turistas —dijo, mientras él recordaba la impresión de que en el grupo había rostros nuevos—. Pero nadie va a venir a ayudarte, si es eso lo que estás pensando. Sabemos que tus papás están ahora mismo tumbados al sol en una playa de Mallorca. Son muy útiles los mensajes escritos en los calendarios de las cocinas. Así que te lo voy a preguntar de nuevo: ¿dónde se esconde tu amiguito español? Vas a escribir la dirección con una letra clara y te dejaremos en paz en cuanto comprobemos que no nos has mentado. Solo queremos hablar con él, no tenemos nada contra ti. ¿Dónde está Robe?

Mientras buscaba una salida, para ocultar su miedo miró sin parpadear a los ojos que brillaban bajo la capucha. Ojos de cazador. Robe le había asegurado que no había hecho daño a nadie, que no lo buscaban por nada grave. Tal vez solo fueran unos acreedores que trataban de asustarlo y, si

resistía un poco, podría convencerlos de que no sabía de qué le estaban hablando.

Cogió el bolígrafo y escribió con torpeza, pues no era zurdo: «No conozco a ningún español...». No había terminado la frase cuando se dio cuenta de su error.

El hombre bajo arrancó la hoja, la ojeó y, como si no estuviera seguro de lo que leía, se la mostró al otro, que dijo:

—Creo que debemos empezar ya.

Sin embargo, el hombre bajo se volvió hacia él.

—Habla muy bien de ti que quieras protegerlo y ya nos has demostrado lo buen amigo que eres. Se lo diremos cuando lo encontremos, le diremos cómo te resististe y cuánto te hicimos sufrir para que hablaras. ¿Dónde está Robe?

Le agarró la coleta y tiró de ella hacia atrás, obligándolo a levantar la cabeza.

—¿Sabes lo que pienso cuando veo una coleta? Pienso en unas buenas tijeras, muy afiladas. ¿Dónde está Robe?

Quiso negar de nuevo, pero la presión de la mano en el pelo se lo impidió.

—Te equivocas si crees que nos engañas. Sabemos que hace un par de horas le has llevado comida y unas cervezas. Te hemos visto en el supermercado, pero no hemos podido seguirte. ¡Este país donde las bicicletas circulan por las calles peatonales! Por fortuna, en tu oficina tienes una compañera muy amable que no quería que fuera devuelto un paquete que traíamos para ti. Así que tú nos dirás qué hacemos. ¿Dónde está Robe?

Negó con la cabeza una vez más, aunque aterrizado por el tono de voz del hombre bajo, que no variaba cuando lo amenazaba o cuando preguntaba con amabilidad, como si fuera lo mismo pedir que hacer daño, hablar que golpear. Una ciega obediencia de sicario borraba en él todo lo humano, le permitía pasar sin transición del ladrido al ronroneo y del ronroneo al ladrido, y anunciaba que algo doloroso, un zarpazo o una dentellada, podría llegar en cualquier momento.

Bajo la luz arenosa que caía de los fluorescentes, el hombre se inclinó hacia él y le acercó tanto su rostro encapuchado que notó su aliento de jabalí y pudo distinguir en su ceja derecha un pelo más largo y más grueso, levemente erizado por la furia que emanaba de las pupilas negras, rápidas, diminutas.

—¿Cómo te lo ha agradecido tu amiguito? ¿Te dio un beso y ya te consideras bien pagado? ¿Dónde está Robe?

Siguió en silencio, esperando un insulto, un golpe, pero el hombre bajo se separó de él y se limitó a plegar muy despacio la hoja en sucesivas mitades,

hasta que solo quedó un pequeño cuadrado que se guardó en el bolsillo.

—Imagínate cómo se enfadarán tus padres cuando lleguen y vean todo esto inundado de sangre —dijo, de nuevo sin ninguna prisa, sin que se le acelerara la respiración, con una secreta complacencia en la demora—. Hasta que hables, haremos contigo un buen trabajo. ¿Dónde está Robe?

Miró alrededor y se acercó al panel donde su padre tenía meticulosamente ordenadas sus herramientas y se quedó mirándolas, dudando cuál de ellas elegir. Hasta entonces Gérard no se había dado cuenta de que llevaba guantes, y aquel detalle le hizo comprender definitivamente lo que iba a pasar. Él solo era un débil mamífero vertebrado cuyo organismo presentaba una patética fragilidad frente a la dureza de aquellos utensilios, y los dos hombres tratarían sus huesos como tratarían un tablón o una gleba que hay que cortar o aplastar o machacar.

—Siempre he admirado la afición de los franceses por el bricolaje y su amor por las buenas herramientas: alicates, tenazas, martillos, podaderas, sierras, soldadores eléctricos... —dijo mientras acariciaba con los guantes cada una de ellas. Enchufó un momento un taladrador, que sonó como una maquinilla de afeitar, pero finalmente se volvió hacia Gérard con unos sencillos alicates—. Toma, cógelos —le dijo con amabilidad, mudado de perro de presa a gato que juega con el ratón herido antes de clavarle las uñas.

Gérard retiró la mano como si los alicates quemaran.

—Entonces, los usaré yo. Te voy a ir rompiendo un dedo de la mano izquierda cada vez que te pregunte y no me contestes, de modo que deberías escribir las señas del escondite antes de que quieras hacerlo y ya no puedas sostener el bolígrafo. Cuando terminemos, te aseguro que tendrás muchas dificultades para volver a ponerte guantes. Tampoco podrás teclear en el móvil ni señalar con el índice un detalle bonito de esos edificios que tanto te gusta enseñar a los turistas. Por última vez, ¿dónde está Robe?

No supo de dónde sacó el valor para dejar caer el bolígrafo al suelo. ¡Si al menos pudiera desmayarse! Había leído que ante el dolor extremo el cuerpo se defiende echando una cortina y perdiendo el conocimiento, pero él seguía bien despierto.

—De acuerdo —dijo el hombre bajo haciéndole una seña al gigante para que le sujetara la mano—. Vamos a empezar.

El avión dio una violenta cabezada al chocar contra el frío de los Alpes y despertó a Cupido, adormecido en el asiento, cansado de la noche anterior en vela. Al salir del Banksy había buscado transporte para llegar a Barajas con tiempo, temeroso de los rigurosos controles establecidos en los aeropuertos desde los atentados de Atocha. Sin embargo, el trámite había sido rápido por la colaboración de los pasajeros, que se descalzaban y se sujetaban los pantalones sin el cinturón, escudriñados por escáneres y arcos de seguridad. Por la ventanilla solo se veía la espuma de las nubes que atravesaban, pero poco después comenzaron a descender hacia Basilea. Al encenderse los pilotos del cinturón de seguridad sonó un pitido y en el avión remitieron las conversaciones y el silencio precedió al aterrizaje.

En Basilea, Cupido cogió un taxi hasta el hotel Bristol y, tras registrarse, pidió otro taxi, que lo dejó a la entrada del viñedo donde vivía Gérard: desde la estrecha carretera salía en perpendicular un corto camino de grava que, al pisarla, emitía un ruido de legumbres secas y que conducía hasta la casa, una edificación con semisótano y una planta y, en un lateral, un pequeño cobertizo con una bicicleta recostada sobre la leña perfectamente apilada. Detrás se extendían los viñedos.

Subió las cuatro escaleras de la entrada y llamó al timbre, pero no respondió nadie ni oyó ningún ruido. Rodeó la casa y entrevió por las ventanas un salón, una cocina y, en el semisótano, un garaje con un coche con matrícula francesa y, con las cortinas descorridas, una amplia habitación que servía de almacén y de taller. En una tosca mesa de trabajo distinguió unas bridas y unos alicates.

Desanduvo el camino y salió a la carretera. En la parcela de enfrente, una mujer joven, de unos treinta y cinco años, lo miraba por encima del arriate paralelo a la valla. Estaba podando la voluptuosa y alborotada floración del jardín, y a los pies de los rosales, geranios, hortensias y otras plantas que Cupido solo conocía de vista, cuyas ramas muertas había descabezado la mujer, se veían flores secas, mustias, de todos los colores. Sin embargo, un pacífico corrillo de jóvenes rosas supervivientes embellecía otro arriate, y

desde allí le llegaba un perfume fresco, intenso, que embalsamaba el aire. Con la mano izquierda la mujer se apretaba la yema del dedo corazón y, al soltarlo, le brotó una gota de sangre que se limpió con un pañuelo de papel. Luego se llevó el dedo a la boca y miró a Cupido. Desde su parcela debía de haber visto que llamaba a la casa del viñedo, porque le preguntó:

—*Cherchez-vous les Jouanhaut?*

—*Oui, je cherche Gérard* —dijo Cupido con un acento tan tosco que la mujer le preguntó, sonriendo:

—¿Es usted español?

—Sí.

—¿Amigo de Gérard, *alors?* —preguntó.

—No. Soy detective privado.

La mujer lo observó con irónica curiosidad, sin perder la sonrisa.

—¿Uno de esos tipos que hacen las preguntas que los demás no nos atrevemos a hacer?

—Algo así. Creía que Gérard estaría en casa.

—Gérard nunca está quieto, va y viene, entra y sale, *tu sais*. Imposible controlarlo.

—¿Lo has visto salir?

—Sí, *à l'après-midi*, ¿cómo se dice? Esta tarde, más o menos a las cuatro.

—¿Iba solo?

—No. Iba en un coche con dos hombres.

—¿Sabes cuándo volverá?

—Es difícil. Trabaja como guía turístico y creo que no tiene un horario fijo. Hay mucha gente que lo busca, es buen chico, siempre está ocupado. Antes daba clases de español. Yo lo contrataba algunas veces, me gusta practicar tu idioma. ¿Y has venido desde España a buscarlo?

—Sí.

—¿Es que ha hecho algo malo? —preguntó con incredulidad, sin perder su natural simpatía.

—No. Pero podría ayudar a aclarar un asunto.

—*Oh, là, là!* ¡*Monsieur Dupin* preguntando por el bueno de Gérard! Creo que te equivocas. Si lo conocieras, te sería imposible imaginarlo relacionado con algo ilegal. ¡Ah! —lamentó mientras se llevaba de nuevo el dedo herido a la boca, para enjugar una gota de sangre—. ¡Hacer tantos kilómetros para buscar a alguien y no encontrarlo al llegar...! Y en un país extranjero. Sé lo que se siente. Si quieres, puedo invitarte a un café y lo esperas. Desde aquí — señaló la casa a sus espaldas, con un porche— se puede ver si llega.

—Gracias, pero iré a buscarlo a su trabajo. ¿Sabes su número de teléfono?

—No el portable. Solo el de su casa.

—Si aparece, ¿podrías llamarme? —Le entregó una tarjeta con su nombre y su número.

—Te llamaré si lo veo y él me da permiso para hacerlo —dijo. Leyó en voz alta el nombre en la tarjeta, con una sedosa vibración en las erres—: ¿Ricardo Cupido? Yo me llamo Marianne.

Se despidieron y Cupido regresó a la ciudad. Gérard no estaba en la oficina de turismo, tenía la tarde libre, pero sí trabajaría al día siguiente.

No se le ocurrió dónde más podía buscarlo y, cansado, regresó al hotel, a esperar hasta entonces. En la habitación fue pasando los canales de televisión sin que ninguno le interesara. El final del día se le echaba encima, era demasiado tarde para hacer nada y demasiado temprano para encerrarse en la silenciosa habitación. El timbre del teléfono sonó como un estruendo.

—Gérard no ha vuelto, no se ve ningún movimiento en la casa. —Era Marianne—. Pero he recordado un detalle que me extrañó y que quiero comentarte, aunque tal vez no tenga importancia. He pensado que, quizá, si estás solo en el hotel, te apetece venir y tomarte una copa mientras esperas. Y si aparece, podrías hablar con él.

Quince minutos después Cupido llegó a la casa de Marianne, que lo esperaba en el porche. Había cambiado su ropa de jardinera por un vestido de tela fina, liviana, que se adaptaba con suavidad a su cuerpo, se había calzado unas sandalias de tacón y todo su aspecto transmitía frescura. Había recogido las flores secas de los arriates, pero parecía que el aroma de las rosas y de los geranios se hubiera quedado flotando en torno a ella.

—¿Un vino? Estoy tomando un borgoña —dijo señalando la botella sobre la mesita del porche, junto a un plato con aperitivos: paté, fiambre, queso brie.

—Un borgoña estará bien —dijo conteniendo la impaciencia por oír lo que quería comentarle.

Mientras le servía una copa, Cupido observó la tirita en el dedo herido.

—Antes, cuando preguntaste por Gérard, no lo recordé, pero luego no he dejado de darle vueltas a un detalle extraño: Gérard iba sentado atrás con uno de los hombres y el asiento del copiloto estaba vacío. Y no era un taxi.

—No es lo habitual —dijo Cupido.

—Y menos en él, que cuidaba mucho esos detalles.

—¿Te fijaste en algo que pudiera identificarlos? ¿O en la matrícula del coche?

Marianne pensó unos segundos, concentrada, antes de negar con la cabeza, sonriendo.

—Bueno, soy enfermera, no soy detective. Veo a gente que va y viene por delante de mi casa, pero no me pregunto quiénes son. Si has venido desde España para hablar con él, supongo que será un asunto importante —añadió abandonando su sonrisa.

—Sí.

—No sé de qué se trata, pero es imposible que Gérard haya participado en algo... indebido. Lo conozco desde que era un niño y sería incapaz..., ¿cómo decís vosotros...?, incapaz de matar una mosca.

—No se trata de nada que haya hecho él. Pero tal vez esté ayudando a alguien.

Oyeron el motor de un coche y ambos lo observaron al pasar: lo conducía una chica, que posiblemente volvía a casa después del trabajo. Poco después pasó una mujer en bicicleta, en cuya cesta llevaba una *baguette*.

—¿Y crees que corre algún peligro?

—No lo sé.

La última claridad del largo día de junio se detenía en las altas copas de los álamos de la carretera, que tenían los troncos blanqueados con cal, y dejaba unos residuos de luz húmeda y verde, muy francesa, refrescada por algunas nubes blancas, con los bordes muy nítidos, tan altas y hermosas que parecían inmortales, pero que, como todas las nubes, no durarían más de doce horas y ya no estarían allí al amanecer.

Marianne había terminado su copa y cogió la botella para rellenarla.

—Si es como tú dices, ¿yo también debo preocuparme?

—No.

—En todo caso, mientras tú estés aquí no tengo ningún miedo. Quizá me atrae el peligro —recuperó su natural simpatía y lo miró sonriendo, remisa a toda gravedad.

Cupido le quitó la botella de la mano y se dieron un beso breve, cauteloso, que repitieron con profundidad tras un breve respiro. Marianne había cerrado los ojos, y al abrirlos, debió de interpretar mal la mirada del detective, porque susurró sin apenas separarse de él:

—Me gusta mucho que hayas pasado por aquí, aunque no haya sido para verme. ¿Crees que podrás vigilar mientras me besas?

—Creo que no. Pero es de noche y, si viene, encenderá alguna luz.

—Entonces, vamos adentro. Dejaré la ventana abierta.

Dejó que Cupido la despojara del liviano vestido y ella misma lo ayudó a desnudarse, acariciando su espalda y sus muslos, mientras el detective notaba la pequeña aspereza de la tirita que protegía la yema herida del dedo corazón. Los dos vivían solos desde hacía algún tiempo y se besaron reconociendo el sabor agrisado de la soledad. Ambos ansiaban lo mismo y mostraban esa urgencia de quien no anda sobrado de amor, solo refrenada por el deseo de complacer al otro. Era otra vez la misma y siempre nueva historia, el amor pasando de una boca a la otra, el mismo desorden del cabello sobre la almohada, el mismo enjambre de dedos y de labios subiendo y bajando sobre la piel del otro, derramando besos sin un programa definido. Cupido acarició la consistencia del hueso púbico y la tierna y sedosa humedad hasta que la sintió explotar entre sus dedos dejando una mancha alargada de flujo en las sábanas y, luego, una gota de semen resbalando sobre la piel.

La segunda vez, todos los movimientos se hicieron más lentos, y los labios más carnosos a medida que se besaban, y los besos tan suaves como cucharadas de aceite, y Cupido tuvo tiempo para descubrir el aroma de rosas refugiado en el interior de sus codos y de curiosear sin urgencias en su sexo, cálido y compacto como un pequeño nido de golondrina.

Después estuvieron hablando un tiempo en la oscuridad mientras el detective observaba por la ventana algún coche que pasaba de vez en cuando por la carretera, sin perder de vista, más allá, la negra silueta de la casa del viñedo.

—Me vestiré y esperaré abajo —le dijo cuando notó que ella comenzaba a respirar profundamente.

—*Oui* —dijo, somnolienta y satisfecha.

En la cocina se sirvió un café y añadió leche fría del frigorífico, que parecía un invernadero de frutas y verduras: naranjas, uvas, tomates, puerros, canónigos. Salió a la tibia oscuridad del porche y se sentó en la tumbona, resistiendo el cansancio de su segunda noche sin dormir apenas. Suponía que, en algún momento, Gérard pasaría por la casa antes de volver al trabajo, como le habían dicho en la oficina de turismo. A veces cerraba un instante los fatigados ojos, pero los abría al menor ruido de un motor lejano, de algún animal nocturno que hormigueaba entre las sombras, del crujido de un tronco henchido por la primavera...

Lo despertó una mano en el hombro que lo zarandeaba suavemente. Empezaba a amanecer y en el rostro de Marianne, muy cerca del suyo, unas finas arrugas de preocupación se le amontonaban en la frente.

—Me desperté, bajé y te vi dormido. Estaba preparando un café cuando los he visto llegar —señaló hacia la casa.

Había un coche de policía parado ante la puerta y dos agentes merodeaban alrededor, como si hubieran llamado sin encontrar respuesta. Uno de ellos volvió al coche y estuvo hablando por el *walkie-talkie*. Después hizo un gesto a su compañero y se marcharon.

—¿Qué habrá pasado?

—Supongo que nada bueno —dijo Cupido con un estremecimiento. Se había quedado frío y sentía que le olía mal el aliento.

—Tal vez digan algo en las noticias.

Mientras desayunaban, la radio local informó de que había sido identificado el cadáver del hombre que el día anterior había caído desde un apartamento del piso veinticuatro de la torre Europa. Aunque el cuerpo había quedado irreconocible y no llevaba encima ninguna documentación, la policía por fin había localizado al dueño de la vivienda, de vacaciones en Dinamarca, y a través de él habían identificado a la víctima, Gérard Jouanhaut, un amigo del propietario al que algunos vecinos habían visto entrar y salir algunas veces. Alguien había comentado la posibilidad de un suicidio.

—¿Suicidio? —se extrañó Marianne, preocupada—. Gérard nunca se suicidaría. Siempre estaba alegre y, además, era muy asustadizo, no tenía el valor que se necesita para arrojarse al vacío —dijo, y como si solo comprendiera del todo sus palabras después de haberlas dicho, añadió—: Entonces, cuando tú hablabas de peligro...

—No lo sé, yo mismo estoy perplejo... Pero a ti no te afecta, es algo que viene de España —intentó tranquilizarla—. Y, si lo ha hecho alguien, ya estará a mil kilómetros de aquí.

La radio no amplió la noticia, pero si habían dado con Gérard, era posible que también hubieran llegado hasta Robe... Todo era inquietante y, para sacar conclusiones, Cupido necesitaba más información. Sin embargo, allí no conocía la ciudad, ni el idioma, solo era un detective extranjero sin ningún apoyo.

—Creo que debes ir a la gendarmería y contarles lo que sabes —dijo Marianne, asustada—. Si quieres, te acompaño.

—De acuerdo.

Incluso por su apellido, Kauffman, el inspector que los recibió parecía más alemán que francés: rubio, de tez blanquecina, tan alto como Cupido, pero más fuerte.

Los invitó a sentarse y miró con displicencia su identificación como detective privado, como si rechazara su intrusismo y defendiera que aquellos trabajos eran monopolio del Estado. Marianne le presentó los hechos, pero luego habló Cupido, a quien ella ayudó en la traducción de las expresiones que no acertaba a precisar en francés, mientras Kauffman tomaba notas en un cuaderno.

Al terminar su relato, el inspector, que no parecía valorar su declaración, le preguntó dónde estaba a las cinco de la tarde del día anterior, a la hora del accidente, y la propia Marianne respondió que estaba con ella.

Pasó la declaración al ordenador y la leyó para asegurarse de que la había comprendido bien. No estaba muy convencido: según la información de la que ellos disponían, todo indicaba que se trataba de un accidente, y, antes de empeñar tiempo y medios en otras hipótesis, necesitarían alguna prueba más sólida que una sospecha. ¿Tenía algún documento oficial, de la policía española o de un juez, relacionado con el asunto? ¿Quién era ese Roberto... Valera Gaitán —leyó—, a quien ellos dos ni conocían ni habían visto nunca? No había ninguna noticia de su presencia alrededor de la torre Europa ni en ningún lugar de la ciudad. ¿También era homosexual? Porque entonces podríamos estar ante un crimen pasional, les dijo con un sarcasmo que no ocultaba su desdén. Y esa truculenta historia que había mencionado de una mujer española asesinada en Toledo —a propósito, conocía la ciudad y le gustaba mucho, la había visitado con su mujer en unas vacaciones—, torturada en la sala de la Inquisición de un museo, le parecía poco verosímil. ¡Tenían tanta imaginación los españoles! Y si Marianne había visto pasar a la víctima en un coche con dos hombres, no era nada raro, ¿no?, aunque uno condujera y los otros dos fueran atrás. La víctima trabajaba como guía turístico y se movía con mucha gente, tenía una vida social muy activa. Él haría un informe con lo que habían declarado, pero sería difícil convencer al comisario para que destinara recursos a una nueva investigación sobre una muerte que no resultaba sospechosa y sobre la que nadie había puesto una denuncia. Además, para tener más información había que esperar a hablar con los padres de la víctima, que ya habían cogido un avión desde Mallorca. Tal vez la víctima estuviera deprimida por algo y hubiera dejado algún mensaje. Mientras tanto, todos estaban obligados a tratar el tema con delicadeza, a no hacer especulaciones y a no fomentar rumores que podrían causar daño a la familia.

—¿Se le ha hecho la autopsia? —preguntó Cupido.

—Estamos esperando el informe definitivo, pero en las primeras pruebas tanto del piso como del cadáver no hay señales de violencia. Al caer desde aquella altura, el cuerpo quedó destrozado. De los dedos a la cabeza, como comprenderán, lo tenía todo roto.

En cualquier caso, continuó, él mismo haría algunas gestiones y revisaría si alguien llamado Roberto Valera Gaitán se había inscrito en algún alojamiento de la ciudad o de la zona. Les agradeció mucho la información y le pidió a Cupido que no se marchara de Mulhouse y que estuviera localizable, por si lo necesitaban.

—¿Tú piensas que nos ha creído? —preguntó Marianne al salir a la calle.

—No. Y no creo que mueva un dedo al respecto.

—¿Por qué no dejas el hotel y te vienes a mi casa? —le propuso—. Me sentiría más segura.

—Más tarde —dijo—. Dame unas horas.

Necesitaba estar solo para encajar todo aquello y, tumbado en la cama de la habitación, que aún no había abierto desde su llegada, intentó ordenar la mezcla de rabia y culpa que le oprimía el pecho. No había tenido la cautela de ocultar su pista y, con su torpeza, los había conducido hasta Gérard al ir preguntando en voz alta por alguien a quien también perseguían otros. Y si Robe había venido a ocultarse en aquella ciudad de la Francia profunda, o bien había sido cazado como Gérard, o bien se había escondido mejor al saber que estaban tras sus pasos. Y no se le ocurría ninguna idea para encontrarlo. No era el primer error que Cupido cometía en su trabajo y no sería el último, pero ninguno había tenido unas consecuencias tan graves, se dijo, mientras el erizo de la culpa se le revolvía en el estómago y en cada movimiento le clavaba sus púas.

De todo aquello solo podía sacar una única certeza: estuviera o no estuviera escondido en Mulhouse, Robe guardaba alguna información importante vinculada con la muerte de Alejandra, pues había alguien que tenía más interés que él mismo en encontrarlo... o en impedir que lo encontrara.

Sentía la cabeza embotada, envuelta en niebla, y necesitaba analizarlo todo desde el principio, de otra forma. A menudo pensaba con mayor lucidez cuando salía en bicicleta: su corazón se activaba para mover los músculos y para irrigar a borbotones sus neuronas. El sudor expulsaba entonces las toxinas, el aire ventilaba sus pulmones y tenía la sensación de que, al regresar, se le afilaba el pensamiento.

Saltó de la cama, incapaz de seguir encerrado, y en recepción preguntó por una tienda de alquiler de bicicletas. No estaba lejos, le indicaron, y en ella encontraría todo lo necesario.

El dueño lo miró sin extrañarse cuando le preguntó si también podía alquilar el equipamiento. Sí, tenía casco, ropa y calzado adecuado, no faltaban los excursionistas que los solicitaban.

—¿Adónde quieres ir?

—A la montaña.

—¿Te atreverías con el Grand Ballon? Está a una hora de aquí y luego doce kilómetros de subida —le propuso evaluando su aspecto.

—Iría si supiera el camino.

El dueño sacó un pequeño artilugio que Cupido no conocía y lo encajó en el manillar.

—Es un Garmin. Mira, es muy fácil —le explicó muy despacio, y activó el aparato—. Te va marcando los kilómetros, el tiempo y la velocidad. — Pulsó de nuevo y programó una de las rutas memorizadas—. Ya no tienes que tocarlo. Te va indicando el camino por GPS.

—¿Por satélite? —preguntó, admirado de que también las bicicletas de aficionados hubieran incorporado el navegador de los profesionales.

—Sí, es muy fácil —repitió.

Se cambió de ropa en el vestidor y pagó el alquiler y la elevada fianza. Montó en la bicicleta y, sin forzar, cambió las órdenes de los isquios a los gemelos: en lugar de levantar las piernas y empujar hacia delante, bajó las piernas y empujó hacia el suelo. Diez minutos después, el Garmin lo sacaba de las últimas calles de Mulhouse marcándole con precisión la ruta, los giros, los desvíos de un trayecto que de otro modo sería muy complicado.

Pronto el terreno comenzó a picar hacia arriba, y en una de las rectas lo adelantaron tres ciclistas con espaldas de ciervo y piernas de caballo, tan acoplados que sus bicicletas parecían una continuación biónica de sus cuerpos. Se alejaron deprisa, relevándose, pero ni siquiera intentó mantenerlos a la vista. Aunque se había prometido que algún día subiría el Tourmalet, aún no había encontrado la oportunidad. De momento, el Grand Ballon le haría sudar, y al menos durante la subida olvidaría la angustia que le causaba la muerte de Gérard.

Pedaleó con ganas, a todo pulmón, encorvado sobre el manillar y empujando con los riñones, hasta que llegó a un pequeño pueblo, Geishouse, de casas de montaña, con las tejas grises de pizarra engarzadas como las escamas de los peces, donde se detuvo a beber en una fuente y a lavarse la

salmuera del sudor, que se le metía en los ojos y le picaba de un modo muy molesto. Poco después de abandonar el pueblo, un perro enorme, de alguna feroz raza de mastines, le salió ladrando a la carretera y, al asustarse, a punto estuvo de caer. Los perros siempre eran un peligro para los ciclistas, se ponían nerviosos al verlos: reconocían a un hombre caminando sobre el suelo, pero no entendían qué era aquel artilugio sobre el que movían las piernas sin tocar la tierra.

A partir de allí se estrechaba la solitaria carretera, de un asfalto muy áspero, rugoso, casi granulado, con las orillas invadidas por la pinocha del espeso bosque alsaciano. Le parecía que el calor había aumentado de pronto veinte grados cuando llegó a un cruce donde giró a la izquierda. Con las fuerzas menguadas y un desarrollo corto, con el corazón luchando contra la gravedad de la tierra, continuó avanzando, con la esperanza de ver tras cada curva el mojón de un nuevo kilómetro, hasta que al fin llegó a la confluencia con una carretera más ancha. Cinco minutos después alcanzó la cima. Los correajes del casco estaban empapados de sudor.

De vuelta en Mulhouse abandonó el hotel y se instaló con Marianne. Al día siguiente, domingo, fue a la torre Europa, desde cuya planta veinticuatro, oficialmente, Gérard había caído al vacío, y los cuervos de la culpa volvieron a picotearle el corazón.

Al atardecer lo llamó el inspector Kauffman para decirle que, si lo deseaba, podía abandonar la ciudad. No habían encontrado ningún dato de Roberto Valera Gaitán ni había ningún indicio de delito en la muerte de Gérard. Sus padres habían regresado de Mallorca y, después de informarse de los detalles, destrozados, habían aceptado que se trataba de un accidente y no contemplaban la posibilidad de que hubiera habido violencia.

—Para ellos es mejor así —dijo Marianne.

A partir de ese momento Cupido se sintió impaciente por volver a España. Si Robe se había escondido en Mulhouse, como creía, tras la muerte de Gérard ya no estaría en la ciudad, donde no dispondría de ningún otro apoyo. Pero decidió quedarse todo el lunes en calma con Marianne, que con tanta generosidad le había abierto su casa. Habían estado juntos tan solo cuatro días, pero en tan poco tiempo la muerte de Gérard, ocurrida mientras ellos hablaban, había creado entre ambos un lazo indestructible, y algo muy al fondo, muy remoto, tintineó en el corazón del detective cuando se abrazaron para despedirse a la mañana siguiente.

—¿Te acordarás de mí cuando estés en España?

—Sí. Te llamaré.

—Yo sí te llamaré si se sabe algo nuevo sobre Gérard. —Sonrió mirándolo a los ojos—. No me hago ilusiones y no sé si volveremos a vernos, pero me gustaría mucho. Creo que aún no tienes muerto tu corazón de detective. En cualquier caso, me gustaría volver a verte para comprobar cómo evoluciona. Ya sabes que vivo sola y que, cuando termino el trabajo en el hospital, no tengo mucho que hacer.

—Lo sé —dijo, y por un momento envidió su vida sencilla, alejada de afanes y de intrigas, ocupada en cuidar las plantas del jardín, caminar descalza por las frescas baldosas de la casa, ver la tele o leer un libro, tumbada en el sofá, despreocupadamente.

—Me gustaría que volviéramos a vernos, aunque no sea una mujer extraordinaria.

—Tampoco me gustaría que lo fueras. Pero me siento afortunado por haberte conocido.

—Si alguna vez pasas cerca, ya sabes que aquí siempre tendrás tu casa.

Señaló alrededor como si le dijera: «¿Es que no lo ves? Aquí podrías ser feliz».

—Lo sé.

—¿Vendrás a verme? —insistió.

—Sí.

—No mientas —dijo con su dulce, sabia sonrisa francesa, incapaz de ocultar la chispa de humedad que le brillantaba los ojos—. Y bésame antes de desaparecer.

Al aterrizar en Barajas, en el teléfono móvil chispearon dos llamadas perdidas de Alejandro Garcilaso y el aviso de un mensaje: «Llámeme cuando llegue o venga a verme. Tenemos que hablar».

Sin embargo, cuando descendió del AVE en Toledo decidió pasar antes por el hotel para darse una ducha y cambiarse de ropa. El bochorno había llegado de repente y el sol calentaba con odio, como si se vengara de una ofensa, en esa primera oleada anual que siempre lo sorprendía desprevenido y lo dejaba exhausto. En recepción, alguien había entregado para él un sobre con un mensaje: «Inauguración pista de hielo». No llevaba firma ni remite, pero las letras pompa dejaban bien claro quién era el remitente. La recepcionista le explicó que al día siguiente el presidente de la comunidad autónoma inauguraba una pista de patinaje.

—¿Aquí, en Toledo? —preguntó extrañado.

—Sí.

En la Fundación, los gruesos muros del edificio impedían la entrada del aire candente y bochornoso y en su interior se conservaba una especie de frescor medieval. Alejandro Garcilaso lo esperaba en el despacho, de pie, mirando por la ventana la calle de las cinco y media de la tarde, donde solo algunos turistas juramentados en cumplir su programa se acercaban al museo caminando bajo el sol alto y duro, autoritario, aferrado al cielo, nada dispuesto a dejarse empujar hacia el oeste. La fuerte luz que entraba por la ventana iluminaba su rostro ajado, ojeroso, ceniciento. Había adelgazado de nuevo y el hundimiento de sus mejillas hacía que sus ojos resultaran saltones. A su anterior expresión de dolor se añadía ahora un aire de resignación y de derrota. Era un hombre muy rico, pero su desdicha no podía curarse con dinero.

—¿Cuándo ha llegado?

—Hace un par de horas. He pasado por el hotel antes de venir a verlo.

—Entonces, no sabe lo que ha ocurrido.

—No.

Garcilaso se acercó a la mesa y levantó con esfuerzo, como si fuera de plomo, un periódico abierto y lo puso delante del detective. Bajo el titular, MUERE UN HOMBRE EN ACCIDENTE DE TRÁFICO, se desarrollaba la noticia. Se había identificado el cadáver del hombre cuyo coche se incendió tras un accidente. Pertenece a Roberto Valera Gaitán, de veintiocho años, que había trabajado eventualmente para la Fundación Garcilaso. Según quienes lo conocían, le gustaba la velocidad y unos meses antes ya había sufrido un accidente y había destrozado otro vehículo de la empresa donde trabajaba. En uno de sus bolsillos había aparecido el colgante que llevaba al cuello Alejandra Bruma cuando fue estrangulada. El periódico también había averiguado que días antes de su horrible asesinato se había cometido un robo en las dependencias de la Orden de los Ostiarios y se había especulado con la posible autoría del fallecido. La Fundación Garcilaso se negaba a hacer ninguna declaración, pero todo inducía a pensar que el robo estaba relacionado con ambas muertes.

La periodista teñía la noticia de acentos morbosos y melodramáticos y la presentaba como una repetición de la historia de siempre: joven atractivo y ambicioso, sin fuertes raíces familiares, de trayectoria laboral inestable, que se deja deslumbrar por la riqueza del entorno que lo contrata hasta provocar una tragedia de la que él mismo termina siendo víctima. Sin duda, concluía, la Guardia Civil terminaría desvelando todos los enigmas de aquella turbia historia. Y prometía seguir informando.

Ilustrado con una fotografía del museo, otra de Álex y otra de Roberto, que de algún modo habían conseguido, era el tipo de reportaje amarillista que atraía a mucha gente, con sugerencias ambiguas y con reparto de las responsabilidades del delito, *fifty-fifty* entre las circunstancias sociales y la personalidad del imputado.

—Nada más ver la noticia esta mañana, he llamado al comisario encargado de la investigación. La autopsia no ha revelado ningún dato que contradiga lo que ya sabían. Cree que, en efecto, Robe intentó robar en la oficinas de la Orden, sin mucho beneficio. Como ni siquiera hubo denuncia, lo intentó de nuevo en la Fundación. Ya conocía el terreno y pudo aprovechar que Álex estaba dentro, con la alarma desconectada. Ella lo conocía y tal vez le dejó entrar. Si se enfrentaron... —No terminó la frase.

—Hasta ahí tiene lógica, pero... —dudó Cupido— ¿alguien que va a robar y mata a quien lo sorprende se detendría después a montar todo aquello del torno y de la coroza?

Garcilaso se sentó tras la mesa, como si no tuviera fuerzas para seguir en pie.

—Ya nunca sabremos qué le pasó por la cabeza. Tal vez se asustó y pensó que así desviaría las sospechas. Ya le dije que había hablado con él unos días antes y que estaba muy dolido.

Cupido dejó el periódico sobre la mesa. Sin duda, la vida era una absurda historia de ruido y furia contada por un idiota, como solía repetir el Alkalino, pero en aquel desenlace había una lógica forzada que no terminaba de encajar.

—Usted acertó al suponer que Robe estaba implicado —dijo Garcilaso—. ¿Cómo le fue en Francia? ¿Sacó algo en limpio?

Al relatarle la muerte de Gérard, Cupido sintió renacer la misma rabia, la misma culpa contra la que no sabía combatir. Seguía pensando que Robe había ido a esconderse allí, con su amigo, en una ciudad que ya conocía. En cambio, él había sido muy imprudente y, de algún modo, lo habían seguido y los había conducido hasta ellos. No podía demostrarlo, pero no encontraba otro modo de explicar su muerte en la torre Europa.

—¿Usted le dijo a alguien que yo iba a ir a Francia?

Garcilaso pensó unos segundos.

—Lo comenté esa misma tarde en la reunión del consejo de la Fundación, donde tratamos la sustitución de Álex en la dirección del museo. Había que tomar decisiones, pero les pedí que esperáramos unos días, hasta que usted volviera de Francia, por si traía alguna novedad.

Cupido negó con la cabeza. Deberían haberlo mantenido en secreto, pero ahora ya no tenía remedio.

—¿Quiénes están en el consejo?

—Lydia, el padre Matías, Trueba por parte de la Orden y tres representantes: de los asociados, del ayuntamiento y de la comunidad autónoma.

Era demasiada gente para poder controlarla y mantener acotada la información.

—¿Entonces? —preguntó Cupido, dado que Garcilaso parecía aceptar las conclusiones de la investigación oficial.

—Quiero cerrar todo esto. Para recuperar la paz necesitamos aceptar que todo ocurrió así, que Robe fue el causante de todo. Y también él ha muerto. Lydia insiste en que hay que seguir adelante, que no podemos permitir que esta tragedia paralice la Fundación, que hay que tomar decisiones sobre el traslado o no del museo a las bodegas. Nos está afectando a todos. Incluso Lula está mal y no ha venido hoy a trabajar... Yo mismo siento deseos de

dejarlo todo y retirarme a descansar unos días a algún monasterio silencioso donde admitan a seculares, en una celda desnuda de todo lujo, como uno de esos viejos que a medida que cumplen años viven con mayor pobreza...

Cupido recordó a Marthe y su encargo pendiente, a la espera del momento adecuado para retomarlo. Estaba cerca, pero todavía no había llegado.

—Deme un par de días —le pidió—. Necesito descartar un pequeño asunto. Si no aparece nada nuevo, le pasaré la factura y me apartaré a un lado.

—De acuerdo —aceptó Garcilaso—. Un par de días.

El detective inició el movimiento de levantarse de la silla, pero todavía le preguntó:

—¿Cómo se encuentra?

—Los médicos dicen que el tratamiento está haciendo su efecto. Supongo que no mienten.

En internet leyó varias noticias sobre la inauguración, con tres años de retraso, del Pabellón de Hielo, cuyo presupuesto inicial se había duplicado. ¿Sería posible que algún día se terminara en España alguna obra en un plazo más breve y con un gasto menor de los previstos? Era un edificio enorme, de estructura novedosa y bombástica, dotado con gradas retráctiles, tecnología punta para combinar las distintas temperaturas, capacidad para varios miles de espectadores y todo lo necesario para acoger campeonatos internacionales de deportes de invierno; una más de aquellas mastodónticas obras públicas con que el país se había vuelto loco al comenzar el siglo: palacios de congresos, aeropuertos sin aviones, puentes colgantes, pasarelas, observatorios lunares, ciudades de las artes, de la cultura, del circo..., una locura impulsada por el espejismo de la bonanza económica contra la cual apenas se alzaban voces críticas. Sin duda, había declarado orondo su promotor, los habitantes de toda la comarca lo agradecerían en todas las épocas del año.

Desde su austeridad natural, para la que no tenía que hacer ningún esfuerzo, Cupido contempló, camuflado en la tercera fila, el estruendoso edificio público, la cara oficial del despilfarro. Era como si muchas de las personas que hasta entonces habían vivido en espacios reducidos, en pisos de protección oficial o en casas de pueblo, donde se apiñaban familias numerosas, de pronto necesitaran viviendas inmensas con garajes, jardín y piscina, donde cupiera todo lo que iban comprando: coches, tecnología, muebles, electrodomésticos, pianos, cuadros, adornos, mascotas... Casas con mármol y acero, de estética narco, con techos más altos, con dormitorios más amplios para camas más anchas, con cocinas dotadas con todos los artilugios y vajillas y utilería y encimeras e islas donde exhibir la epifanía gastronómica, la sabiduría culinaria de tantos *gourmets* repentinos que preparaban bufés como los de los cruceros, de tanto *sommelier* catedrático en las mejores añadas, en taninos, en lágrimas y en sabores a madera o a frutas del bosque, de tanto experto en el uso de los palillos. Cupido había visto a tipos, hasta entonces de gustos sencillos, que de pronto frecuentaban, a menudo con dinero público, lujosos restaurantes donde había más camareros que

comensales y en donde cambiaban toda la vajilla y toda la cubertería cada vez que servían un plato, que presumían de conocer las delicias de todas las autonomías y los mejores vinos de todos los pagos, decididos a convertir su vida en un banquete universal.

Inadvertido entre la gente, esperó la llegada de las *autoridades* para la festiva inauguración a la que la nota sin firma de Mecha lo había convocado. La mayoría de los asistentes eran curiosos y parecían contentos, pero también advirtió algunas miradas de odio hacia todo aquello.

Junto a la entrada esperaban un comité de bienvenida y un ramillete de invitados, entre los que distinguió la llamarada de la cabellera de Lydia Garcilaso. Al llegar el alcalde y el presidente de la comunidad autónoma, florecieron los saludos, los besos, los apretones de manos y las perfumadas sonrisas para la prensa. Y enseguida el alcalde le entregó al presidente la llave de la puerta del pabellón, donde se descubriría una placa testimonial con la fecha de inauguración y se pronunciarían los discursos, las frases memorizadas para alimentar titulares.

Fotógrafos y cámaras de televisión grabaron el giro de la llave y enseguida dos funcionarios empujaron las grandes puertas del vestíbulo para dar paso a la comitiva, que de pronto se detuvo, escandalizada, y las sonrisas y parabienes mudaron en gestos de estupor y de enojo.

Cupido avanzó entre los curiosos que se apretujaban atraídos por el escándalo y desde la puerta vio la gran pintada que alguien había hecho en lo alto del lienzo frontal del vestíbulo, por encima de la placa de la inauguración:

DEVOLVED EL HIELO AL ÁRTICO

Y debajo, el *tag* que ya conocía, MECHA, en letras pompa silueteadas en negro y rellenas con un limpio azul.

El detective no pudo contener una leve sonrisa ante una acción que a su alrededor todas las voces calificaban de vandálica y para la cual exigían venganza y castigo. Pero era indudable el atrevimiento y el coraje de su autor, que de algún modo se había colado en el flamante pabellón la noche anterior —o se habría quedado escondido dentro, siempre era más fácil salir que entrar— y había tenido tiempo para pintar subiéndose a una escalera que se veía tumbada a un lado. Durante la noche nadie había oído el tintineo de las bolas de los aerosoles y el siseo de la pintura al salir por la boquilla.

La frase de la pintada no era solo una crítica a la absurda y costosa construcción de un pabellón de hielo en una ciudad que en verano alcanzaba temperaturas tropicales y que no disponía de grandes recursos hídricos; también era una denuncia contra las políticas del lujo, del despilfarro y del espectáculo a cualquier precio, que tanto contribuían al cambio climático.

La comitiva comenzó a retirarse entre los chasquidos de las cámaras fotográficas, apartando a manotazos los micrófonos que les pedían una declaración. Por encima de las expresiones de indignación, surgía el rumor airado y amenazador del poder, espumeante de rabia, y las promesas de castigo por la humillación.

Cupido miró a su alrededor y a sus espaldas, buscando en vano entre la gente no sabía qué ni a quién, un gesto, una señal o un contacto visual. ¿Por qué Mecha le había hecho asistir a la inauguración? No encontraba un motivo, pero era la última pista que le quedaba para explicar la muerte de Alejandra, de Gérard y de Robe. Cada vez que pensaba en ellos dos, volvía a sentir una punzante sensación de estar en deuda.

Esperó durante todo el día, y cuando ya había perdido la confianza, al atardecer, la llamada lo sorprendió caminando por la parte vieja, en no sabía qué calle, y enseguida reconoció la voz del chico del Banksy.

—Quiere hablar contigo.

—¿Cuándo?

—Ahora. ¿Dónde estás?

—No lo sé. En una calle estrecha que baja hacia el río.

—En Toledo muchas calles estrechas bajan hacia el río.

El chico lo citó media hora después en el fondo de unos jardines del extrarradio, adonde Cupido llegó cinco minutos tarde. Unos días antes, alguien había controlado sus pasos hacia Mulhouse, pero ahora se aseguró de que nadie lo siguiera.

Aparecieron por detrás cuando esperaba sentado en unas escaleras frente a una descarnada valla de cemento en la que vio de nuevo la firma inconfundible, como si también allí hubiera marcado su territorio. Los dos vestían camisetas negras con dibujo, pantalones anchos y descaderados, de talle bajo, y zapatillas de lona, todo con aparente descuido, indiferentes a la impresión que causara su aspecto, sin ninguna impaciencia por tener un futuro. El mechón blanco en el cabello del chico era un brochazo de luz en la oscuridad de la pequeña explanada. Sorprendido, dedujo que la chica que lo acompañaba era Mecha, aunque no dijo su nombre. Le calculó unos veinticinco o veintiséis años y era baja y muy delgada, pero de una delgadez

que no parecía fruto de la enfermedad ni del insomnio, sino del carácter insatisfecho, de la experiencia de haber sido herida por el mundo y abofeteada muchas veces, y de la necesidad de urdir la revancha: un pequeño animal duro, ágil y elástico capaz de colarse por cualquier resquicio o de trepar a cualquier tejado o de colgarse de una cuerda en un puente para hacer un dibujo. No era difícil imaginarla subida a la escalera en la pared del vestíbulo del Pabellón de Hielo.

—¿Eres Mecha?

—Mecha es un secreto —dijo con ambigüedad, sin afirmar ni desmentir, con aire astuto y trascendente, como si escondiera un misterio que pudiera desequilibrar el mundo.

—¿Un secreto? Ni siquiera me gustan los míos. Me pagan para desvelarlos.

—Kim —señaló al chico, cambiando de tema— me ha dicho que te interesan los grafitis.

—Me interesa un grafiti.

—¿Cuál?

—El que apareció hace unos días en la Fundación Garcilaso con la firma MECHA, la misma que la del Pabellón de Hielo.

Sonrió un instante y miró a los pies del detective, como si sospechara que estaba encaramado a algo. Subió dos escalones, pero aun así apenas llegaba, y, a pesar de eso, su pequeño cuerpo parecía llenar la explanada.

—¿Eres detective privado?

—Sí.

—¿Y para quién trabajas?

—Para Alejandro Garcilaso.

—¿Y te ha contratado para averiguar quién le hizo la pintada en su museo?

—No. Lo único que quiere saber es quién mató a su hija.

Sorprendida, miró a su compañero, como si le preguntara por qué no se lo había dicho. Kim sacó un paquete de cigarrillos y encendió uno, sin ofrecerles a ellos.

—¿Es que hay alguna relación? —preguntó recelosa, en guardia, como todos los clandestinos, sopesando si el detective era o no de fiar.

—Tal vez.

—¿Por qué?

—La pintada apareció el día del Corpus, la mañana siguiente a la muerte. Un dibujo así, tan elaborado, necesita algún tiempo. Quizá el autor, o la

autora, vio algo esa noche, o a alguien.

Ninguno de los dos hizo el menor gesto, pero lo escucharon con atención, inmóviles y tensos, como si hubieran dejado de respirar. Solo el pelo en punta de Kim vibraba como si fueran antenas. Luego, Mecha señaló la pared del fondo, iluminada por la única farola con bombilla —las demás estaban fundidas o las habían roto—, donde su firma destacaba entre otras pintadas con todo tipo de letras, redondas o espinosas, de afilados ángulos, difíciles de leer. A pesar de su pericia y expresividad, no dejaba de ser un sitio feo. Detrás de la valla, no muy lejos, debía de pasar una carretera, porque se oían los motores de los coches, acelerando como si salieran de una curva o de una rotonda.

—¿Te fijaste en lo limpia que está ahí detrás la ciudad antigua? —le preguntó Mecha.

—Sí.

—Ahí no hay piezas nuestras, no nos dejan entrar. Y cuando uno de nosotros lo consigue, enseguida llegan con sus mangueras y sus brigadas de limpieza para borrarlas, antes de que se haya secado la pintura. Ahí dentro no verás nuestras firmas, aunque hay kilómetros de paredes adecuadas para bombardearlas, kilómetros de muros de sujeción, de tapias de palacios y conventos sin puertas ni ventanas. Hay que ser muy valiente para pintar ahí, porque se te cae el pelo si te pillan. Por eso nos venimos al extranjero — señaló de nuevo la valla—, donde no les importa lo que hagamos.

Kim la escuchaba con veneración, sorbiendo cada una de sus palabras, y asentía con la cabeza de vez en cuando, dando profundas caladas al cigarrillo y mirándolo luego, como si calculara las que le quedaban. Se habían ido los últimos residuos de luz y en la oscuridad del novilunio se difuminaban sus rostros. Por encima de la valla se veía el reflejo de las luces de los coches que pasaban y, más allá, se encendían y se apagaban las madejas de neón de un enorme cartel de Coca-Cola. Pero en la explanada estaban ellos solos.

—Por eso nos parece bien que alguien bombardeara aquella noche la pared del museo. Ellos tienen sus periódicos, sus radios, sus televisiones, y nos invaden con luces de todos los colores, con la publicidad de bebidas y perfumes y lencería, con sus carteles de propaganda electoral que cuelgan de farolas y de vallas, con los espumarajos del consumismo de sus multinacionales.

—Su puta publicidad —remachó Kim.

—¿Por qué no vamos a pintar también nosotros? Ellos derrochan electricidad con sus rótulos luminosos; nosotros pintamos sobre el cemento y

el ladrillo y no vendemos nada en su sociedad de mercaderes. A ellos les gustan los centros comerciales —continuó, y Cupido no pudo evitar pensar en el afán de Lydia de reconvertir el palacio de los Garcilaso en otro más—; nosotros nos encontramos bien en las calles. Ellos manejan millones con su rancia cultura oficial de museos y galerías; nosotros ofrecemos gratis nuestras piezas en sus fachadas. Dicen que ensuciamos la ciudad con nuestros aerosoles, pero nosotros decimos que la ciudad ya está sucia por dentro y solo levantamos la alfombra.

—No dejarán que vuestros mensajes lleguen muy lejos.

—¿Crees que nos importa?

—No nos importa —respondió Kim, como si la pregunta hubiera ido dirigida a él.

—No somos como ellos, protegidos en sus museos de millonarios. Nosotros sabemos que vendrán con sus mangueras a borrarlos, que nos tapan con una capa de pintura o que derribarán la pared que hemos escrito. Pero cada vez hay más gente que nos lee y fotografía nuestras piezas y las cuelga en internet. Cada vez somos más los que cargamos a la espalda una mochila con aerosoles y salimos a bombardear sus muros. —Sonrió, satisfecha de su acento de argot, de tribu urbana—. Ahora mismo hay un montón de chavales creando su *tag* en un papel para ponerlo encima de sus anuncios de Coca-Colas y hamburguesas, de alcohol y perfumes y partidos políticos.

—De acuerdo —dijo Cupido. Por eso Mecha lo había llevado hasta allí, hasta su territorio, antes de darle cualquier información, para pronunciar su discurso de *outsider* que se excluye voluntariamente de la sociedad y se niega a participar en su juego y con sus reglas—. De acuerdo. Pero es de otro asunto del que he venido a hablar contigo.

—Sé bien lo que te interesa. Pero sin haberme escuchado antes no entenderías por qué vamos a contestar a tus preguntas.

—¿Por qué?

—Por dos motivos. El primero es que vimos tu cara esta mañana, en la inauguración. Y está claro que tú no perteneces a ese mundo. No te disgustó lo que veías.

—¿Y el segundo?

—El segundo es que nosotros también leemos la prensa, y no es cierto lo que dicen, que ese chico matara a la mujer.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo vimos hablando con ella la noche anterior —reveló. Su voz bajó de volumen y adquirió un tono más grave.

—¿Puedes contármelo desde el principio?

Mecha miró a Kim y ambos asintieron, reafirmando en un acuerdo que a partir de ese momento no tendría marcha atrás.

—Llevábamos algún tiempo deseando bombardear la Fundación. Queríamos hacer algo espectacular, no nos gusta esa grandeza feudal que representa todo lo que no queremos ser. Habíamos medido la pared para calcular la pieza y vinimos varias veces a estudiar la mejor hora, cuando no hubiera testigos. Y al fin, una noche, hacia la una, cargamos la mochila con los aerosoles, y nos disponíamos a escribir cuando vimos a ese chico al que acusan, Roberto.

—¿Visteis llegar a Robe?

—¿Llegar? ¡No! Lo vimos salir del museo.

—¿Salir?

—Sí. Y lo acompañó a la puerta la mujer a la que mataron al día siguiente. Estuvieron hablando dos o tres minutos, y al despedirse se dieron la mano.

Aquella información coincidía con lo que había dicho Enrique, que también la noche anterior a su muerte Álex había estado hasta muy tarde en el museo.

—No discutían —apuntó Kim—. Era como si los dos hubieran hecho un trato y estuvieran satisfechos.

—¿Estáis seguros?

Mecha hizo un gesto de obviedad y dijo:

—La mujer volvió adentro y cerró la puerta. Antes de alejarse, Roberto fue a la cabina telefónica que hay en la esquina, hizo una llamada y un par de minutos después apareció un coche, que no debía de estar lejos.

—Sigue —le pidió.

—Era un Mini amarillo, con una banda ancha de cuadritos blancos y negros.

—Como las banderas de las carreras de coches —dijo Kim.

—Lo conducía una chica joven.

—Y se besaron. Los vimos al encenderse la luz interior al abrir la puerta. Los dos estaban contentos, aliviados.

—¿Y qué hicisteis?

—Esperamos a que se marcharan y dudamos. La mujer se había quedado dentro y podría salir en cualquier momento, aunque también había la posibilidad de que se quedara a dormir, tal vez hubiera dentro una vivienda.

Mientras dudábamos, salió y se marchó. A nosotros también se nos había hecho tarde. Lo dejamos y nos fuimos. Y entonces nos dimos cuenta de que faltaban dos días para el Corpus. ¿Por qué no?, nos preguntamos. Sería peligroso hacerlo la víspera, pero también tendría más repercusión, todos los colegas lo comentarían. También la prensa, claro.

—Tu reputación —dijo Cupido, que sabía la importancia que en su mundo daban al prestigio—. Nadie te volvería a pisar, nadie pintaría encima de tu firma.

—El respeto de los colegas, sí —confirmó Mecha, y continuó—: Lo preparamos todo con detalle. Al atardecer escondimos cerca, en una papelería del parque, una bolsa con el material. Y a las doce y media ya estábamos allí, vestidos de oscuro y sentados en un banco, cerca de la esquina desde donde veíamos al mismo tiempo la fachada del palacio y la pared lateral por donde pasan los coches. Nadie se fijaba en nosotros: una pareja que se besa en un rincón a oscuras.

—Sí —susurró Cupido, impaciente.

—Vimos llegar a dos hombres. Venían andando. Uno muy grande y otro bajo, pero los dos muy fuertes. Miraron alrededor, se aseguraron de que nadie los veía y entraron en el museo. Tenían llave.

Kim dio una última calada al cigarrillo, tiró al suelo la colilla y la pisó con las deportivas mientras Mecha y Cupido lo miraban.

—Volvimos a dudar, porque también esa noche había aparecido gente. Nos hemos arriesgado muchas veces y ya no tenemos nada que demostrar, ya lo has visto esta mañana en el Pabellón de Hielo —reconoció por fin Mecha con una sonrisa de lagarto.

—No somos cobardes —dijo Kim con tono belicoso.

—Pero por allí había demasiada gente. Tenemos una norma cuando vamos a escribir: un problema, lo resolvemos; dos, los esquivamos; pero si surgen tres problemas, cambiamos de planes. Algo nos dice entonces que debemos retirarnos. Pero esperamos todavía un rato, sin saber qué hacer, y cuando íbamos a marcharnos, media hora más tarde, vimos salir a los dos hombres. Fueron muy rápidos y lo hicieron con cautela, asegurándose de que nadie los veía. No tardaron nada en cerrar y desaparecer a pie. Después, todo quedó en silencio, como si la ciudad entera se hubiera ido a dormir y a recuperar fuerzas para el día siguiente. No hablamos nada más. Cogimos los botes y comenzamos a pintar. Yo silueteaba y sombreaba las letras y luego las rellenaba. Letras grandes, para que todo el mundo las viera antes de que enviaran a sus brigadas de limpieza. Tuve que parar alguna vez, cuando Kim,

desde la esquina, me avisaba de que venía un coche. Me escondía y volvía a la pared. Nadie más entró ni salió del museo. Al final, con las manos manchadas de pintura, nos retiramos, y antes de desaparecer miramos hacia atrás. Habíamos hecho un buen trabajo.

Cupido respiró a fondo y comprobó que la caja torácica, o lo que fuera, ya no lo oprimía con la molesta sensación de los últimos días. Sentía como si hubiera aumentado de tamaño y, sin embargo, fuera más ligero.

—Solo te lo hemos contado a ti —susurró Mecha.

—¿Os atreveríais a declararlo?

—¿A la policía?

—Sí.

—¡Ni de broma! Ese es tu oficio. Si contáramos lo que vimos, también tendríamos que explicar por qué estábamos allí y hablar del grafiti. ¡Y después del Pabellón de Hielo...! No. Ya tienes tu información y ahora es tu turno. Roberto no mató a esa mujer, pero ahora él ha muerto y ha quedado como si fuera el culpable.

—A ti te toca impedir que se vayan de rositas —dijo Kim.

—¿Crees que todo nos da igual? —preguntó Mecha, mirándolo a los ojos—. ¿Sabes que lo conocimos?

—¿Cuándo?

—Una noche, en el Banksy. Iba por allí algunas veces.

—¿Hablasteis con él?

—Sí. Estaba solo. Coincidimos en la barra y nos pusimos a charlar... Nada importante. Nos cayó bien. Podía haber sido uno de los nuestros.

Algunas veces Kico le había enseñado su pistola, que desde el 11 de marzo llevaba siempre consigo. Al fin y al cabo, decía, era militar y con una pistola a mano podría evitar algún atentado, como si Toledo fuera Afganistán, donde había estado destinado hasta abril, cuando el presidente Rodríguez Zapatero ordenó retirar las tropas al ganar las elecciones. Pero enseguida había vuelto a marcharse, en su afán por subir en el escalafón, y había estado en el Líbano hasta la víspera del Corpus. Y más de una vez había intentado enseñarle a disparar, y Lula había empuñado la Llama, tan pequeña y tan capaz de hacer daño, y había apuntado a una lata como jugando, porque nunca se atrevió a apretar el gatillo. Ese era un mundo ajeno.

Sin embargo, ahora sí le gustaría llevarla consigo. Estaba muy asustada. Nunca había imaginado que se relacionaría con gente capaz de arrojar a alguien desde el piso veinticuatro de un rascacielos ni de incendiar un coche con su ocupante dentro, como estaba segura de que habían hecho con Robe.

A Robe lo había conocido un viernes por la noche que fue al Banksy con dos amigas. No era un local que las atrajera, no les gustaba el ambiente altermundista, ni aquella música como de caballos, ni la decoración con grafitis, ni la estética de camisetas Alchemy, botas Dr. Martens o zapatillas de lona y *piercings* de muchos de los clientes, pero fueron por variar y salir de la rutina.

Al fondo de la barra había un chico solo, bebiendo una cerveza y fumando, y notó que se fijaba en ella cuando entraron. A su manera, era guapo, con una belleza cubista, de grandes ojos, orejas invisibles y una boca elástica, con ese atractivo expresionista de la avidez y un toque de desesperanza, pero no hasta el extremo vulgar de algunos guapos que lo estropeaban todo cuando se lanzaban contra las chicas dispuestos a arrancarles a dentelladas lo que ellas les habrían otorgado de buen gusto. Por su aspecto, tampoco él pertenecía a aquel ambiente, pero, al contrario de ellas, parecía sentirse seguro, capaz de estar solo y de mirar a los ojos a cualquiera como si fueran sus iguales, gracias a una mezcla de contención e intrepidez.

Robe la había mirado algunas veces, siempre solo en la barra y sin hablar con nadie, y ella se dio cuenta de su interés y de que tendría que pasar junto a él cuando fuera al baño, en un pasillo abierto al fondo. Sin embargo, cuando se internó por él, solo encontró el almacén de las bebidas. Despistada, retrocedió buscando otra puerta.

—¿Te has perdido? —le preguntó él con algo de sorna.

—¡Nunca me pierdo! —negó, muy seria, porque era incapaz de orientarse en el espacio y no le gustaba que un desconocido se lo recordara.

—Pues yo me pierdo a menudo y a veces tardo en encontrarme —bromeó—. De hecho, ahora mismo no sé dónde estoy. Pero si buscas los aseos, están ahí. —Señaló una puerta que parecía un elemento más del decorado, absurdamente mimetizada entre los grafitis.

—Gracias —le dijo al salir.

—De nada —respondió, y antes de que se alejara—: ¿Quieres tomar algo?

—Estoy con unas amigas.

—Pues déjalas y tráete el vaso.

Lo recordaba todo tan natural, tan sencillo, que siempre le parecía que lo extraño hubiera sido negarse; de modo que fue junto a sus amigas y les dijo que el chico del fondo la había invitado y que iba un rato con él. Pero cuando quince minutos después ellas se marcharon, seguía hablando con Robe, sorprendida por el interés con que le escuchaba comentarios y opiniones que no la concernían, pero que él le contaba como si fuera importante que ella conociera.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó él de pronto.

—Lula —dijo, y advirtió que llevaban media hora hablando y que no habían necesitado decirse sus nombres.

—Lula es bonito. ¿De dónde viene?

—De Lucía.

—Me gusta más Lula. Yo me llamo Robe —dijo, y se inclinó para besarla en las mejillas—. ¿Eres de aquí?

—Sí. ¿Y tú?

—No.

—¿Y dónde has estado hasta ahora?

—Por ahí, lejos —contestó con un gesto vago—. Aunque llevo un tiempo en Toledo.

—¿Y te gusta?

—No.

—¿No?! Pues serás el único. Le encanta a toda la gente que viene a verla. Eso es que no la has mirado bien.

—Enséñamela tú.

No pensó en Kico cuando quedó citada con él la tarde del día siguiente, sábado. Recorrieron la parte vieja, le enseñó algunos rincones ocultos y le contó las manoseadas leyendas locales —el artefacto de Juanelo, las batallas del Alcázar, las controvertidas pinturas de los judíos en la Puerta del Mollete — antes de darse cuenta de que apenas la escuchaba, de que era ella quien le interesaba.

Al despedirse, no demasiado tarde, pensó que lo mejor sería no volver a verlo y apartarlo de su pensamiento. Su trato había sido muy agradable, pero intuía en él algo duro e indómito que la desconcertaba. No era de esos chicos sencillos y dóciles como vegetales a los que les adivinaba enseguida el pensamiento y que al acercarse a ella parecían sufrir de pronto de apnea. Unas veces le parecía alguien muy joven que hubiera envejecido prematuramente; y otras, alguien viejo a quien un sortilegio hubiera devuelto a la infancia, aunque sin haber logrado borrar en él un resto de desengaño.

Pero al levantarse a la mañana siguiente no solo seguía pensando en él; es que no quería quitárselo de la cabeza. En algún momento le había pedido su número de móvil y ella se lo había dado —él no lo hizo, ni siquiera dijo que tuviera uno—, y estuvo todo el domingo esperando en vano su llamada. Pero el miércoles sonó su voz. Había tenido que hacer un largo viaje como conductor y había estado fuera.

—¿Queda algún rincón de Toledo para que me lo enseñes? —le preguntó.

—Sí —dijo con demasiada precipitación, y le pareció que se sonrojaba cuando estuvo a punto de añadir: «Y algunos son muy solitarios».

Lo oyó llegar antes de verlo y, asombrada, se dio cuenta de que reconocía sus pasos, porque su cadencia y el modo de pisar se habían grabado en su memoria tras haber recorrido con él la ciudad tan solo una tarde.

Se besaron en un recodo de la bajada hacia el puente de Alcántara y luego pasaron toda la noche juntos, en su apartamento, porque él no quería ir al piso que compartía con unas estudiantes. Y al salir los días siguientes, siempre al atardecer, después del trabajo, se apartaban de los lugares que ella frecuentaba.

Los fines de semana, en cambio, huían de la ciudad y subían a Madrid en el pequeño 205 de Robe, con las ventanillas abiertas y la música muy alta, adelantando a los grandes Mercedes y Audis, cuyos dueños los miraban con odio. O bien recorrían estrechas y solitarias carreteras comarcales, de asfalto

duro y remendado, que llevaban a pueblos diminutos, en las que solo se cruzaban con algún conejo o con las sombras de una pareja de águilas que patrullaban en el cielo bajo un sol áspero y rural.

¡Qué bien conducía! Le gustaba cogerle la mano cuando cambiaba de marcha, o tocarle el hombro, o acariciarle la nuca bajo el cabello un poco largo. ¡Ah, qué días tan felices y sonámbulos habían sido aquellos, con los labios siempre dispuestos para el beso, con las venas hinchadas de fuego amigo, con el corazón saltarín repleto de ternura! Robe estaba hecho para amar, del mismo modo que otros hombres habían nacido para pintar, para cultivar los campos, para subir a las estrellas o, como Kico, tan bondadoso y tan desaborido, para arreglar las pequeñas cosas que se rompían en el mundo.

A ella nunca le había gustado la casa, ni hacer recados, ni cocinar o pensar en menús. Cuando estaba Kico, era él quien se encargaba de todo eso. Todo lo hacía bien, en el apartamento o en una excursión por el campo, y con la misma eficacia preparaba una paella que ajustaba las puertas de los muebles de la cocina o comprobaba la presión de las ruedas del Mini, nunca ocioso, siempre hormigueando para tenerlo todo perfecto. Era tan diestro con su pistola reglamentaria en un desierto árabe como en casa con su pistola de silicona. Pero la comodidad que Kico le aportaba iba en un paquete con su corrosiva rutina de engullir series en la tele y de hacer juntos la compra en el supermercado.

Con Robe, en cambio, todo era distinto: no sabía hacer nada práctico, ni cocinar ni ordenar sus papeles. Lo único que sabía era amar y conducir cualquier cosa que tuviera ruedas. Su padre había muerto en un accidente de tráfico, pero eso no lo echaba para atrás. ¡Al contrario! En su pasión por conducir era como si quisiera corregir el destino. Lo sabía todo sobre los coches, pensaba como un coche y por sus venas corría la gasolina. Reaccionaba como un coche cargado de combustible: aceleraba con potencia cuando ella lo encendía con una chispa, o se detenía con el motor en reposo, pero lleno de fuerza, cuando ella lo calmaba.

Sin embargo, en otros aspectos era muy vulnerable y muy ingenuo: se hacía excesivas ilusiones sobre cualquier proyecto y se dejaba convencer por cualquiera, para caer luego en una profunda decepción cuando el plan se frustraba. Aunque lo negara, Robe llevaba clavada en la espalda su orfandad y en sus momentos de bajón ella lo abrazaba e intentaba absorber a besos su dolor, como aquellos secadores antiguos que absorbían la tinta negra. A su lado se despertaba en ella el instinto de cuidarlo, de atenderlo, de hacerle regalos que compensaran la carencia de algo que no podía darle, porque

ignoraba qué era. En cambio, él le daba todo aquello de lo que Lula carecía. Y quizá por esa sensación de estar en deuda no se negó en redondo a escucharlo cuando una noche le propuso su plan, después de hacer el amor con una intensidad inesperada, con su lengua remoloneando entre sus muslos hasta que ella no pudo más. Luego se quedaron mucho tiempo en la cama hablando de sus respectivos trabajos, del único que ella había tenido y de los muchos por los que Robe había pasado antes de recalar en Toledo como conductor, trabajando para el concesionario y luego para la Fundación a través de Lydia Garcilaso, de donde finalmente lo habían despedido.

Robe le dijo que no había ido tras aquello conscientemente, que no era un ladrón que busca un objetivo, diseña una estrategia y dispone los medios para llevarla a cabo. Al contrario, la idea le había venido a la cabeza sin buscarla, como si se la dictaran desde fuera.

—Es el destino el que ha hecho que ambos nos encontremos en el momento preciso.

Los días siguientes insistió en su idea: todo era posible para ellos si unían sus conocimientos.

—Más de una vez he llevado en el coche hasta las oficinas de la Orden, en las traseras del museo, a tipos con maletines, y los he visto salir sin maletines media hora después. En esos viajes Lydia siempre me decía que no parara en ningún sitio, que fuera muy precavido para evitar accidentes y que no cometiera ninguna infracción de tráfico por la que pudieran pararnos. Me encargaba esos trabajos porque yo era el chófer de confianza, mudo y sordo, que solo atiende a la carretera y no escucha las conversaciones por teléfono o los datos que se les escapaban a los pasajeros, hombres y mujeres, con esa arrogancia o falta de prevención de quienes se creen los dueños del mundo y para quienes los conductores no existimos.

—¿Reconociste a alguno?

—No, pero eran los de siempre, miembros de familias rancias y poderosas, los mismos que expulsaron a mi madre de su ciudad y la echaron del trabajo, pero ya sin aquella cautela que los volvía temerosos de que pudiera escuchar sus chanchullos. Y también había nuevos ricos con aspiraciones a codearse con ellos.

—Estás loco, Robe —le dijo con ternura—. Nosotros dos no podemos hacer nada contra todos ellos. Ya lo ves: a ti también te han echado.

—¡Odio a esa gente! —insistía de un modo que a ella la asustaba, pero al mismo tiempo la embriagaba con su pasión. Al hablar de aquello, dentro de Robe se despertaba el alma de un lobo, de un lobo tierno con ella, de suave

pelaje y cálido hocico, pero feroz y capaz de morder a los de fuera—. A los especuladores, a los empresarios tramposos, a los banqueros que ocultan la letra pequeña de sus contratos basura. A los fuertes que culpan a los débiles por ser débiles.

—No sé, Robe, no sé. Te veo como subido a unas almenas, pero...

—¿Pero qué?

—Pero temo que solo son castillos en el aire.

—¿En el aire? —se enfadó—. ¿Es que no confías en mí?

—Sí confío, pero a veces me das mucho miedo.

—¡Olvida el miedo! ¡Será solo robar a los que roban! —explicó, terco y desesperado, encendido por aquel fuego que lo quemaba por dentro—. Ni siquiera podrían denunciarlo, ¿no te das cuenta? Nunca sabrían que lo hemos hecho nosotros. No existimos para ellos. Sospecharían de alguno de sus clientes. Y, en el caso de recelar algo, tú siempre estarías al margen, ni siquiera saben que nos conocemos. ¡Somos amantes clandestinos! —dijo besándola.

—Me da miedo por ti.

—Yo sé cuidarme, lo he hecho toda mi vida. Sé que no soy peligroso, pero también sé que puedo dejar de ser inofensivo. Y a mí no podrían hacerme nada más, esa gente ya me lo ha quitado todo. Despídelo, dirán; pero ya estoy despedido. Échalo a la calle, quítale la casa, dirán entonces; pero yo no tengo casa, vivo en una habitación de un piso de estudiantes y, si no consigo pronto el dinero, hasta perderé la entrada del apartamento. Pueden ir más lejos y decir: quítale el honor, humíllalo; pero ya me lo quitaron cuando calumniaron a mi madre y la echaron de la ciudad... Y ahora ya soy invencible porque no les queda nada que quitarme, porque estoy desnudo y nada tengo. ¡Ya no pueden hacerme más daño! Y tú eres como yo, Lula —insistió, como sorprendido de su propia elocuencia—. Tú tampoco tienes mucho, ni dinero ni apellidos de los que presumir: solo el trabajo en la Fundación, donde te impiden dedicarte a investigar en los archivos, que es lo que te habían prometido cuando te contrataron y para lo que has nacido, y no para ser explotada cortando entradas y explicando esas obras de arte a gente a quien no le interesan. Yo te sacaré de allí y nos iremos lejos.

—¿A tus castillos en el aire? —repitió, escéptica—. No soy una princesa.

Robe la miró en silencio unos segundos y murmuró con voz ronca:

—Tampoco lo era aquella chica hasta que un hada le regaló unos zapatos de cristal y una carroza veloz para que no pisara el barro.

Entonces ella lo abrazó conmovida y se quedó así mucho rato, con la cabeza apoyada en su pecho, mientras él susurraba:

—Nosotros no vamos a ser como ellos quieren que seamos. Nosotros somos jóvenes, Lula, y ellos son viejos... No, ellos nunca han sido jóvenes ni han pasado por lo mismo que nosotros. Los conozco y son siempre las mismas cincuenta familias, donde los viejos educan a sus cachorros para ocupar sus puestos, las mismas cincuenta familias haciéndose cada vez más ricas mientras nos dicen que también nosotros nos enriqueceremos si trabajamos duro, pero eso es solo una mentira para que no dejemos de trabajar para ellos... Nosotros dos por separado no somos nada, Lula, pero juntos sí. ¡Juntos somos una bomba! Y esta es nuestra oportunidad, tal vez nunca volvamos a tener otra igual.

Cuando se levantó para ir al cuarto de baño, el preservativo lleno oscilaba entre sus muslos, a punto de desprenderse, y lo sujetó para que no se le cayera. Ella oyó los pequeños chasquidos del agua corriendo entre sus piernas mientras pensaba en todo lo que le había dicho, por primera vez excitada por el desafío y la tentación del botín, por la curiosidad de saber cómo sería eso de ser ricos.

—Yo también he visto cosas raras —le confesó cuando él regresó a la cama.

—¿Qué cosas?

—Una vez llegó al correo de la Fundación un *email* con varios nombres y unas cantidades de dinero que habían entregado, todas altas. Archivé una copia, sin saber lo que era, cuando apareció Lydia en el despacho a preguntar si acababa de recibir un correo. Me dijo que era un error y que lo olvidara. Ella misma cogió el ratón y se encargó de borrarlo incluso de la papelera. Pero yo ya había archivado la copia y no sé por qué la conservé.

—¿Te das cuenta? Es una prueba más de sus chanchullos.

—¿Qué necesitas de mí? —le preguntó.

—Saber dónde puedo esconderme dentro del museo. Desde allí se puede acceder a las oficinas de la Orden.

—¡Pero es imposible esconderse sin que salte la alarma!

—¿Y en el jardín...?

—... Lula, ¿es que no me estás escuchando?

Lydia le tocó el hombro, porque, con la mirada perdida en el salvapantallas del ordenador, se había abstraído completamente en los

recuerdos.

—Sí, sí, sí —respondió, volviendo del pasado.

—Pues contéstame, ¿no? Escríbeles y diles que mañana les enviamos el proyecto. Ya es tarde, es hora de irnos.

Apagó el ordenador y, al salir de la fundación, caminó hacia las calles traseras donde aparcaba el Mini. Antes de llegar lo vio apoyado en la puerta del copiloto, esperándola, y daba la impresión de que nada lo movería de allí. ¿Cómo sabía que ese era su coche? ¡Ah, sí! Ella misma lo había llevado en él cuando la primera entrevista. Y aunque vivía asustada desde la muerte de Robe, aquel detective alto que ya la había interrogado sobre Álex y al que luego había visto dos o tres veces con el viejo Garcilaso no le provocó miedo.

—Quiero hablar contigo.

—¿De qué? —preguntó alertada, recordando el consejo de Robe de que no hablara con nadie, con nadie, aunque se presentara como un amigo. Pero Robe, ¡ay!, ya no estaba.

—Te lo cuento mientras nos alejamos de aquí —dijo mirando por encima de ella, como si no quisiera que los vieran juntos.

Dudó un momento, pero se subió al coche al mismo tiempo que el detective, que se encajó en el pequeño habitáculo con la misma dificultad que la primera vez. Sin hablar, Lula condujo hasta la terraza de la vez anterior y se sentaron a una mesa.

Cupido la observó mientras el camarero les servía las bebidas, como si el rostro, aquellos dos decímetros cuadrados de piel, de la frente a la boca, ofreciera una información extraordinaria. Lula estaba nerviosa, rehuía su mirada, y la tensión le hacía perder belleza.

—Creo que puedo ayudarte —le dijo cuando se alejó el camarero.

—¿Ayudarme? No necesito ayuda.

El estallido cercano de un globo con el que jugaba un niño le provocó un sobresalto y miró hacia atrás aterrorizada.

—Sé lo que estás pensando ahora mismo: «Aunque no viste uniforme, es un detective privado y trabaja para los Garcilaso». Pero creo que soy el único que puede ayudarte. Y creo que tú tienes algo que contarme.

—No hay nada nuevo. Ya te dije todo lo que sabía.

—La novedad se llama Roberto Valera Gaitán.

—No sé de qué me hablas.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Cupido, como si hubiera sabido que ella diría exactamente esas palabras—. Te lo contaré yo. La noche anterior a la muerte de Álex, Roberto fue al museo a hablar con ella.

—No sé nada de eso —repitió.

—Tras la entrevista —continuó—, Álex salió a despedirlo amistosamente a la puerta. Y al quedarse solo, Roberto hizo una llamada de teléfono desde la cabina que hay enfrente, colgó el auricular en su percha y enseguida apareció a recogerlo una chica que conducía un coche muy bonito: un Mini amarillo con las llantas negras y una banda ajedrezada. Antes de que se apagara la luz del interior, Robe se inclinó hacia ti y te besó. Estaba contento.

Lula se fue encogiendo, como si las palabras de Cupido fueran piedras, y de pronto pareció un animal amedrentado, un pequeño conejo deslumbrado por los faros de un coche en medio de una carretera.

—Robe no hizo nada —dijo en voz baja.

—Lo sé. ¿Crees que si no lo supiera estaría ahora hablando aquí contigo?

—Tú... ¿nos viste?

—Os vieron. Pero no temas, es una suerte que ocurriera, porque es la prueba de que no tuvisteis ninguna relación con su muerte. La mataron porque sabía algo, y luego todo se les ha ido de las manos a sus autores y se ha convertido en una bola de sangre. Yo puedo seguir contándotelo, pero hay detalles que desconozco y que solo tú puedes explicar.

Lula lo miró en silencio y, una vez más, negó con la cabeza.

—De acuerdo, entonces te los contaré yo. Tendré que recordar algunos hechos dolorosos.

—No —dijo Lula.

Y aunque Cupido no supo si lo negaba o le pedía que no hablara, continuó:

—Unos días antes de la muerte de Álex, creo que Robe, o Robe y tú, robasteis en las oficinas de la Orden algo que debía de ser muy importante, por todo lo que se ha desencadenado luego. El ladrón accedió desde el patio del museo, y ese acceso solo podía saberlo alguien que conociera bien el palacio. Sospecharon de Robe, pero no quisieron denunciarlo, con la excusa de que no se había llevado apenas botín. Sin embargo, creo que en el robo está la clave de todo lo sucedido después. Creo que vosotros mismos estabais tan sorprendidos y asustados que fuisteis a hablar con Álex. ¿Qué teníais que ocultar para hacerlo de noche y sin que nadie lo supiera?

—Nada —susurró Lula.

—Fuera lo que fuera, vuestra entrevista ocasionó su muerte. Os asustasteis, Robe decidió desaparecer y huyó a una ciudad en la otra punta de Francia, a Mulhouse, donde tenía un buen amigo, Gérard, que podía esconderlo. —Cupido se detuvo, bebió un trago de cerveza, que le resultó

insípida, o tal vez era que el recuerdo, y con él la culpa, le habían llenado la boca de bilis—. Gérard murió al caer desde el piso veinticuatro de un edificio.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó, abriendo sus expresivos y atemorizados ojos.

—Yo estaba en Mulhouse buscándolos y luego supe que también había dos hombres que buscaban lo mismo que yo. Quienesquiera que fueran, me utilizaron para llegar hasta ellos, de modo que yo también estoy personalmente interesado en que paguen.

—¿Por eso me lo estás contando?

—Sí. Los dos estamos del mismo lado.

Lula pareció relajarse.

—Si es cierto todo lo que dices...

—Lo es.

—Espera. Espera, déjame pensarlo esta noche y mañana... —se resistió.

Cupido negó con la cabeza.

—Mañana es muy tarde, no tenemos mucho tiempo. Si Robe no les dio lo que buscaban, seguirán rondando por aquí —dijo señalando alrededor—. Tenemos que reaccionar ya, ahora. Cuéntamelo todo desde el principio —dijo, consciente de su capacidad para ganarse la confianza de la gente, aunque a menudo se preguntara por qué.

Eran demasiadas pruebas y Lula, vencida, asintió y comenzó a hablar. Le dijo cómo se habían conocido casualmente, pues ella nunca iba a locales como el Banksy, donde lo vio en la barra, sin nadie al lado, pero sin agobiarse, como si estar solo fuera su estado natural. Salieron juntos unos días y, aunque ella tenía novio, que estaba fuera de España, se había enamorado de él sin saber cómo. Robe solo vivía el presente, le daban igual sus trabajos anteriores y reconocía que había cometido errores y que había hecho algunas trampas. Y una noche le contó por qué había vivido en Francia desde niño, lo que habían hecho con su madre y lo que los Garcilaso le debían.

—Se le ocurrió lo del robo cuando lo despidieron. Yo no quería saber nada de eso, era un delito, pero Robe decía que sería como robar a unos ladrones que utilizaban la Orden como pantalla para blanquear dinero negro.

—¿Qué ladrones?

—Lydia Garcilaso y Antonio Trueba.

—¿Por qué estaba tan seguro?

—Porque había trabajado para ellos y había llevado en el coche a algunos clientes a las oficinas de la Orden tomando precauciones especiales.

—¿Y Alejandro Garcilaso?

—No. Robe decía que él no sabía nada.

—De acuerdo, de acuerdo. Continúa.

—Robe lo planificó todo. Lo primero era ocultar que nos conocíamos. Me dijo que yo no podía romper con Kico, mi novio, porque después de lo que íbamos a hacer, cualquier cambio llamaría la atención. Todo tendría que seguir igual durante algún tiempo y yo debía mantener la misma actitud en el trabajo, las mismas costumbres, la misma forma de vestir, de salir con las amigas. Ya llegaría el momento de cambiar cuando nos subiéramos al coche y nos fuéramos al fin del mundo... Y aunque a veces yo me decía que todo era una fantasía, un juego que nunca nos atreveríamos a jugar, llegó el día señalado. Las dificultades que a mí me creaban dudas, a Robe lo llenaban de determinación.

—¿Cómo lo hicisteis?

—Aquel día, Robe se unió a un grupo de turistas que visitaban el museo a última hora. Sin que nadie lo viera, salió al patio de atrás por la puerta de emergencia y, cuando terminó la visita, se quedó escondido tras unos parterres, cerca de las ventanas interiores de la Orden, en un rincón que no detecta la alarma. Nadie se dio cuenta. Lo demás fue relativamente fácil, como él había previsto. La alarma saltó cuando salía, pero ya solo tenía que correr —contó, y algo en el tono de su voz consideraba el episodio como una hazaña.

—¿Qué encontró dentro que os dio tanto miedo?

Lula agachó la cabeza y giró varias veces uno de sus anillos en el dedo.

—Dinero —dijo al fin—. Mucho dinero.

—¿Cuánto?

—Un millón de euros.

«Tres muertos por un millón de euros», pensó Cupido.

—Nos asustamos mucho —continuó Lula—. Y el hecho de que no denunciaran el robo, alegando que apenas se habían llevado nada, nos asustó aún más, pues si nos descubrían, no sería un juez con quien tendríamos que enfrentarnos. Le propuse a Robe que devolviéramos el dinero de algún modo, sin que supieran nada de nosotros, porque no iban a parar hasta recuperarlo. Pero él se negó, estaba asustado y eufórico al mismo tiempo. Fue la primera vez que discutimos en serio, y al final aceptó que nos quedáramos con una parte, doscientos mil, una cantidad que nos permitiría irnos a vivir juntos. Devolveríamos el resto, pero no a la organización, sino a Álex.

—¿A Álex? ¿Qué tenía que ver ella con todo esto?

—Nada, pero necesitábamos que alguien más lo supiera, como un seguro o un testigo que nos apoyara. Álex era un poco rara, pero Robe estaba convencido de que encontraríamos en ella a una aliada. Decía que ellos dos eran parecidos, que sus madres habían sido igualmente humilladas por los Garcilaso.

—Y fue al museo a hablar con ella aquella noche, cuando os vieron.

—La llamó antes para decirle de qué se trataba, porque no era un tema que pudiera contarse por teléfono. Yo lo esperé cerca, con el coche preparado, por si algo iba mal. Pero Robe salió muy contento, aliviado. Álex le agradeció que hubiera ido a contárselo. Por fin podría limpiar la Orden de todos aquellos manejos, para eso se había presentado a las elecciones a la presidencia. Dijo que se lo contaría todo al propio Garcilaso en cuanto volviera de Madrid, adonde había ido para una consulta médica.

—Pero también debió de decírselo a alguien más.

—Sí, claro, debió de llamar a Trueba o a Lydia para decirle que lo sabía todo, porque nos enteramos de que la noche siguiente la habían matado de aquella forma tan horrible. Y entonces sí, también Robe se asustó, no sabía qué había podido ocurrir. Escapó de prisa para Francia creyendo que allí nadie lo localizaría... Pero tú lo averiguaste.

Cupido le habló de la postal de Gérard pinchada en el panel y de los viajes guardados en la memoria del TomTom.

—Iba a tener que quedarse allí escondido durante un tiempo, quizá unos meses, hasta ver qué ocurría, y esperar a que todo se calmara y pudiéramos reunirnos. Durante unos días no me llamaría ni sabría nada de él, pero esa sería la prueba de que todo iba bien. Sin embargo...

—Sí —la animó a continuar.

—Hace tres días sonó el teléfono en mi casa y era su voz. Me preguntó si estaba sola. «Sí», le dije. «Pues no te muevas de ahí, que voy a verte», me pidió. Había vuelto a Toledo y estaba desesperado. Quería que cogiéramos el dinero, todo el dinero, y nos fuéramos a algún país lejano, asegurándonos esta vez de que nadie supiera adónde. Nada nos lo impedía. No encontraba otra salida. Había planeado un pequeño robo y sin embargo ya había provocado dos muertes.

—¿Te contó qué ocurrió con su amigo Gérard?

—Sí. Me dijo que Gérard llamó al portero automático con la contraseña de alarma para que él pudiera coger sus cosas y salir de inmediato, pues siempre tenía preparada su pequeña mochila. El resto lo suponía, pero lo conocía bien y estaba seguro de no equivocarse: la entrada en el edificio con

sus asesinos, porque imaginó que iría más de uno, el ascensor, el pasillo hasta el apartamento y, al hallarlo vacío y sentirse burlados, la caída al vacío. Imaginaba lo que habrían hecho con él para que hablara. A los agresores les sería fácil desaparecer en medio de la confusión en cuanto comenzaran los gritos en la calle, las sirenas de las ambulancias y de la policía, la gente acercándose espantada hasta el cuerpo despanzurrado contra el suelo y luego mirando hacia arriba para descubrir desde qué piso había caído, sin imaginar que hubiera habido violencia, seguramente pensando que se trataba de un accidente o de un suicidio en el edificio más alto de una tranquila ciudad francesa de provincias... —Se le escaparon dos lágrimas presas entre los párpados desde hacía ya unos segundos—. Robe siempre sabía lo que había que hacer en cada momento. Sin embargo, al volver de Mulhouse no sabía cómo actuar ni adónde ir. Me pidió perdón por haberme metido en todo aquello y por no poder quedarse conmigo. Tenía que marcharse, porque en Toledo terminarían encontrándolo... Nunca podrás imaginar lo generoso que era.

—¿Adónde fue?

—No lo sé, no me lo dijo... Y al día siguiente apareció su cadáver, ya sabes lo que dice la prensa. Pero él no pudo sufrir aquel accidente.

—Lo sé.

—Tú no lo conociste, ¿verdad?

—No.

—Entonces, nunca llegaste a escuchar su voz. Ni a ver su sonrisa. Ni la forma en que a veces se quedaba en silencio, como detenido en mitad de un salto.

—No.

—A ti también te hubiera gustado conocerlo.

Le había contado toda la historia con calma, como a un aliado, pero al fin había cedido a la tensión y le temblaban los labios y las lágrimas corrían sin pudor por sus mejillas. Cupido respetó su silencio hasta que ella pudo continuar:

—Me entró mucho miedo cuando lo mataron, aunque estaba segura de que Robe no había dicho ni una palabra de mí. Nadie puede saber que yo guardo el dinero. Aun así, tengo pánico de que vengan a buscarme y me hagan lo mismo que a él o a Gérard y termine flotando en las aguas del Tajo. No debí hacerlo, pero ayer cogí el coche y me acerqué hasta el lugar donde incendiaron el suyo. Es un sitio triste y solitario, un barranco donde nada es bonito. ¿Sabes qué van a hacer ahora con su cuerpo?

—No.

—Robe no tenía aquí a nadie, ni familia ni amigos para reclamarlo y encargarse de eso. No me gustaría que...

—¿Qué?

—No me gustaría que arrojaran su cuerpo a una fosa común, ni que lo despedazaran para estudiarlo, abierto en canal, y arrojaran sus restos en un horno crematorio. —La voz se le quebró—. Pero no sé cómo evitarlo, yo no puedo pedirlo. Sé que a él le gustaría que lo incineraran y que un día de viento se fueran soltando sus cenizas desde un coche en marcha, en una carretera solitaria.

—No pienses en eso, todavía estarán con la autopsia. ¿Vives sola?

—Ahora mismo, no. Kico, mi novio, está en casa desde la noche del Corpus. Ya te lo dije. Pero después de haber conocido a Robe... ¡El pobre Kico, tan simple, tan bueno y tan descolorido! No sé qué hacer. Ahora tengo mucho dinero, pero con él no puedo compartirlo. Es tan honrado que no podría creer que su novia se ha implicado en un robo. —Sonrió entre las lágrimas—. Sin Robe no sé qué hacer con el dinero. ¿Devolverlo para estar en paz?

—Sí.

—¿A quienes lo mataron? ¡No! ¿A una oenegé, porque es un dinero sin dueño? Pero no sé cómo hacerlo sin correr riesgos, sin dejar pistas ni huellas, porque Robe y yo tocamos muchas veces los billetes, no podíamos creer que estuvieran en nuestras manos... Y otras veces me digo que lo mejor sería irme lejos de esta ciudad y de este país, como haría él, no sé, al Caribe, a un lugar con palmeras y de vez en cuando un huracán para tener alguna emoción. ¿Pero qué haría yo allí sola con un dinero que no sabría cómo gastar y con un miedo que no sabría cómo combatir?

—Se puede hacer algo mejor —propuso Cupido.

—¿Contra ellos? ¿Ir a la policía y contárselo todo? No tengo pruebas de nada y al fin y al cabo soy una ladrona. ¿Qué valor tendría mi palabra contra la suya?

—Se puede hacer algo —repitió Cupido, que no era capaz de olvidar la culpa y la necesidad de redención.

Lula negó con la cabeza.

—No tengo talento para la venganza.

—Escúchame.

El Alkalino no le había preguntado para qué lo necesitaba, pero había aceptado desde el primer momento ir a Toledo y solo había puesto un reparo cuando Cupido le pidió:

—Córtate el pelo, aféitate y mete en la maleta tus mejores ropas.

—¿Mejores ropas? Creo que no tengo mejores ropas. ¡No pretenderás invitarme a alguna fiesta!

—¡No seas tan quisquilloso! Tendrás que aparentar que eres un hombre de negocios.

—¿De negocios?

—Sí, un tipo con dinero.

Al otro lado del teléfono hubo unos momentos de silencio.

—Nadie se creerá que yo soy un potentado.

—¿Qué aspecto tienen los potentados?

—No he conocido a ninguno, pero los imagino a todos con chaqueta y corbata. Y yo no uso.

—Te compraremos aquí un traje. Se trata de cebar un anzuelo.

—Para eso necesitarás un gusano más apetitoso y succulento que yo, que solo tengo pelos y huesos.

—Te forraremos con una buena guarnición. Además, no se trata solo de ti. Se trata sobre todo del hambre que tiene el pez. Le han quitado una presa de la boca y está tan ansioso y desesperado que no mirará demasiado antes de tragárselo. Su ambición lo vuelve débil.

Llegó al día siguiente, con su pelo duro y espeso bien cortado y el rostro de madera tostada bien afeitado, en el cual brillaban los dos ojos negros como quemaduras, excitados por el viaje —apenas salía de Breda— y ante la perspectiva de colaborar de nuevo en una de las investigaciones de Cupido.

Después del viaje a Mulhouse, el detective no podía permitirse no ser precavido y le había reservado alojamiento en un hotel discreto, alejado del Reina Cristina, para que nadie pudiera relacionarlos. Fue a verlo y, cuando

subió a su habitación, el Alkalino ya había pedido una botella de vino y había consumido un tercio. Sirvió dos copas y dio un trago a la suya.

—¡Qué bonita ciudad! —exclamó—. Me habría gustado vivir en ella hace ocho siglos, cuando aquí convivían en paz las tres religiones. Pero ahora, cuando venía en el tren, no podía dejar de pensar en las víctimas de Atocha. ¿No andarás metido en algo relacionado con todo eso?

—No. Pero también es un asunto oscuro.

—Tendrás que contármelo desde el principio.

—Entonces siéntate, porque tendré que ir muy atrás.

Cupido comenzó a hablarle de una miliciana embarazada que huyó de la batalla de Breda en la Guerra Civil, y de un bebé robado, y de una nieta que, a pesar de tener una herida en un brazo, había venido desde Francia sesenta y seis años después para encargarle un trabajo: que buscara a aquel niño, porque ese había sido el último deseo de su abuela.

—Entonces, toda esa historia está relacionada con la foto de tu abuelo conduciendo un camión con milicianos... La foto que tu madre me pidió que la ayudara a buscar.

—Sí.

—¿Y lo has encontrado?

—Sí.

—¿Después de sesenta y seis años?

—Sí, pero él no quiere saber nada de esas viejas historias. Es un hombre rico a quien ahora, a su vez, le han matado a una hija en un decorado de la Inquisición —dijo, y le contó los detalles de la muerte.

—Parece un crimen gótico —comentó el Alkalino sirviéndose una nueva copa—. La gente ya no muere así.

El detective añadió que, para su sorpresa, Garcilaso lo había contratado para aclarar esa muerte, que luego había provocado otras dos: la de Gérard y la de Roberto Valera Gaitán. También le habló con detalle de Lula y del robo del millón de euros, posiblemente fruto del blanqueo de capitales.

—¿Dinero negro? ¿Aquí, en Toledo?

—Sí, aquí y en todas partes. Este país se ha vuelto loco con el nuevo siglo y ha entrado en una vorágine de construcción de miles de viviendas que no se sabe quiénes van a habitar, empujados por promotores a su vez engordados por la levadura de miles de pequeños especuladores no menos codiciosos. Ladrillo por todas partes, en obras públicas y privadas, y consumo masivo. ¿Y crees que se declara y se tributa por todo lo que compran las avalanchas de turistas, por todo el dinero que bombean en nuestra privilegiada primera

industria nacional? ¿Crees que emiten factura los pisos turísticos clandestinos? ¿O todas las tiendas de *souvenirs*, todos los talleres, todos los bares y restaurantes que sirven paellas, gazpachos y carcamusas? Y eso por no hablar de los negocios ilegales, de los prostíbulos o de la venta de droga, que no mueven menos dinero que los *souvenirs*.

—Lo sé, lo sé. Acabo de pasar por una peluquería que no da tiques. Este país es un asco. Cuando nos va mal, nos va peor que a nadie, nos hundimos hasta el fondo; y en las pocas ocasiones en que nos va bien, como ahora, nos convertimos en tramposos, en pirañas que van pegando pequeños mordiscos al cuerpo de lo público.

—Todo se ha vuelto un mercado. ¿O es que no has visto la catedral, oprimida por todos esos pegotes adheridos como lapas?

—Lo sé —repitió.

—Entonces también sabrás que han aparecido bribones que limpian ese dinero que llena las cajas registradoras. Posiblemente sea un negocio cuya magnitud no sepamos hasta que algún día, si todo se destapa, veamos cuántos ceros alcanza. Déjame que te cuente una historia real.

Cupido quiso servirse otra copa, pero descubrió que la botella estaba vacía. Al ver su gesto, el Alkalino fue al mueble bar y preparó dos gin-tonics con una de las pequeñas botellas, como de juguete.

—Ocurrió hace algún tiempo —contó el detective—, pongamos que hace unos treinta años, cuando este país aún estaba encerrado en sus fronteras. Pongamos que un joven médico español, recién titulado con un expediente brillante, necesitaba cursar en Houston un máster muy exclusivo sobre las últimas y más innovadoras terapias contra el cáncer. El curso era muy caro y había que pagar en dólares. Y por entonces no era fácil cambiar divisas ni sacar dinero del país, los trámites eran largos y engorrosos. Pero un cura emparentado con el joven médico le facilitó una entrevista con el superior de una congregación religiosa de sólido prestigio, extendida por todo el mundo. El procedimiento fue muy sencillo: él entregó el dinero en pesetas a la congregación en España, más un...

—Recargo —lo interrumpió el Alkalino.

—Supongo que ellos lo llamarían limosna... Y a cambio recibió un pagaré con el que se fue a Houston, sin correr ningún riesgo ante los desagradables guardias de aduanas. Presentó el documento, del que ya tenían allí noticia, cobró el dinero en dólares y pudo cursar su máster.

—Y tú quieres que yo actúe ahora como aquel médico.

—Algo parecido, pero con distinto final.

El Alkalino alzó su copa hasta los labios, pero apenas bebió. Ya no lo necesitaba, había alcanzado su nivel de beatitud, como él lo llamaba. Había desangrado la botella, en el estómago sentía el fuego cálido del vino y el alcohol corría ligero por sus venas bien lubricadas. Cupido sintió de nuevo preocupación y el Alkalino adivinó su pensamiento, porque suspiró:

—Algún día lo dejaré.

—Sí —dijo Cupido.

—Pero ahora no te preocupes, mañana estaré bien.

—¡Seguro que sí! De otro modo correrías el riesgo de perder todo el dinero que llevarás encima.

—¿Será mucho?

—Trescientos mil euros.

—¡¿Trescientos mil euros?! —repitió, y de nuevo bebió como si la boca se le hubiera secado de repente—. Nunca imaginé que un día tendría una fortuna así en mis manos. ¿Quién me acompañará?

—Irás tú solo.

—¿Y no has pensado que podría salir corriendo con el botín? —preguntó, con una chispa maliciosa brillando en sus pupilas.

—No sabrías cómo gastártelo, tú eres como un fraile. No he conocido a nadie tan austero como tú..., excepto con eso —señaló la copa.

—No me quedan otros placeres que el alcohol y algún libro. Los dos se llevan bien y a veces uno mejora al otro. Ya sé que tú apenas pruebas el primero, por esa afición absurda del deporte. Pero no te vendría mal abrir de cuando en cuando un libro.

—Ya te oigo a ti hablar de ellos. Y espero que te hayan ayudado a ser tan convincente que ahora nadie dude cuando te oigan hablar.

—¿Acaso no llevas años comprobándolo? No es hablar bien lo que me preocupa.

—¿Qué es, entonces?

—No se creerán que yo tengo tanto dinero. ¿Cuándo he llevado encima más que unas pocas monedas? Lo notarán, me pondré a sudar, me temblarán las manos, verán que no sé contar billetes. Para eso se necesita mucha práctica.

—No será necesario que lo hagas tú mismo. En cuanto abras el maletín te lo quitarán de las manos y te parecerán tahúres.

—De acuerdo, de acuerdo, entregaré el dinero a quien me digas —pareció tranquilizarse—. ¿Y cómo lo recuperaréis luego?

—El maletín llevará dentro un capullo, y del capullo saldrá una luciérnaga que nos conducirá hasta él.

—¿Cómo?

—Un localizador con una señal de GPS. No te preocupes por eso. Milagros de la tecnología.

—Se me ocurren dos preguntas más.

—¿La primera?

—¿Quién seré yo?

—Serás un terrateniente que ha recibido una fortuna en negro por unos terrenos del extrarradio recalificados como urbanizables. No sabes cómo legalizar el dinero y quieres sacarlo del país. Pero no darás demasiados datos, en este negocio se valora la discreción. Dentro de una hora llamarás por teléfono, ahora te diré las claves del contacto. Irás avalado por uno de sus anteriores clientes, que murió y no podrá negar que te conoce. ¿Cuál es la segunda pregunta?

—¿Quiénes serán ellos?

—Gente peligrosa bajo una apariencia amable. Ya han matado tres veces —dijo con gravedad.

—¿Son más de uno?

—Son dos. El primero se llama Antonio Trueba, uno de esos exmilitares que, antes de acudir a una cita, pegan unos tiros al aire para que todos noten que va oliendo a pólvora, aunque bajo esa apariencia algo tosca esconde astucia y determinación. Pero para fortuna nuestra, es más ambicioso que listo y enseguida te aceptará el dinero. Un tipo de carácter.

—¿De carácter, dices? Siempre que oigo hablar de tipos de carácter pienso en tipos de mal carácter.

—Digamos que es la mano ejecutiva. Pero él solo no habría podido llegar muy lejos y se asoció con Lydia Garcilaso, que aporta las relaciones con gente de fortuna y el prestigio del apellido familiar. Ya te puedes imaginar: «Si lo hace un Garcilaso, seguro que ofrece garantías». El viejo dinero de siempre unido al nuevo dinero de la especulación. Creemos que es ella quien le ha dado al negocio la dimensión que ahora tiene, la que lo ha ampliado desde los gremios de comerciantes a las corruptelas políticas y a las rancias fortunas del cogollo con apellidos en dos entregas.

—Se me ocurre una tercera pregunta.

—¿Qué?

—Si sabes todo eso, ¿por qué no vas directamente ante un juez y se lo cuentas?

—¿Crees que no lo he pensado? Pero no puedo demostrarlo, y la justicia no actúa sin pruebas, ya está bastante saturada con los delitos evidentes. ¿Crees que alguien le haría caso a un detective privado que llegara contándoles el robo de un supuesto dinero negro manejado por dignos representantes de la sociedad local? ¡No! Demasiado complicado. No podríamos hacer nada contra ellos y solo los alertaríamos para que blindaran su defensa. Llamaremos a un juez después de que tú hayas entregado ese dinero para que vaya a buscarlo. Y no podrán declarar que una cantidad así proviene de limosnas.

—¿Y entonces sí te harán caso?

—Sí, porque tendremos el apoyo de Alejandro Garcilaso. Se resiste a creerlo y él también quiere pruebas. Pero si aceptan el dinero, él mismo se encargará de llamar a los jueces. —Cupido bebió un trago de su copa y añadió —: Hay, además, algo personal.

—Qué.

—No fui precavido y no me di cuenta de que Lydia Garcilaso y Antonio Trueba me hablaban del robo para inducirme a investigarlo. Y fui tan imbécil que yo mismo los conduje hasta el escondite de Robe, en Francia. Yo también soy responsable de su muerte y de la del otro chico. Siempre cargaré con la culpa por ese error, pero al menos quiero que paguen —dijo con brevedad, incapaz de comunicar su rabiosa determinación—. No dejaré el asunto en otras manos, pero tú no estás obligado a nada.

—Quiero hacerlo —murmuró el Alkalino.

—¿Estás seguro? —insistió—. Soy consciente de que, al pedirte que coloques una bomba, corres el riesgo de que te estalle en las manos.

—La manejaré con sumo cuidado, no tocaré ningún cable. Y ese día no me temblará el pulso —añadió.

—¿Estás seguro? —repitió todavía.

—Lo estoy.

Desde hacía muchos años, Cupido sentía un profundo afecto por el Alkalino, pero hasta ese momento no supo que también sentía admiración.

—Quiero que tengas mucho cuidado.

—Lo tendré, no te preocupes.

—Entonces, empezamos. Aparta esa copa, bebe dos vasos de agua y llama a este número para pedir una cita. Solo tienes que ser convincente, de lo demás nos encargaremos nosotros.

Horas después de su llamada de teléfono, ellos volvieron a llamarlo y lo citaron para un encuentro personal al día siguiente, al que acudió bien afeitado, con los zapatos lustrados y vestido con americana, pero tuvieron que prescindir del traje completo, porque algo indefinible provocaba en él una sensación de impostura. Lo que sí le pegaba era un usado maletín de cuero, con dos correas, que Cupido había encontrado en una tienda de segunda mano. El hombre que lo esperaba era Antonio Trueba.

Tras algunas otras preguntas cautelosas, resueltas con los datos proporcionados por Lula sobre cantidades y nombres que nadie más podía saber, que garantizaban su coartada, habían acordado la entrega para dos días más tarde.

El Alkalino llamó a la puerta de la oficina de la Orden y tras ella apareció un hombre bajo y fornido, de aspecto tártaro, con los ojos comprimidos entre la frente y los duros pómulos. Antes de dejarle pasar, miró el maletín que aferraba con la mano derecha.

—Tengo una cita a las doce.

—Pase —respondió, y cerró tras él.

En el centro de la habitación había una gran mesa de reuniones, pero el hombre le indicó una puerta que daba acceso a un despacho con una ventana fuertemente enrejada por donde entraban los reflejos verdes de los árboles y los arbustos de un patio interior. Los muros de ambas habitaciones eran muy gruesos; y los techos, bajos y abovedados. De los fluorescentes caía una luz peluda, lo que provocaba una sensación de sótano, de madriguera de truhanes: un lugar adecuado para los negocios sucios, que ignorarían los demás miembros de la Orden, utilizada como una magnífica fachada. Tras la mesa lo esperaba, de pie, Antonio Trueba.

—Estábamos esperándolo. ¿Lo ha traído?

—Sí.

—Perfecto.

El Alkalino notó un temblor en los dedos cuando puso sobre la mesa el maletín, con el asa húmeda por el sudor de su mano, pero le resultaba demasiado brusco abrirlo y mostrar los fajos de billetes que habían desorganizado, mezclando valores y grosor, para que no recordaran a los que les habían robado. Sintió la necesidad de un trago que lubricara la transacción, quizá uno de aquellos licores dulzones y engañosamente suaves que destilaban en los conventos.

—¿Quiere tomar algo? ¿Un whisky?

—No se lo rechazaré. Con este calor... —dijo, aunque dentro la temperatura era fresca.

El tártaro se acercó a una mesa ratona con botellas, echó hielo en dos vasos y sirvió las bebidas. El ruido del cristal al chocar contra el cuello de la botella, el lastimero gorgoteo del whisky, el tintineo y el crujido de los hielos le secaron la boca. El Alkalino dio un trago largo, como si fuera una medicina, disimulando la sed, y cerró los ojos unos segundos mientras notaba cómo caía y giraba entre las paredes de su estómago.

—¿Mejor? —preguntó Trueba.

—Sí, gracias.

—Un poco más —le ofreció, y el empleado le rellenó el vaso antes de salir de la habitación y cerrar la puerta.

—Bien, bien —dijo el Alkalino tras un nuevo sorbo. El whisky ya subía hacia su cerebro y entre las circunvoluciones de sus neuronas empezaban a estallar diminutos fuegos artificiales y a correr culebrillas de pólvora.

—¿Lo trae todo? —Trueba señaló el maletín con un índice autoritario.

—Sí. Como hablamos.

Abrió las dos hebillas y aparecieron los billetes en montones irregulares sujetos con gomas. Sobre ellos brillaba una pequeña figura plateada, como un colgante religioso, de un hombre atado por los brazos a una cruz, que Trueba cogió para observarla con curiosidad. El Alkalino lo miró expectante: cualquiera de las dos opciones, el rechazo o la aceptación, era probable.

—¿Y esto?

—San Dimas. Es una antigua joya familiar, nuestro amuleto. Siempre nos da suerte y fortuna en todo lo que hacemos. Con él, todo nos sale bien. Lo recuperaré con el dinero.

—No hay problema —dijo, y la dejó en el maletín sin mayor interés.

—Trescientos mil. Tardarán un tiempo en contarlos.

—No tenemos prisa —dijo Trueba, que comenzó a apilar los billetes de igual valor, con una sorprendente habilidad en sus dedos largos y codiciosos, antes de pasarlos por una máquina que los contaba. Al cabo de un tiempo, atrajo hacia sí el maletín y metió dentro el dinero y la pequeña figura religiosa—. Todo bien. Creo que podemos echar otro trago.

—¿Hacen esto a menudo? —preguntó el Alkalino levantando el vaso como si fuera a brindar—. Supongo que hay más gente en mis circunstancias.

—¡Mucha! Y todos salen satisfechos, puede estar tranquilo: empresarios, políticos, banqueros... ¡Hasta los herederos de alguien que se enriqueció por padecer el síndrome de Diógenes! —Sonrió—. Sobre todo desde el cambio de

Gobierno tras los atentados. Han trabajado duro durante mucho tiempo para reunir su dinero y no quieren que un ministro los desplume a base de impuestos.

—Así es el mundo: quienes ganan dinero lo esconden para que no se lo lleven otros, sea en un atraco o sea desde el Gobierno.

—Para eso nos tienen a nosotros.

—Supongo —dijo señalando el maletín— que lo guardarán en una caja de buen acero.

—Por supuesto. —Trueba se removió y provocó un chirrido del sillón—. En el pasado tuvimos una incidencia de ese tipo y hemos reforzado la seguridad.

—Toda precaución es poca —dijo el Alkalino. Debía de ser el whisky, porque había desaparecido su aprensión y sentía deseos de dar rienda suelta a la ironía.

Trueba abrió un cajón de la mesa y sacó un sobre blanco, del que extrajo un folio con el pagaré de los trescientos mil euros menos la comisión.

—Tenga. Solo es un papel, pero servirá para recuperar su dinero en el país acordado. No podemos firmar estos asuntos ante notario. —Sonrió de nuevo, con la cuperosis acentuada por el whisky—. Es una cuestión de confianza mutua.

—Confianza mutua —repitió el Alkalino introduciendo el pagaré en el sobre.

Por un segundo estuvo a punto de guardárselo en el bolsillo trasero del pantalón, pero recordó a tiempo que vestía americana.

A pesar de lo debilitado que le dejaban los fármacos, no podía dormir pensando en la atroz muerte de Álex y se había levantado a tomar un Orfidal, pero no le había servido de mucho y había pasado las horas insomne, con los ojos abiertos, que venían a picotear los cuervos. Padecía cierto ahogo cuando se tumbaba en la cama, envuelto en su nuevo olor corporal, que no identificaba con nada conocido, y a veces notaba en la boca un sabor a hierro y a pegamento. Pero al menos no sentía dolor, en ese aspecto el cáncer se estaba portando con él de forma piadosa.

Mientras esperaba a que se abriera el calabozo de las tinieblas y pudiera entrevistarse con el detective, no podía negar que había hecho un buen trabajo, a pesar del desdén con que lo había tratado cuando llegó acompañado de aquella chica francesa que sostenía que él era, en realidad, un niño robado durante la Guerra Civil.

La eficacia del detective al resolver la muerte de Álex le había hecho pensar de nuevo en la chica. ¿Qué habría sido de ella? El detective no había vuelto a mencionarla, y él no le había preguntado, temeroso de lo que pudiera desencadenar su respuesta. Si fuera cierto lo que ella decía, ¡cuánto dolor habría soportado aquella mujer al perder a su hijo! Solo ahora, tras haber perdido a Álex, había llegado a comprenderlo.

Él había vivido en un ambiente donde nunca se hablaba de aquellos temas. Ellos habían ganado la guerra ¡y ya está!, no se cuestionaba la victoria. Sus héroes, con Moscardó a la cabeza, y sus lugares simbólicos, con el Alcázar en lo alto, para él nunca habían sido un problema, aunque tampoco un orgullo. Y cuando aparecían recuerdos y detalles que se oponían a las versiones familiares de la historia, no llegaba a cuestionarlas.

Uno de esos recuerdos estaba asociado a la piscina militar donde se bañaba de niño, con siete u ocho años. El médico de la familia le había detectado cierta debilidad muscular y había aconsejado reforzar la alimentación y practicar algún deporte. Eran los años del terror a la polio y su madre lo obligó a comer los mejores productos del mercado y a nadar. Y como recelaba de las aguas del Tajo, había movido sus influencias para que le

permitieran usar la piscina de los militares. De aquel tiempo recordaba las clases de natación y la ortopedia.

En la piscina solo había unos vestuarios y tenía que cambiarse junto a los adultos, entre los cuales abundaban los militares mutilados que no podían practicar otro deporte. Algunos llevaban acopladas en los muñones de brazos y piernas unas prótesis rosadas que le recordaban los exvotos de las iglesias y que contemplaba con una mezcla de miedo y repulsión, mientras a su alrededor, en cambio, solo oía frases de elogio y admiración hacia sus heroicos propietarios. Se desprendían de ellas para entrar en el agua y las dejaban colgando en una fila de perchas, con el color carne del plástico destacando sobre los azulejos blancos.

Una tarde, después del baño, uno de los mutilados, un alto mando a quien los demás trataban con un especial respeto, estaba sentado en una de las banquetas y le pidió que le acercara la pierna que colgaba de su percha, pues no había ningún ordenanza cerca y con el suelo resbaladizo le resultaba arriesgado desplazarse. Disimulando la grima, se la llevó obediente, y luego observó cómo el militar se la encajaba en el muñón, bajo la rodilla, con unas correas de cuero.

Hasta muchos años después no comprendió que aquellas tardes en la piscina militar habían sido el mejor antídoto contra la épica, que lo habían curado de todo el fanatismo ideológico que respiraba su entorno y que lo habían distanciado por igual de vencedores y vencidos en una antigua guerra que desde entonces no podía dejar de asociar a las prótesis, una contienda carente de toda grandeza y de toda mitología. Para el niño de entonces era muy difícil considerar héroes a mutilados que chapoteaban torpemente en el agua y que salían arrastrándose de la piscina. Un héroe, o era perfecto, o había muerto en combate, como Aquiles.

Mientras esperaba a Cupido en su despacho, encendió el ordenador para buscar una fotografía de Álex, pues no tenía ninguna imagen suya en papel. Tuvo que conformarse con imprimir la foto que ella había utilizado para el catálogo de la exposición. ¿Qué podía hacer con ella? ¿Enmarcarla y colocarla en la estantería, o sobre la mesa del despacho, como esos ejecutivos que exhiben su fortaleza familiar como una metáfora de su fortaleza profesional? ¿O buscar a un pintor para que hiciese una copia al óleo, como hizo el Greco con aquel cardenal después de muerto, según le había contado el anciano profesor? Pero enseguida desistió de esa idea, convencido de que

ningún cuadro podría compensar la ausencia del modelo, aunque fuera uno de esos magníficos retratos en los que late el vivo corazón del retratado. Estaba solo, y a partir de ese momento, sin Álex, pero también sin Lydia, viviría rodeado de fantasmas. Fantasmas en el presente, culpa en el pasado, soledad en el futuro.

Con los ojos ya secos miraba la calle, donde se cruzaban los primeros turistas con las furgonetas de reparto, cuando llamaron a la puerta. Era Lula para avisarle de que había llegado el detective.

—Que pase —dijo volviendo a su mesa.

Contra lo que pensaba, no se sentía incómodo ante su visita, sorprendido por la facilidad con que se había ganado su confianza, aunque en un principio lo había contratado como un último recurso. A pesar de aquel oficio que lo obligaba a chapotear en la basura, nunca le había oído un comentario cínico, una pregunta malintencionada.

—Así que, al final, todo sucedió como usted predijo.

—Al menos, en esta ocasión no me equivoqué. Como suponíamos, funcionó el cebo. No solo habían perdido mucho dinero y necesitaban recuperarse para hacer frente a las deudas. También se trataba de su reputación. Entre el dinero camuflamos un localizador en la figurilla religiosa... y todo lo demás fue sencillo.

—Un san Dimas, ¿no? El santo de los ladrones.

—La policía no tuvo más que seguir la señal, que los condujo hasta el escondite como una luciérnaga. Luego, ya sabe, ocurrió lo habitual entre los socios cuando un asunto así fracasa. Todos quieren librarse y pronto uno cree que el otro lo ha traicionado, puesto que nada ha salido de su boca. Trueba resistió hasta el segundo día, cuando le dijeron que Lydia negaba cualquier participación en el negocio y lo culpaba a él de todo.

—Lydia —dijo en voz baja, como si hablara consigo mismo—. Una Garcilaso. ¿Por qué lo hizo?

—No soy el más adecuado para responder a esa pregunta.

—Me interesa su opinión —insistió Garcilaso, que había comprobado que Cupido no se limitaba a documentar simplemente los hechos: quién va, quién viene, adónde y a qué hora—. A menudo se ve mejor desde fuera lo que no advertimos desde dentro.

—A veces ni siquiera hay un motivo claro para hacer el daño que hacemos, simplemente nos dejamos llevar por un impulso —dijo al fin—. Primero pegamos el tiro y luego inventamos motivos para justificarnos.

Garcilaso negó con la cabeza.

—Lydia tenía aquí todo lo que necesitaba: libertad para gestionar la Fundación a su manera, dinero y seguridad de que todo sería suyo, porque Charlie es una calamidad... Y si hubiera necesitado algo más, sabía que solo tenía que pedirlo. Nunca le negué nada.

—Quizá era eso.

—Qué.

—No tener que pedir nada a nadie, ser quien otorga, quien manda, estar en lo más alto de la pirámide.

—¿Y no podía haber esperado un poco más? Sabía que yo no tardaría en retirarme, que no me apetecía verlos ahí, a ella y a Charlie, esperando a que me muriera y maldiciendo por lo bajo la consabida longevidad de los avaros.

Cupido permaneció en silencio, sin saber qué añadir. Nunca había tenido talento para el consuelo. Pero Garcilaso tampoco esperaba nada de él, porque continuó:

—Podría entender lo del dinero. Lydia siempre ha sido codiciosa. ¡Pero matar! Matar a Álex, a su prima, aunque fuera una prima peculiar... Estos días me he preguntado muchas veces si yo no soy también responsable de su muerte. Si no hubiera cedido hace cuarenta años a la presión familiar y la hubiera reconocido como mi hija desde que nació y la hubiera tratado como tal, ¿se habrían atrevido a tocarle un pelo de la ropa? Me pregunto si no la atacaron precisamente porque yo mismo le había negado mi amparo. Yo permití que a su madre le impidieran bautizarla como a una Garcilaso.

—Probablemente no habría cambiado nada. Eso no los habría detenido —mintió Cupido.

—Sabía que las dos eran muy distintas, incompatibles —continuó—, que no encajaban en nada, que incluso se odiaban, pero no calculé bien el poder de Lydia para hacer daño.

—Después de la muerte de Álex ya no podían detenerse.

—¡Pero cuesta tanto imaginarla participando en algo así! ¡Qué bien lo habían disimulado, con qué precisión para que nadie sospechara! Trueba había sido militar, y de un militar se puede esperar una..., si no práctica, sí cierta familiaridad con la muerte. ¡Pero Lydia! Hablábamos todos los días, comíamos juntos a menudo... ¿Cómo iba a sospechar lo que ocultaba? —se preguntó, fatigado por tantas palabras—. Cuando usted me llamó hace unos días para contarme lo que estaba ocurriendo y que Lula guardaba el dinero y necesitaban mi colaboración, en lo primero que pensé fue en llamar a la policía para que lo detuvieran por infamias.

—Era Trueba quien se encargaba de los asuntos... ejecutivos. —Cupido intentó alejarlo del tema, suavizar su remordimiento—. Él y ese ayudante, el tártaro.

—Pero Lydia lo sabía y lo aprobaba. No tiene ninguna excusa. —Hizo un esfuerzo para levantarse del sillón, pero debieron de fallarle las fuerzas, porque se dejó caer de nuevo en el asiento con un chasquido de las rodillas—. ¿Así que ya están formalmente acusados?

—Y la jueza les ha negado la condicional para que no puedan destruir pruebas... Y a propósito, los inspectores de Hacienda están encantados. Van a ir hasta el fondo, para que sirva de advertencia a otras redes como esta.

—¿Cuánto tiempo cree que los tendrán encerrados?

—Son tres asesinatos. Muchos años.

—¿Cuántos? —insistió—. Usted entiende de eso.

—A Lydia tal vez menos, si no participó directamente. Parece que jamás aprobó la muerte de Robe y que discutieron entre ellos. No sé, quizá veinte —especuló, imaginándola en una celda, el bronce de su cabellera convirtiéndose en óxido—. Con buen comportamiento, a los diez o doce ya podrá salir con algunas limitaciones.

—Para entonces yo estaré muerto —dijo con serenidad—. Este es el fin de la Fundación. ¡Cinco siglos! —Esbozó una sonrisa triste, quebradiza—. Porque Charlie... Charlie cogería la recaudación de las visitas y se la fumaría. ¿Quiere creer que ni siquiera siento rabia? Mi decepción es tan profunda que apaga la ira por todo el daño que han hecho. Nunca imaginé que alguien de mi sangre...

—No es su sangre —replicó Cupido, como si hubiera estado esperando ese momento; y enseguida corrigió—: Usted no es de su sangre.

—¿Otra vez ese viejo asunto? —preguntó, pero lo miró sin reproche.

—Sí, y no desaparecerá por ignorarlo. Hay documentos.

Garcilaso lo miró como si temiera sus palabras y al mismo tiempo deseaba escucharlas, pero al fin se decidió:

—No sé qué habría hecho sin su ayuda, estoy en deuda con usted. Creo que ahora podré escuchar esa historia.

Cupido le contó todo lo que había descubierto sobre él dos meses antes.

—¿Cómo sé que todo eso es cierto? ¿Acaso queda algo de aquello?

—Sí —respondió.

Sacó de la cartera una copia de la pequeña foto con los bordes ondulados donde se veía a Marta junto a un miliciano y, detrás, el camión, el viejo DAF de su abuelo.

—¿Tiene una fotografía? —se anticipó a preguntar, antes de que se la mostrara—. ¿Una foto suya?

—Sí.

Garcilaso la observó durante un largo minuto, sosteniéndola con dedos temblorosos.

—¿Es ella? —susurró.

—Sí.

—Y él, ¿es mi padre?

—Lo es.

—¿Puedo quedármela? —preguntó al cabo de unos segundos de silencio.

—Claro. Además de los documentos, hay un anciano que lo recuerda todo. Y en su entorno tal vez haya alguien, algún testigo vinculado a su familia y que pueda corroborarlo.

—Y que aún viva —dijo, escéptico.

—Ya sé que han pasado muchos años...

—Sesenta y seis... Toda mi vida.

—Pero los Garcilaso siempre han sido gente notable. Usted lo dijo cuando murió Álex, que toda la ciudad estaba haciendo de detective. Alguien debe de recordarlo, un médico, un sacerdote, un criado... Alguien que a usted no le mentiría.

Garcilaso se quedó en silencio, pensando.

—Hay una enfermera que ayudó en mi nacimiento. Mis padres le tenían mucho aprecio.

—¿Y aún vive?

—Sí. Se llama Sofía Tello. Todas las navidades sigue enviando una postal, prueba de que no ha perdido la memoria.

Sofía Tello. El nombre le recordaba algo, ¿dónde lo había oído? ¿Dónde lo había oído? ¡Sí, claro! En el viejo libro de registro de nacimientos de Ciempozuelos. Era el nombre de la enfermera que atendía los partos en el hospital militar, recordó Cupido.

—¿Cómo puedo localizarla?

—Vive en una residencia, creo recordar que en Aranjuez. Su dirección debe de estar en alguna agenda de la familia. ¿Quiere hablar con ella?

—Creo que es usted quien debería hacerlo.

Garcilaso se quedó de nuevo pensativo, apagando la vehemencia del detective, antes de murmurar con voz fatigada:

—Siempre fui un niño feliz. Y un niño feliz no duda de sus padres. No, jamás se me pasó por la cabeza que no fuera quien creía ser.

Marthe había dicho que toda verdad tiene su momento, recordó Cupido, y que revelada fuera del contexto adecuado puede parecer una mentira. Pero, por una vez, la verdad sobre Alejandro Garcilaso tenía ahora una segunda oportunidad y encontraba otro momento propicio, aunque viniera precedido por tres muertes.

—Iremos los dos a hablar con ella —decidió Garcilaso al fin—. Así usted podrá decir todo eso que sabe y acabar de una vez por todas con cualquier duda. Si ella lo niega, no le daré otra oportunidad. Volveremos aquí, le pasará a Lula la nota de sus honorarios y tendrá el dinero ingresado al día siguiente. Si es al contrario, bueno, no sé qué haré. Pero ya no me puedo permitir más errores. No tendría tiempo para corregirlos.

—De acuerdo, iremos los dos. Y a propósito de Lula, un último favor.

—Sí.

—Le gustaría incinerar a Robe. No soporta que su cadáver esté por ahí dando vueltas, sin nadie que lo reclame para ocuparse de él. ¿Podría ayudarla?

—Lo intentaré.

—Es una chica lista y, después de todo lo ocurrido, siempre le será leal. Está muy agradecida con usted.

—Mientras continúe la Fundación, habrá un sitio para ella. Y ahora —dijo levantándose de la silla—, vaya a prepararse. Esta tarde iremos a hacer esa visita.

El chófer aparcó ante la verja y levantó el trinquete del freno. Garcilaso y el detective bajaron del coche y contemplaron durante unos segundos la residencia, el adormilado edificio decimonónico que el aire del nuevo siglo había vaciado como seminario para reconvertirlo en un geriátrico, gestionado por una orden de monjas.

Cupido llamó al timbre y, sin que nadie les preguntara, se abrió el pestillo. La cancela emitió un agrio chirrido y avanzaron por un camino de cemento que dejaba a los lados grandes espacios ajardinados por donde paseaban los residentes, a pie, con movimientos reumáticos, o apoyándose en andadores, o en sillas de ruedas empujadas por familiares, o descansaban en bancos, en los redondos tapetes de sombra bajo los fornidos plátanos.

Cupido recordó La Misericordia: todos aquellos lugares eran iguales, todos tenían el mismo aire de fatiga y de desesperanza, el mismo olor a orines y a desinfectante. En recepción, una monja tocada con griñón les dijo que Sofía Tello acababa de salir al jardín y un asistente los acompañó hasta ella: estaba en una silla de ruedas, sola, rebozada en la sombraluz de los plátanos, y dirigió la mirada hacia ellos cuando oyó sus pasos.

—Llevo esperándolos desde que esta mañana me avisaron de que usted vendría a verme —le dijo a Garcilaso.

—Tenemos que hablar.

—Lo estaba esperando —repitió extendiendo las manos hacia él, que las apretó entre las suyas—. Llevo sesenta y seis años esperando.

Garcilaso presentó a Cupido como la persona que había propiciado aquel encuentro, pero el detective dijo:

—Daré una vuelta por ahí. Este es un edificio grande y tardaré mucho tiempo en recorrerlo.

Se sentó a una mesa de la cafetería, donde no lo vieran ni se preocuparan por el tiempo que tuviera que esperar. Necesitarían un buen rato para desenterrar los truenos antiguos, para hablar de nacimientos y de muertes. Pidió un café con hielo, abrió el periódico y se distrajo con las noticias de un nuevo récord en la concesión de hipotecas, del inminente comienzo del Tour

de Francia, que Lance Armstrong intentaría ganar por sexta vez, de la detención de un guarda forestal que había violado y asesinado a seis niños en Francia y en Bélgica.

Y al cabo de dos horas sonó el móvil y Cupido volvió a donde estaban. Garcilaso lo esperaba en el jardín y señaló a la anciana, al fondo.

—¿Ha ido todo bien? —le preguntó.

—Sí. Esperaba solo recuerdos, pero también ha habido confesión —dijo con voz estremecida.

—Me alegro mucho.

—Al final, usted también acertó en esto. Como en aquella antigua tragedia, se ha confirmado la predicción del oráculo, pero no para provocar mi ceguera, sino para traer la luz y explicar la cicatriz de mis tobillos. Y ahora ella quiere hablar con usted.

Cupido comenzó a caminar hacia la anciana, pero Garcilaso lo detuvo para preguntarle:

—¿Sigue en contacto con... mi sobrina?

—Sí. Pero ella volvió a Francia.

—Me gustaría mucho verla.

—También a ella la haría feliz.

—¿Puede llamarla?

—Creo que sería mejor que lo hiciera usted mismo.

Copió en un papel su número de teléfono y se lo pasó.

—La llamaré. Ahora vaya con ella. —Garcilaso señaló hacia atrás—. Tiene algo que decirle.

Cupido se acercó a la anciana, y ella, sin saludarlo, le pidió:

—¿Puede mover la silla, por favor? Que el sol me dé en las piernas: el calor es lo único que me calma el dolor.

—¿Aquí?

—Sí, gracias, está bien. ¿Así que ha sido usted, con su empeño, quien ha resucitado todo esto?

—Solo hice el trabajo que me pidieron.

—Don Alejandro me ha dicho que se lo pidió la nieta de Marta Medina —murmuró—. Debe de ser una chica valiente. Como su abuela.

—Lo es, pero la iniciativa no partió de ella. Salió de la propia Marta. Antes de morir, solo tenía un deseo: encontrar al hijo que le robaron.

—¿Robaron?

—Llámelo como quiera: que le robaron, o que entregó, o que la obligaron a entregar. Lo único importante es que lo perdió. Y una pérdida así, por más

años que pasen, nunca se olvida y siempre duele.

—Don Alejandro dice que es usted de Breda.

—Sí.

—De donde ella huyó.

Cupido sacó de la cartera una copia de la vieja foto de bordes ondulados donde aparecía Marta Medina, muy joven, sonriendo feliz junto a un miliciano.

Con dedos temblorosos, Sofía Tello se la acercó a los ojos y una sonrisa provocó en el viejo rostro un remolino de arrugas.

—Es como si la estuviera viendo cuando llegó embarazada al hospital. Hubo otras chicas como ella, pero a Marta es imposible olvidarla.

—¿Por qué?

—Ella era diferente —dijo, hablando en voz tan baja que Cupido tuvo que inclinarse hacia delante—. Allí acudían las chicas voluntariamente para que las ayudáramos a resolver su problema: criadas embarazadas del dueño de la casa, prostitutas, alguna mujer casada cuyas cuentas no cuadraban con las ausencias del marido en el frente, muchachas alegres demasiado inclinadas a las mundanerías..., cuando no alguna adolescente violada por su propio padre alcohólico. ¡Muchas morían cuando ellas mismas trataban de abortar con métodos salvajes! Y otras llegaban desangrándose, con el mortinato aún dentro de su vientre. ¿Imagina cómo habría sido aquello sin nosotras para ofrecerles unas mínimas condiciones de higiene, para curar heridas, para secarles el sudor de la frente? —preguntó, casi con jactancia—. Venían a nosotras, las atendíamos en el parto y se iban...

—Se iban sin sus hijos —la interrumpió Cupido.

—Nunca volvíamos a verlas, ese era el trato —dijo, como si no hubiera oído su comentario.

—Pero Marta Medina no acudió al hospital para librarse de un problema, sino para que la ayudaran a resolverlo. Y no lo hicieron.

—Usted es joven, no sabe cómo eran aquellos tiempos.

—Pero sé cómo era ella —dijo al cabo de unos segundos.

—Entonces no había otra forma de actuar.

—¿No la había? —preguntó Cupido con dureza.

—¡No, no la había! No en aquellos tiempos de guerra, con la milicianada marxista a pocos kilómetros. ¡Tendría que haber visto la saña con que incendiaban las iglesias! ¡Tendría que haber visto el odio de aquellos rompecruces!

—Los robos de niños no ocurrieron solo durante la guerra. Siguieron produciéndose durante décadas.

—¿Y qué había de malo? Eran bebés destinados a una vida de miseria y sufrimiento, de suciedad y martillazos, cuando no a la muerte, a que se deshicieran de ellos... Nosotros les dábamos una casa espaciosa, un hogar en el que no se conocía el hambre ni el frío, en el que serían queridos por quienes los adoptaban y donde recibirían todos los cuidados, todos los estudios... ¿Y eso era malo? A ellas les estorbaban sus hijos mientras había otra gente que los deseaba con desesperación... No hacíamos otra cosa que procurar el bien de todos.

—¿Alguna vez se lo preguntaban?

—¿Preguntarle a quién? ¿Qué?

—Si aceptaban dar a sus hijos en adopción.

—¡Claro que se lo preguntábamos!

—¿Les ofrecieron alguna vez una alternativa?

—¡No la había! —repitió casi con furia, elevando la voz—. Y de paso resolvíamos un problema social.

Cupido negó con tristeza.

—Así que, según usted, todo el mundo ganaba... menos las madres.

—También ellas. Ya le he dicho que no los querían.

—Permítame que lo dude. Marta Medina sí quiso al suyo.

Al mencionar a Marta, la anciana se quedó en silencio unos instantes, con su bien aprendido discurso coagulado dentro de su boca. Luego volvió a bajar la voz para alegar:

—Ya le he dicho que Marta era diferente... Y yo lo sabía, y por eso ni siquiera le dejé que viera a su hijo...

—Eso fue muy cruel.

Sofía Tello lo miró forzando sus borrosas pupilas. Quizá no veía bien, pero su cabeza funcionaba con toda lucidez cuando replicó:

—Usted es hombre y no puede entenderlo. Era la única manera de aliviar su sufrimiento, que no guardara ninguna imagen suya... Así podría olvidarlo más fácilmente... Era lo mejor en aquellas circunstancias. Su tío, con el que vivía, acababa de morir en un bombardeo y estaba sola con dos primos, más pequeños que ella. Al hospital solo la acompañaba un adolescente.

—Lo sé, he hablado con él. Y él me dio la clave para desvelar adónde fue a parar aquel niño. ¿Volvió a verlo alguna vez?

—Nunca. Los Garcilaso siempre me estuvieron agradecidos, y al terminar la guerra me ayudaron a encontrar trabajo en un hospital de Madrid. Cada

Navidad me llegaba un regalo suyo y yo les escribía una felicitación. Pero siempre desde lejos, sin vernos. Yo notaba que no querían que me acercara a ellos. Una vez, en un viaje a Toledo, les escribí una carta y les prepuse visitarlos, con la excusa de que pasaría por la ciudad. No me contestaron.

Y eso era todo, y ahora Garcilaso también lo sabía, pero el tiempo robado ya nadie podía devolvérselo. Cupido miró a la anciana en la silla de ruedas y no sintió nada por ella.

—¿Quién organizaba todo aquello? —le preguntó aún—. ¿Quién daba las órdenes?

—Aquel era un hospital castrense, pero los médicos militares se limitaban a hacer su trabajo. Había un sacerdote... No recuerdo su nombre —dijo, sin esforzarse en simular la mentira. Sofía Tello debió de adivinar qué estaba pensando el detective, porque añadió—: Solo queríamos ayudar. Yo no tuve hijos, pero sé lo que era el deseo de tenerlos, y vi la angustia de muchas mujeres por no poder quedarse encintas —dijo utilizando una palabra que parecía de entonces.

—Tal vez. Pero yo sí sé el daño que provocaron con sus ideas sobre redención social y religiosa.

—A veces el camino hacia el reino de Dios exige sacrificios —dijo, y como si advirtiera la incredulidad de Cupido, añadió con un gesto, como si lo apartara a un lado—: Usted no es creyente y trata de ocultar a Dios porque no puede soportar su presencia.

—No soy creyente —confirmó.

—¡Que Dios lo ayude! —dijo, como si lo compadeciera.

Se despidió de ella, consciente de la infinita distancia que separaba sus mundos. Estaba atardeciendo. Una rapaz grande, tal vez un águila, se mantenía inmóvil con las alas abiertas en el cielo, donde reinaba el silencio.

Y aquello era el final. Había resuelto el misterio de la muerte de la desdichada Alejandra, pero a costa de las de Gérard y de Roberto Valera. Su memoria sobrevoló media Europa hasta aquella ciudad francesa, junto a la frontera alemana, adonde él había conducido a sus verdugos. Él los había puesto tras su pista, les había dado a olisquear la pieza, como a jabalíes hozando en el barro para encontrar la trufa, y había provocado sus muertes. La de Gérard, arrojado al vacío. La de Robe, que había vivido al límite, lleno de pasión y de arrojo y de desesperada ambición, mucho más que él, un anodino detective privado que solo se permitía vivir, que no pertenecía a ningún lugar, a ninguna doctrina, a ninguna persona, sin la valentía necesaria para comprometerse con algo más allá de su trabajo.

Pero al menos aquel último asunto lo llenaba de consuelo. Y era tan intenso su alivio al dejar atrás aquellas antiguas historias de guerra y al poner en contacto a quienes nunca debían haber vivido separados, que creía llevar alas en los tobillos cuando caminaba hacia la salida, donde esperaba Garcilaso.

Epílogo
(2-6 de julio de 2004)

Desde el entierro, Marthe no había vuelto a tocar la viola, de modo que las notas del *Réquiem* de Schubert aún dormían en el alma del instrumento. Desde entonces, solo había tenido malas noticias. El viaje a España, con el que había intentado huir de sí misma —o encontrarse, no lo sabía bien—, también había terminado en fracaso y no había podido cumplir la última voluntad de su abuela.

Había vuelto al trabajo en el instituto para cerrar el curso, pero seguía atormentada con las dudas sobre el aborto, aunque una semana más tarde se cumpliría el plazo para tomar una decisión.

Abrió la funda, extrajo la viola y la afinó cuidadosamente antes de deslizar el arco por las cuerdas, primero despacio, como si la arrullara, y espoleándolo luego. Sonaba bien a pesar del abandono, alegre por el reencuentro, confabulada con sus dedos. Estaba pensando en alguna pieza clásica, animosa, que le contagiara su equilibrio, cuando sonó el móvil y en la pantalla apareció el nombre del detective español, que en todos los idiomas sonaba igual y significaba lo mismo.

—Creo que deberías venir a España —le dijo, y ella intuyó que por fin alguien le daba una buena noticia.

No supo cuánto tiempo estuvieron hablando hasta que el detective le contó todos los detalles de lo ocurrido desde su vuelta a París: las tres muertes y el viaje a Mulhouse.

—Entonces, ¿él quiere verme? —le preguntó, todavía incrédula.

—Te llamará por teléfono para pedírtelo.

El teléfono sonó media hora después.

—¿Marthe?

—Sí.

—Soy Alejandro Garcilaso. Me gustaría mucho hablar contigo.

Intentó disculparse por el áspero encuentro anterior, pero Marthe se lo impidió. Y cuando le propuso subir a Toulouse para conocerlos a todos, ella insistió en viajar a Toledo. Al fin y al cabo, la búsqueda había surgido de un encargo personal que le había hecho su abuela a ella y allí abajo podrían

hablar tranquilos, sin que intervinieran los demás con sus requerimientos. Ya tendría ocasión de conocerlos.

Al colgar, llamó a su padre y le dijo que volvía a España, que por fin había encontrado... ella a su tío y él a un hermanastro —¡qué difícil le resultaba utilizar aquel vocabulario!—. Era el día 2 de julio y habían comenzado las vacaciones, por lo que tenía libertad para viajar. Preparó el equipaje y a la mañana siguiente cogió en Orly un avión hacia Barajas.

—Háblame de ella —le pidió Garcilaso.

—Fue una mujer valiente a quien le tocó vivir una guerra horrible y luchar en las trincheras.

—Quieres decir en trincheras contrarias a aquellas en las que peleaba mi familia.

—Tu otra familia —dijo Marthe.

Garcilaso asintió, mirándola con agrado, sorprendido de aquel cambio: más limpia, más suelta, como si se hubiera descascarado de la pena que parecía oprimirla cuando la vio por primera vez entre las enormes fotografías de personajes con las manos vacías. Todavía sonreía con esfuerzo, como si llevara tiempo sin hacerlo y estuviera recuperando aquel gesto, pero hablaba más despacio y sin urgencias, lo miraba relajada y una confiada dulzura le colgaba de las pestañas. Ya no llevaba venda en el antebrazo y había cicatrizado la herida de la quemadura, fuera cual fuera su origen. Allí todavía se veía la piel más oscura, pero poco a poco también se regeneraría y se atenuaría la cicatriz.

—Cuéntame más cosas de ella.

—Se pasó los últimos años de su vida esperando encontrarte. Solo quería pedirte perdón.

—¿Pedirme perdón?

—Sí. Por haber permitido que te separaran de ella —dijo mostrándole de nuevo la carta en la que leyó: «Quiero que lo encuentres y le pidas que me perdone».

Garcilaso respiró despacio y tragó saliva para abrir su garganta.

—Cuéntame más cosas de mi madre.

—Nunca fingió ser lo que no era. Amó siempre a los suyos, y sobre todo amó a sus hijos.

—¿También a mí? —insistió.

Marthe no dudó:

—También a ti, aunque no pudo demostrártelo. Y eso supuso una tortura para ella durante toda su vida, sobre todo en los últimos años, cuando supo que comenzaba a perder la memoria y me pidió que viniera a buscarte.

—Siento no haberte escuchado aquel día y...

—A ti siempre te lo ocultaron, no podías ni imaginártelo —lo interrumpió—. Pero ahora ya podemos dejar atrás todas las historias antiguas y mirar solo hacia delante.

—¡Pero si te hubiera escuchado antes! La primera vez que hablamos me dijiste que si se oculta quiénes son los padres, se corre el riesgo de terminar matándolos. Puede que también valga eso para los hijos, y no dejo de pensar que Álex todavía estaría viva si yo me hubiera interesado más por ella. Cargaré el resto de mi vida con esa culpa.

Estuvieron hablando tres días, de Marta Medina y del pasado, y mientras hablaban, el pasado se iba calcificando y dejaba de sangrar; pero también de ellos dos, del cáncer y del niño que nacería seis meses más tarde. Marthe había tomado una decisión y ya no tenía ninguna prisa por volver a París: dentro de ella latía un segundo corazón y comenzaba a formarse el coral de sus huesos.

En alguna ocasión mencionaron a Cupido, que había regresado a Breda, y Garcilaso dijo de él:

—Creo que no se lo agradecí lo suficiente. Siento que le pagué una sola vez por dos trabajos distintos.

Pero el detective ya no tenía importancia y comenzaban a olvidarlo.

Una tarde fueron a visitar a Luis Medina, y Garcilaso lo reconoció y recordó aquella pregunta que le había hecho frente al retrato del cardenal Tavera: «¿Quién es cada uno de nosotros?».

Y luego llegó el momento de regresar a Francia, y antes de que Marthe subiera al tren que la llevaba a Barajas, Garcilaso le recordó:

—Dijiste que había un hueco allí arriba.

—Sí.

—¿Te encargarás de llevar con ella una parte de mí cuando yo muera?

Marthe pensó en el nicho sobrante en el panteón familiar que había construido su abuela.

—¿Te encargarás? —repitió.

—Sí —dijo abrazándolo.

NOTA FINAL

Existen los cuadros del Greco, las calles y los monumentos históricos de Toledo que aquí se citan, pero me he permitido hacer un par de huecos en la geografía de la ciudad y levantar en ella el Palacio de los Garcilaso y hasta un ostentoso Pabellón de Hielo. Tampoco existen la Fundación ni la Orden de los Ostiarios, ni ninguno de los personajes, que, para bien o para mal, son fruto exclusivo de mi fantasía y nada tienen que ver con las buenas gentes de Toledo. También esta novela surge de lo pensado, no de lo vivido.

Si hay algo bueno en ella, se lo debo a Alfonso Rodríguez Grajera, a Paqui López Calvache, a Juana Molano, a Julio Gómez Santa Cruz, a Carlos Neila, a Victoria Pelayo, a Elena y a Alberto, a Valentín Kranz, a Jerónimo García Castela, a Sebastián Paniagua, a Valentín Cerrillo, a Antonio Corredera. Los errores son míos. A todos ellos, gracias por su inquebrantable amistad.

Gracias a Juan Cerezo, a Christina Sánchez Krellenberg y a todo el equipo de Tusquets. No solo son editores de mis libros, también son sus custodios.